



El forastero serie

El niño olvidado

*¿Cómo le dices a un hombre que algo
en su hijo no está del todo bien?*

Lorhainne Eckhart

EL NIÑO OLVIDADO

EL FORASTERO SERIE



LORHAINNE ECKHART

Translated by
EVANGELINA LEDESMA

LORHAINNE ECKHART, INC.

CONTENTS

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)
[Capítulo 31](#)
[Capítulo 32](#)
[Capítulo 33](#)
[Capítulo 34](#)
[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Capítulo 53](#)

[Acerca de la autora](#)

Todos los derechos reservados. Se prohíbe el uso o la reproducción de este libro de manera total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita de la autora, a excepción de las citas breves que se incluyan en artículos de crítica o reseñas.

Este ebook ha sido autorizado para su propio uso personal. Se prohíbe la reventa de este ebook o la transferencia a terceros del mismo. Gracias por respetar la ardua labor de esta autora.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes y eventos aquí vertidos son producto de la imaginación de la autora o han sido utilizados de manera ficcional, y cualquier parecido a personas de la vida real, vivas o muertas, establecimientos comerciales, eventos o lugares es pura coincidencia.

El niño olvidado ~ COPYRIGHT 2011 © Lorhainne Ekelund

Todos los derechos reservados

Información de contacto: LorhainneEckhart.le@gmail.com

✿ Created with Vellum

EL NIÑO OLVIDADO

—*“Brillante, no hay otra palabra que lo describa, cautivante, conmovedor, desgarrador, bien escrito, bien documentado, quería leerlo una y otra vez”*
— *Maureen*

—*BLACK RAVEN'S REVIEWS* — *“La Sra. Eckhart ha creado una historia encantadora con personajes interesantes, suficiente drama como para una película de Hallmark, y suficiente amor incondicional como para una vida entera”*. —*Calificada con 5 Ravens y una Lectura Recomendada de A.J.* —

—*“Nunca pensé que me enamoraría tan profundamente de los cuatro personajes principales, pero “El niño olvidado” es un libro maravilloso, no solamente para fanáticas del romance como yo, sino también para padres y madres solteros que puedan o no tener un hijo o hija con autismo”*. —*Crítica*
— *Adria*

En *EL NIÑO OLVIDADO*, Brad Friessen no esperaba volver a amar. Sin embargo, se encuentra con una mujer que hace temblar su solitario y amargado mundo hasta los cimientos, y que lo conmueve como ninguna otra mujer había hecho.

Emily Nelson da por terminado un matrimonio amargo y sin amor, y se prepara para comenzar una nueva vida. Responde a un anuncio que solicita cocinera y cuidadora cama adentro para un niño de tres años en un rancho de la región. El propietario del rancho, Brad Friessen, la contrata y la muda a ella y a su hija a su hogar. Pero pronto Emily descubre que algo verdaderamente malo sucede con el niño, y el hombre difícil y solitario que la contrató no es capaz de ver el comportamiento y lo retrasado que está su hijo.

Emily investiga hasta que se encuentra con lo que sospecha son los primeros indicios de autismo. Ahora debe decírselo, darle esperanzas y ayudarlo a aceptar este trastorno neurológico para que pueda tomar las medidas necesarias y así conseguirle a su hijo la ayuda que necesita.

A medida que sus vidas se entrelazan, la atracción que sienten es inevitable, una conexión se forma entre ellos. Pero cuando comienzan a acercarse, la distanciada esposa de Brad, Crystal, vuelve después de haber abandonado a su familia hacía dos años.

Crystal debe de tener un plan, ya que de alguna manera saca ventaja de la situación, poniendo en peligro el vínculo afectivo que se ha creado entre Brad, Emily y los niños. Las mentiras, la avaricia, los extremos a los que llegará Crystal con tal de conservar lo que es suyo, son absolutamente fríos y calculadores. Brad pelea por salvar a su hijo, por proteger lo suyo, y lucha contra el máximo sacrificio que debe hacer: Emily. Y una pregunta lo inquieta: ¿la ha perdido para siempre?

CAPÍTULO 1



TODA MUJER, EN ALGÚN MOMENTO DE SU VIDA, EXPERIMENTARÁ LA FRASE “tuve una epifanía”. Bien, eso es exactamente lo que había sucedido en esta mañana de primavera en particular. Emily Nelson abrió los ojos al rayar el alba, cuando los rayos de luz comenzaron a aparecer en el horizonte, y, por un momento, hubo paz. Hasta que pestañeó un par de veces y tomó contacto con la realidad. Divisó un bulto a su lado, en la cama king size de ambos. Su esposo, Bob. Emily hizo a un lado su grueso y oscuro cabello, y se deslizó hacia el costado de la cama. Sintió de repente una confusión que la irritaba, una amiga que no era bienvenida y que le retorció las entrañas tal como se retuerce un trapo húmedo. No le quedaba ni un rastro de interés por el hombre que alguna vez había amado. Sentía más empatía por el viejo cascarrabias que vivía al final de la calle.

¿Qué hacía que esta mañana fuese diferente, entonces? No sabía cómo explicar este despertar, este desdoblamiento que provenía de lo profundo de un lugar que creía cerrado y sellado desde hacía mucho tiempo. Encontrar el valor. Creer lo suficiente en ella misma, y entonces pronto estaría viviendo una vida que fuera suya, por primera vez, repleta de una increíble sensación de paz y esperanza. Y fue eso lo que llevó a Emily a sacudirse este malhumor de diez años, arrojar sus delgadas y pálidas piernas al costado de la cama, y levantarse.

Emily, una madre y esposa de 35 años de edad y apariencia común, se puso la fea bata marrón que su marido le había regalado para Navidad. La que había querido regalarle a su madre, pero se confundió luego de envolver los paquetes, ya que las cajas eran iguales. Su madre se quedó con los pantalones de poliéster de señora grande con cintura elástica que había querido regalarle a Emily, así que supuso que se quedó con la mejor parte del asunto.

Contuvo la respiración mientras echaba un vistazo a Bob, que yacía en su lado de la cama grande roncando suavemente. El hecho de que estuviera todavía dormido calmó su ansiedad. Emily reprimió un suspiro de alivio. No tenía interés en pasar tiempo con este hombre en una habitación, no más que con el viejo cascarrabias que vivía en su misma calle. Quizás esa era la razón por la que el nudo en su estómago se había desatado luego de salir de la habitación y quedarse de pie frente a la puerta de su hija. Katy, su belleza rubia de dos años, estaba durmiendo como un ángel en el dormitorio del otro lado del pasillo de su bungalow alquilado, de techo plano y de apariencia corriente, simple. Emily cruzó en puntas de pie el alfombrado barato de color neutro, del mismo tipo que se puede ver en la mayoría de las casas alquiladas y que evidenciaba todas las manchas imaginables, a pesar de limpiarla año tras año. Presionó el marco con la mano y cerró la puerta de Katy para que no escuchara a Emily a esta hora tan temprana. Las cinco de la mañana era su hora personal, cuando tenía la mente clara, cuando su creatividad fluía, cuando se enfrentaba a la realidad y podía tomar las decisiones difíciles con total claridad.

Hoy es el día. Cuando baje, se lo diré. Sintió un retorcijón en el estómago, pero sabía que no era nada más que el miedo a lo desconocido. No podía esperar más, tenía que ser hoy. Se estaba pasando la hora y sabía que había ignorado esta decisión por demasiado tiempo. Las señales se manifestaban a su alrededor —lo habían hecho por meses. Ahora, sintió el piso crujir mientras sus pesados pies retumbaban sordamente en el pasillo en

dirección a ella. Se le enfrió la piel y sintió un zumbido en los oídos, como si el piso estuviera por desmoronarse bajo sus pies. Bob, su esposo desde hacía doce años, entró a la cocina arrastrando los pies, pasando al lado de ella mientras ella se inclinaba sobre la mesada. Lo que hacía que todo fuera peor era la manera en la que apartaba la vista, como si la desestimara. Una mujer sin importancia.

—Lo nuestro se terminó —Guau, lo había dicho. Su coraje flaqueó, pero cruzó los brazos por encima de sus senos pequeños y se mantuvo firme, sintiéndose enorme en la gruesa salida de cama, aunque conservara su cuerpo delgado y femeninamente curvilíneo.

Bob se dio la vuelta y, por primera vez en meses, la miró de verdad. Su cabello rubio oscuro estaba impecablemente acicalado con gel. Su pálido rostro estaba ruborizado y sus glaciales ojos azules parecían sosos y pequeños en su rostro redondo. Su cuerpo era común, de altura y constitución promedio. Un hombre que no se destacaría de la multitud. No sentía nada por él, sólo cierta frialdad. Cualquier amor que hubiera habido entre ellos, hacía tiempo que estaba muerto y olvidado.

El tiempo se prolongó dolorosamente; pasó una eternidad hasta que la sangre volviera a circular por su cuerpo, rugiendo más y más fuerte en sus oídos entre respiración y respiración. Bob le dio la espalda. Se sirvió una taza del café que ella había preparado recién, desestimándola otra vez. Él había dominado esa habilidad hacía mucho tiempo, achicando a martillazos el orgullo de ella, un poco más cada día. No era sorpresa que para Emily fuera un acto de puro coraje mirar a los ojos a los extraños. ¿No le había hecho lo mismo su propio padre a su madre?

—Sabes que lo nuestro ha dejado de ser un matrimonio hace años, Bob. Ya no quedan sentimientos entre nosotros. No nos comunicamos, y Katy está percibiendo la tensión que existe en esta casa.

Él dejó la taza en la mesada y enunció su delirio.

—No sé de qué estás hablando. Creo que tú eres la que tiene el problema.

Katy está bien cuando no estás cerca —Sus palabras le dolieron, a pesar de que Emily supiera que no eran ciertas. ¿Por qué era que no se esperaba esto? Porque su mente no jugaba a ese tipo de juegos, ese era el porqué.

—No, Katy no está bien. Siempre le estás gritando. No pasas tiempo con ella. Cuando estás en casa, miras televisión las 24 horas del día. No haces nada para ayudarme.

Se acercó a ella, gritando.

—¿Sabes de qué creo que se trata esto realmente? ¡Dinero! ¡Es tu culpa de que no tengamos dinero!

Bien, aquí vamos. Sabía que la atacaría. Era muy bueno a la hora de distorsionar las cosas para adaptarlas a su manera de pensar. El hombre con el que se había casado, al que alguna vez había amado, se había convertido en un extraño inoportuno.

—Creo que se trata de una falta de comunicación —refutó Emily—. En el único momento en que sé qué hay de nuevo contigo, es cuando escucho sin querer lo que hablas por teléfono. Sabes... Esas conversaciones que tienes con tu madre a la noche. Y ahora que lo pienso, eso es parte del problema. La única relación que tienes es con tu madre. Y la verdad es que es bastante raro. No eres un niño. Madura. Es perturbador que le digas a ella todo lo que sucede en tu vida y no a mí. Si fueras sincero contigo mismo, admitirías que no has hecho el menor esfuerzo en tener una relación conmigo. Y, por años, yo he ignorado la manera en que me has tratado.

Emily sostuvo en alto la palma de su mano temblorosa, sin poder evitar que su boca escupiera todo aquello que había reprimido por tanto tiempo. Continuó:

—Siempre has tenido esta extraña relación con tu madre. Lo más enfermo de todo es que tengo que rebajarme a escuchar a escondidas cuando estás al teléfono con ella, sólo para enterarme de tus últimas novedades. Unas vacaciones que estás planeando con tus amigos. Un trabajo nuevo en Seattle al que estás aplicando. Los cursos nuevos en la escuela nocturna. ¿No crees

que como tu esposa tengo el derecho de saber acerca de estas cosas?

Él tiró su café al fregadero. Su rostro se endureció y se convirtió en el de alguien que no conocía.

—No es que te estuviera ocultando cosas, aunque sí está claro que te hace feliz empezar una guerra contra mi familia. Podrías haber preguntado.

Emily cerró los ojos y dejó escapar un pesado suspiro. Katy se despertaría pronto, y Bob tenía que irse al trabajo.

—Esto no va a ninguna parte —dijo ella—. No seguiré luchando contigo. Quisiera que te mudes a otro lugar. Llévate lo que quieras.

Él no le respondió. Lo que hizo en su lugar fue tomar su abrigo y salir tempestivamente, dando un portazo lo suficientemente fuerte como para hacer temblar las ventanas de panel doble. Sin embargo, parecía que no había terminado con su rabieta, porque la continuó haciendo rugir el motor de su oxidado Cavalier de dos puertas, y haciendo chirriar los neumáticos en el asfalto. Katy gritó en su cuarto. Al otro lado de la calle, se encendieron las luces en la ventana del frente de los Hanson. ¡Genial! Ahora tenía que pedir disculpas por el hecho de que Bob los hubiera molestado, antes de las seis de la mañana, con su conducta irresponsable.

Emily corrió a través del pasillo para calmar a su hija, furiosa con Bob por haber creado un desastre más que ella tendría que solucionar. Salvo que esta vez no le duró mucho. El enojo, eso es. Ahora que finalmente se había sacado las palabras de adentro, Emily sintió que se quitaba un peso oscuro y opresivo de encima de los hombros, dejándole un sentimiento de ligereza y paz que fluía a través de su cuerpo. Ya sabes, el sentimiento que experimentas cuando sabes que has hecho lo correcto. A pesar de encontrarse sin dinero, sin trabajo, con una niña pequeña y sin la menor idea de cómo hacer para mantenerse... aun así, había hecho lo correcto. Un resultado que sonaba deprimente, pero por primera vez en años, Emily Nelson sentía que el sol irradiaba un poderoso rayo de esperanza.

CAPÍTULO 2



LA MAÑANA NO HABÍA SALIDO DE ACUERDO A LO PLANEADO. EL ROSTRO DE Emily resplandeció cuando se inclinó para levantar el periódico de la mañana. No había llegado del todo a la vereda, lo que la obligaba a bajar a la calle, cerca de donde los Hanson estaban removiendo la tierra de su jardín. Se había disculpado ayer, y a pesar de que habían respondido gentilmente, Emily todavía se sentía responsable por el comportamiento infantil de Bob. Y había sido el Sr. Hanson, no la Sra. Hanson, quien le había preguntado a Emily qué había sido lo que había molestado a Bob. Esto hizo que Emily se sintiera acorralada, así que había confesado que le había pedido a Bob que se marchara. Esto los había dejado con ceño fruncido y sin palabras, lo que no era para nada bueno.

—Hola —Era todo lo que podía decir esta mañana, antes de volver corriendo a la casa. No hizo contacto visual porque no quería dar más explicaciones. El Sr. Hanson podía hablar hasta por los codos, y a esta altura era muy probable que hubiera seleccionad unos cuantos consejos para ofrecerle.

Emily se apoyó detrás de la puerta cerrada. Una presión de pesadilla comenzó a surgir en su pecho y a presionar, más fuerte y más duro hasta que el simple arte de respirar terminó por convertirse en una lucha gigantesca. Era su cabeza, su mente, la que estaba creando los problemas. Ella fracasaría. Ella

no podía hacerlo sola. ¿Cómo cuidaría de Katy? ¿Qué sucedería si no podía conseguir un trabajo? En vez de concentrarse en el presente, sus pensamientos saltaron del pasado al futuro con situaciones hipotéticas, lo que podría o debería haber sucedido.

—¡Detente! —Pateó un animal de peluche rosa y esponjoso al otro lado de la habitación, y se dio el dedo meñique del pie contra la esquina de la mesa— Ah, mierda —Saltó en un solo pie, exhalando de golpe. Un momento después rengueó hasta la mesada de la cocina.

Tendría que haber empezado a buscar un trabajo ayer, justo después de que le pidiera a Bob que se marchara. Pero no lo hizo por culpa de una gran montaña de excusas. Katy había estado molesta todo el día, después de haberse despertado tan temprano debido a la rabieta de Bob. Luego había tenido que alimentar, bañar y acostar a Katy, todo antes de que Bob, todavía de mal humor, arrastrara su miserable trasero a través de la puerta para decirle que había encontrado un apartamento amoblado en Olympia durante su hora del almuerzo. Mudaría sus cosas durante el fin de semana. — ¡Aleluya! —había dicho casi a los gritos.

Pero esta mañana, Emily sufría los efectos colaterales de una descarga de adrenalina; quizás era por eso que estaba de un humor de mierda. Balbuceó una palabrota mientras abría el periódico húmedo en la sección de clasificados. Los anuncios de demanda de trabajo eran pocos hoy: la forrajería, el mercado. El único que destacaba era uno en negrita al final de la página:

Se busca: Cuidadora y cocinera

Sus tareas incluyen el cuidado diario de un niño pequeño.

—Yo puedo hacer eso —Cerró de golpe el diario y levantó la vista hacia Katy, que estaba viendo Dora en la televisión, acurrucada en su manta en el sofá. Emily se estiró hacia atrás y cogió rápidamente el teléfono inalámbrico. Hizo una pausa, presionando la parte superior del teléfono contra su frente, mientras un miedo desolador intentaba apoderarse de ella, haciéndole perder

esta valentía recién descubierta.

—Acaba con eso, llama de una vez —Emily guió su dedo sobre el aviso y marcó el número. Su corazón latía tan fuerte que le hacía doler el pecho. Su mano temblaba mientras la adrenalina subía por sus venas. Para liberar la tensión que se acumulaba rápidamente, comenzó a caminar de la cocina a la sala de estar.

—Hola —repicó del otro lado de la línea la voz de una señora mayor.

—Hola, estoy llamando por el aviso del diario. Para cuidadora y cocinera.

—Oh, sí, es con Brad con quien deberás hablar. Aguarda un segundo y deja que vaya por él. Lamentablemente, la espera para que Brad viniera al teléfono permitió que la irritante voz en la cabeza de Emily entrara a hurtadillas y la llenara de dudas. *¿Qué crees que estás haciendo? No estás calificada.* Transpirando, estuvo tentada de colgar cuando escuchó la voz de barítono profundo del hombre.

—Hola.

Además de haber perdido el habla, la garganta reseca de Emily amenazaba con cerrarse por completo. Tragó el duro nudo y se pasó la lengua por los labios.

—Hola, mi nombre es Emily Nelson, estoy llamando por su aviso en el diario para cuidadora y cocinera de un niño —Se sintió avergonzada cuando su voz chilló.

—Es para mi hijo Trevor, tiene tres años. Manejo un rancho y necesito alguien que cuide de él y que cocine.

—¿Está todavía entrevistando personas para el puesto?

—Sí, pero necesito a alguien lo antes posible. Tengo un rancho que llevar. Si le interesa, ¿podría usted venir al rancho?

Él había sido repentino. Directo al punto, y eso le hacía las cosas más fáciles a Emily.

—Sí estoy interesada, pero debería decirle que tengo una niña de dos años que estará conmigo en el trabajo. Él no dijo nada. En ese nano segundo,

Emily sintió el inminente rechazo. Y esa terrible voz dentro de su cabeza intervino: *No, no creo que funcione. Necesito a alguien que no tenga hijos.* Pero en vez de eso, Brad dijo:

—¿Podrá estar aquí mañana a las nueve de la mañana? —Esto era algo inesperado para ella.

—A las nueve, no hay problema, estaré allí —Emily se había comprometido a estar a una hora que sabía perfectamente bien que no funcionaría: Katy tenía una revisión médica programada con su pediatra para mañana a las nueve de la mañana. ¿Cómo podría hacer ambas cosas? ¿Qué tan estúpido y desesperado era esto? Di algo. Pero no lo hizo. Tragó saliva y siguió garabateando la dirección, junto con algunas indicaciones para llegar al rancho, en el reverso de su recibo vencido de la electricidad. No estaba lejos de la ciudad, tendría que conducir unos veinte minutos.

Emily sostuvo el teléfono desconectado en su mano, y luego se golpeteó la cabeza otra vez con él.

—Estúpida, te olvidaste de preguntarle cuánto es la paga, cuántas horas son, vamos, Emily —Dejó caer el teléfono otra vez en su cargador, cayendo en la cuenta de que él tampoco había hecho demasiadas preguntas. ¿Y sus cualificaciones, experiencia y referencias?

Emily sacó papel y lápiz y comenzó a escribir una lista. Necesitaba estar preparada para mañana, así que garabateó una lista de preguntas. Mucho más importante, necesitaba a alguien que llevara a Katy al doctor.



TEMPRANO A LA MAÑANA SIGUIENTE, Emily le abrió la puerta a su amiga Gina, una mujer llena de vida, vivaz, esbelta y con oscuro cabello corto. Vestía una polera y jeans azules debajo de su capa de lana. Irrumpió a través de la puerta y abrazó a Emily con fuerza.

—Buenos días, cariño. Espero que tengas café. Solo tuve tiempo para

tomar una taza a las apuradas antes de venir corriendo hasta aquí.

—¿Qué sucederá con Fred y los niños? ¿No van a extrañarte esta mañana?

Gina agitó la mano mientras se limpiaba los zapatos y caminaba hacia la pequeña cocina de estilo caja.

—Deberías haber visto la mirada de confusión en sus rostros esta mañana. Fue graciosísimo, mi esposo y dos adolescentes, espantados de que realmente esperaba que se las arreglaran solos esta mañana. Hey, cómo estás, mi niña bonita.

Katy prácticamente saltó a los brazos de Gina. Gina sabía muy bien cómo arrojarle al piso y jugar duro con los niños, a su mismo nivel.

—Gracias por venir, Gina. Ya estoy lo suficientemente nerviosa con esta entrevista sin tener que arrastrar a una niña de dos años conmigo, y me olvidé de su cita con el pediatra. Esperé meses para tenerla y no quería reprogramar con este sujeto... —Emily estaba divagando y lo sabía, así que se calló la boca.

—No estés nerviosa, Em, te irá bien. Y necesitas darte algo de crédito. Tienes mucho valor. De lejos, te he visto descender en una espiral estos últimos años. Estoy sorprendida, y un poco impresionada, por lo que has hecho. Es como si hubieras saltado de un muelle sin un chaleco salvavidas. Ahora tienes esta fe pura, todo se resolverá. Aférrate a eso y marcha hacia adelante. No mires atrás —Gina echó un vistazo a su pequeño Rólex de oro, un regalo de su marido con motivo de su aniversario el mes pasado—. Es mejor que te vayas. Tienes tiempo suficiente como para ordenar tus pensamientos y disfrutar del viaje. Recuerda, no te apresures... Es en ese momento que te pones nerviosa.

Emily abrazó y besó tanto a su hija como a su amiga, se puso su abrigo de lana marrón, y tomó su bolso y un currículum escrito a mano. Gina tenía razón, el tener un tiempo extra para encontrar el lugar adonde debía ir alivió en gran medida su ansiedad, como también lo hizo el poder estar un rato a

solas. Respiró profundo y puso en funcionamiento su automóvil, saliendo de la entrada de su casa.

Gruesos árboles delimitaban ambos costados de la ruta en su camino fuera de la ciudad. Este era un viaje tranquilo. Emily se dio cuenta de que nunca había conducido en automóvil hacia el oeste de la ciudad en los diez años que llevaba viviendo en Hoquiam. Se había criado en Seattle y fue allí que conoció a Bob. Hoquiam les había parecido un buen lugar para establecerse, luego de que a Bob le ofrecieran un puesto gubernamental en Olympia, hacía ya diez años. El viaje al trabajo no era tan largo, y el sueño de Emily de vivir en una pequeña comunidad nunca la había abandonado. Ahora recordaba ese sueño, mientras conducía a través de estas angostas y sinuosas rutas, cruzándose con muy pocos autos a lo largo de esta parte privada, rural y extremadamente boscosa de la península.

Emily colocó el papel, con las direcciones que había garabateado apuradamente, haciendo equilibrio sobre el volante. Pasó el deslucido granero rojo que estaba en el segundo marcador de la autopista. Dobló a la derecha en un camino de ripio y continuó hasta que vio el cerco de madera con un 665 en números de color verde brillante incrustados en la madera. Una inmensa arcada de madera de abeto sobre dos vigas sólidas rodeaba la entrada al camino de tierra, con el nombre Echo Springs tallado en la madera envejecida. ¿Qué tenía ese nombre que le despertaba algún recuerdo nostálgico de añoranza en su estómago? Historia, familias establecidas, de mamá, papá, y abuelos legando su herencia y sus tierras. Ella había escuchado hablar de los poderosos apellidos que se murmuraban en la comunidad: los Rickson, los Folley. ¿Quiénes eran los otros? La sorprendió entonces un aleteo nervioso que comenzó a golpearle en el plexo solar mientras conducía a través de la larga entrada de tierra. Antiguos árboles de píceas, cedro y abeto, a ambos costados, creaban un denso dosel sobre su cabeza, y una mezcla de otros arbustos y árboles hacían las veces de paredes. Al final, la entrada se abría a un extenso claro que exhibía una casa blanca de

madera de dos pisos, con una galería envolvente y grandes postes y vigas. Parecía una vieja casona Victoriana. Emily estacionó enfrente de la casa al lado de un viejo Ford Escort, una camioneta de color azul deslucido que había visto días mejores, una excavadora amarilla a la que se le estaba descascarando la pintura, una camioneta GMC negra bastante nueva con capacidad de carga de una tonelada y un remolque de plataforma plana cargado con una mercancía misteriosa que estaba cubierta con una lona. ¿Cuántas personas vivían aquí, se preguntaba?

El viento creó una brisa fría mientras gruesas nubes desordenaban el cielo de color azul claro. Emily estaba lejos de tener frío al momento de descender de su furgoneta. Sus axilas estaban húmedas y rogaba que su desodorante fuera lo suficientemente potente como para evitar que tuviera mal olor. Son los nervios, eso es todo. O quizás eran las cinco tazas de café de alto octanaje que se había tragado antes de que llegara Gina, las cuales le habían dado tanta cuerda a sus nervios que podría haber llegado a la puerta rebotando.

Se tomó un momento e inhaló profundamente el aire limpio. El frente de la casa prácticamente carecía de cualquier tipo de paisajismo. Las pequeñas áreas de pasto se asomaban aquí y allá desde la tierra bien apisonada del jardín delantero. Los macizos de flores del frente estaban sucios con plantas perennes muertas; la maleza y el césped crecidos de más, largos y desnudos, se inclinaban contra la casa. ¿Cuántos acres tenía este sujeto? Un enorme establo y otros edificios anexos se desperdigaban en la propiedad que tenía, al parecer, kilómetros de campo abierto y una vista espectacular de las montañas.

Ella flexionó sus manos húmedas y subió los cuatro blancos escalones de madera. Se percató de que la pintura se estaba descascarando. Emily casi trastabilló cuando el tercer peldaño crujió y la tomó por sorpresa. Estaba demasiado fuera de su zona de confort y esto no la ayudaba; impulsaba a su falta de confianza en sí misma a mandar señales de auxilio que confundían a sus ya temblorosas entrañas. Era un desastre. Su rostro le dolía tanto que

estaba segura de que la sonrisa forzada que lucía parecía más una mueca. Emily se aferró a un sobre de papel manila que contenía su currículun y referencias de sus amigos. Cruzó el amplio porche con las piernas tambaleantes. Un porche que había sido hecho para que las familias se reunieran al final del día para reír juntos y compartir sueños y logros. Algo que las familias hacían. Bueno, el tipo de familia soñada de la que Emily anhelaba ser parte. Vio por el rabillo del ojo una hamaca de madera que estaba sostenida por cadenas en el extremo más lejano del porche, junto a dos sillones de mimbre ubicados a cada lado de un gran ventanal, y suspiró.

Podía soñar despierta con esta imaginaria morada familiar todo el día, pero cuando se enfrentó a la clásica puerta de marco de madera, la garganta seca de Emily amenazó con cerrarse por completo.

—Bueno, es ahora o nunca —Y entonces lo hizo. Llamó a la puerta con un par de golpes firmes y seguros. Su corazón latía fuertemente, haciendo eco con un bombeo en sus oídos, cuando escuchó pisadas sólidas y pesadas que se aproximaban. Tragó saliva y sintió que un rubor rojo vivo le incendiaba el rostro.

Quería esconderse, en ese segundo de ataque de pánico y ansiedad, pero fue demasiado tarde en el momento en que la puerta se abrió de par en par. Emily dio un paso atrás, llevándose el bolso al pecho como si fuera un escudo, y jugueteó nerviosamente con su viejo abrigo de lana ciñéndoselo más al cuerpo. Súbitamente, un hombre alto y de amplias espaldas había ocupado todo el espacio de la puerta. Se quedó sin palabras al ver a este hombre de ojos color pardo brumoso. No tenía rasgos de “niño bonito”. Lo que sí tenía era una mandíbula sólida y fuerte, cierta dureza en su rostro cuadrado, y ojos avivados por una sabiduría ancestral que lo convertían, de hecho, en el hombre más apuesto que jamás hubiera visto. Su camisa de franela a cuadros no cubría a un hombre común y corriente. Este era un hombre bien formado que, ella podría haber jurado, podría verse bien con un saco de arpillera encima. Él sacó un par de anteojos para leer y la observó.

Parecía confundido, como si ella fuera una vendedora de puerta a puerta, obviamente estaba preguntándose por qué estaba ella en el umbral de su puerta. Odiaba ese sentimiento.

—Hola, soy...— Luego sucedió lo peor que pudiera haber sucedido. Dejó caer su bolso boca abajo. Este se abrió, desparramando su contenido, como así también las monedas del monedero que estaba adentro y que estaba con el cierre abierto... junto con lo que quedaba de su dignidad.

CAPÍTULO 3



MORTIFICADA, EL ZUMBIDO QUE SENTÍA EN SUS OÍDOS CATAPULTÓ A SU cuerpo hormigueante a lo que ella solamente podía calificar como una experiencia extracorpórea. ¿Quién era esta idiota que había poseído su cuerpo? El rostro de Emily estaba al rojo vivo otra vez. Y entonces hizo lo que cualquier mujer respetable hubiera hecho. Se arrodilló para levantar las monedas, la billetera abierta, las galletas, los juguetes de Katy y la toalla sanitaria que habían quedado al lado de los pies de este apuesto extraño, y volvió a meter todo de vuelta en su bolso, maldiciendo su idiotez por no haberse asegurado de que la cremallera estuviera cerrada. ¿No era esa la primera regla de los bolsos?

Retirándose a su mente rezó porque quizás en algún momento de los años venideros ella pudiera recordar este momento y reírse. Solo que ahora, para empeorar las cosas, el Señor Bien Parecido se había arrodillado frente a ella, cara a cara, y comenzaba a levantar las monedas sueltas que estaban desparramadas a lo largo del piso de madera. Emily levantó la mirada, los ojos de él ardían en ella, y no quería hacer otra cosa que escabullirse, disculparse profusamente, huir hacia su camioneta y alejarse de allí para poder llorar las lágrimas que amenazaban con abrirle un agujero en la cabeza.

—Lo lamento tanto, no puedo creer que haya hecho esto —¿Por qué había tenido que ayudarla? ¿Por qué no podía él simplemente ignorar lo que

ella había hecho? No dijo una sola palabra mientras le alcanzaba las monedas sueltas. Puso todo en su sencillo bolso negro y cerró la cremallera. Entonces Emily se puso de pie de un salto sin mirar, golpeándose la cabeza con la de él, lo que hizo que ella se tropezara hacia atrás y cayera sobre su trasero.

—Espere. No se mueva. Deje que le ayude a levantarse. ¿Está usted bien?

¿Podía empeorar más? Quería llorar aquí mismo, ahora mismo, pero ella era más fuerte que eso, ¿verdad? Se frotó la cabeza y el fuerte hombre le extendió una mano enorme y áspera y, con muy poco esfuerzo, la ayudó a levantarse. De vuelta a donde estaba, frente a este hombre alto y extraordinario que se metía las manos en los bolsillos del frente mientras parecía estudiarla con increíble control y ninguna señal de vergüenza, sino con una rara curiosidad que centelleaba en esos ojos de color whiskey.

No cabía duda de que debía pensar que ella estaba loca, que era una tonta. Quizás le pidiera que se marchara. Ella se obligó a sonreír.

—Soy Emily Nelson. Llamé por el aviso en el diario, hablamos... —El teléfono sonó. Él se dio vuelta rápidamente y se alejó.

La abandonó en el umbral, como si ella fuera una mujer de poca importancia, y se apresuró a ir en

dirección al teléfono que sonaba. Sin saber qué hacer, Emily pasaba el peso de un pie al otro, y esta vez se echó al hombro su maldito y cargado bolso. Él gritó desde la vuelta:

—Entre, tome asiento. Lo lamento, necesito atender esto.

Emily se sacudió las botas en la alfombrilla antes de pisar el claro piso de madera, y cerró la puerta detrás de ella. La amplia entrada estaba colmada con un gran espejo con marco dorado, algo que una mujer de gustos caros hubiera insistido en tener. Emily alcanzó a ver, en el espejo de la entrada, su imagen alegre junto con unas manchas blancas en la solapa de su viejo abrigo, muy probablemente de leche de Katy. Su largo cabello castaño claro sencillo estaba recogido en su cola de caballo habitual. No era para nada despampanante... pero sus amigas decían que era linda, como si fuera una

Meg Ryan más bajita y de cabello castaño. Se limpió la mancha de leche otra vez, se dio por vencida, avanzó hasta dejar el espejo atrás, y dio la vuelta a la esquina que daba a una enorme sala de estar decorada en tonos tierra con una chimenea de piedra en la pared Este. Los muebles eran exquisitos, cuero marrón oscuro, mucha madera, muy masculino. Pero había pistas de un toque femenino por todas partes, en las obras de arte enmarcadas, las tallas, la alfombra floral y los almohadones de diseñador, todo ello coordinado y arreglado con muy buen gusto. Guiada por el murmullo de su voz, atravesó la sala de estar y hasta llegar a una arcada oval que daba a una cocina de campo de planta cuadrada. En el medio de la habitación había una mesa de roble macizo, rodeada de diez sillas de madera de respaldo recto, las suficientes como para sentar y alimentar a una gran familia. Y allí estaba él, yendo de un lado al otro con pasos largos, con el teléfono presionado contra la oreja. Él no levantaba la mirada. En vez de eso, le daba la espalda. Sus desgastadas botas de cowboy chirriaban en el gastado piso de madera. Emily echó una ojeada a su potencial empleador, apuesto y fuerte, que arrogantemente proyectaba una imagen de profundo macho alfa; un hombre que tenía prioridades, confianza en sí mismo y rudeza. Dale un respiro, reflexionó Emily. Quizás tan solo está ocupado.

Él colgó el teléfono y dejó escapar un fuerte suspiro antes de darse la vuelta para enfrentar a Emily. Se puso las manos en la cadera e hizo un gesto en dirección a ella mientras caminaba enérgicamente hacia la habitación.

—Sentémonos aquí en la sala de estar.

Emily echó una rápida ojeada a la ordenada sala de estar, extremadamente limpia, detrás de ella. Los mullidos almohadones verdes a cada extremo del sofá de fuerte color ambarino contribuían a la sensación cálida y placentera que producían las paredes cargadas de cuadros. Todas las pinturas al óleo tenían motivos del Oeste. Cowboys solitarios, caballos y murales del Oeste. Al lado del sofá y debajo de un gran ventanal había un cajón de roble macizo lleno de juguetes prolijamente guardados.

Mientras Emily pasaba al lado del gran televisor de pantalla plana en su camino al sofá de tres cuerpos, se fijó en las ordenadas mesas auxiliares; nada de valor estaba al alcance de la mano de un niño. Una manta tejida al crochet a mano marrón y naranja había sido arrojada descuidadamente sobre el respaldo del sofá. Por puro instinto, Emily la dobló y la colocó en el respaldo del sillón. Se dio la vuelta y permitió que la parte posterior de sus piernas tocaran el sofá, pero no se sentó.

—Por favor, tome asiento, Emily —Él extendió la palma de la mano, tomando el control.

—Ah, gracias —Se sentó en el borde del suave asiento de cuero enfrente de un hombre que era demasiado bueno de ver, un hombre que estaba obviamente a gusto en su propia piel.

Apretó las mandíbulas con rigidez mientras la estudiaba. El tictac del reloj de pared parecía hacer eco en el silencio, y Emily no podía quedarse quieta en su asiento. ¿Por qué estaba él mirándola de esa manera? Quizás fuera a causa de su escandalosa entrada, y él estaba preguntándose qué clase de chiflada era ella, si era posible que pudiera confiarle su hijo. Sí, eso debía de ser. Tragó saliva.

—Soy Emily Nelson. Le hablé ayer por teléfono acerca del trabajo.

Pestañeó antes de cerrar esos ojos exquisitos, como si hubiera olvidado la razón por la que ella estaba aquí. Cuando los volvió a abrir, su expresión dura y sentenciosa parecía haberse suavizado un poco.

Nuevamente extendió su enorme mano, tomando la de ella firmemente. Solo el contacto de su mano sólida y callosa y del seguro apretón fue suficiente para hacer que sus nervios oscilaran y volvieran a ser los de aquella torpe mujer en la puerta. Se preguntó cómo sería que un hombre como este pasara sus manos por su cuerpo. Retiró su mano rápidamente antes de que su rostro se ruborizara aún más. Finalmente, él se presentó. —Mi nombre es Brad Friessen —Emily se quedó en silencio. No era demasiado bueno con las palabras. Debía de ser un profundo pensador, un hacedor. Ella podía entender

eso... pero no podía entenderlo a él. Sus astutos ojos bajaron la mirada hacia su mano izquierda: no había ni alianza, ni la marca blanca en la piel, no había esposa ni ninguna persona especial. O quizás era uno de esos tipos arrogantes que no querían usar el anillo, un mujeriego. Tenía el aspecto y la actitud. Este era el momento para preguntar acerca de la mujer que había atendido el teléfono cuando ella había llamado. ¿Quién era ella?

—Este es un rancho ganadero que administro, y necesito una mujer que cuide a mi hijo. Soy anticuado en mis valores. Los niños deben estar en casa, no metidos en una guardería. Estoy buscando a alguien que pueda estar cómoda en una cocina y cuidando niños, un rol que debería ser natural en una mujer. No quiero a alguien que tiene el teléfono pegado a la oreja la mitad del día. Es un trabajo decente y bien pagado: 500 dólares a la semana, pensión completa que incluye todas tus comidas.

El corazón le dio un vuelco al mismo tiempo que se le hacía un nudo en el estómago. Era demasiado bueno para ser verdad. Quería llorar.

—Pero yo... Tengo una niña pequeña, no pensé que...

El rostro de él se endureció y desvió la mirada. Por algún motivo estaba enojado con ella... no, estaba furioso. Emily no supo qué decir cuando él dejó escapar un fuerte suspiro. Él cerró sus ojos, frotándose con la mano la sombra de color castaño claro que aparecía sobre su mandíbula. Entonces la miró a la cara nuevamente, con esos ojos castaño oscuro que se habían convertido en acero. Emily vio que podía ser un hombre duro.

—Qué, ¿no es suficiente dinero para ti? No puedo soportar los juegos que juegan ustedes las mujeres —Él bajó la voz. Pero eso no hizo que sus palabras fueran menos corrosivas. Dios santo, ¿qué clase de alucinación estaba teniendo este tipo? ¿Tenía un problema solamente con ella... o con todas las mujeres?

—Señor Friessen...

—Brad —la interrumpió, extendiendo la palma de su mano en dirección a ella, un hombre que estaba acostumbrado a hacer las cosas a su manera.

—Lo siento... Brad. No se trata de dinero. Tu oferta es bastante generosa. Es sólo que... Tengo una niña pequeña y sucede que, creo que simplemente asumí que vendría aquí a trabajar durante el día y luego me iría a casa. Alquilo una casa en el pueblo. Estoy recientemente separada, casi, y Katy vive conmigo. Ella tiene dos años, así que tendré que traerla conmigo al trabajo durante el día y... —Estaba balbuceando y se estaba dando cuenta de ellos cuando él la interrumpió.

—Necesito alguien que esté aquí todo el día. Y está el asunto de cocinar la comida. Son las tres comidas, y desayunamos temprano.

—Brad, estoy un poco confundida. ¿Me ofreces el trabajo de igual manera, sabiendo que tengo una niña que estará aquí conmigo?

Se echó hacia atrás viéndose mucho más relajado que antes, un hombre nuevamente en control; su mano golpeteaba el respaldar del sofá.

—Hay lugar en esta casa, hay muchos dormitorios sin ocupar arriba. Este es un trabajo duro. Tendrás que cuidar a mi hijo y cocinar todas las comidas. Tengo dos empleados que comen aquí, bueno, a veces. Viven en una pequeña casa que tengo en el terreno detrás del establo. Una señora viene dos veces a la semana a limpiar, así que sólo tendrás que mantener un poco la casa los días entre medio. ¿Estás interesada todavía? —Emily se deslizó hacia adelante y levantó las palmas de las manos, solo para presionarlas contra sus rodillas.

—Sí, estoy interesada. ¿Me estás ofreciendo el trabajo? Es decir, ni siquiera me has preguntado por mi experiencia, referencias o si tengo un certificado de antecedentes penales —Emily hurgó en su bolso buscando el sobre y sacó la hoja con sus referencias escritas a mano.

—Necesito que empieces de inmediato —Descruzó las piernas y se estiró para tomar el papel, dejando caer la mirada para ojear su lista de nombres. Segundos después levantó la vista hacia ella—. ¿Puedes cocinar?

—Sí.

—¿Eres una criminal?

—No, a menos que cuentes una multa por exceso de velocidad de hace dos años.

—¿Solo una? —La tensión que había dominado esta reunión hacía tan solo un momento había cambiado. Esta ligera broma hizo que la burbuja de preocupación dentro de la panza de Emily explotara. Respiró aliviada anticipando que quizás algo realmente bueno estaba por sucederle— Necesito que me asegures de que mi hijo tendrá prioridad. Si traes a tu hija, ¿podrás cocinar y al mismo tiempo vigilarlo y no ignorarlo?

—No descuidaré a tu hijo, pero tampoco descuidaré a mi hija. Puedo cuidarlos a los dos fácilmente. Soy una madre. Eso es lo que hago —Emily hizo girar su mano en el aire. Él se había quedado callado otra vez. Por mucho que lo intentara, no podía leer su expresión. ¿Qué estaba pensando?

—¿Podrías empezar mañana? —Los oídos le zumbaban. Y se preguntaba si le había escuchado bien.

—Bueno, sí, estaría bien. Pero no puedo mudarnos tan rápido. Tengo toda una casa que empacar.

—¿Qué tal si vienes durante el día hasta que resolvamos los detalles que quedan? Así puedes acostumbrarte a Trevor y él a ti, hasta que puedas mudarte aquí.

—Muy bien. Mañana vendré con Katy. ¿A las ocho y media está bien?

—Suená bien.

Esto era demasiado fácil. Brad se palmeó las rodillas, se puso de pie y, como por arte de magia, pareció hacerse incluso más alto, como si se hubiera quitado un enorme peso de encima. Él se cernió sobre ella. Emily miró su bolso y le dio un tirón extra a la cremallera para asegurarse de que estuviera cerrado, y luego lo deslizó por encima de su hombro. Lo agarró firmemente mientras se quedaba de pie ante este hombre enorme.

—Tengo un buen presentimiento acerca de esto, Emily. Hay algo en ti. Creo que este acuerdo funcionará para los dos. Amo a mi hijo y sólo quiero lo mejor para él —La acompañó hasta la puerta.

—Mañana entonces, Brad. Y gracias por el trabajo.

Le golpeó la mano cuando se dio vuelta torpemente para estrecharla. Dios, hoy era una verdadera patosa. Maldijo su falta de autoestima, que a veces le impedía comportarse en entornos educados. Y para empeorar las cosas, él la había tomado del hombro antes de que pudiera romper algo, y la guió a través de la puerta. Sentía el rostro al rojo vivo, otra vez. Trató de esquivar la cabeza, pero al salir por la puerta, se vio obligada a estar cara a cara con él cuando abrió la puerta de mosquitero blanca, que ella estaba segura de que era de la década de 1930.

Él miró por encima de su cabeza, obviamente percibiendo su incomodidad, se metió la mano en el bolsillo y recostó su otro brazo encima de la puerta de mosquitero. Sus mangas estaban arremangadas a la altura de sus codos, exhibiendo sus antebrazos bronceados y bien proporcionados. Antes de que pudiera marcharse, él sacó la mano de su bolsillo y la extendió.

Ella puso su mano en la de él y él la estrechó no demasiado fuerte, sino de manera gentil y amigable, para sellar el trato.

—Conduce con cuidado, Emily. Hazme saber cuando hayas hecho los arreglos necesarios para tu mudanza, enviaré a mis hombres a ayudarte.

—Guau, gracias —Estaba sudando otra vez, y entonces recordó a la mujer que había atendido el teléfono cuando había llamado. Era mejor preguntar ahora así se evitaba preocupaciones y no se quedaba toda la noche pensando en que no había preguntado—. ¿Qué hay acerca de la madre de Trevor, fue ella quien atendió el teléfono? —Una oscura sombra cayó y endureció su apuesto rostro, convirtiéndolo en uno que albergaba algo oscuro y que envolvía algo para nada agradable. Hay un problema. Le dio un tic en la mejilla.

—No esa era Mary Haske, mi vecina que me ayuda —Cierta acidez invadió el tono de su voz, que no era para nada gentil ni amigable ahora—Ya la conocerás. Es una vieja amiga de la familia que conozco desde que era un niño. La madre de Trevor no vive aquí ni ve a Trevor.

Por la manera en la que este hombre contenía su furia, ella sentía que acababa de arrancar una costra muy bien cicatrizada, causada por una mujer que le había roto el corazón y que había hecho algo por lo que este hombre la odiaba. No lo hagas enojar. Sí, había entendido la advertencia. Sabía que algunas personas no perdonaban, se aferraban al odio y lo dejaban convertirse en un mono que cargaban a cuestas. Emily tragó saliva y luego retrocedió.

—Te veré mañana.

CAPÍTULO 4



CON LAS MANOS SUJETAS ALREDEDOR DEL VOLANTE, EL CONDUCIR SOLA SE había convertido en unas mini vacaciones, unas que rara vez podía disfrutar. Le daba tiempo para pensar, evaluar su vida, soñar a lo grande y poner sus planes en su lugar. Eso era lo que estaba haciendo ahora, luego de esta entrevista fuera de lo común.

—Notificaré al rentero, empacaré luego de que Katy esté en la cama y podré, con suerte, estar lista para el fin de semana. Sí, esto será sencillo —De alguna forma, sentía que este cambio le daría un alivio.

Gina parecía estar pegada a la ventana cuando Emily estacionó en la entrada. Antes de que Emily detuviera el automóvil, ella ya había abierto la puerta principal de un tirón y había salido de un salto con Katy trepada a su cadera.

Su pequeña princesa rubia aplaudía y chillaba de alegría, extendiendo los brazos hacia su madre. Las oxidadas bisagras de la puerta de su camioneta chirriaron cuando Emily la cerró, al tiempo que Katy aterrizaba en sus brazos. Emily inhaló su suave aroma a bebé, besando sus regordetas mejillas una y otra vez.

—Tengo el trabajo, mi niña, y empezamos mañana.

—¡Sí! Oh, sabía que podías hacerlo —Gina dio un par de puñetazos al aire con sus delgados brazos antes de abrazar a Emily y Katy—. Hace mucho

frío aquí afuera, vamos. Entonces, cuéntamelo todo, detalles, detalles. ¿Para quién estás trabajando? —Gina palméo las manos para hacer que Emily se apresurara a entrar.

Emily, con el abrigo y los zapatos aún puestos, cargó a Katy hacia la oscura sala de estar, en la que se encontraba su sofá verde brillante que había visto días mejores. Se dejó caer en su sillón mecedora de tartán escocés y suspiró, emitiendo un sonido de satisfacción, como si todas las cargas que llevaba en su interior hubieran desaparecido. Dejó a Katy en el piso, en la fea alfombra beige sobre la que gateó hasta agarrar su muñeca, que tenía manchas de tinta azul en toda su cara de plástico. Emily observó mientras Katy colocaba a la muñeca en el cochecito para muñecas que estaba estacionado al lado de la chimenea, y comenzaba a pasearla por todo el salón.

—Tenemos que mudarnos a su rancho.

—¿Mudarse? ¿Por qué? —Gina se sentó frente a Emily en el borde del sofá verde oscuro.

—El trabajo es cuidar a su hijo pequeño, jornada completa. Es un padre soltero y administra el rancho solo. Necesita a alguien que esté allí para cocinar el desayuno, el almuerzo y la cena. Es lo mismo que ya hago, nada más que ahora me pagarán por ello —Emily no pudo aguantarse una enorme sonrisa.

—¿Tiene dentro de la propiedad una casa en la que puedas vivir? —Gina se pasó las palmas de ambas manos a lo largo de sus rodillas.

—Nos mudaremos a la casa de él. Es inmensa y hay lugar suficiente — Hubo un ligero cambio en la voz de Emily. Y Gina, que era Gina, nunca se perdía de ningún detalle, y podía hacer temblar a cualquiera que intentara ocultarle el más mínimo detalle. Gina entrecerró sus ojos de color castaño oscuro y enderezó la columna vertebral mientras se inclinaba hacia adelante.

—Llámalo un don heredado del lado de mi madre, pero, cariño, soy una chica de origen irlandés-italiano a la que no puedes engañar. Hay un montón de problemas con ese arreglo, y sé que hay algo que me estás ocultando. Así

que es mejor que me lo digas. Todo —Emily levantó la vista hacia el techo de estuco bajo y deslucido, y se hamacó en la silla que chirriaba. Respondió sin hacer contacto visual con aquellos ojos entrecerrados que incineraban y eliminaban otra capa de la coraza protectora de Emily.

—Es el hombre más atractivo que he conocido jamás, y es arrogante y rencoroso, y pasé vergüenza como la idiota torpe y socialmente inepta que soy. Y Trevor, ese es su hijo, no tiene a su madre con él. No sé qué sucedió con ella, pero evidentemente es un asunto delicado para él. Uno del que no está dispuesto a hablar y que no tiene en muy alta estima. Y desde donde, sospecho, juzga a todas las mujeres.

—Oh, ya veo —Gina se puso de pie en el momento en que la pava comenzaba a silbar en la cocina. Rodeó la barata y cuadrada mesita de centro y se detuvo—. Emily, querida, lo mejor es que estés segura de que te estás metiendo en esto con los ojos bien abiertos. Puedo ver esa mirada soñadora que estás tratando de ocultarme con todas tus fuerzas. No te olvides de que acabas de echar a un inútil bueno para nada. Estás vulnerable, los hombres depredadores que no traman nada bueno pueden darse cuenta de ello y tratarán de sacar provecho. Asegúrate de que los negocios sigan siendo negocios. Porque ahora mismo te estás recuperando y sé que estás soñando con conocer a un hombre de verdad, pero necesitas tiempo para curarte primero. Así que lo mejor es que hagas a un lado esa cara de boba y esos ojitos y te olvides de que crees que es el hombre más apuesto que hayas visto jamás, para que no vaya y se aproveche de ti.

Emily sintió que el aterciopelado cabello de su nuca se erizaba como agudo alambre de púas. ¿Cómo podía Gina decirle algo así a ella? ¿Y qué si era verdad? No podía sacarse de encima la irritación que le ocasionaba la descarada insinuación de Gina de que ella era tan papanatas que había bloqueado su cerebro y caído a los pies de este sujeto. Emily era una persona sensata y de buen juicio. ¿Cómo se atrevía?

—Oh, deja ya el acto del orgullo herido —Gina no se había movido,

aunque la pava seguía aullando en la cocina. Entonces Emily se tomó del brazo de la mecedora y comenzó a levantarse—. Siéntate, Em. Como tu amiga tengo el derecho de señalar algunos obstáculos potencialmente peligrosos. Las amigas nos cuidamos las espaldas, especialmente cuando perdemos la cabeza. Este tipo atractivo y arrogante es tu jefe. Te asegurarás de protegerte. Por lo que me cuentas parece ser bastante inestable, y hombres como esos pueden ser verdaderos imbéciles. Estarás viviendo en su casa. Las reglas que aplican son diferentes. Para empezar, respeto mutuo. Katy estará allí, deberás asegurarte de que el ambiente será adecuado para ella.

Gina se inclinó y besó a Emily en la frente, y luego se apresuró a la cocina para callar la pava chillona. Emily cerró los ojos y se meció. Cuando volvió a abrirlos, su angelito de ojos azul brillante la estaba observando, como si hubiera entendido cada palabra y supiera que un cambio abrupto estaba por ocurrir.

Emily extendió su mano desgastada por el trabajo, una mano de uñas cortas y cuadradas y cutículas rotas, una mano que sabía que nunca aparecería en un comercial de jabón lavavajillas Ivory. Eran manos reseca, simples y serviciales. Pero a su querida Katy no le importaba. Estaban llenas de amor, y eso era lo único que Katy quería al momento de agarrarse de los dedos de Emily y treparse a su falda. Gina le gritó desde la cocina.

—¿Qué tan pronto debes mudarte? —Emily no pudo evitar que la alegría le invadiera la voz. Sonrió amorosamente a su hija, que había recostado su rosada mejilla contra su generoso busto y cuyos párpados comenzaban a cerrarse. Se le dificultaba mantenerlos abiertos mientras succionaba su chupón.

—Tan pronto como pueda empacar. Brad quería que estuviéramos allí para ayer.

Gina reapareció a través de la arcada que separaba la cocina de la pequeña sala de estar y del comedor. Se inclinó contra la pared blanca y ordinaria que estaba a un lado de la chimenea, mientras fruncía el ceño. Se

cruzó de brazos mientras una aguda chispa de luz brillaba en sus ojos, y entonces se frotó el mentón con los dedos índice y pulgar, de atrás hacia adelante. Esta era una señal evidente de que Gina estaba formulando un plan.

—Llevaré a Katy conmigo al trabajo mañana.

—Muy bien, haré algunas llamadas, traeré a algunas personas para que nos ayuden a empacar. Pero eso será después de que vuelvas de trabajar mañana, y si todo está bien, y esta resulta ser la bendición que tanto te mereces, podrás notificar al rentero mañana a la noche. No antes.

Era buena, y Emily sabía que, si llegabas a encontrarte en medio de una crisis, Gina era la persona que querías tener de tu lado para controlar la situación. Había sido secretaria, productora, y era la fuerza que impulsaba la exitosa vidriería de su esposo, así que lo mejor que podías hacer era dejarle las llaves y dejarla tomar el control. Estos detalles mundanos abrumaban a Emily, mientras que Gina podía intervenir, diseccionar y elaborar un plan sensato y viable, con categorías codificadas por color, marcadas con resaltador en las anotaciones que seguramente iba a realizar. Sí, no podía esperar más.



A LA MAÑANA SIGUIENTE, antes de que Bob se marchara, Emily dejó caer la pequeña bomba de que había conseguido un trabajo y de que se mudaría. Su exagerada respuesta, que no era para nada inesperada, fue que sus mejillas se pusieron de un color carmesí ardiente y que se quedó boquiabierto a causa de la evidente conmoción. Ups, parecía que la sensación de ella era correcta. Él había estado esperando que ella fracasara, pero al demonio él y su expectativa de que ella volviera arrastrándose a sus pies. Antes muerta que siquiera pensar en ello. No, era casi libre. Y para comprobarlo, Gina llegó inmediatamente antes de que Emily partiera a su primer día de trabajo en el rancho, con tres páginas de indicaciones, codificadas por color de acuerdo a

su prioridad. Cosas que Emily necesitaba hacer, junto con nombres y números de contacto que incluían el abogado que se encargaría de su separación legal, las compañías de gas y electricidad, la notificación para el correo para el cambio de domicilio y una página entera de preguntas concretas para hacerle a Brad, algo en lo que Emily debería haber pensado pero que no hizo, en su nube de entusiasmo.

¡Guau! Echó una ojeada a la lista, abrazó a Gina y se apresuró a subir a la camioneta con Katy, maravillada por la capacidad de organización de esta mujer.

Y aunque Gina se ofreció, una vez más, a quedarse con Katy esta mañana, Emily sabía qué tan importante que era el día de hoy. El tener a Katy hoy con ella serviría para tantear el terreno, a todo o nada, como dice el proverbio, y descubrir qué tan bien esperaba —no, qué tan bien creía que saldrían las cosas.

—Todo saldrá bien.

Tenía que ser así, teniendo en cuenta que estaba desarraigando a Katy para vivir en un hogar que no era suyo. Los niños necesitan estabilidad, por lo que Emily sintió un repentino subidón en espiral desde la boca del estómago y hasta el pecho, como si hubiera viajado hacia adelante al futuro y de vuelta, sin ninguna posibilidad de analizar o cuestionar su cordura, mientras conducía a través del conocido portón de Echo Springs, pasando la cerca de troncos de madera que enmarcaba cada uno de los costados de la larga, sinuosa y frondosa entrada, en donde la ruta de tierra y ripio parecía recién apisonada.

Y eso estaba bien, ya que Brad estaba esperando afuera, en el desnudo jardín de su bonita casa Victoriana. Todo ese poder masculino en bruto, un metro ochenta y ocho centímetros de robustez. ¿Cómo podía un hombre que llevaba una gastada campera marrón exudar toda esa energía atractiva y seductora?

—Oh, mierda —Si no la tuviera a Katy para distraerla de esos magníficos

ojos de color whiskey que veían directamente dentro de su alma, probablemente se tropezaría con sus propios pies.

Emily estacionó su camioneta y se concentró en quitar las llaves y cerrar la cremallera de su bolso. Cuando levantó la vista para mirar a través de la ventana, Brad estaba alzando a un niño pequeño que estaba abrigado con un buzo de capucha de color azul oscuro, y lo estaba sentando en sus hombros. Se acercó a Emily pavoneándose de una manera que parecía decir que él era dueño, y estaba orgulloso, de este terreno. Emily abrió su puerta tratando de controlar el temblor de sus manos. Cerró la puerta de un portazo y se apresuró a dar la vuelta para ir al lado del acompañante y abrir la puerta corrediza.

—Llegaron —Ella podía oler su fragancia terrosa, sin sándalo, cuando miró hacia arriba. Su sonrisa era embriagadora, y hoy estaba mucho más relajado, más amable. Quizás si se portara como un imbécil otra vez, eso ayudaría a que ella se calmara.

—Llegamos —Bien, qué tan estúpido era eso. Emily se dio la vuelta antes de que el rostro se le ruborizara aún más, y se concentró en desabrochar el cinturón de seguridad del asiento para niños de Katy.

—¿Y a quién tenemos aquí? —Su voz era juguetona, ligera y llena de ternura. Él era un hombre completamente diferente del de ayer y no solo que no ignoró a Katy, sino que se acercó a ella y le hizo cosquillas en el mentón. Hurra, otro ítem completado en la detallada lista de Gina, la lista para reorganizar la vida de Emily.

—Esta es mi hija, Katy. Katy, él es Brad, el hombre del que te hablé — Ella se rió y cerró su dulce boquita coqueta en un ardid de “niña demasiado tímida” al que siempre echaba mano cuando conocía a una persona nueva. Emily estaba segura de que este era solo un indicio de las estrategias con las que luego manipularía a más de un hombre para tenerlo en la palma de su mano—. Lo siento, ella es tímida al principio, pero espera a que entre en confianza y entonces no parará de hablar.

Él rió con una calidez tan genuina que, por un momento, Emily dudó de que fuera el mismo hombre difícil que había conocido el día anterior. Trevor saltó en los hombros de Brad mientras recitaba “blib, blib” hasta que Brad lo bajó. Deambuló hacia el amplio camino de piedra que llevaba hasta los escalones del frente.

—¿Él es Trevor?

—Sí, ese es mi muchacho —Brad se llevó las manos a los bolsillos mientras vigilaba a su hijo.

—Hola Trevor, soy Emily... —El pequeño nunca giró hacia ella, no tenía interés ni en ella ni en Katy—¿Cuántos años tiene Trevor? —La frialdad había vuelto al rostro de Brad. No la miró.

—Tres —Se aclaró la garganta ásperamente. Trevor se detuvo en el medio del camino de piedra y se puso de rodillas. Comenzó a excavar con sus pequeños deditos alrededor de una piedra—. No, Trevor —Brad se lanzó y levantó a Trevor rápidamente.

—No, no, no —gritó Trevor una y otra vez, luchando contra Brad. Sus pequeños puños le pegaban a Brad en la nariz.

—Detente, Trevor. Emily está acá, recuerdas que te dije que ella iba a cuidarte —Pero no dejó de chillar. De hecho, cambió sus palabras a una especie de “wii, wii, wii” cuando Brad le agarró las manos—. Debe estar cansado, toda esta novedad contigo aquí lo está alterando —gritó Brad por encima de su tenso hombro.

La ansiedad de él estaba de vuelta, pero pues por supuesto, qué momento más incómodo. ¿El niño era siempre así?

—Ven adentro Emily, le daré a Trevor unas galletas y luego puedes comenzar.

Katy se quedó en silencio y quieta en los brazos de Emily, mientras ambas miraban a Trevor desde una distancia segura. Emily pasó a Katy de un brazo al otro y siguió a un Brad tenso e incómodo hacia el interior de la casa.

Qué diferente que estaba la casa hoy. La prolija y ordenada sala de estar

con elegantes sillones de cuero y piso de madera, que podría haber sido la portada de cualquier revista de decoración, era un completo desastre hoy. Emily pasó por encima de juguetes de plástico, cajas de rompecabezas y piezas desparramadas a lo largo de toda la habitación, desde uno de los extremos hasta la pared más lejana de la cocina. Había dos colchas de lana y dos mantas tejidas al crochet colgando del sofá y tiradas por el piso. Había sido una dura noche o mañana, o algo por el estilo. La cocina estaba todavía peor. Brad abrió de golpe la puerta de la bonita alacena blanca, la que tenía el centro de vidrio templado, y agarró una caja de galletas saladas de queso con un personaje de dibujos animados en el envase rojo brillante. Katy se abrazó con más fuerza al cuello de Emily mientras el niño chillaba cada vez más fuerte.

Pero Emily no podía superar los platos sucios, las cajas de cereal y los envoltorios de comida vacíos que llenaban el fregadero y cubrían cada centímetro de la mesada. Y el hedor, ¿qué era ese olor?

Giró dando una vuelta completa y tuvo que levantar su pie del piso pegajoso. Aunque parecía que esta cocina había sido remodelada recientemente, con electrodomésticos lujosos, alacenas y quizás una mesada realmente fina de piedra pizarra verde azulado, no podría poner las manos en el fuego por ello, considerando el estado en el que se encontraba.

Los ojos de él estaban fijados en ella, observándola, el ceño fruncido profundizaba las líneas de cansancio alrededor de sus ojos. Ella sintió que él se replegaba, de la manera en que hacen los hombres cuando creen que los estás juzgando, algo que ella no estaba haciendo. O quizás él estuviera esperando a que ella se diera la vuelta y saliera corriendo por la puerta.

—Bueno, es mejor que empiece pronto si es que queremos almorzar. Me va a tomar una buena hora o dos limpiar todo este desastre, ya que tengo que cuidar a los niños —Brad se sonrojó.

—Mira, lamento todo esto... —Hizo un gesto con la mano en la que tenía la caja de galletas— Si te parece demasiado hacer esto y cuidar a los dos

niños... —No terminó la oración ya que se escuchó el crujido de la grava debajo de un pesado camión que se estacionaba, seguido de un breve bocinazo. Emily miró hacia el estrecho corredor que llevaba de la cocina a una puerta trasera. Lo que sonaba como un hombre gigantesco subió pesadamente lo que ella suponía que eran los peldaños de la parte de atrás, las bisagras de la puerta de mosquitero chirriaron primero, y luego la puerta con la pequeña ventana de vidrio cubierta por una cortina.

—Hey Brad, Dudley está aquí con el pienso para el ganado, te necesitamos aquí —El hombre que se cernía en el umbral de la puerta, que debió de haber tenido más de un metro ochenta de altura, vestía una camisa de lana de tartán escocés y una gorra de béisbol naranja. Parecía que habían pasado varios días desde la última vez que se había afeitado. Emily se dio la vuelta para mirar a Brad, que cerró los ojos y sacudió la cabeza.

—Mierda. Lo siento, Emily, tendrás que arreglártelas sola. Tengo que ocuparme de esto —Le entregó a Trevor al tiempo que le encajaba un puñado de galletas en la boca. Emily bajó a Katy a su lado y ella, sintiéndose insegura, rápidamente se agarró de los jeans negros de su madre, justo por debajo de la rodilla.

—Bien, en realidad no estoy... —Brad no le prestó ninguna atención en absoluto, solo le puso a Trevor en los brazos junto con la caja de galletas. Ni siquiera la miró al pasar.

—Te veo a la hora del almuerzo —Y entonces desapareció por la puerta trasera, dejando atrás las anticuadas paredes de paneles pintados a la cal que llenaban el estrecho corredor, cerrando la puerta detrás de él. Emily no podía creerlo. Se quedó allí, sosteniendo un niño callado que no tenía ningún interés en ella. Él tendría que estar mirándola con los ojos muy abiertos, quizás sentirse incluso un poco temeroso de la desconocida que lo tenía en brazos. Su único interés era la caja de galletas.

—Mamá —Katy tironeó de sus jeans, luego se llevó el pulgar a la boca y extendió los brazos.

—Oh, Katy mi niña, no puedo tenerlos en brazos a los dos —Emily se agachó y sentó a Trevor en el piso. Cuando intentó ponerse de pie con la caja de galletas, Trevor chilló “na, na, na”. Mierda que gritaba fuerte—. Aquí tienes, no necesitas reaccionar de esa manera. Usa las palabras —Emily le entregó la caja de galletas. Otra vez evitaba hacer contacto visual con ella. Por un momento se preocupó de que pudiera ahogarse, ya que se las estaba metiendo en la boca tan rápido. Katy golpeteó su pierna y apuntó a la caja. Por supuesto, ella también quería—. Katy, ¿qué te parece si en lugar de eso te doy una banana? —Dejó caer su bolso en la mesa pegajosa y desordenada y sacó una banana, dejando la caja de galletas de arroz orgánicas de Katy fuera de vista. Corrió una silla de madera y sentó a Katy—. Debería haber traído tu sillita. Sabía que me olvidaba de algo —Emily se sacó el abrigo y se arremangó, echando una ojeada a la cocina rectangular y descuidada, repleta de sobras de comida, un fregadero desbordante de tazas y platos con agua sucia y viscosa. La enorme estufa blanca a propano estaba cubierta de grasa y llena de cacerolas sucias. Miró agobiada en dirección a la puerta trasera, por donde Brad había escapado. Entonces él no es infalible; ese pensamiento los ponía a ambos a la misma altura.

CAPÍTULO 5



HABÍA TERMINADO A TIEMPO. AL MIRAR EL RELOJ VIO QUE SOLO LE HABÍA tomado dos horas fregar cada una de las cacerolas, cargar el lavavajillas, ponerlo a andar dos veces, pero eso solo después de humedecer y raspar los restos secos de comida. ¿Tenía él que ensuciar todos los platos de la casa?

Trevor era un tema completamente distinto, ella nunca había visto a un niño que estuviera tan feliz de jugar solo. Katy intentó dos veces compartir su muñeca e incluso agarró uno de los autos de juguete de él y jugó a su lado en la alfombra. Él la ignoró hasta el momento en que ella agarró el auto verde que él había colocado en una línea recta a lo largo de la mesa de centro. Dio un grito agudo y estridente, como si alguien lo hubiera lastimado. Katy, por supuesto, empezó a llorar y soltó el auto. Trevor, sin mirarla, tomó el auto y volvió a ponerlo en su lugar específico, en línea. Excepto que ahora, estaba haciendo un sonido “wop, wop”. Emily abrazó a Katy y la llevó hacia la cocina. Luego se ocupó de que estuviera cómoda con su muñeca Dolly, lejos de Trevor. Emily le preguntó a Trevor qué sucedía y le pidió que no gritara, sino que hablara. Él la ignoró. Tendría que hablar con Brad, parecía extraño que un niño actuara de esta manera. Quizás tuviera problemas de abandono. Se quedó pensando en ello mientras limpiaba y buscaba en la escasa despensa algo comestible para preparar algo para todos a la hora del almuerzo.



EMILY ESTABA REVOLVIENDO la sopa en la estufa cuando alguien golpeó a la puerta principal. Apagó el propano y fue apresuradamente a la puerta, echando un vistazo a Trevor y a Katy, que estaban viendo Dora en el gran televisor de pantalla plana. En realidad, era Katy la estaba sentada en el sillón mirando, Trevor estaba saltando con ambos pies a cinco centímetros de la pantalla. Emily abrió la puerta y se encontró con un tipo bajito que llevaba una gorra marrón.

—Entrega para Brad Friessen.

—Él está afuera, en la parte de atrás, ¿necesitas que lo firme?

—Sí, señora, pero puede usted firmar por él si jura que él vive aquí y que usted le entregará el paquete —El sujeto se metió un chicle en la boca y sonrió. Quizás así fuera su sentido del humor.

Emily firmó por el paquete y cerró la puerta. Desde la cocina llegó el eco de un fuerte estallido y de lo que se oía como ruido de vidrios rotos.

CAPÍTULO 6



—¡OH, MIERDA! —EMILY DEJÓ CAER EL PAQUETE Y CORRIÓ POR EL GASTADO piso de madera. Katy estaba de pie en la arcada con los ojos muy abiertos.

—Mamá, Trevor malo —Katy señaló al niño pequeño y de cabello oscuro, que vestía pantalones azules de algodón y una camiseta a rayas. Estaba descalzo, sentado en un charco de líquido naranja y pegajoso al lado de la puerta abierta del refrigerador. El estante plástico de más abajo sobresalía como un pulgar a medio extirpar y colgaba hasta el piso. Había frascos y recipientes estaban desparramados por el suelo. Pedazos de vidrio y pickles rodeaban a Trevor—Trevor, no te muevas.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —La puerta trasera retumbó y Brad entró a la cocina pisando fuerte, rozó a Emily de pasada, se agachó y levantó a su niño empapado, sacándolo del medio del desastre— Quédate allí —Su voz profunda y humeante habló de manera cortante mientras arrojaba una mirada acusadora a Emily—. ¿No estabas vigilándolo, cómo demonios pudo haber pasado esto?

Trevor intentó de meterse en el charco de jugo naranja, agitando los brazos y gritando “da, da, da”. Una y otra vez.

—Maldita sea, te cortarás con el vidrio —Brad levantó a Trevor y lo puso al lado de Katy, que estaba quieta e insegura en el umbral de la puerta. Grandes lágrimas inundaban sus ojos. Parecía que iba a largarse a llorar.

—Brad, un repartidor te trajo un paquete, tuve que firmar por él. Trevor estaba enfrente de la televisión. Solo le di la espalda por un segundo.

Las paredes de color crema parecían vibrar por la tensión que se acumulaba en el aire. Katy rompió en llanto y Brad, irritado, se pasó los dedos enormes y callosos por el cabello, las manos de un hombre trabajador. Rechinó los dientes en la mandíbula tensa y fuerte. Su nuez de Adán subió y bajó. Luego suspiró y lanzó las manos al aire mientras Emily levantaba a Katy. Rió cansadamente y algo se suavizó en el momento en que esos ojos magníficos se conectaban con los de ella.

—Bien, limpiemos esto —Brad buscó un rollo de toallas de papel de la repisa que estaba al lado de la puerta trasera. Arrancó hojas y las dejó caer en el charco de jugo. Emily besó a Katy en la cabeza y le secó las lágrimas.

—Ve a ver Dora y deja que limpie este lío. Iré a buscarte luego —Katy se quedó prendida del cuello de Emily cuando ella intentó hacer que se quedara en el sofá. Pero la tranquilizó dándole su muñeca y así pudo escaparse. Trevor era un asunto completamente distinto. Estaba haciendo un sonido “wop, wop” mientras se balanceaba hacia adelante y hacia atrás a pocos centímetros de los pedazos de vidrio que Brad había amontonado para levantarlos después.

—Es mejor que me lleve a Trevor y lo limpie —No esperó una respuesta, sino que se agachó frente al niño. Estaba lloriqueando con los pantalones empapados de jugo, haciendo un sonido diferente ahora, “wii, wii, wii” una y otra vez mientras jugaba con sus dedos—. De hecho, Brad, no sé dónde queda su habitación. Si pudieras indicarme adónde queda el baño y su habitación, lo cambiaré y le pondré ropa limpia.

Le tomó a Emily un momento para darse cuenta de que Brad había dejado de limpiar y estaba mirándola con una mirada que parecía ser de confusión, o quizás no había comprendido del todo lo que ella le había preguntado. Luego arrojó la bola de papel empapado en una bolsa de residuos negra y se puso de pie, a su altura completa. Hizo un gesto hacia la parte de atrás de la cocina,

había una escalera al lado de la puerta trasera.

—Solo sube las escaleras, la primera puerta a la derecha es el baño, la habitación de Trevor está del lado izquierdo —Emily dudó enfrente del niño. No porque sintiera miedo sino porque no sabía cómo reaccionaría él ante ella. Podía sentir el calor que emanaba de su padre y que le quemaba la espalda. Claramente, ella era el centro de la atención.

—Vamos Trevor, vamos a limpiarte —Ella contuvo el aliento, esperando a que él se saliera de control. No quería que eso sucediera enfrente de Brad, ya estaba lo suficientemente nerviosa así como estaban las cosas. Trevor estaba todavía agitado y gemía cuando Emily lo tomó por debajo de los brazos y lo levantó. Trevor no la miró, pero le echó los pequeños y regordetes brazos al cuello, y las piernas mojadas alrededor de la cintura. Bien, por ahora todo estaba bien. Emily se detuvo debajo de la arcada—. Katy, ven con mami.

Emily subió las escaleras de madera con seguridad, con Katy justo detrás de ella.

CAPÍTULO 7



EMILY SENTÓ A TREVOR EN LA LARGA Y DECOLORADA ENCIMERA DE MÁRMOL al lado del lavabo del baño. Katy estaba sentada en un pequeño taburete al lado del inodoro. El baño era grande y moderno, y tenía una bañera, muchos gabinetes y espacio para vestirse. Emily buscó una toalla de color borgoña en uno de los gabinetes y abrió el grifo hasta que el agua salió tibia. Mojó la toalla, la retorció, y, agarrando a Trevor de la pierna cada vez que se retorció para liberarse, le limpió cuidadosamente las manos y luego la cara.

—Muy bien, Trevor, ponte de pie. Vamos a quitarte esa ropa mojada.

Katy, su ángel de dos años y ojos brillantes, miró hacia arriba. Trevor no lo hizo, en vez de eso se metió la toalla en la boca y la masticó. Esos ojos azul claro no la reconocían ni a ella ni a nada de lo que ella había dicho. Parecían vidriosos, indiferentes.

—¿Qué sucede contigo Trevor? —Emily chasqueó los dedos. Él no se sobresaltó ni levantó la vista—. Levanta los brazos —Ella lo ayudó a pararse en la encimera, pero entonces se estiró para agarrar la toalla húmeda que ella le había quitado de la boca. Y chilló. Emily le quitó la camiseta y le devolvió la toalla. Él volvió a metérsela en la boca. Momentáneamente satisfecho, de estar chupando la toalla, Emily se apuró a terminar de asearlo.

Llevó a Trevor de la manera en que lo hace una madre, cargándolo sobre su cadera, a lo largo del pasillo alfombrado hasta llegar a una gran habitación

infantil, en la que había una cama de auto de carreras y una mesa de luz con una lámpara de caballos. Había también una cómoda alta de seis cajones de caoba y una estantería de juguetes llena de autos, muñecos de peluche y libros para niños. Emily hurgó los primeros dos cajones hasta que encontró otra camiseta manga larga de algodón azul oscuro con pantalones haciendo juego, y un par de medias. No tuvo problemas en pasarle la camiseta por la cabeza y en ayudarlo a ponerse los pantalones, ya que estaba tan concentrado masticando ese trapo. Pero cuando intentó ponerle las medias blancas de algodón le arrojó la toalla a Emily, y se quejó con un chillido muy agudo mientras empujaba las manos de ella y le pateaba las piernas.

—Bueno, no te pondremos medias hoy entonces. Las haremos a un lado de momento —Quizás esa era la razón por la que andaba descalzo. Se calmó cuando Emily puso las medias nuevamente en el cajón. Trevor se apuró a tomar la toalla que había dejado y volvió a metérsela en la boca—. No voy a pelear contigo, Trevor. Quédate con la toalla por ahora. Vamos, Katy. Vamos abajo —Esta vez llevó a Katy en brazos y tomó a Trevor de la mano, escalera abajo hacia la cocina. Trevor no miró hacia arriba ni una sola vez, de la manera en que uno espera que haga un niño, con una pequeña sonrisa o una mirada al pasar, estableciendo una conexión en esa forma personal de comunicación no verbal. Trevor se concentraba en los balaustres y en su mano al pasarla por entre medio de cada uno de ellos durante todo el trayecto hasta el último peldaño.

La puerta de mosquitero chirrió y se golpeó contra el marco de madera. Un hombre corpulento de mediana estatura que vestía una campera de leñador verde a cuadros entró sigilosamente. Tenía sus botas de cowboy embarradas. Se bajó el borde de su gorra de béisbol negra. Mechones de cabello oscuro sobresalían de debajo de ella, y tenía el equivalente a varios días sin afeitarse en sus redondas mejillas.

—Hey jefe, ¿qué quiere que hagamos con el heno de primavera? ¿Todavía quiere ordenar más de Harley? No podemos esperar por mucho

tiempo. Solo tenemos lo suficiente como para unos pocos días más.

—Ah, mierda —Brad miró por encima del hombro, pero no se levantó de donde estaba agachado, con unos jeans ajustados que exhibían unas nalgas perfectas, enfrente de un refrigerador abierto. Encastró la barra inferior de nuevo en su lugar. El piso ahora estaba limpio, y una bolsa de residuos negra estaba metida contra el gabinete. Trevor se soltó la mano y fue corriendo dejando atrás al otro hombre. “Iiig, iig” gritó una y otra vez, gesticulando salvajemente hacia el refrigerador.

Brad cerró la puerta, pero Trevor no dejaba de golpear la puerta blanca y brillante. Brad pareció cansarse de repente mientras dejaba escapar un pesado suspiro.

—¿Qué quieres? ¿Jugo? —La tensión espesaba el ambiente de esta enorme cocina cuadrada. Intentar descubrir lo que este niño quería era agotador y Emily solo podía observar.

El hombre extraño, que ahora estaba de pie junto a Emily, se puso las enormes y sucias manos en la cadera.

Brad los ignoró a ambos y tomó el brazo de Trevor.

—Ven aquí —Abrió la puerta del refrigerador y Trevor prácticamente se metió de cabeza para agarrar el cartón de huevos. Su papá lo levantó con un solo brazo y cerró la puerta—. De ninguna manera, ¿qué te parece una galleta?

—Brad, el almuerzo está casi listo. Sólo necesito recalentar la sopa. Todo estaba listo antes de que llegara tu paquete. Oh, lo siento, lo dejé caer cerca de la puerta —Brad bajó a Trevor y este corrió otra vez a la heladera intentando abrirla, chillando a todo pulmón. Este niño estaba fuera de control. Brad levantó a Trevor otra vez y sacó una caja de galletas con chispas de chocolate de la alacena. ¡Bingo! Trevor dejó de patalear y gritar, lo suficiente como para meterse una galleta ávidamente en la boca.

—Oh, lo siento, al menos así se quedará callado y podrás servir el almuerzo.

Emily endureció los labios y se cruzó de brazos. Él cedía ante este niño, hablando de reforzar el mal comportamiento. Pero este no era el momento. Fue rápidamente a la estufa y encendió la hornalla, calentando la olla de sopa. Brad la ignoró y habló con el enorme hombre en la cocina.

—Emily, ¿cuánto falta para que esté lista la comida? —Ella no se dio vuelta.

—Cinco minutos.

CAPÍTULO 8



TRES DÍAS DESPUÉS DE ESE TERRIBLE PRIMER DÍA, EMILY SE MUDÓ A LA CASA de Brad.

Cerró la puerta de vidrio del armario de su nueva habitación, que estaba al lado del baño principal, que a su vez estaba al lado del dormitorio principal de Brad que se encontraba al final de las escaleras. Katy se había quedado dormida encima de su cubrecama verde irlandés, en su pequeña cama de una plaza, aferrada a su muñeca de Dora y su desgastada manta de bebé azul.

Recién esta mañana Emily descubrió que esta casa había sido construida por el abuelo de Brad en los años 40. Esta casa de dos pisos y más de 900 metros cuadrados contaba con cinco grandes dormitorios. El de Emily estaba recién pintado de un blanco tiza, con alfombrado color beige claro y un gran ventanal con vista al potrero y al pastizal de los caballos, y una bonita perspectiva de las montañas a lo lejos. La habitación de Trevor estaba cruzando el pasillo. La de Katy estaba justo al lado de la de Trevor, con lo cual quedaba un gran dormitorio en el extremo del pasillo que estaba repleto de cajas y muebles.

Cuando Emily notificó al propietario de que se estaba mudando, incluso a pesar de haberlo hecho con tan poca antelación, la dejaron ir deseándole buena suerte. Gina había cumplido su palabra. Gina, Fred, sus dos hijos adolescentes y casi la mitad del vecindario, ayudaron a empacar y mudar a

Emily al rancho en tres días. Katy parecía estar feliz y tranquila, incluso a pesar de ese tenso primer día.

Emily cruzó distraídamente el pasillo hasta la habitación de Katy. Pasó la mano por el cobertor de flores que cubría la cama blanca de princesa de Katy. La lámpara de Winnie The Pooh descansaba sobre la desgastada mesita de noche. Había querido restaurarla varias veces, pero la vida seguía metiéndose en el medio.

Emily echó una ojeada a Katy, que era la aparición misma de un ángel durmiente. Había sido una mañana agotadora, y con todos los cambios que habían ocurrido esta semana y ahora con la mudanza a una casa nueva, no era para nada extraño que Katy, luego de frotarse los ojos, se hubiera trepado a la cama de Emily y se hubiera quedado dormida. Emily peinó con sus dedos el cabello que se le había deslizado enfrente de los ojos. Sin importa cuántas veces hubiera recogido su cabello hoy, seguía soltándose. Ahora, Emily peinaba su cabello hacia atrás y se lo recogía una vez más en una coleta floja. Dejó escapar un pesado suspiro al apoyarse en el marco de la puerta, y una abrumadora sensación la invadió, como si hubiera salido a la superficie a tomar aire. Todo era a causa de este cambio vertiginoso que resultó en su decisión hercúlea de dismantelar y empacar una casa entera, comenzar un nuevo trabajo y reubicarse, todo en el plazo de unos pocos días. La mayoría de las pertenencias de Emily, incluyendo los muebles que Bob no se había llevado, estaba almacenada en una de los edificios calefaccionados detrás del establo.

CAPÍTULO 9



EL ÚLTIMO ESCALÓN CRUJIÓ; ELLA SE DIO VUELTA TAN RÁPIDO QUE SE GOLPEÓ el codo contra el marco de la puerta.

—Oh.

—Lo siento. No era mi intención asustarte. ¿Te hiciste daño?

—No, estoy bien —Su rostro debió de haber estado de color carmesí, de pie en la entrada a su habitación. ¿Por qué la molestaba esto? ¿Y por qué no apartaba él la vista, con esos ojos intensos y oscuros? Pasaron segundos enteros hasta que Brad se aclaró la garganta.

—¿Va bien la mudanza? —Se metió las manos en los bolsillos delanteros, un hombre que protegía sus emociones con un control rígido y mecánico. Pero la chispa de preocupación que opacaba sus ojos era genuina. A Emily le gustaba creer que podía darse cuenta de la falsedad en una persona, pero no podía leer a este hombre. Era demasiado complejo.

—Así lo creo —Emily se aclaró la garganta. El rostro de él se iluminó cuando miró por encima de la cabeza de ella. Ella se dio vuelta para ver qué era lo que él encontraba tan interesante.

—Ha sido un día muy ajetreado para todos nosotros; con un poco suerte ella dormirá por un buen rato —La sonrisa de él se desvaneció. Él estaba parado realmente cerca. Su corazón retumbaba. ¿Y si él podía escucharlo?

Emily necesitaba moverse, pero él le impedía el paso. Tragándose el nudo

en su garganta, se llevó detrás de las orejas los mechones de pelo que, otra vez, se habían escapado de su cola de caballo. Bajó la mirada al piso, un movimiento que le ayudó a calmar sus nervios. Cambia de tema.

—Debería comenzar a hacer la cena, se está haciendo tarde.

Él rozó el hombro de ella con su mano. El calor parpadeó. Él se echó hacia atrás como si se hubiera quemado. Luego su mandíbula se endureció mientras retrocedía, metiendo las manos otra vez en los bolsillos delanteros.

—La señora Haske preparó algo en la olla de cocción lenta cuando vino esta mañana a buscar a Trevor, así que no hace falta. Puedes terminar de acomodarte.

Ella sentía que su lengua se había inflamado y no confiaba en poder hablar. Asintió.

—Tengo que ir a buscar a Trevor —Vaciló como si necesitara decir algo más, pero no lo hizo. Bajó las escaleras de prisa.

—Brad, casi lo olvido... Lo siento, ¿tienes un momento? —Se exasperó ante su incapacidad de conectar dos palabras seguidas con inteligencia. ¿Acabo de tartamudear? Él se detuvo a mitad de camino y se dio vuelta.

—Sí, Emily —¿Cómo había hecho eso? Hasta escucharlo decir su nombre era como música para sus oídos. Al no recibir respuesta de ella, levantó una ceja para apresurarla. Muy bien, chica, habla.

—Eh, creo que di ciertas cosas por sentado; lo siento, lo que intento decir es que solo necesito aclarar algunas cosas.

Él presionó su mano contra la pared. Pareció ponerse más tenso mientras se enderezaba. Ella en verdad estaba complicando las cosas.

—Estás aquí para cuidar a mi hijo y cocinar —Ouch, necesitaría una pinza para quitarse el aguijón de su tono de voz cortante y seco.

—Oh, lo sé. Pero quería hablar acerca de las compras y del lavado de la ropa. Yo me encargo de la ropa de Trevor. ¿Quieres que lave tu ropa también? Es decir, en verdad nunca hablamos de esos detalles. Solamente quiero saber con seguridad... —Emily dejó caer las palabras al ver la extraña

expresión en su rostro. Él dejó caer la mano y apartó la vista. Se rió entre dientes mientras volvía a subir los escalones. Emily no sabía qué hacer, por lo que retrocedió hasta tocar la pared.

—Señorita, tú me sorprendes y muy pocas personas pueden hacerlo. No, puedo lavar mi propia ropa, pero gracias. Tú encárgate de cuidar a los niños y cocinar y yo te daré dinero para hacer las compras. Si no te es molestia lavar la ropa de Trevor, te lo agradecería muchísimo. ¿Te parece justo?

—Es más que justo, Brad. Gracias.

—La señora Haske vendrá un par de veces a la semana para hacer la limpieza. Si necesitas ayuda con algo, no tienes más que preguntar. Disculpa que haya reaccionado así. ¿Está bien?

—Está bien —Ella sonrió ante este estímulo.

—Tengo que irme —Hablaba mientras bajaba apurado las escaleras.

Aunque la casa estaba calefaccionada, Emily se cruzó de brazos y tembló mientras se quedaba parada sola en el silencio, escuchando su paso familiar, el clic de la puerta y el ruido de su furgoneta.

CAPÍTULO 10



INMEDIATAMENTE DESPUÉS DEL DESAYUNO, EMILY SALIÓ APRESURADAMENTE con Katy, Trevor y una lista de compras de un kilómetro de largo.

Brad, haciendo honor a su palabra, le dio bastante dinero. No había demorado demasiado tiempo en la tienda, y tanto Katy como Trevor se habían comportado de la mejor manera. Excepto que hacer la fila por más de cinco minutos se convirtió en un problema. Trevor quiso bajarse del carro de las compras y trató de salir trepándose por sí mismo. Comenzó a gritar cuando Emily intentó hacer que se sentara. Entonces lo cargó, pero él quiso arrastrarse por debajo del carro y subirse a la parrilla de abajo. Emily le agarró las piernas y él gritó, peleando con los brazos. Luego arrojó su zapato, pegándole a la cajera en el medio de la frente con un golpe seco y sonoro. Fue uno de los momentos más horriblemente vergonzosos de su vida, de esos que quedan congelados en el tiempo. La malhumorada cajera se puso hostil y llamó a seguridad. No fue un solo guardia de seguridad el que apareció sino dos sujetos de mediana edad, de rostro adusto, fuera de estado físico, y que parecían imitadores de policías más que otra cosa. Mientras Emily luchaba por calmar a Trevor, que batallaba en sus brazos, y Katy lloriqueaba mientras la sujetaba de la manga, uno de los guardias le advirtió severamente que controlara a su niño. No lo hicieron de una manera amable, llevándola a un rincón, sino que lo hicieron enfrente de todos los otros clientes. Y Emily

todavía tenía que pagar.

Para cuando terminó de cargar todas las compras en su camioneta, con Trevor y Katy sentados y sujetos en sus asientos y masticando las galletas que había apilado en sus regazos, sus entrañas estaban temblando. Estaba preocupada de si realmente su foto estaría pegada en la tienda al lado de cada cajero, con una leyenda debajo que enunciara en negrita, “CUIDADO CON ESTA CLIENTA”.

Mary Haske ya estaba en casa cuando Emily llegó. Mientras Emily entraba las compras, Mary acomodaba a los niños enfrente del televisor. Mary era una robusta señora de setenta años y cabello canoso que usaba lentes bifocales y tenía una sonrisa de abuela que llenaba el corazón de Emily.

Mientras Emily guardaba las compras, Trevor chilló en una voz que sonaba exactamente igual a la de Arthur, el programa de dibujos animados que resonaba en la televisión. Cuando espió a la vuelta de la esquina, vio que estaba saltando y balanceándose enfrente del televisor. Katy estaba acurrucada con su mantita de bebé en el sofá.

—¿Querrías tomar una taza de té conmigo, querida? —Mary llenó con agua caliente una tetera amarilla con flores— Ven, siéntate.

—Gracias, Mary.

Mary preparó una bandeja con leche y azúcar y la llevó a la mesa de cocina de roble que había sido fregada recientemente.

—Siéntate mientras puedas. Vas a pasar la mayor parte del día de pie así que mejor aprovechar los momentos de calma.

Emily aceptó la taza de té caliente, pero sin leche y azúcar.

—Señora Haske...

—Mary, por favor. Insisto. Mi querido Brad, Dios lo bendiga, parece que no puede hacer a un lado la formalidad. Me ha llamado así desde que aprendió a hablar.

A Emily la cautivaba el genuino afecto maternal de esta mujer.

—Mary, Brad me dijo que vives calle abajo y que te conoce de toda la vida.

—Su mamá y yo somos viejas amigas, vi a ese muchacho en pañales. Aquí somos una pequeña comunidad. Ya lo verás. Ayudamos a nuestros vecinos. Vivo calle abajo en un pequeño terreno de cuatro hectáreas, es todo lo que queda después de las 20 hectáreas que Herman le vendió al papá de Brad. Viví aquí toda mi vida de casada; mi Herman, que Dios bendiga su alma, y yo llevábamos casados cincuenta años cuando falleció hace unos años. Me trajo aquí desde la gran ciudad de Spokane. Yo era una chica de ciudad que no tenía idea de granjas y de lo que hacía falta para vivir de la tierra. Él me tuvo paciencia y yo lloré muchísimo. Hice las maletas para marcharme más veces de las que puedo contar. Era una tonta jovencita — Mary sonrió cálidamente. Emily se dio vuelta en la silla para ver a los niños. En realidad, le preocupaba en lo hondo de las entrañas lo que Trevor pudiera hacer después.

—Oh, ellos están bien. Tu angelita parece estar bastante a gusto allí con Trevor.

—Sí, es una niña buena.

Mary envolvió la taza con las manos como si necesitara calentárselas. Miró dentro como si quisiera decir algo, pero no pudiera encontrar las palabras correctas.

—Brad es muy especial para mí. Es propietario de un terreno muy extenso, Emily, más de doscientas hectáreas. Su papá comenzó a comprar parcelas de por aquí cuando los constructores empezaron a acercarse a hablar a las familias. Él no quería que hubiera un montón de terrenos de pocas hectáreas y ciudadanos mudándose aquí. Y Brad ha permanecido fiel a las ideas de su padre. Él es un granjero. Trabaja la tierra, cría el ganado, cultiva el heno, tiene vacas lecheras y es uno de los pocos en la región que se ha mantenido al margen de todos esos antibióticos y hormonas de crecimiento. Tiene talento para los negocios. Astuto cuando los pequeños productores se

fueron a pique. Brad se ha expandido a punto tal que es el mayor productor de lácteos de este lado de la península. Con esto quiero decirte que no es bueno para atender los asuntos del hogar. Estoy aliviada de que te haya contratado.

—Gracias, yo también —Ambas rieron, pero la franqueza de Mary con respecto a Brad le hizo comprender mejor la falibilidad de este hombre difícil.

—Bueno, yo no debería decirte esto, pero Brad y sus dos hermanos eran terribles cuando eran más jóvenes. Una noche el alguacil apareció con los tres en el asiento trasero de su automóvil. Su padre estaba enfurecido, puedo asegurártelo. Luego de eso se puso muy estricto con ellos. Decía que, si tenían todo ese tiempo libre para meterse en problemas, pues bien, él encontraría maneras más productivas de encausar esa energía. Y vaya si lo hizo. Todas las tareas monótonas de la granja las hicieron sus muchachos, todo el verano. No necesitó contratar a nadie ese año —Ambas se rieron de la imagen que había presentado.

—Emily, sabes, Brad lleva bastante tiempo buscando a alguien para este trabajo. Ha sido espantoso. Las mujeres aplican, vienen hasta aquí, trabajan unos cuantos días, ven a Trevor y uno de sus ataques y luego se marchan. Y puedo ver esa misma mirada en tus ojos —Emily alzó la vista hasta esos sabios y vidriosos ojos.

—Algo está mal en ese niño. Hoy en la tienda no sabía qué hacer. Perdió los estribos. Arrojó un zapato, el zapato le pegó a la cajera, y luego llamaron a los de seguridad... —Dejó caer el rostro entre las manos mientras se le revolvía el estómago al recordar ese terrible momento —Mary la tomó del antebrazo.

—Brad debería haber sido honesto contigo. He notado ciertas cosas. Lo he llevado a la tienda y se ha orinado en el medio de la góndola de los alimentos. Hay colores como el naranja o el amarillo que si los ve grita y chilla. Incluso el olor de ciertos jabones para la ropa perfumados hace que

pierda el control por completo. No sé qué decirte, Emily. Yo no sé nada de estas cosas. En mi época a los niños les dábamos un buen par de nalgadas para sacarlos buenos —La mirada cómplice con la que Mary la miró confirmó lo que sospechaba de esta astuta mujer.

—Él no sabe que hay algo que no está bien con Trevor, ¿verdad? —Mary echó las manos hacia arriba.

—Crié cinco niños, algunos chicos tienen demasiada energía. Pero Trevor no está bien. Es posible que Brad lo sepa en lo profundo de su corazón, pero hace un tiempo que está luchando para poder salir a flote.

Emily no pudo aguantarse las ganas, aun cuando sabía que no estaba en una posición como para preguntar.

—¿Y qué pasó con la madre de Trevor? ¿qué le sucedió, no lo ayudó?

—No, esa chica Crystal era muy egoísta. Un bebé no encajaba en su estilo de vida. Lo mejor que le pudo pasar a Brad en la vida fue el día en que ella se marchó. Lo lastimó profundamente y lo cambió de la noche a la mañana.

Se moría de ganas, pero no sabía cómo preguntar. ¿De qué manera lo había cambiado? ¿Cómo era él antes? Todas esas preguntas quedaron sin formular, atrapadas en su interior.

Mary terminó su té, se levantó para enjuagar su taza en el fregadero, que había sido limpiado recientemente, para luego poner su taza en el lavavajilla.

—Mantén a Brad alejado de la cocina. Cocina de lo peor y no tiene idea de cómo preparar una comida decente.

Emily ya se había dado cuenta de eso. En su primer día, cuando revisó las alacenas, el refrigerador y el congelador, no vio otra cosa que comidas preempaquetadas, bandejas precocinadas y un montón de comidas enlatadas listas para servir. Sencillo y de absolutamente ningún valor nutricional. A excepción de una única salvación: el porche trasero había dos congeladores llenos de carne de res de producción propia.

Mary se quedó unas cuantas horas, mostrándole a Emily dónde estaban almacenadas las cosas en la casa. El gallinero detrás de la casa donde podía

recoger huevos. Por lo general era uno de los empleados quien se encargaba de ello, pero en caso de que estuvieran ocupados, ella sabría qué hacer.

Emily recorrió, con Trevor en brazos, el establo de veinte casillas con espacios individuales para que los caballos pudieran ejercitarse, una plataforma para baño con agua caliente, un depósito apartado para el heno, una pista para cabalgar al aire libre, un criadero de aves de carne y el galpón de las vacas lecheras. Había varios otros edificios externos; Emily no tenía idea para qué eran. Había lo que parecían ser cientos de cabezas de ganado pastando en el campo, y terneros corriendo detrás de sus madres. El cielo parecía ser más azul, más extenso. También parecían serlo el bosque inmaculado e intacto y las pintorescas montañas en el fondo. Era algo estimulante, y mucha responsabilidad sobre los hombros de un solo hombre. Quizás esa era la razón por la que Mary le había mostrado el lugar, para darle a Emily esta perspectiva externa acerca de lo complejo que era Brad. Ella sabía que solo había arañado la superficie de su vida y sus responsabilidades.

CAPÍTULO 11



KATY SE PUSO DE MAL HUMOR Y QUERÍA QUE LA CARGARAN EN BRAZOS. Trevor comenzó a gimotear con un sonido “wii, wii”, que seguramente derivaría en un berrinche a gran escala, así que Mary y Emily se apuraron a volver a la casa. El tiempo se les había escapado de las manos. Aunque Mary le había dado a Emily un montón de información, había desbaratado su horario por completo. No era que hubiera tenido uno establecido, pero tenía un esquema aproximado, y el único alivio era que los hombres habían ido a la ciudad a almorzar.

Ahora, mientras el reloj en la pared al lado de la mesa marcaba casi las cuatro, ella corría de un lado para el otro, agradecida de que los niños estuvieran ocupados otra vez con el televisor de pantalla plana, con sus mantitas, viendo Treehouse, un canal de televisión para niños.

Emily tomó casi un kilogramo de carne picada envuelta en papel de carnicero de uno de los grandes congeladores del porche trasero y comenzó a dorarla en una enorme sartén. Mientras sacaba los macarrones y los tomates enlatados, puso la mesa rápidamente, esperando a que la carne estuviera lo suficiente cocida antes de agregar los otros ingredientes. Justo cuando terminaba de incorporar todos los elementos del guiso, escuchó pasos, las profundas voces de los hombres que se reían y bromeaban y alguien que se sacudía los pies en la puerta trasera. Echó un vistazo por encima del hombro

mientras Brad entraba a la cocina, solo. Se detuvo en seco, y frunció los labios burlonamente, algo que ella no había visto nunca antes. Emily bajó la mirada para ver qué era lo que encontraba tan divertido y casi se tropieza con la enorme bolsa negra de residuos que estaba a un lado del refrigerador. Mientras cocinaba la cena, la limpieza del refrigerador de alguna manera se había colado en su listado de tareas.

—Guau, no has perdido tiempo a la hora de poner un poco de orden en esta descuidada cocina.

Emily se sonrojó. Estaba tan insegura en cuanto a cómo comportarse cerca de Brad. Él podía cambiar de un momento a otro. Necesitaba distraerse, así que volvió a darse vuelta hacia la estufa. Pero él no se dio por aludido, ella podía sentir el calor de él a medida que se aproximaba detrás de ella. Nerviosa, se preguntó a sí misma si quizás no se había pasado de la raya.

—Limpié tu refrigerador, no estoy segura de cuánto tiempo llevaban algunas de esas cosas allí pero no creo que hayan estado en buen estado. Y si no te importa demasiado, prefiero desecharlo antes de arriesgarme —Reunió el valor para darse vuelta y encararlo, y deseó que el temblor que sacudía la mano en la que sostenía la cuchara de madera se detuviera. Con un brillo en los ojos, él levantó la cuchara que ella estaba sosteniendo y la dejó a un costado de la hornalla.

—Una medida de seguridad, en caso de que decidas darme un golpe en la cabeza por el desorden que te dejé.

¿Eh? ¿Quién demonios era este sujeto?

CAPÍTULO 12



—DE TODAS MANERAS, PROBABLEMENTE ESTÉS EN LO CIERTO. MAC ME HA estado ayudando, temo que no somos de mucha utilidad en la cocina. Los muchachos a menudo comen aquí también. ¿Te lo había dicho ya?

—Sí, lo hiciste. No estoy segura de haber hecho suficiente esta noche. ¿Cuánto suelen comer? —Las palmas de sus manos comenzaron a sudar.

—Relájate, no van a venir esta noche, están dirigiéndose a la ciudad en este preciso instante.

Emily estaba aliviada, al menos por este aplazamiento, ahora quizás habría sobrantes para el almuerzo.

—Eh, quería hablar contigo acerca de algo que sucedió hoy en la tienda.

—¿Te di suficiente dinero? —frunció el ceño.

—Sí, sí, así fue. No se trata de eso —Oh por Dios, ¿cómo iba a decírselo? —. Cuando... —Un golpe sordo, como si un objeto pesado golpeará contra el suelo, hizo que Brad saliera corriendo hacia la sala de estar, Emily iba tras él.

La maceta con una planta lazo de amor que estaba en la mesa de entrada estaba volcada hacia un costado y la tierra estaba desparramada. Trevor estaba descalzo, bailando en la tierra, a punto de meterse un puñado en la boca. Brad le apartó la mano de golpe y lo levantó del piso.

—Oh, mocososo de porquería —Emily se tapó la boca asustada de la ira de Brad, que iba en aumento, pero él sacudió la cabeza y frunció los labios

mientras giraba hacia Emily—. Lo siento, se me escapó. No es un buen lugar para la planta Emily, tienes una niña de dos años, me sorprende que la hayas puesto tan al alcance.

¿Ahora esto era culpa de ella? Oh, no, no lo creo. Se cruzó de brazos y dio un paso hacia adelante.

—Yo no la puse allí. Y Katy nunca tiraría de una planta que está en una mesa. Ha sido un día bastante ocupado, no he tenido tiempo de recorrer y poner toda la casa a prueba de niños y asegurar cada cosa que Trevor pudiera agarrar y voltear.

Las mejillas de Brad se tiñeron de un rosado sutil. Había tocado un nervio.

—Está bien, lo siento —se disculpó él—. Voy a asearlo. ¿Quieres barrer esto?

—Lo limpiaré. Luego, la cena está lista —Ella se dio la vuelta. Estaba orgullosa de haberlo dicho. Cuando estaba terminando de limpiar, Brad ya había aseado, cambiado y depositado a Trevor otra vez en la sala de estar al lado de su baúl de juguetes, donde Katy estaba jugando con sus muñecos de bebés.

—Mmm, huele bien —dijo Brad mientras entraba dando zancadas en dirección a la puerta trasera, donde había un perchero de seis ganchos alineados en la pared encalada; colgó su chaqueta marrón en uno de ellos.

Emily puso la cena sobre la mesa. Al levantar la vista, Brad la estaba mirando fijamente con tanta dulzura que hizo que una efervescencia de burbujas se desatara en su estómago, parecida a la de una lata de gaseosa cuando la abres por primera vez. Él se aclaró la garganta y echó la cabeza a un costado para señalar la atiborrada bolsa de residuos negra. Brad arrugó la nariz mientras caminaba de costado hacia la bolsa ofensiva—. Es mejor que la saque afuera. Vamos, te mostraré donde ponemos la basura, en la parte de atrás.

Brad amarro los dos extremos de la bolsa de residuos y la alzó como si no

pesara más que una pluma. Emily lo siguió hacia el porche de atrás, pero ambos se detuvieron en la entrada de la sala de estar. Trevor estaba atrapado en su propio mundo, descalzo y otra vez sin pantalones, conduciendo sus autitos de juguete en una franja de tela en la mesa de centro, aplanándola con la mano y luego repitiendo exactamente el mismo patrón.

—Oh, mira eso, está jugando a los autos con tu Katy —Emily no levantó la vista hacia Brad; lo que ella veía era que Katy estaba jugando con su muñeca Dolly, se acurrucaba en su mantita y se frotaba los ojos. Estaban compartiendo el espacio. Cuando levantó la vista hacia Brad, él sonrió de una manera que Emily no estaba del todo segura de que fuera alegría.

—Es mejor que nos apuremos, estamos entrando en la hora bruja y es probable que otra cosa se caiga al piso.

El reloj de la cocina marcó las cinco. Emily se apuró a seguir a Brad al porche trasero, en el que había unos botes negros que estaban inclinados contra el costado de la casa. Brad dejó la bolsa en uno de ellos.

—Asegúrate de que quede bien cerrado para que no puedan meterse los osos o los mapaches. No quiero tener que limpiar ese tipo de desorden en la mañana.

Él había sido brusco. La transición de risueño a serio, casi empresarial, había sido tan rápida que Emily sintió que el brillo iluso, cálido, benevolente que él había puesto dentro de ella se extinguía.

—Lo haré —Él hizo un gesto en dirección a la puerta.

—¿Está lista la cena? —Deja que busque a los niños y podremos comer. Entraron para encontrarse con quejidos, saltos, y el sonido de piecitos corriendo en círculos sobre el piso de madera.

—La hora bruja, ¿eh? —Los labios de él se torcieron cuando bajó la vista hacia Emily— Iré a lavarme.

El hombre más impredecible del mundo subió las escaleras como si estuviera paseando; qué diferente que era de Bob. Era realmente una molestia, Bob estaba en la lista categorizada por colores de Gina para

reorganizar la vida de Emily, en la lista de cosas que tenía que resolver.
Emily suspiró.

—Katy, Trevor, a cenar.

CAPÍTULO 13



EMILY NO MENCIONÓ EL INCIDENTE CON TREVOR EN EL MERCADO. VARIOS días después, ella seguía odiándose a sí misma por seguir pensando en eso. Pero cada vez que miraba a Brad se daba cuenta de que había un miedo oculto, y de que él simplemente no quería saber lo que estaba pasando. Ella observaba a Trevor. Intentaba jugar con él, pero algo no estaba bien en él. Una vez se golpeó la cabeza contra el filo de una pared tan fuerte que se hizo un chichón considerable, y él simplemente se frotó la cabeza y volvió a sus autos. Durante el último viaje al mercado había estado pasando la mano por la cinta transportadora de la caja; Emily no podía lograr que se detuviera. Había pequeñeces que ocasionaban rabieta atómicas en la que se arrojaba al piso dando de patadas y gritos. Cosas sin importancia como alejarlo del televisor o de sus audífonos cuando los estaba alineando.

Si un desconocido venía de visita, se le trepaba encima y luego se aferraba a sus piernas. Brad tuvo que apartarlo de la agradable señora que había aparecido con documentos de negocios para que él firmara. Había sido muy vergonzoso y Brad se había disculpado profusamente, luego de haberle gritado a Trevor.

Emily buscó en internet después de que los niños se fueran a dormir, cuando conseguía que Trevor durmiera. Había veces, días, en los que no dormía. Investigó sus síntomas y los resultados que obtenía consistentemente

eran envenenamiento por mercurio o autismo.

Emily necesitaba armarse de valor para sentarse con Brad y hablar con él. Trevor necesitaba ayuda, y cada vez que salía con Trevor a alguna tienda, Emily se preocupaba de que tuviera una crisis en público o de que chillara y se sacudiera. Lo único que podía hacer era levantarlo en brazos y apurarse a llegar a la camioneta con Katy, tratando de ignorar las duras y críticas miradas de los desconocidos. ¿Estaba haciéndole daño al niño o era simplemente una mala madre? No lo decían en voz alta. No hacía falta.

CAPÍTULO 14



¡ES UN IMBÉCIL! UNA ESPINA HUNDIDA EN SU COSTADO QUE EMPEZABA A infectarse. ¿Por qué carajos no maduraba el cabrón y cooperaba? Era más probable que a las ovejas les crecieran alas antes de que ese idiota, al que lamentablemente seguía casada, decidiera volverse en un hombre responsable. Eso era lo que mejor describía todas las legalidades de su separación con Bob. Había dejado todo a cargo de Emily, no era ninguna sorpresa. Eso es lo que había hecho durante todo el tiempo que habían estado casados. Todas las llamadas telefónicas, el arrendador y los recibos que él había comenzado a desconocer, eran responsabilidad de ella. Como había dicho su nuevo abogado, Peter Murphy, estaba resentido. Incluso la manera mezquina en la que se había rehusado a darle a Emily una parte del depósito que el propietario había reintegrado a pesar de haber sido notificado con tan poco tiempo de antelación, ya que la casa había sido reservada por otra familia. Incluso a pesar de que Bob no estaba pagando la cuota alimentaria de su hija en su totalidad, y ninguna manutención para Emily, se negó a limpiar la casa o a encargarse de alguno de los detalles de la desconexión de los servicios; y aun así reclamaba todo el dinero. Qué tipo repugnante. Una escucha historias de otras mujeres acerca de lo horribles que se vuelven sus ex luego de separarse. Emily no podía terminar de comprender, no podía dimensionar el hecho de que hubiera despertado una mañana y se hubiera

dado cuenta de que alguien a quien ella había amado alguna vez, y a quien ella creía conocer, se hubiera convertido en semejante monstruo. Entonces, para acelerar el proceso, había endosado el cheque completo a nombre de Bob, negándose a pelear por todavía otro detalle más, a pesar de que Gina le había dicho que no lo hiciera. Pero Emily no quería pelear. Era un desperdicio de energía. Tenía demasiado entre manos, incluyendo el cuidado de un niño impredecible que ni siquiera era suyo.

Su abogado, Peter, un hombre bajo y calvo de anteojos redondos y sobremordida, había preparado el papeleo necesario para la separación legal y la custodia de Katy. Bob no había contratado a nadie. Se estaba comportando como un imbécil. El régimen de visitas era fin de semana de por medio, Emily estaba contenta que hubiera estado de acuerdo.

Un martes, durante la tercera semana de Emily, Katy y Trevor estaban sentados en la mesa, con sus sándwiches de mantequilla de almendras cortados en trozos pequeños, cuando sonó el teléfono. Brad entró distraídamente por la puerta trasera al mismo tiempo. Ella descolgó el auricular del teléfono de pared.

—Hola... Sí, ella está aquí. Es para ti, Em —Le pasó el viejo teléfono de cable largo.

—Hola, soy Emily.

—Emily, no te quitaré mucho tiempo, pero necesito decir esto —Era el momento menos indicado para que la madre de Bob la llamara. ¿Cómo había conseguido este número de teléfono? Emily cerró los ojos, preguntándose si quizás el universo pudiera ser amable en este preciso instante y desconectar el servicio telefónico. Brad colgó su chaqueta marrón en el respaldo de la silla. Sirvió un pequeño bol de sopa de pollo para cada uno de los niños de la olla que estaba ubicada en el medio de la mesa.

—Ah, Nina, este no es un buen momento. Es la hora del almuerzo. ¿Puedo devolverte la llamada más tarde?

—No, Emily. Prometo que no tardaré mucho tiempo. Estoy tan

decepcionada de ti. No te esforzaste en sostener ese matrimonio y Katy es la única que sufrirá las consecuencias de esta crisis de mediana edad tuya. Bob ha trabajado tan duro por ti y tú no aprecias nada de todo lo que ha hecho.

Nina tenía una de esas voces chillonas que atravesaban el teléfono, del tipo que todos en la habitación podían oír. Emily se sintió avergonzada al ver que Brad levantaba la vista. ¿Esto haría que pensara mal de ella? Claramente, el asunto no se veía bien.

—Mira, Nina, no es para nada apropiado que estés llamando aquí. Mi relación con tu hijo no te incluía a ti.

—¿Cómo te atreves a hablarme de esa manera?

Trevor comenzó a golpear una cuchara y a repetir “Iig, iig, iig” una y otra vez. Katy, que ya había terminado de jugar con su sándwich, estaba inquieta y trataba de bajarse de su silla.

—Debo irme.

—Emily, todavía me quedan cosas por decir.

Brad se inclinó sobre Trevor, observando a Emily de manera dura y difícil. Luego dibujó un círculo en el aire con su mano, para que terminara la llamada. Entonces ella le dio la espalda, y bajó su voz temblorosa. —No, esto es todo y voy a pedirte que no vuelvas a llamar aquí —La mano de Emily estaba temblando cuando colgó. Presionó la frente contra la pared, respirando profundamente antes de darse la vuelta. Se sobresaltó. Brad estaba justo detrás de ella. Ella nunca lo había escuchado acercarse. Está enfurecido.

—Eh, Brad, esa era...

—Hablares después del almuerzo.

Cada nervio en su cuerpo se tensó. Se le revolvió el estómago. Se obligó a volver a su papel de “mami”, se sentó, alimentó a los niños y limpió luego de que Trevor volcara su sopa. El almuerzo fue largo e incómodo, y Emily no pudo digerir un solo bocado.

Luego de almorzar, Emily lavó los platos, y se tardó más tiempo de lo usual en completar esta tarea. Brad debió de haberse dado cuenta, ya que

apareció a su lado y se sirvió una taza de café del jarro que estaba lleno al lado de la estufa.

—Ponles a los niños un dibujito animado, es hora de que hablemos. ¿Café? —Ella levantó la vista hacia un rostro que no daba ningún indicio.

—Seguro —Oh, mierda, aquí vamos.

Emily puso un DVD, una de las películas de Winnie The Pooh que Trevor adoraba y que podía ver por horas. Katy, envuelta en su mantita de bebé, se llevó el pulgar a la boca. Era probable que se quedara dormida antes de la mitad de la película.

Emily volvió a la cocina. Brad estaba sentado en la cabecera de la mesa, con una taza de café. Una segunda taza, con un motivo floral azul que hacía juego, estaba ubicada en un lugar a su lado.

Las lágrimas le hacían arder la parte de atrás de los ojos. Pestañeó con fuerza, negándose a permitir que se le cayera una sola lágrima. Deseaba golpearse a sí misma por esta reacción de llorona. Ella no era del tipo de mujer que lloraba a la primera de cambio. Ella era más fuerte que eso.

El rostro de él se suavizó cuando ella se sentó. Ella no podía mirarlo a la cara. Le temblaban las manos por lo que se las puso sobre el regazo.

—¿Qué es lo que sucede? —Había amabilidad en su voz.

—Lo siento tanto —Susurró mientras miraba a los ojos de un hombre que estaba tan lleno de poder y pasión que se le desbordaban por los ojos. Él estaba prestándole toda su atención.

—¿Por qué lo sientes, hiciste algo malo? —Emily pestañeó.

—En realidad no, no hice nada malo. La que llamó era mi futura ex suegra.

—¿No tienes una buena relación con ella?

—No. Ella me echa la culpa a mí por haber terminado mi matrimonio con Bob.

—Tu ex, ¿él sabe que estás aquí?

—Sí, sí lo sabe. Escucha, Brad, jamás hemos hablado de mi vida

personal, pero te aseguro que no nos afectará a nosotros aquí. Estoy bastante segura de que ella no volverá a llamar.

—Emily, ella te incomodó aquí, en mi hogar. Y eso lo hace asunto mío. Si ella vuelve a llamar para molestarle, yo me ocuparé —Se estiró y le tocó la mano, de una manera tan tierna y llena de apoyo que Emily juraba que el corazón se le había detenido por un momento.

—Pronto presentaré la demanda de divorcio. Él no tiene las agallas para causar problemas. Es más fácil para él dejar que yo me encargue de todo. Es un nene de mamá, se olvidó de soltar la falda de su madre, como puedes ver a juzgar por la llamada telefónica de recién —Intentó restarle importancia a su dolor, pero cerró los ojos cuando vio que él se apenaba por su humillación.

—Lo siento, Em. Si alguna vez necesitas ayuda para ocuparte de él, házmelo saber. Tengo que volver al trabajo.

Ella asintió, temiendo que su voz se quebrara si le respondía. Ella se puso de pie al mismo tiempo que él y se estiró para tomar la taza de él y despejar la mesa. Pero él la detuvo tocando suavemente su brazo. Y eso solo fue suficiente para que soltara las lágrimas, al demonio con mantener la compostura. Brad hizo lo impensado, pasó su mano sobre el hombro de ella y la tomó en sus fuertes brazos. Brazos que ella estaba segura de que podrían atenuar todos difíciles obstáculos que la realidad pusiera en su camino y protegerla de ellos. Un sentimiento perturbador, considerando que ella trabajaba para él.

—Lo siento tanto. No era mi intención desmoronarme así —Él debió de haber percibido su vergüenza ya que dejó caer los brazos. Dio un paso hacia atrás y empujó su silla con la bota.

—Es mucho el dolor al que te estás aferrando. Imagina que empiezas por el principio y me lo cuentas todo —Él deslizó la silla de ella hacia afuera —. Siéntate —Él sacó su silla hacia afuera, de manera de quedar frente a ella al sentarse.

—Mira, él es un patán. Es egocéntrico y no piensa en nadie más que en sí

mismo. Solo estoy enojada por no haberlo visto. Él solo iba a trabajar y aportaba un sueldo. Yo debía encargarme de todo lo demás, pagar las cuentas y cuidar de Katy y de la casa. Si había que reparar algo lo hacía yo. Se rehusaba a darme un respiro, incluso escaparme a la tienda a hacer las compras, cuando él estaba en casa, se convertía en una pelea si no quería llevarme a Katy conmigo. No había una relación entre Bob y yo. Es decir, él trabajaba en Olympia y viajaba allí todos los días, lo primero que hacía ni bien entraba, la mayoría de las noches, era llamar a su madre. Me molestaba, pero a medida que crecía la distancia entre nosotros, empecé a verlo tal cual era, un extraño al que ya no amaba. Sentí resentimiento, y la tensión aumentó entre nosotros al punto que ya no permanecíamos juntos en una misma habitación. No había paz, ni comunicación, y su madre se volvió la tercera persona dentro de nuestro matrimonio. Él compartía todo lo que sucedía en su vida con ella durante sus llamadas nocturnas. Así es como yo me enteraba de lo que le pasaba, escuchando a escondida lo que hablaba por teléfono.

Brad se inclinó hacia adelante, posando su mano en la mesa al lado de Emily.

—Escucha, ningún hombre de verdad pondría semejante carga en los hombros de una mujer. Eso es una porquería, Em. Suena a que no es otra cosa más que un muchachito, no un hombre de verdad. ¿Está cumpliendo con la cuota alimentaria, te manda dinero? —El rostro de ella se encendió.

—Sí, algo.

—Hay requisitos básicos para la cuota alimentaria, ¿los está cumpliendo?

—Ella no podía mirarlo a los ojos. Había pedido muy poco.

—No.

—¿No? ¿No tienes un abogado?

—Tengo un abogado que ya me dio un sermón acerca de cómo le hice fáciles las cosas a Bob. Pero quiero que todo esto se termine de la manera más simple posible. Quizás sea una tonta por eso, pero él no puede aportar mucho —Lo que no se atrevió a decir era que él probablemente ya se hubiera

comprado un automóvil o un sistema de sonido nuevos. A la hora de administrar el dinero era peor que ella. Brad frunció el ceño. Se inclinó acercándose un poco más a ella.

—Es un imbécil, eso es lo que es.

—Brad, eso no es todo lo que me sucede. Últimamente he estado leyendo algunos estudios en internet acerca de algunos síntomas inusuales en niños. Leí acerca de una madre cuyo hijo chillaba, gritaba y agitaba los brazos durante una representación de Navidad. Y lo único que podía hacer era llevarse al niño lejos de allí. No jugaba con otros niños. Los ruidos y los olores provocaban al niño, que terminaba dando unas rabietas fuera de control. Su comportamiento era singular y el niño no hablaba con otras personas.

—Haces un gran trabajo, Em. Si necesitas ayuda o si tienes problemas con tu ex, o su madre, me buscas a mí, ¿me oyes? Conozco a los de su tipo y sé cómo lidiar con ellos —Golpeteó la mesa con sus dedos.

¿Acaso no había escuchado nada de lo que ella había dicho? Quizás había sido demasiado imprecisa. Pero entonces él estiró la mano y le acarició la mejilla con los dedos. Luego retrocedió, como si lo hubieran descubierto haciendo algo que no debía. Brad se levantó de su silla de un salto con tanta rapidez que Emily pensó por un momento que la silla se voltearía. Pero le dio un empujón, mientras apretaba los puños. Luego agarró su chaqueta del respaldo de la silla y la miró a la cara.

—Lo digo en serio, Em. Soy un hombre de palabra.

Un hombre difícil salió por la puerta. Uno que estaba escondiendo sus sentimientos, sus pensamientos. Un hombre del que ella debía cuidarse. Debía mantener los dos ojos abiertos, este hombre tenía la capacidad de nublar su buen juicio. Solo que un pensamiento emergió a la superficie en ese momento, mientras escuchaba la gravilla que crujía bajo sus pies. ¿Cómo se sentiría el ser amada y protegida por un hombre como Brad?

CAPÍTULO 15



EMILY ESTABA SEGURA DE QUE BRAD SE HABÍA CONVENCIDO A SÍ MISMO DE que no había nada malo con Trevor. Luego del panorama que le había dado a Brad acerca de la investigación que había hecho, investigación en base a los síntomas de Trevor, él tendría que haber captado la indirecta. ¿Qué tanto más clara tenía que ser ella, cuando era obvio que algo no estaba bien con su hijo? Él debería poder reconocer las semejanzas, ¿o no?

Por lo que había leído acerca de los síntomas de Trevor, era esencial mantener una rutina. No hacía falta ser un genio para darse cuenta de que el día de Trevor necesitaba ser estructurado. Él ignoraba a Katy, aunque no lo hacía a propósito. Se escapaba a su propio mundo para hacer cosas de lo más extrañas. Reacomodaba utensilios, cajas y latas en la alacena, una y otra vez. Jugaba con el reproductor de DVD, poniendo y sacando una película, una y otra vez. Ella sabía que Brad podía ver al menos eso. Ella había visto que una expresión extraña le cubría el rostro cuando creía que ella no lo estaba mirando.

Emily comenzó a notar ciertos patrones. Una rabieta a gran escala sucedió luego de que ingiriera un gran bol de helado. Otra, en el piso, pateando, gritando y agitando los brazos, todo porque no podía ponerse sus pantalones azules porque estaban junto con la ropa sucia. Investigó dietas y leyó las sugerencias. Varios sugerían que estos niños no podían digerir gluten o

lácteos correctamente y que ambos tenían un gran impacto en su comportamiento.

Era hora de hablar con Brad. Ella no había insistido. ¿Pero cómo le hablas a un padre de algo que no ve? Era posible que él se enojara, pero seguramente sería peor si ella no decía nada.

Emily esperó hasta después de bañar y acostar a los niños. Respiró hondo. De repente sentía como si un peso de una tonelada estuviera presionándole el pecho. Se detuvo en las sombras y escuchó. El suave resplandor de la luz de noche de Trevor alumbraba la pared en lo alto de las escaleras. Emily pudo ver a Brad en el porche de adelante, apoyado contra el sólido poste blanco. Siempre estaba afuera. Por lo poco que conocía de él, solamente podía ser feliz si estaba afuera. Ahora que el sol descendía en el cielo, el resplandor de brillantes colores anaranjados y rosados era la visión perfecta para antes de irse a dormir. La puerta chirrió al abrirla. Emily se echó a los hombros el suéter marrón que había tomado de uno de los ganchos. Hacía frío a esta hora de la noche.

—¿Tienes tiempo para hablar conmigo? —Él sonrió cálidamente.

—Siempre tengo tiempo para ti, Emily.

—¿Podemos sentarnos? —Ella cerró los puños debajo del suéter; cómo era posible que estuviera sudando, ni siquiera hacía calor.

—Seguro.

Emily eligió la segunda silla de ratán con brillantes flores azules. No necesitaba alzar la vista para saber que él se había sentado al lado de ella en la otra silla del juego, o para saber que tenía su completa atención.

—No estás bien. ¿Sucedió algo? —Verdad o reto. Deja de postergarlo.

—No sé cómo decir esto, así que lo diré sin más.

El hombre podría cambiar en un instante. Toda esa calidez y contención se escapó y fue reemplazada por algo oscuro que se preparaba para atacar. El cambio momentáneo la hizo asustar.

—Así que has decidido marcharte —dijo él—. Tendría que haberlo

supuesto. ¿Por qué?

Se quedó boquiabierta. El hombre sacaba conclusiones apresuradas más rápido de lo que se cambiaba de canal en un televisor.

—No voy a marcharme, ¿de dónde has sacado esa idea? —Él echó las manos hacia arriba, entrecerrando los ojos.

—¿Entonces de qué se trata? ¿Es tu ex otra vez?

—No, no es nada de eso. Brad, ¿has visto todo el tiempo que he estado pasando con Trevor?

Él se relajó un poco y volvió a recostar la espalda en su silla, pero ella todavía podía sentir que estaba más enroscado que un resorte de acero.

—Ajá.

—Bien, solo necesito decir esto. ¿Viste la manera en que siempre estás regañando a Trevor cada vez que hace algo, como voltear una maceta y jugar en la tierra, o la forma en que la se aferró a esa señora como una sanguijuela humana? —Él sacudió la mano en el aire para desestimar las palabras de ella.

—Vamos Emily, tan solo es un niño, haciendo las cosillas que hacen los niños. No te preocupes por ello. Las niñas son diferentes, son más dóciles, solo pregúntaselo a mi madre —Él verdaderamente no veía que hubiera algún problema.

—Trevor no habla, evita el contacto visual, se sienta perdido en su propio mundo y usa una sola palabra para todo, o a lo mejor cincuenta palabras en total. Hace completos berrinches en el piso, golpeando y gritando. Y no tengo forma de saber qué es lo que los desencadenará. Puede ser la comida equivocada, algo que se cambió de lugar o un desconocido que viene de visita. Los viajes a las tiendas son una pesadilla y mi nivel de ansiedad se va por las nubes porque estoy anticipando qué es lo que va a hacer. Ha orinado en el piso en el medio del supermercado, ha hecho un berrinche en la fila de la caja y ha pasado las manos por la cinta transportadora adonde pones la comida al pagar. Los encargados se ponen furiosos. Si lo tomo de la mano para hacer que se detenga, es probable que empiece a chillar. Depende del

día, de lo que haya comido y de lo que haya sucedido antes que lleguemos a la tienda. Nunca sé qué es lo que lo sacará de quicio —Brad ladeó la cabeza y se golpeteó los labios con el dedo índice. Emily continuó. —No se puede razonar con él. Y por la forma en que observa, no parece comprender. Juega solo y no hay manera de que juegue con Katy, sin importar lo mucho que lo intentemos. Él se corre si ella invade su espacio. Prendo el televisor, le encanta. Es como si fuera absorbido por él, e incluso entonces, no puede quedarse quieto. Se para frente al tele saltando, riendo y dando carcajadas, ensimismado en el arcoíris de colores que parpadea en la pantalla. Apuesto a que, si llevaras a Trevor a una reunión familiar o a un gran evento social, lo más probable es que se convierta en una pesadilla. Su comportamiento es atípico. La gente se espanta porque no sabe qué hacer. Y estoy bastante segura de que percibe la ansiedad de todos. Hay problemas de seguridad con Trevor que escapan a lo que es normal para un niño de tres años común y corriente. Cuando estoy en el centro siempre me preocupa que Trevor pueda salir corriendo a la calle. No reconoce autos, tráfico o siquiera a la gente que tiene a su alrededor. Tocó la hornalla caliente la semana pasada y se quemó el dedo. Nunca lloró, no hubo reacción. Brad, empecé a investigar sus síntomas. La internet está llena de información y lo que descubrí es que son síntomas de autismo —Brad se puso de pie y caminó de un lado para el otro, pasándose los dedos por el cabello. Emily continuó con determinación—. Los niños con autismo no son todos iguales, tienen diferentes síntomas. He leído sobre terapias para niños con autismo, una terapia que está adaptada a cada niño en particular.

Incluso en esta luz tenue, Emily podía ver que a él se le subía el color de las mejillas. Brad no estaba simplemente caminando de un lado para el otro, ella podía sentir la adrenalina que atravesaba el espacio entre ellos.

—Necesito un poco de aire.

—¡Brad, espera!

—No, Em, déjame en paz —Él no se detuvo, siguió escaleras abajo hacia

el establo. Ella podía casi sentir la furia que le corría por las venas.

Él lo sabía. Ella se lo había hecho entender. Ahora comenzaba el verdadero trabajo.

CAPÍTULO 16



LOS NÚMEROS ROJOS Y LUMINOSOS MARCARON LAS 4:39 DE LA MADRUGADA en el reloj despertador. El gallo cacareó. Ella escuchó un murmullo que provenía del piso inferior. Emily se deslizó fuera de la cama y se puso la bata marrón que siempre dejaba colgada a los pies de la cama. Guiada por la luz de noche del corredor, Emily fue hacia la escalera en puntas de pie.

Una silueta de luz se filtraba desde la cocina.

Emily se aferró al barandal de cedro mientras, descalza, bajaba lentamente las escaleras. Brad sostenía la jarra de vidrio de la cafetera mientras buscaba el café en la alacena. Apeataba a alcohol y llevaba la misma camisa marrón a cuadros del día anterior. Una barba oscura comenzaba a aparecer en sus mejillas y en su mentón. Su cabello corto estaba revuelto y se separaba en mechones. Ella le tocó la mano y tomó suavemente la jarra. Él clavó la vista hacia adelante, luego se dio la vuelta como un hombre derrotado. Caminó, tal como lo hacen los muertos vivientes, hacia la mesa, y se sentó en su silla. Echó hacia afuera sus pesadas botas de trabajo, estaban cubiertas de barro. Emily miró de reojo el rastro que había dejado desde la puerta trasera y a lo largo de la cocina.

Emily echó unas cucharadas de café en la canastilla, vertió agua en la cafetera y la encendió. ¿Qué podría decirle ella para calmar su confusión? Cuando la jarra se llenó de suficiente café, Emily sirvió dos tazas y agregó

leche y azúcar a la de él. Él no levantó la vista en ningún momento mientras ella colocaba la taza enfrente de él. Emily sacó una silla para sentarse a su lado. Se sentó y se arrimó a la mesa. Miró su café, buscando alguna respuesta milagrosa, pero ninguna aparecía.

Brad no se movía, no tomaba su café. Se inclinó hacia adelante, descansando los brazos en la mesa. Sus labios temblaban. Un brillo húmedo cubrió las pequeñas líneas rojas que aparecían como papel de lija en sus ojos. ¿Había dormido? Ella diría que no. ¿Estaba ebrio? Era más que probable, era un pésimo intento de anesthesiarse. Sus ojos de color marrón oscuro intentaron acercarse a ella con una expresión que parecía perdida y desamparada.

—¿Trevor tiene autismo? —Emily se inclinó hacia adelante y cubrió con su mano la mano que él había cerrado en un puño.

—Lo siento tanto. No sabía cómo decírtelo, pero por lo que leí, él demuestra tener todos los síntomas.

—¿Es culpa mía, es algo que hice?

—Oh, Dios, no Brad. Nadie sabe qué es lo que lo causa. Pero los números se están disparando. Por lo que leí, a uno de cada ciento cincuenta niños se le diagnostica con autismo, y se da con mayor frecuencia en niños varones. De cada cinco niños diagnosticados con autismo, cuatro son varones. Es una epidemia, no es algo que tú hayas hecho.

—Entonces... ¿ahora qué?

—Necesitas hacer que lo diagnostiquen. Y necesitas comenzar una terapia de intervención temprana lo antes posible. He estado mandando emails a un grupo de padres local que encontré en internet. Me enviaron un montón de información para ti, para que sepas por donde comenzar.

—No entiendo las cosas que haces —Brad estaba solo, y la estaba mirando a ella.

—Una de las madres, una madre de un grupo de apoyo al que me conecté por email, contrató a una especialista que está formada específicamente en desórdenes neurológicos, y tiene una certificación de analista conductual y un

título en psicología para trabajar con niños y adultos con autismo. Esta especialista es local, está apenas en las afueras de Olympia, y tiene una trayectoria comprobable. No conozco todos los detalles acerca de qué es exactamente lo que hace, solo lo básico. Pero es un comienzo —Él la observaba de cerca, serenándose a medida que escuchaba—. Ella trabaja junto con las escuelas confeccionando un programa tanto para el hogar como para la escuela. Ella fija objetivos, crea programas académicos, de socialización, interacción entre pares, lenguaje y conducta. Establece estrategias y cambia lo que no funciona. Estos niños trabajan duro, pero por lo que he leído hacen verdaderos progresos con la terapia correcta.

—Un grupo de madres, ¿eh? ¿Pues qué tal? Mujeres que de hecho se preocupan por sus hijos —Esta vez cuando él la miró, algo dentro de él se alejó. Ya sabes, la sensación que sientes cuando alguien necesita distancia. Se tomó de golpe el resto de su café, que hacía rato que se había enfriado, y empujó su silla hacia atrás—. Tengo que ir a ocuparme del ganado y alimentar a los caballos. Te veo a la hora del desayuno —Y entonces atravesó la puerta trasera, manoteando su campera vaquera del gancho en el camino, caminando con pasos largos hacia la oscuridad y la fría mañana, mientras el gallo cantaba.

Emily se quedó donde estaba, pensando en la esposa de él, la mujer que se había marchado, en el sufrimiento que había ocasionado y en el niño pequeño al que había abandonado. Brad lo disimulaba bien, pero esta mañana ella había visto el daño que le había ocasionado, como si fueran pisadas en su alma.

CAPÍTULO 17



A EMILY LE ENCANTABA PASAR TIEMPO EN LA COCINA, HORNEANDO Y creando comidas. Brad necesitaba a sus animales y la vida al aire libre. La cocina la ayudaba a equilibrar sus pensamientos y emociones, y le daba claridad y tranquilidad. Además, era una buenísima cocinera. Y eso no era ego. Le encantaba preparar una buena comida para que sus seres queridos la disfrutaran, y por primera vez desde que tenía memoria, verdaderamente se sentía necesitada.

Cuando Mary Haske vino esa mañana a hacer la limpieza, trajo con ella dos bolsas para congelador llenas de moras, y mencionó lo mucho que le gustaban a Brad las tartas. ¿Qué hizo Emily entonces? Captó la indirecta y puso manos a la obra, horneando no una sino dos tartas de moras, junto con una carne marinada y asada para la cena. Solo el aroma hacía que a Emily se le llenara la boca de agua.

Había sido una semana agotadora. Brad había reservado una cita con el médico el lunes después del desayuno y así comenzó el largo y extenuante camino para obtener un diagnóstico de autismo. Emily se comunicó con el grupo de madres, y proporcionó a Brad los nombres de un terapeuta local y de un psicólogo privado en Olympia. Brad hacía lo imposible. En dos días se las había arreglado de alguna manera para conseguir un especialista en patologías del habla y un terapeuta ocupacional para que trabajaran con

Trevor en el rancho una vez por semana.

Emily sonreía como una tonta colegiala de solo pensar en Brad y en el padre dedicado que era. El calor se acumulaba dentro de su panza hasta que le hacía doler.

—Oh, mala idea, chica.

Y ella sabía por qué. Él era su jefe. Ella vivía bajo su techo. Pero él no la trataba como a una empleada. Él le hablaba como si fuera su amigo.

Habían desarrollado una rutina nocturna, parecida a la que tienen los esposos, los compañeros. Ella acostaba a los niños, se reunía con Brad afuera en el porche o en la sala de estar. Hablaban de cómo había sido su día y de sus sueños.

Brad planeaba expandir el rancho. Comprar los terrenos ubicados alrededor del suyo, aun a pesar de que actualmente fuera uno de los mayores productores lácteos en la región, y criara ganado para carne.

A ella le encantaba escuchar su confiada voz llena de whisky cuando se encerraba en su oficina, lejos de la sala de estar, haciendo llamados para arreglar el transporte de cien cabezas de ganado. Luego un pedido de alimento, luego a su agente de bienes raíces, un corpulento hombre calvo llamado Chuck, para hacer una oferta sobre una propiedad de ocho hectáreas al otro lado de donde vivía Mary Haske.

La noche anterior Brad le había dicho que el suelo en ese terreno era realmente bueno y que el agua era pura, limpia y abundante. Él también había mencionado que estaba esperando el día en que Mary Haske pusiera su propiedad a la venta. Cuando lo hiciera, él se aseguraría de que fuera suya. Era una parcela pequeña, pero el marido de Mary había sido astuto a la hora de vender la mayor parte de su tierra. Se había quedado con lo mejor de su parte de la península, quedándose con el derecho de agua sobre el arroyo que fluía hacia la propiedad de Brad.

Emily sacó la ensalada de la heladera. Cerró la puerta y casi deja caer el bol. Trevor estaba parado en el medio de la cocina, descalzo, vistiendo

solamente un pañal descartable flácido y refregándose los ojos.

—Oh, Trevor, no te vi. Ella podía oler el fuerte amoníaco de su pañal sucio. Emily alzó a Trevor en brazos. Él echó instintivamente los brazos a su alrededor mientras ella subía las escaleras. Cuando estaban a mitad de camino, la puerta de mosquitero se cerró de golpe.

—¿Está listo el almuerzo? —La voz profunda y suave de Brad le tironeó el corazón como si hubiera tenido un cordel atado alrededor de él. Bajó otra vez con su hijo.

—Oh, cielos, algo huele bien —Cliff y Mac entraron detrás de Brad, levantando las narices en el aire, olfateando.

—Así es. Solo necesito cambiar a Trevor y despertar a Katy —Emily no podía sacarse la sonrisa de la cara por más que lo hubiera querido.

—¿Necesitas ayuda? —gritó Brad desde detrás de ella mientras ella trotaba escaleras arriba.

—Saca el aderezo para la ensalada de la heladera, lo demás está todo listo.

—Está bien.

Emily le quitó el pañal a Trevor y lo arrojó a la basura, lo ayudó a ponerse su ropa interior de niño grande, un par de pantalones azules y una camiseta de Buzz Lightyear, dejándolo descalzo. Katy deambuló hacia el baño, se quitó su propio pañal sucio y se sentó en el inodoro. Las chicas casi se entrenaban solas.

—El almuerzo está listo. ¿Quién tiene hambre?

—Yo, mamá —Katy levantó sus pantalones deportivos rosas y tiró la cadena del inodoro, Emily acercó un taburete al lavabo y le ayudó a Katy a lavarse las manos.

Junto con los niños, Katy volvió a la cocina. Cliff y Mac ya se encontraban sentados a la mesa, empezando por el pan y mantequilla frescos. Brad cortó la carne asada mientras Emily sentaba a Trevor en su silla y a Katy en su asiento elevador, y servía la comida de los niños cortándola en

trozos pequeños. Emily puso una cuchara en la mano de Trevor, ayudándolo a sostenerla por el mango. Él todavía no sabía cómo usar una cuchara o un tenedor. Prefería comer con las manos. Pero Emily era incansable, trabajaba con él en cada comida. En el corto tiempo que llevaba aquí, habían pasado de un Trevor que arrojaba su cuchara a los gritos a uno que daba tres o cuatro bocados de la cuchara antes de soltarla. Emily lo premiaba luego de cada pequeño paso exitoso con elogios y un osito de goma.

El día de hoy era como si hubiera superado algún obstáculo. Tomó la cuchara sin escándalos ni protestas. Emily miró en dirección a Brad.

—¿Viste eso?

—Excelente trabajo, Em.

Solo que cuando Emily bajó la vista para ver a Trevor, él ahora estaba usando su otra mano para jugar a que tocaba la mesa como si fuera un piano. He ahí el progreso, un paso hacia adelante y otro hacia atrás. Brad enroscó sus dedos en el respaldo de la silla vacía a su lado y la empujó hacia afuera.

—Siéntate, Em.

Cada vez que hablaba, su profunda y ronca voz que pronunciaba las palabras lentamente era como música que ablandaba y hacía aletear sus entrañas. Emily se sentó, muy consciente de la cercanía de él, volviéndose una tonta colegiala cada vez que le alcanzaba un bol o una bandeja de comida y sus dedos se tocaban. Y cada vez que ella levantaba la vista, él la observaba de una manera que era personal.

Trevor arrojó su cuchara a la otra punta de la mesa, que rompió el mágico encantamiento al resonar metálicamente y acabar al lado del plato de Cliff. Por lo menos no lo había golpeado. La semana pasada su cuchara le había pegado a Mac en el costado de la cabeza. Trevor hizo una pasta de patatas y brócoli con sus pequeños dedos y se metió un puñado en la boca.

—No —Emily se paró de un salto y se inclinó a lo largo de la mesa para agarrar la cuchara.

—Está bien, Emily, lo hizo sin querer —dijo Cliff con su voz áspera de

fumador, y luego rió nerviosamente.

—En realidad no está bien, Cliff. Trevor no aprenderá si no estamos atentos —Emily limpió la comida de la mano de Trevor con un trapo y volvió a poner la cuchara en su mano—, Inténtalo otra vez —dijo Emily mientras tomaba un trozo de patata con su cuchara y luego le soltaba la mano. Esta era una fina línea con Trevor. Era muy poco el contacto mano a mano que se podía hacer con él antes de que se asustara de que lo tocaran.

Trevor tomó otro pedazo de carne por sus propios medios y se lo metió en la boca.

—Buen trabajo, Trevor. Come —Cuando Emily miró en dirección a Brad, él ya estaba terminando su plato, tragando lo que le quedaba de café y alejándose de la mesa, otra vez distraído. El hombre era un misterio, la forma en la que pasaba de caliente a frío, un hombre complejo y difícil.

—Excelente almuerzo, Emily. Cliff, Mac, necesitaré su ayuda para mover a los caballos tan pronto como hayan terminado. No pierdan tiempo.

Tenía que ser una tonta como para no captar la incomodidad que invadía sus punzantes palabras. ¿Qué carajos había pasado? El alma se le cayó a los pies cuando Brad se fue por la puerta trasera sin siquiera mirarla. Mac limpió su plato y Cliff terminó su café, ambos se levantaron de la mesa agradeciendo con un gesto de cabeza mientras se apuraban a seguir a su jefe. Brad, burlón y juguetón por momentos, cambiaba de humor en un santiamén, dejando el mundo de ella patas para arriba, y dejándola a ella desconcertada sin saber qué había hecho. Emily hizo su plato a un lado. Pues bien, sea lo que fuese, ella estaba segura de que luego de un tiempo de palear estiércol se le pasaría lo que fuera que le estaba molestando. O eso era lo que ella esperaba.

CAPÍTULO 18



—NECESITAS UNA HABITACIÓN EXTRA PARA TERAPIA QUE SEA TRANQUILA. Una habitación para poner todos los materiales de aprendizaje y los juguetes que usarás solamente para la terapia —dijo Pam, una señora delgada y alta, madre de un muchacho autista de catorce años. Había venido en auto desde Olympia.

—Tenemos mucho espacio aquí —Brad había sido amable, y quizás hasta estaba un poco intimidado por esta mujer que lideraba el grupo local de padres. Ella ya había hecho los arreglos necesarios para que su consultora viniera a visitar a Trevor para evaluarlo y comenzar un programa. Ella era una hacedora que podía marearte con lo que ella había logrado en cinco minutos.

—Brad, qué tal si usamos la habitación al final del corredor en el piso de arriba. La que está llena de cajas y muebles —Una sombra le oscureció el rostro, sus ojos se retrajeron y se endurecieron de una manera que Emily no había visto nunca antes.

Emily había estado curioseando allí el otro día y se había encontrado con algunas prendas de vestir femeninas extremadamente sofisticadas, apiladas en lo alto del ropero. Un baúl de cedro escondido en una esquina, repleto de ropa de bebé.

—Lo siento, si prefieres que no se use esa habitación estoy segura de que

otra cosa... —Él interrumpió bruscamente a Emily.

—No, usen ese cuarto. Le pediré a Mac que lo limpie —Había acallado y encerrado el destello de furia que, ella podría haber jurado, había asomado su pequeña y horrible cabecita. Quizás había sido su imaginación.

Pam los miraba de una manera que sugería que ella, también, había percibido un problema. Pero, a su favor, bajó la vista y comenzó a hacer anotaciones en su cuaderno de espiral.

—Es mejor que ya lo tengan solucionado para cuando la consultora venga a visitarlos. Además, deberían comenzar a seleccionar a algunos terapeutas. Tamara comenzará el entrenamiento luego de evaluar a Trevor.

—Pero no tengo un diagnóstico de autismo todavía. ¿No es todo esto un poco apresurado? Brad se cruzó de brazos, su rostro era el de un empresario.

—Para cuando logren sortear todos los obstáculos necesarios para diagnosticar a tu niño, habrás perdido valioso tiempo de terapia. La clave es la intervención temprana. Cuanto antes comience Trevor, mayores son las probabilidades de un resultado favorable. Si se trata de dinero...

—No, comenzaremos la terapia. El dinero no es problema si se trata de lo que sea mejor para mi hijo. Pagaré. No me importa cuánto cueste —Y eso fue lo que hicieron. Durante las siguientes dos horas, Emily tomó notas, entretuvo a los niños y comenzó a implementar todas las sugerencias de Pam para ayudar a Trevor.

CAPÍTULO 19



LA SUAVE CADENCIA DE FAITH HILL CANTANDO “LET ME GO, LET ME GO” despertó a Emily de su sueño. Rodó por la cama y rápidamente apagó la radio, para luego patear a un costado el suave cubrecama. Emily era una persona madrugadora. Pero por algún motivo, esta mañana podría haberse echado el quilt encima de la cabeza y seguir durmiendo. No lo hizo, a pesar de que sus pensamientos acerca de acurrucarse en el fresco de la mañana le hacían encoger los dedos de los pies y echaban por tierra lo que quedaba de su sueño de cuento de hadas, su príncipe azul cargándola en su blanco corcel y llevándosela lejos.

Emily se echó la bata encima de su pijama de franela con motivos de caballos y se arrastró al baño para tomar una ducha rápida. Luego de su baño, Emily caminó sigilosamente pasando la puerta cerrada de Brad, atándose el cabello húmedo en una coleta y vestida con unos jeans azules, un suéter rojo claro y sus zapatillas, y bajó la escalera en puntas de pie. Giró la perilla para subir la calefacción y escuchó cómo se encendía la caldera. El piso crujió encima de ella. Brad está levantado. Hizo el café mientras escuchaba que el agua corría en el piso de arriba. A Brad le gustaba tomar un café de camino a la puerta cuando salía a alimentar a los animales.

Emily se ocupó de hacer el desayuno, avena en una gran olla en la estufa. Luego corrió al porche trasero y sacó una hogaza de pan de uno de los dos

congeladores para hacer tostadas. Desde que Emily empezara a cocinar, Cliff y Mac aparecían como familiares lejanos a cada una de las comidas. Brad bajó las escaleras dando fuertes pisadas y las palmas de Emily empezaron a sudar.

—Buenos días, Em —Emily se obligó a levantar la vista hacia unos ojos somnolientos junto a los que soñaba despertar. Brad se aclaró la garganta y Emily volvió de su trance, pestañeando mientras el rostro le hormigueaba del calor. Emily bajó la vista y agarró la cuchara de madera. Mira hacia otra parte. Quizás no debería haberse movido. Brad estiró el brazo alrededor de ella y tomó una taza de la alacena, luego estiró el brazo alrededor del otro lado de ella para alcanzar la jarra de café que recién terminaba de hacerse.

—¿Te sirvo una taza? —Rayos, ¿por qué tenía él que oler tan bien? Él rondaba en su espacio y la maldita lengua de ella no se movía. Contéstale al hombre.

—Sí.

Él no se movió, y cuando ella levantó la vista él le guiñó un ojo. Y, maldita sea, ella se sonrojó. No podía quitarse la sensación de rosas, la luz de las velas y un buen hombre con el que poder abrazarse. Tal era el efecto que este hombre tenía sobre ella. ¿Acaso lo sabía? Quizás era por eso que parecía tan divertido. Volviendo en sus sentidos, le hincó con los dedos en las costillas para romper el hechizo que él había lanzado sobre ella.

—¿Dónde está mi café?

Brad no respondió. Sonrió sensualmente, presumiendo su diente delantero astillado, que a cualquier otra persona le hubiera quitado su atractivo, pero no en Brad. En él parecía agregar una sensación de misterio, haciéndote querer saberlo todo acerca de él. Brad rompió el hechizo al agarrar otra taza.

—¿Dormiste bien? —¿Cómo podía hacer una mujer para superar la caricia de su profunda y aterciopelada voz?

—Sí, muy bien. Me di cuenta esta mañana de que Katy ha estado durmiendo la noche entera desde que nos mudamos aquí. Desde que estamos

en esta casa no se ha despertado en medio de la noche ni una sola vez.

—¿Katy se despierta mucho durante la noche?

—Ahá, desde el momento en que nació. Probablemente me alcancen los dedos de una sola mano para contar las veces que no me ha despertado durante la madrugada —Brad no se movió. Ella tendría que escabullirse por debajo de su brazo para pasar al otro lado de él.

—Tienes unos ojos hermosos, Em —La había tomado por sorpresa, el calor se adueñó del rostro de Emily, y esta vez él se dio vuelta con cara de que se estaba divirtiendo—. Necesito alimentar al ganado —No se detuvo hasta alcanzar la puerta. Se tomó el tiempo suficiente como para beberse lo que le quedaba de café, dejar la taza en una repisa, agarrar su chaqueta y salir enérgicamente por la puerta.

¿Qué demonios había sido eso?

CAPÍTULO 20



MARY HASKE LLEGÓ DESPUÉS DEL DESAYUNO. COLGÓ SU LIGERA CHAQUETA en el clóset del corredor, vestida tan pulcra y prolija para limpiar. Brad acababa de marcharse para alimentar a los caballos. Emily podía escuchar al tractor que araba en su camino a la cerca que rodeaba un área de seis hectáreas llena de árboles, una colina y un arroyo, en la que se encontraban los veinticinco caballos de Brad.

Debía de ser el paradisíaco para los caballos vivir en un ambiente así de natural, con espacio para galopar.

—Emily, ¿por qué no te tomas un descanso? Ve a caminar por este hermoso campo. Yo me encargaré de Trevor y de tu pequeño angelito. Los vigilaré por ti.

Emily arrojó la esponja que había utilizado para limpiar la mesada. Ella amaba este campo, los animales y los caballos.

—¿Sabes qué? Lo haré. Gracias.

Emily tomó un abrigo del perchero y Mary la echó por la puerta trasera. Emily estaba a mitad de camino por el campo, con las manos metidas en los bolsillos, cuando escuchó a Brad que gritaba. Emily fue corriendo a la cerca. Un grupo de árboles rodeaba el tractor y varios caballos parecían reunirse alrededor de un punto.

—¿Brad, está todo bien? —gritó.

—Rusty se quebró una pata —Rusty era un caballo de veinte años, cruza de Apaloosa con Cuarto de Milla, el caballo de Brad, en el que siempre cabalgaba. Emily corrió al portón.

—Emily, busca un cabestro y ven aquí. Cierra el portón detrás de ti — Emily agarró tres cabestros con sus respectivas sogas que estaban colgados en ganchos al lado del portón y entonces se deslizó hacia adentro, pisando el camino lleno de barro, charcos y matorrales húmedos con sus nuevas zapatillas de correr blancas.

Brad se encontraba del otro lado del tractor que tenía un fardo de heno en el diente del cargador que iba a ser depositado en el enorme comedero. Los caballos rodeaban a Brad y a Rusty, que estaba encima de unos arbustos con algunas pequeñas ramas que sobresalían. Al acercarse, ella pudo ver la sangre que brotaba de un tajo apenas debajo de la cadera. Brad le gritó al pequeño y oscuro árabe que no se iba del lado de Rusty.

Emily tuvo que abrirse paso entre los caballos a los empujones.

—Aquí, agarré tres —Brad tomó el cabestro azul y se lo puso al árabe.

—Em, necesito que sostengas a Smoky por mí —Le extendió la soga—. Solo apártalo, llévatelo hacia atrás hasta que te diga. Necesito ver mejor — Brad habló en un tono reconfortante mientras acariciaba con la mano el flanco del caballo. La mano de Brad se cubrió de sangre y el caballo relinchó, un tristísimo sonido que arrancó la paz directo del alma de Emily.

—¿Qué tan malo es? —Smoky tiró de la cuerda y agitó el extremo. Emily tuvo que tironear unas cuantas veces de la soga para hacerlo retroceder.

Brad dejó caer la cabeza, se quitó el sombrero mientras apoyaba la mano amorosamente en el lomo de Rusty. —Es grave. Voy a tener que sacrificarlo.

Este se convirtió en uno de esos momentos en los que el dolor que la rodeaba la hacía sentir como si su corazón se rompiera en mil pedazos. La mano de él temblaba cuando sacó el móvil.

—Necesito hablar con la oficina del doctor Vander, soy Brad Friessen... ¿Qué demonios? No, esta es una emergencia. ¿No hay nadie que lo

reemplace? Bien, deme su número —Brad cortó la llamada. No podía mirar a Emily a la cara. Ella podía ver que le estaba costando mantener la calma, tal como lo hace un hombre que está decidido a ser fuerte. Marcó un número—. Soy Brad Friessen, los de la oficina del doctor Vander me dieron su número. Tengo que sacrificar a mi caballo, tiene una fractura grave en una de sus patas traseras, justo arriba de la rodilla. No, está atorado en unos matorrales. ¿Tres horas? No voy a esperar y dejar que mi caballo sufra todo ese tiempo. Sí, está bien, gracias por nada —Brad cortó y estrujó el teléfono, agitando el puño en el aire.

Cuando enfrentó a Emily, no pudo mirarla a los ojos. Miró hacia un costado, pero ella igualmente pudo ver el brillo de las lágrimas que le cubrían los ojos.

—El veterinario está de vacaciones, y el veterinario disponible más cercano está en una guardia en Olympia y tardará tres horas en llegar. Voy a tener que sacrificarlo yo mismo.

Emily no sabía qué significaba eso, pero supuso que Smoky sí lo sabía. Tironeó otra vez, pero esta vez se escapó y casi arrastró a Emily consigo. Rodeó el costado de Rusty otra vez, acariciando con el hocico el cuello de Rusty, como si quisiera consolarlo.

Brad dio un paso atrás de donde estaba Rusty. Quitó la cuerda de Smoky para que no se tropezara. —Déjalo despedirse.

Esta vez cuando Brad se acercó, ella pudo ver la agonía de lo que él tenía que hacer. Ella había escuchado historias de gente que había tenido que sacrificar sus animales, pero nunca había experimentado semejante pérdida.

—¿Brad, estás seguro, no puede curarse su pata? ¿No puedes esperar hasta que el veterinario llegue hasta aquí? ¿No podemos hacer algo por él?

Brad enterró la mano en su cabello y apretó sus labios hasta que no fueron más que una fina línea. Luego se puso su sombrero negro de cowboy otra vez sobre la cabeza.

—No, Emily, no hay nada que yo pueda hacer. Su pata trasera está rota

justo por encima de la rodilla, y ese tajo es causa de una rama que le perforó la pata. Si fuera un caballo joven podríamos operarlo. Es demasiado viejo. No sería justo para él y ya ha perdido demasiada sangre. Sería cruel dejarlo sufrir —Brad caminó alrededor de Emily—. Voy a necesitar que sujetes a Smoky cuando lo sacrifique.

—¿A dónde vas? —Brad no se dio vuelta.

—A buscar mi arma.

CAPÍTULO 21



CÓMO HACÍA UNO PARA RESPONDER A LA REALIDAD DE LO QUE ESTABA POR suceder. Emily se trepó al tractor mientras

Brad corría a la parte de atrás de la casa. Los caballos sabían que algo estaba sucediendo. Smoky estaba nariz a nariz, luego lomo a lomo con Rusty, como si estuviera sosteniéndolo. Y Rudy dejó caer la cabeza, como si supiera que no le quedaba mucho tiempo. Los otros caballos permanecían cerca, unos doce rodeaban a Rusty y a Smoky formando un círculo de protección. Era algo magnífico, hipnótico y doloroso ver esta procesión. Se llamaban el uno al otro, relinchando y resoplando. Pero ella no tenía idea de lo que pudieran estar pensando.

Cuando Brad volvió corriendo, Cliff venía pisándole el rastro, con su desgastado sombrero de fieltro echado hacia adelante por encima de los ojos, y su camisa a cuadros abotonada hasta arriba. Él volvió a ponerle la cuerda de guía a Smoky. El caballo luchó contra Cliff cuando intentó alejarlo de Rusty.

—Emily, no mires —gritó Brad.

Emily apartó el rostro y cerró los ojos mientras las lágrimas le rodaban por las mejillas. Se sobresaltó a causa del estruendo del disparo, se tapó la boca, pero no pudo contener un gemido. Miró a través de una pared de lágrimas y vio a Brad de pie junto a Rusty, su amado caballo, que yacía en una parva de matorrales. Smoky se paraba en sus patas traseras y relinchaba

de la manera más angustiante. Los otros caballos sacudían las colas, pero no hacían nada más. Algunos de ellos tomaban bocados de paja de la cargadora. El silencio caía sobre los árboles, los arbustos y la pradera, como si la tierra estuviera guiando a un espíritu bueno de vuelta a su hogar y se lamentara por la pérdida de un alma tan amable y leal.

Brad bajó el arma, dejando que colgara de su costado. Cerró su otro puño y se lo llevó a la boca. Sus labios temblaban al secarse una lágrima perdida con la manga de su chaqueta.

Emily descendió de la cargadora. Y Brad de repente apareció justo detrás de ella. Una tristeza inconmensurable le invadía el rostro.

—Necesito que ayudes a Cliff luego de que yo termine de poner el heno en el comedero. Sujeta a los caballos mientras cavo un pozo para enterrar a Rusty.

Ella sintió un nudo en la garganta, no podía decir nada. Solo asintió con la cabeza. Brad se trepó y encendió el tractor, y el ruidoso motor diésel acalló todo. Emily retrocedió mientras Brad conducía los treinta pies que le quedaban para llegar al comedero y dejó caer el atado de heno. Él hizo marcha atrás. Los caballos estaban tan acostumbrados al tractor que lo rodeaban camino al comedero. A excepción de Smoky, una yegua alazana y un Percherón blanco, que se mantenían cerca de Rusty.

—¡Emily, sujeta a Smoky mientras agarro a estos otros dos! —gritó Brad, al tiempo que Mac cruzaba corriendo el portón. Smoky tiraba de la soga de guía. Emily lo alejó un poco más. Cliff había colocado cabestros y sogas guía en los otros dos caballos y los estaba haciendo retroceder. Brad se acercó y usó la parte delantera de la cargadora para cavar un pozo al lado de Rusty. Mac sujetó al Percherón. El suelo en el que yacía el caballo inmóvil estaba cubierto de sangre. Emily escondió el rostro en el cuello de Smoky que ahora estaba calmado junto a ella. Era horrible ver a Brad empujar al caballo al agujero y luego enterrarlo. Ella sabía que así era la vida en una granja con animales, pero nunca había experimentado semejante pérdida en su vida.

¿Cómo podían los rancheros y los granjeros lidiar con estas situaciones con tanta calma? Desde siempre, la carne que ella compraba en el supermercado estaba envuelta en plástico. Nunca veías a la vaca o al pollo en vida caminando por ahí antes de ser faenado. Brad le tocó el brazo.

—Emily, gracias por tu ayuda. Vuelve a la casa. Hemos terminado aquí.

Él le quitó el cabestro a Smoky. El caballo deambuló hasta la tumba y allí se quedó. Los otros caballos comían y luego volvían lentamente y se quedaban de pie junto a la tumba. Brad volvió a subir a la cargadora de un salto, dando órdenes a los gritos a Cliff. Emily salió corriendo a través del portón, las lágrimas le rodaban por las mejillas. No se detuvo hasta llegar a la casa. La vida seguía su curso, no tenían tiempo para estar de luto. Emily se quedó de pie en el último escalón y miró hacia atrás. El tractor, Cliff, Mac y Brad ya seguían su curso.

CAPÍTULO 22



—MIRA CON ATENCIÓN, TREVOR —EMILY SEÑALÓ CON UN GESTO A LA pequeña silla para niños que estaba enfrente de la mesa infantil en el nuevo cuarto de terapia en el piso de arriba, en el quinto dormitorio, el más grande, en el extremo más alejado del pasillo.

Cuando Trevor no respondió, sino que continuó corriendo descalzo alrededor de la habitación, murmurando entre dientes alguna reciente línea de un dibujo animado de Barney, Emily le tocó el brazo suavemente y lo llevó hasta la silla.

—Siéntate. Y lo hizo, pero entonces comenzó a balancearse de lado a lado haciendo que la silla se volteara. Esta por suerte cayó en el grueso alfombrado que amortiguó el ruido.

Trevor estaba de mal humor, lo había estado desde su cita esta mañana con Jane, la fonoaudióloga, una mujer bajita de cabello rizado y pelirrojo. Desde el momento en que ella ingresara en la sala de estar y se sentara en el sofá de cuero oscuro, Trevor había realizado su rutina de mono, trepándose en los muebles, las sillas, y después se puso en cuatro patas y barritó como un elefante, ¿o era un perro el día de hoy? Ella no lo sabía con certeza.

Otras dos personas, un hombre y una mujer, habían acompañado a Jane. Todos eran integrantes del equipo que iba a diagnosticar oficialmente a Trevor. Uno de ellos era un residente; un hombre de oscuro cabello y prolija

barba. Ella suponía que la idea era que esta barba le ayudara a aparentar mayor edad y le aportara un aire más distinguido, pero fallaba miserablemente. En vez de ello le daba el aspecto de un veinteañero novato. La otra mujer era una terapeuta ocupacional, esquelética y con el cabello corto y prematuramente encanecido. Ella, también, estaba observando. Inmediatamente después de las presentaciones y de que Brad y Emily se sentaran en esquinas opuestas en la sala de estar, todo comenzó a desmoronarse. La terapeuta ocupacional había aceptado el café que Emily le había ofrecido y estaba sentada en silencio en el sofá. Parecía tímida y un poco nerviosa. Trevor saltó de detrás del sillón hacia los hombros de ella, y luego rodó a su lado intentando subirse a su regazo. Su café voló de sus manos y aterrizó en la mesa ratona que estaba cubierta de folletos y papeles acerca del autismo, los que acabaron por empaparse de café. Viendo el lado positivo, por lo menos la taza no se había roto. Emily corrió a la cocina, tomó un repasador que estaba al lado del fregadero y volvió de prisa a secar el líquido que ahora goteaba de la mesa al piso. Brad, con el rostro endurecido y con la cara roja de vergüenza, intervino y tomó a Trevor rápidamente.

Trevor gimoteaba y pateaba los talones hacia Brad. Brad apretó tanto los labios que se fundieron en una sola línea blanca. A Emily se le hizo un nudo en el estómago al darse cuenta del evidente estrés al que Brad estaba sometido.

Jane se sentó en el borde del sillón de cuero. Con la espalda rígidamente recta, depositó su bolso en el suelo al lado de sus pies, y colocó ambas manos en sus rodillas vestidas de vaquero.

—Baje a Trevor, no le estaba haciendo daño a nadie, y quizás papá podría hacerse a un lado para que podamos evaluar al niño sin interferencias.

Brad se quedó helado y Emily se quedó boquiabierta, agachada de rodillas con el repasador empapado en las manos, que ahora goteaba sobre sus jeans descoloridos. Ahora, a favor de Brad, no dijo una sola palabra. Pero el fuego que centelleaba en sus ojos magnéticos y tempestuosos lo decía todo

para Emily. Estaba por explotar. Emily luchó con todo su cuerpo. Tenía que decir algo, cualquier cosa en defensa de él.

Él la miró con la misma frialdad de acero que había arrojado a Jane.

—Ni lo intentes —Y por supuesto este hiriente rechazo le rompió el corazón. Ahora entendía que se había pasado de la raya, él no toleraría ser defendido por una mujer. Él bajó a Trevor dejándolo al lado de Emily. levantó las manos en el aire como prueba de rendición y se fue abruptamente por la cocina, a través de la puerta trasera, golpeándola tan fuerte que las luces de la cocina titilaron. La sensación de furia que había dejado tras de sí llenaba el aire con un hedor imposible de ignorar.

Trevor se alejó y volvió saltando hacia donde estaba la incómoda terapeuta que se había vuelto un imán para él. Su estructura había sido modificada, no sabía qué era lo que se esperaba de él. Rayos, ni siquiera Emily lo sabía, mientras se quedaba mirando boquiabierta a estos tres desgarrados profesionales. Trevor era un imán que percibía la ansiedad de todos. La de ella incluida. Y Katy, que ahora tiraba de la remera marrón de Emily, empezó a lloriquear hasta que la cargó.

Las dos horas que Jane y sus lacayos estuvieron en la casa le parecieron ocho. Cuando finalmente se fueron, Emily estaba tan tensa que sus músculos y huesos estaban físicamente agotados. El almuerzo fue un patético rejunte de “arma tu propio sándwich”, al que Brad de todas formas nunca llegó.

Luego de que Trevor despertara de su siesta de media mañana, Emily trabajó junto con él en algunas habilidades básicas de nivel funcional, pero entonces dejó de balancearse y se dejó caer de la silla al piso, como si fuera una blanda muñeca de trapo. Emily lo levantó del piso y lo sentó en la silla, sosteniéndolo fuertemente de los brazos para que no se resbalara.

—¡Muy buen trabajo, Trevor! ¡Te sentaste! Toma, te ganaste esto para que juegues —Le entregó la cinta métrica que tanto le gustaba y él tiró de ella y la soltó, escuchando cómo zumbaba hasta cerrarse, y así una y otra vez.

La terapeuta ocupacional que se había unido a Jane como parte del equipo

de esta mañana, insinuó que continuar con la terapia Lovaas ABA, la terapia facilitada por la nueva especialista, en realidad dañaría a Trevor. Él necesitaba que lo dejaran solo y así se desarrollaría a su propio tiempo; naturalmente haría sus propios amigos según le pareciera conveniente. Había sido algo bueno que Brad se fuera.

Emily se había enfurecido y había pateado un muñeco de peluche por el piso luego de que se fueran por la puerta. ¿Por qué no podían estos profesionales del sector empezar a trabajar en conjunto? Cuando empezarían cada uno a cumplir con su parte y darse cuenta de que todo esto se trataba del mejor resultado para Trevor, para todos los niños con autismo. Dejen sus egos en la puerta.

La cabeza le latía mientras observaba a Trevor, que cruzaba el piso corriendo con las rodillas. Hoy era como decía el dicho: “un paso adelante y tres hacia atrás”. ¿Y dónde estaba Brad?

CAPÍTULO 23



LOS PLATOS DE LA CENA ESTABAN LAVADOS Y GUARDADOS. EMILY REFREGÓ LA mesa de la cocina y la encimera. El sol

se hundió tras el horizonte, encendiendo el cielo con hermosos matices de rosado y naranja. Emily aguzó el oído al pie de la escalera para escuchar si los niños hacían algún ruido. Nada. Bien, estaban profundamente dormidos.

La cena había sido tranquila y tensa, aun a pesar de que Emily había cocinado el plato favorito de Brad, chuletas de cerdo. Para ella era simplemente un pequeño esfuerzo para calmar un poco la humillación que él había experimentado esta mañana. Él no había hecho otra cosa que jugar con su comida. Luego de casi diez minutos, apartó el plato lejos de sí y se levantó de la mesa sin mirar atrás, haciendo algo que no hacía jamás: dejar comida en su plato.

Caminó hacia la puerta trasera, se detuvo antes de abrir la puerta.

—Tengo trabajo que hacer. Gracias por la cena, Em.

—De nada —Y entonces se marchó.

Emily salió al porche del frente. El aire fresco de la noche se colaba a través del suéter marrón claro que se había puesto sobre los hombros. Se sentó en la hamaca de madera y se hamacó hacia adelante y hacia atrás. Levantó el mentón en dirección al sonido de la grava que crujía. Solamente Brad sonaba tan confiado y seguro de sí mismo. Emily distinguió la figura de

Brad cuando se detuvo justo antes de los escalones.

—Linda noche, ¿los niños duermen?

—Ni se los escucha. No tardaron mucho. Ven aquí —Hizo una señal en dirección a la silla que estaba a su lado. Él miró adelante hacia la puerta principal. Él quiere escapar, está avergonzado—. Por favor, Brad.

Se quitó su gastado sombrero de cowboy y jugueteó con el ala de una manera que no se correspondía para nada con este hombre tan seguro y en control.

—Está bien —Avanzó hacia ella dando pasos largos. En vez de sentarse, apoyó la bota en la silla que estaba justo al lado de ella, posando el antebrazo sobre la rodilla, y luego se sacudió el sombrero contra la pierna como si quisiera quitarse el polvillo.

Emily inhaló profunda e invariablemente y jaló del elástico que le sujetaba el cabello, permitiendo que su cabello castaño y ondulado cayera como una cascada sobre sus hombros. Era un poco romántico. Cuando Emily alzó la vista la luna había formado un círculo de luz alrededor de ellos. Brad extendió el brazo y tocó un mechón de su cabello, frotándolo suavemente entre su pulgar y sus otros dedos. Entonces le subió el mentón. El aliento de ella estaba atorado en algún lugar alrededor del duro nudo que le cerraba la garganta. El corazón le latía fuertemente, él estaba tan cerca ahora. Se inclinó cerrando la incómoda grieta que los separaba, y tomó los labios de ella en un beso dulce y tierno, tan suave, su aliento tan cálido. Él deslizó la mano por su nuca hacia su hombro, y la levantó hasta que la tuvo de pie frente a él. Las manos de él se deslizaron por su espalda y sus brazos se cerraron en un abrazo, mientras delineaba los labios de ella con la lengua para abrirlos. Jadeando, ella abrió la boca para dejarlo entrar. Él la besó aún más profundamente y la atrajo hacia sí con fuerza. Las manos de él se deslizaron a lo largo de la espalda de ella y la tomaron de las nalgas. Una jugada atrevida y posesiva, su deseo se apretaba fuertemente contra ella. Dejó caer los brazos y retrocedió, un paso, luego dos, rompiendo este beso fuera de serie. Sin

aliento, ambos jadeaban como si acabaran de correr una maratón.

—Lo siento, Em. He querido hacer eso por tanto tiempo —Ella avanzó y extendió la mano para acariciarle la mejilla.

—Por favor, no te detengas.

Él era tan alto. Su cabeza apenas le llegaba a los hombros. Pero eso no impidió que ella tratara de alcanzarlo y atraer la cabeza de él otra vez hacia ella, solo que él no cedía.

—¿Estás segura, Em? ¿Esto es lo que quieres?

Sus ojos de color whisky se veían ámbar a la luz de la luna. Las palabras se le atoraban en la garganta, como si estuvieran atascadas en una cosa gruesa y viscosa. Emily tragó para librarse del nudo que tenía en la garganta. Su invitación debió de ser clara porque él entrelazó los dedos en el cabello de ella. La tomó de la nuca para atraerla hacia él, reclamando su boca como si fuera su derecho y ella fuera su mujer, una familiaridad que Emily nunca había experimentado. Su beso profundo e intenso había acabado con todo rastro de cordura y había hecho que las rodillas de ella se derritieran. Brad debió de haberse dado cuenta de que ella se estaba deslizando, y apretó sus brazos con más fuerza en torno a su cintura, tomándola fuertemente contra él.

Ella se agarró salvajemente de su camiseta y las manos no paraban de temblarle. La mente se le ponía en blanco. En lo único en que podía pensar era en la gran necesidad que tenía de él, una necesidad acallada por tanto tiempo que ahora le hacía perder todo control de la situación. Un leve gemido surgió desde lo más profundo de su interior. Brad presionó contra ella cada centímetro de su duro cuerpo. Oh, Dios, cómo deseaba esto. Cómo lo deseaba a él. Había algo acerca de este hombre, y oh, sí que era todo un hombre, que la dejaba gritando y regocijándose mientras su lengua danzaba con la de él. Oh, sí que sabía cómo besar. Quizás esa era la razón por la que su mente permitía que la invadieran pensamientos oscuros, que la hacían preguntarse cómo podía él desearla en verdad. Eres tan solo una fase, una distracción momentánea. Cállate, deja de pensar tanto, se dijo a sí misma. Solo disfruta y

no empieces a buscar problemas.

Él rompió el beso y se inclinó. Abrió el voluminoso suéter de ella y la besó suavemente a lo largo de su cuello hasta llegar a la hilera de pequeños botones marrones por encima de su busto. Entonces dejó que sus manos recorrieran su pecho, presionando suavemente mientras marcaba la suave silueta de su pezón por encima de su camiseta de algodón. No se detuvo en su dulce tortura y tomó su pecho y lo levantó, pasando su pulgar por el lado inferior de sus pechos. Retrocedió y, estirándose hacia abajo, tomó la mano de ella en la suya y la guió hacia el interior de la casa, cerrando y trabando la puerta detrás de ellos. Él le apretó la mano y bajó la vista hacia ella con tanta excitación y tanto deseo en esos poderosos ojos de color whisky, deteniéndose con una pregunta abierta que ella entendió con claridad.

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres? Dímelo ahora antes de que vayamos demasiado lejos.

—Sí, te quiero a ti —La voz de ella estaba ronca y llena de deseo.

Sin decir palabra, él la guió escaleras arriba. Cada crujido de cada escalón hacía acelerar el latido de su corazón, y este amenazaba con cortar la respiración. Ella no sabía cómo manejar esto, porque con Brad no había nada que preguntar, él estaba a cargo. Todo su ser era una declaración de ello. Él era la encarnación de la pura definición de un fuerte macho alfa. Ella se había preguntado antes si los hombres como él no se habían extinguido hacía años. Ahora ella estaba agradecida de que él estuviera aquí con ella, llevándola hacia su habitación, cerrando la puerta detrás de él.

CAPÍTULO 24



BRAD APOYÓ LA PALMA ABIERTA DE SU MANO ENORME DE HOMBRE trabajador contra la puerta y la miró a través de la pesadez de sus párpados, la pregunta abierta había desaparecido. Ahora la estudiaba un hombre que la depredaba y que de ninguna manera la dejaría marcharse de esta habitación, pero no lo hacía de una manera que hiciera que Emily sintiera miedo. En esta habitación matrimonial enorme y señorial, llena de cuadros al óleo de temas del lejano oeste, muebles de madera de caoba y una gran cama con cuatro postes, prolijamente tendida y cubierta con un cubrecama de motivo floral que susurraba la sensual invitación por la que ella había estado esperando; se sentía deseada, especial.

Hipnotizada, Emily encaró la cama y se acercó, tocando el suave cubrecama de algodón, absorbiendo la enormidad de este paso. El brazo de Brad se deslizó alrededor de su cintura y la empujó de vuelta hacia su intensa excitación. No podría haberse dado vuelta por mucho que lo quisiera. Echó hacia atrás la parte superior de su cabeza contra el hombro de él, y pudo sentir cada uno de los bien formados músculos de su pecho contra su espalda. Él acarició suavemente su hombro, deslizando su mano áspera por debajo de su remera, haciendo que su piel se prendiera fuego. Él levantó su largo cabello castaño y lo sostuvo, exponiendo su sedosa piel mientras alternaba suaves mordidas y suaves besos a lo largo del costado de su cuello. Emily

ladeó la cabeza, un regalo para permitirle más acceso.

Él le corrió el cabello por encima del otro hombro, y entonces pasó la punta de los dedos alrededor de la silueta de sus pechos mientras que con la otra mano le desabotonaba la camiseta lentamente y con pericia, un botón a la vez. Le aflojaba las rodillas el sentir la rigidez de él que la presionaba desde atrás. Era tan erótico, con su altura y su fuerza. La intensa pasión la dejaba anticipando, expuesta, y al mismo tiempo sintiéndose segura. No se detuvo ni dudó en ningún momento cuando abrió suavemente la camiseta de ella y corrió hacia arriba su corpiño para exhibir sus pechos, como si hubiera hecho esto mil veces. Él entonces la llevó por un camino sensual, un tironeo relajado por aquí, un giro despreocupado por allá, masajeando su pezón con su pulgar, primero uno y luego el otro. Ella se deleitaba con la sensación de su cálido aliento sobre su cuello y hombros, seguido de un camino provocador que su lengua recorría hacia su hombro desnudo. Él la estaba volviendo loca y ella tironeaba del brazo que estaba anclado alrededor de su cintura. Pero ella no podía hacerlo ceder ni hacer que fuera más rápido. Él decidía qué hacer y a qué ritmo, algo que era muy propio de él. Le desabrochó los jeans y le bajó el cierre, creando un placer tan doloroso al mover su mano lentamente por sus rizos femeninos, frotándola, reclamando su trofeo al deslizar un dedo dentro de ella. Ella se escuchó a sí misma gemir, se sintió subir en una espiral y perdió el control por completo cuando él empezó a moverse y a acariciarla hacia adentro y hacia afuera. Ella se aferró a su brazo, perdida en un deseo intenso que la consumía, sin querer otra cosa que que él se hundiera en ella, duro y profundo.

—Por favor. Te necesito adentro mío. Ahora, por favor, Brad —Rogaba completamente desvergonzada, sin aliento, echando la cabeza hacia uno y otro lado contra el pecho de él. Sintió la suave risilla sobre su nuca.

—Paciencia, Em, disfrútalo.

Él le quitó la camiseta y el corpiño y finalmente la dio vuelta para quedar frente a frente. Ella estiró los brazos para desabotonarle la camisa, pero sus

dedos se movían con torpeza y temblaban de deseo. Él la detuvo cubriendo sus manos con las suyas, mientras ella permanecía de pie ante él, desnuda hasta la cintura. Sus pechos estaban expuestos y listos para el deleite de él. Aun después de amamantar a Katy, permanecían firmes y de un tamaño orgullosamente suntuoso.

Brad retrocedió, sus ojos se tiñeron de un matiz apacible y embriagado, se desabotonó la camisa y se la quitó, arrojándola a una pila de ropa en el suelo. Su pecho y sus hombros se veían aún mejores desnudos que vestidos. Evocaba a una estatua griega: pectorales sólidos, abdominales marcados, vello castaño claro en el pecho que se rizaba camino abajo, hacia su ombligo para luego desaparecer en la pretina de sus vaqueros. ¿Había algo que pudiera ser mejor que esto? Absolutamente nada. Por lo menos Emily no podía imaginar que lo hubiera. Brad le levantó el mentón con el dedo para que se encontrara con su amplia sonrisa de Gato de Cheshire.

—Pronto.

Rodeó con su mano la cabeza de ella y reclamó su boca otra vez. Esta vez, con más profundidad mientras la lengua de él se apareaba con la de ella. Él levantó su la pierna por encima de la cadera de él, sosteniéndola mientras la atraía hacia sí y se frotaba contra ella, presionándose contra ella, largo, grueso y duro. Ella buscó torpemente los botones de los jeans de él, al sentir que se tensionaba contra el apretado y estirado material.

Brad bajó la pierna de ella y se desabrochó los pantalones. Hacía todo esto sin dejar de frotar su otra mano a lo largo del muslo de ella, apretando suavemente en su recorrido hacia donde se unía en el centro.

Él la depositó sobre el cubrecama floreado. De pie ante ella, se apresuró a quitarle las zapatillas y las medias, y a sacarle los jeans y la ropa interior de un solo movimiento rápido. Ella estaba ahora desnuda frente a él. Ella sintió la lujuria de sus ojos penetrar cada centímetro de su ser. Estaba estudiando su esbelto abdomen, las pocas estrías, los firmes muslos y los oscuros rizos de su centro. Instintivamente abrió las piernas. Ella lo deseaba a él ahora. Pero

cuando él se acercó a ella le agarró las rodillas y las separó, sujetándola para que no se moviera. Se inclinó y la besó allí donde se abría. El calor y la sacudida la electrificaron. Emily se tapó la boca con la mano, mordiéndose la carne para ahogar el grito que nacía de ella. Él la dividió con sus dedos y deslizó la lengua dentro de ella.

—Oh, por Dios —No sabía si lo había susurrado o si lo había gritado. Brad era un hombre que tomaba el control. Ella estaba completamente a su merced. Una situación que nunca antes había experimentado con un hombre, la de perder el control como si hubiera caído al abismo desde una montaña rusa en la feria. Estiró el brazo y lo agarró del corto cabello castaño. Operando por puro instinto, movió las caderas, deseando que se introdujera duro y profundo dentro de ella. Él la sujetó y entonces la sintió, fuerte y explosivamente. Una intensidad abrasadora que la hacía girar y la retorció hasta hacerle pensar que iba a desarmarse se propagó a través de ella. Ahogó su grito, echando la cabeza a uno y otro lado.

Escuchó nuevamente, en un lugar distante y lejano, un grito diferente que no era el de ella. Emily iba a la deriva a través de fragmentos de realidad consciente, alejándose del abismo celestial donde flotaba. La vuelta a la consciencia calmó sus muslos temblorosos y débiles; no estaba para nada saciada, lo necesitaba.

Su pecho jadeaba mientras intentaba recuperar el aliento, y entonces lo escuchó otra vez. Una criatura que lloraba, Katy.

Brad la soltó, murmurando palabrotas entre dientes mientras retrocedía, pasándose los dedos por el cabello. Su deseo encendió un fuego amargo en sus ojos. No iba a poder satisfacerlo.

Emily quería maldecir y llorar por el momento que habían perdido, pero su hija tenía prioridad, incluso antes que sus propias necesidades. Rodó y resbaló de la cama con piernas temblorosas. Se puso la camiseta y metió los pies en sus jeans. Bajó la vista hacia el alfombrado azul claro. La realidad podía ser terriblemente cruel, incierta, como un baldazo de agua helada. ¿Y

ahora qué? Se prendió la camiseta mientras corría a la puerta, la abrió bruscamente y se precipitaba al pasillo. Katy estaba sentada en el medio de su cama de una plaza, frotándose los ojos, aferrándose a su manta azul y gimoteando. No se escuchaba ni un sonido de la habitación de Trevor; sin embargo, si no calmaba rápidamente a Katy, él también se despertaría pronto y eso no sería para nada bueno. Emily tomó a Katy en sus brazos y la besó hasta que las lágrimas se acabaron, alzándola junto con su manta y acunándola mientras caminaba en puntas de pie hacia su dormitorio.

—Shh, mi niña. Mamá está contigo, shh.

Katy descansó su cabeza en el hombro de Emily. Se agarró de la camiseta entreabierto de Emily con sus pequeños puños a medida que su llanto se calmaba. Emily caminó en círculos y giró hacia la puerta. Brad se apoyó en el marco de la puerta, otra vez vestido. La expresión de su rostro era rara. Casi extraña, una expresión que ella nunca antes había visto.

—¿Está bien? —Su voz era áspera, pero llena de preocupación. Ella le respondió susurrando.

—Sí. Creo que tan solo ha tenido una pesadilla, debería volver a dormirse en seguida —Él no dijo nada, y no se movió.

—Eres una buena madre, Em. Buenas noches. Te veré en la mañana.

El estómago le dolía a causa de ese anhelo terrible y vacío. Lo de esta noche con Brad ya se había acabado. Ansiaba sus caricias, pero no podía hacerlo volver con solo desearlo. El pesado bulto en su garganta dolía. En la oscuridad, sostuvo en brazos a su hija, oyendo el suave cliqueo de la puerta de él. Emily cerró los ojos con fuerza, lamentando su pérdida mientras tarareaba suavemente, hasta que la respiración de Emily se estabilizó y supo que había vuelto a dormirse.

En vez de poner a Emily en su propia cama, Emily la arropó en la suya, observando su tranquilo y angélico rostro. Emily se quitó la camiseta y se dio cuenta de que se había dejado el corpiño, la ropa interior, las medias, los zapatos y el suéter desparramados en el piso del dormitorio de Brad. Emily se

apenó al asimilar la cruel realidad: quizás Brad habría recapitado. A primera hora de la mañana recuperaría sus cosas en una caminata de vergüenza.

CAPÍTULO 25



UNA MANO PEQUEÑA EMPUJÓ A EMILY, PERO ELLA SE ACURRUCÓ EN SU cálido capullo, subiéndose el cubrecama hasta dejárselo por debajo del mentón. Se esforzó por abrir sus ojos somnolientos, buscando el reloj despertador. Los números rojos parpadearon indicando las 6:10 de la mañana. Por un momento sintió que su corazón se expandía al doble de su tamaño. Se sentó bruscamente, hizo a un lado las mantas y se levantó de la cama de un salto. ¿Cómo pudo haberse dormido? Maldijo entre dientes su propia estupidez, se había olvidado, en medio de su autocompasión, de programar la alarma. Idiota. Nunca se guiaba por ella de todas maneras, por lo general se despertaba sola a las cinco de la madrugada. Pero anoche, bueno, ¿qué podía decir? Hablando de saltarse los límites morales.

Emily se puso los jeans del día anterior y una camiseta limpia que sacó de su cómoda de cinco cajones. ¿Por qué no me despertó Brad?

Emily echó hacia atrás su cabello enredado y notó que alguien había cerrado su puerta. Y, apilados encima de la silla llena de ropa al lado de la puerta, estaban los zapatos, el suéter y la ropa íntima que había dejado desparramados en el piso del dormitorio de Brad. Emily gruñó mientras presionaba ambas manos sobre sus mejillas calientes.

—Mamá, hambre —Katy saltaba en la cama con su pijama de mariquita rosada.

—Está bien, lo sé Katy. Solo déjame terminar.

Emily se cepilló el cabello, tirando de los nudos un poco más fuerte de lo necesario. Luego se lo ató, y unos minutos después bajó junto con Katy. La dejó rápidamente en el sillón junto con su mantita y encendió el televisor.

—Tú mira Treehouse, yo haré el desayuno.

Emily salió corriendo, dobló la esquina hacia la cocina y se estrelló contra la sólida pared del pecho de un hombre. Brad le apretó los hombros y Emily sintió que las mejillas se le prendían fuego al alzar la vista hacia esos ojos misteriosos que parecían iluminarse con la luz del día.

—Lo siento, Brad. Me dormí, yo... —Él le frotó los hombros de una manera algo familiar.

—No te preocupes, Em. No te desperté, pensé que necesitabas descansar. El café ya está hecho. Volveremos en media hora, más o menos. ¿Es tiempo suficiente como para que prepares algo? —Él estaba siendo amable. No, generoso. Y Emily estaba siendo una idiota aturullada que no dejaba de tartamudear, incapaz de hacer arrancar su lengua.

—No, es decir, sí lo es. Gracias. Lo siento —Hizo una mueca de dolor, avergonzada y cerró los ojos con fuerza. Pero cuando volvió a abrirlos, él no se había movido, aunque había dejado caer la mano a un costado y ya no la estaba tocando.

CAPÍTULO 26



ÉL LA OBSERVABA CON ESTA MÁGICA CHISPA QUE CENTELLEABA EN ESOS OJOS que todo lo veían y que convertían las entrañas de Emily en jalea. Ella no tenía idea de qué estaba pensando. ¿Estaba arrepentido de lo que había pasado entre ellos? Eso sería lo peor. Ella quería preguntarle, pero tenía miedo de lo que pudiera responder.

Brad acarició la mejilla de ella con el dorso de la mano. Se detuvo, reflexionó, dejó caer la mano y se marchó dando pasos largos. Un hombre con un propósito.

Ella instintivamente cubrió su huella con la mano.

—Mamá, hambre —Vamos, chica, vuelve a la realidad.

—Ah, Katy, dame un minuto —Fue corriendo al refrigerador y sacó dos docenas de huevos, cerrando la puerta del refrigerador con el pie detrás de ella. En tiempo récord había improvisado unos huevos revueltos con tostadas. Apenas había terminado de sentar a Katy a la mesa cuando Brad, Cliff y Mac entraron a los pisotones por la puerta trasera, sacudiéndose el barro de las botas, discutiendo acerca del reciente pedido de pienso para el ganado.

—Buenos días, Emily —dijo Mac y Cliff la saludó con un gesto de la cabeza mientras arrastraban las sillas hacia atrás y se sentaban. Sirve el café. Respira profundo. Aquí vamos.

CAPÍTULO 27



LA ALOCADA MAÑANA PASÓ VOLANDO. AHORA KATY DORMÍA SU SIESTA DE LA tarde. Trevor no quería dormir.

Así que mientras Emily sorbía una taza de té, Trevor jugaba con sus autitos, haciéndolos andar por encima de la carpeta con volados que estaba encima de la mesita al lado del sofá, hacia adelante y hacia atrás, repitiendo el mismo círculo una y otra vez.

A ella le dolían los pies, y no podía dejar de sentirse incómoda. Incluso Brad la había llamado aparte después del almuerzo, antes de marcharse con sus hombres, y susurró con su acento sexy y confiado.

—Hablaemos esta noche.

Y oh por Dios, cuando lo miró a los ojos, el deseo y el mensaje eran claros. Quizás lo de anoche también había significado algo para él, y el rostro de ella se iluminó con una sonrisa.

—Está bien —Él se quedó mirándola un minuto más, esperando a que el intenso mensaje entrara en su cabeza terca y preocupada.

La puerta principal crujió y repiqueteó. Emily saltó, volcando unas gotas de su té caliente sobre en el rayado roble.

—Mierda —Se apresuró a doblar la esquina al escuchar el leve taconeo, un taconeo de pisadas que no le eran familiares. El miedo se trepó a la garganta de Emily y amenazó con ahogar todo sonido. Patinó alrededor de la

esquina para agarrar a Trevor y se quedó congelada. El tiempo se movió en cámara lenta, todo se detuvo y sus sentidos se magnificaron por cien. Una rubia alta y de piernas largas, que fácilmente podría haberse salido de una revista de modas, ingresó a la sala de estar. Detrás de ella, apoyadas contra la puerta, había dos enormes maletas rojas. Ella era, sin lugar a dudas, la mujer más hermosa que Emily jamás hubiera visto. Bien proporcionada, delgada, con curvas en todos los lugares correctos; un cuerpo por el que Emily habría dado su brazo derecho. Tenía unos ojos azules y felinos de lo más magníficos, que se volvieron gélidos en el momento en que miraron a Emily. Se quitó su costoso abrigo de cuero blanco y lo arrojó descuidadamente sobre el sillón. Su apretado suéter marrón y los pantalones de corderoy combinados le quedaban como una segunda piel, de una manera que demostraba buen gusto. Emily se enfocó en las cejas perfiladas en salón de belleza que no se correspondían del todo con el cabello rubio cenizo. Su maquillaje era una diestra obra de arte. No había dudas acerca de quién era esta belleza. Emily supo instintivamente que esta mujer era Crystal, era la esposa de Brad.

—¿Quién eres y por qué estás en mi casa? —Sus palabras eran agudas y crueles, de una manera que hacía que Emily se sintiera la intrusa. La atractiva rubia miró a Emily de arriba a abajo y luego desvió la mirada, desestimándola.

—Mi nombre es Emily. Brad me contrató para cuidar de Trevor y...

La mujer la interrumpió agitando la mano con impaciencia, mostrando sus uñas meticulosamente manicuradas y pintadas de un rojo vibrante, y el enorme diamante cuadrado engarzado en oro blanco que tenía en su dedo anular.

—¿Y dónde está el niño? —preguntó sin ningún interés particular, una princesa de hielo sin ninguna intención de descongelarse. Emily no podía pensar en nada inteligente para decir, abrió la boca y luego la cerró. Buscó a Trevor, que estaba observando el espacio entre ella y esta mujer, mientras sostenía su auto de juguete y se balanceaba de lado a lado haciendo su sonido

“wop, wop”. Emily fue corriendo hasta Trevor y se agachó, redirigiéndolo de vuelta a su línea de audífonos.

—Juega con tus audífonos, “brum, brum”, estacionalo aquí —Ella se hizo a un lado, la gélida mujer no se había movido. Parecía que no estaba muy deseosa de acercarse.

—Haz que deje de hacer ese ruido espantoso. Voy a poner mi equipaje en su lugar. Me gustaría tomar una taza de café. Tráemela cuando esté lista, querida.

La espalda de Emily se crispó de golpe. Qué increíble descaro. Es decir, vamos, ella no trabajaba para ella y tenía la intención de decírselo. Pero no lo hizo, y la mujer no se quedó esperando una respuesta. Subió las escaleras con una de las maletas en la mano, en dirección a la habitación de Brad.

Emily se ahogó con el bulto que tenía alojado en la garganta, y el corazón le dolió como si se lo hubieran metido en una máquina de picar carne. Se quedó mirando, incrédula, y hubiera jurado que el piso se había ablandado bajo sus pies. Le tomó un minuto darse cuenta de que se trataba de Trevor que estaba gritando. Se dio vuelta justo cuando él arrojaba su audífono al otro lado de la habitación, chillando una y otra vez “da, da, da, da”. Emily se dio a sí misma una buena reprimenda y concentró toda la energía que le quedaba en Trevor y en calmarlo.

Corrió hasta la televisión, puso una película de Peter Pan, una de sus favoritas, y lo cargó en brazos mientras él agitaba los brazos, hasta que la música del comienzo inundó la habitación. Él se detuvo, se apartó de Emily y se quedó parado a unos pocos centímetros de la pantalla del televisor, balanceándose hacia adelante y hacia atrás. ¿Dónde estaba Brad? La cabeza le latía, le palpitaba en la base del cuello. La tensión que flotaba en el aire de la habitación había sido absorbida por sus hombros y su cuello, al punto que creía que sus músculos se quebrarían en cualquier momento. Emily deambuló y rodeó la cocina. Katy estaba todavía dormida, era imposible para ella salir a buscar a Brad. Marcó su número de celular, pero se iba una y otra vez al

correo de voz.

—Brad, soy Emily. Por favor llámame, es muy importante.

Emily se retorció las manos. Luego se obligó a hacer a un lado su ego, se tragó su orgullo e hizo el café. ¿Qué haría Brad? ¿Qué iba a suceder? ¿Qué pasaría entre ella y Brad? Alzó la vista hacia el techo y echó las manos hacia arriba. Esto era increíblemente inoportuno.

La cafetera hizo un pitido y Emily miró el oscuro brebaje como si fuera una víbora a punto de picarla. Levantó la jarra y llenó una taza rosada con motivo de flores, a pesar de que los músculos de su brazo protestaran ante lo que estaba haciendo. No lo hagas. No eres una sirvienta. No dejes que te trate de esta manera. Échalo a fregadero e ignórala. No dejes que te trate de esta manera, detente. Pero ella no escuchaba, se tragó el pesado y doloroso nudo seco y lleno de orgullo, y subió las escaleras mientras se le rompía un poco más el corazón. Golpeó suavemente a la puerta cerrada de la habitación de Brad, y esperó hasta que la odiosa mujer que estaba del otro lado la dejara entrar.

—Entra —El pedido era liviano y etéreo, el de una voz que apestaba a confianza. Emily abrió la puerta de un empujón. No se puso a buscar a esta grosera intrusa, sino que sus ojos se pegaron a la enorme cama de cuatro postes en la que hacía menos de veinticuatro horas había estado acostada, desnuda, extendida para Brad. El cobertor de motivos florales no había sido tendido prolijamente, sino que había sido amontonado en una pila en el medio de la cama, en donde una enorme valija roja yacía abierta. Había ropa desparramada por todas partes. Crystal se aclaró la garganta ásperamente. Emily giró la cabeza rápidamente y volcó unas gotas de café sobre sus gastados jeans.

—Aquí está su café —Emily extendió la taza y bajó la vista al piso

—¿Dónde están la crema y el azúcar? —De poco sirvió evitar el contacto visual.

—No dijo que quería crema y azúcar.

—Oh, sí que lo hice. Crema y una cucharada de azúcar y no ese espantoso endulzante artificial. En el futuro, y durante el tiempo que trabajes aquí en mi casa, asegúrate de recordar eso —La advertencia que Emily había percibido no tenía nada que ver con el café.

Con los hombros caídos, Emily se escabulló escaleras abajo con la despreciable taza, segura de que podía escuchar la rueda de la fortuna rechinar hasta detenerse y comenzar a moverse en el sentido opuesto, de bueno a malo. El pánico y la preocupación comenzaron a abrirse paso a los golpes en la mente de Emily mientras se preguntaba qué impacto tendría esto para Brad, para ella y para los niños.

CAPÍTULO 28



UNA ABSOLUTA PESADILLA. EL RESTO DE LA TARDE PARECÍA ESTAR predestinada a ser de esa manera, pero fue incluso peor de lo que Emily había imaginado. Una densa tensión ocupaba cada rincón de la casa. Trevor lloriqueaba, chillaba y repetía una y otra vez la misma línea de la película “hay que matar al Wendy pájaro”. Giraba sobre el trasero en el medio del piso de la cocina, y luego peleaba con las manos cuando Emily le impedía meter y sacar lo juguetes en la parte inferior del horno.

Katy se despertó llorando de su siesta y seguía lloriqueando todavía, mientras se aferraba a los vaqueros manchados de comida de Emily y se metía el pulgar en la boca. Y para empeorar las cosas, no había forma de que Crystal se quedara en el piso de arriba. Violaba todos los espacios de Emily, hurgaba en el ropero de Emily, y luego en el de Katy, y paseaba por cada habitación de la casa. Finalmente decidió quedarse en la oficina de Brad. Se sentó en la mullida y acolchonada silla giratoria, y puso sus botas de tacón alto a la última moda sobre el escritorio de Brad. Su sonrisa era la de un gato que se había robado toda la leche, pensaba Emily. Luego de aproximadamente una hora, Crystal volvió a retirarse al dormitorio de Brad.

A las tres y media, mientras Emily se encontraba acurrucada en un rincón de la sala de estar con Trevor y Katy, armando una mansión de Legos, Brad entró tempestuosamente. Hurra, la caballería está aquí. Ella quería levantarse

de un salto y echar los brazos al cuello de su hombre, el que ella sabía que echaría a esa horrible mujer. Pero el resplandor peligroso que encendía su rostro y que podía incendiar un granero entero hizo que Emily se quedara agachada con los niños. No tenía ningún deseo de ser la receptora de su furia.

—¿Ella está aquí? —rugió.

Katy prácticamente saltó al regazo de Emily. Trevor nunca alzó la vista.

Emily hubiera querido que fuese su caballero en brillante armadura, que le preguntara cómo estaba ella. Pero él tenía visión tubular.

—Ella está en tu dormitorio.

—Llévate a los niños de la casa, ahora.

Pues esto no era nada bueno. Brad se precipitó escaleras arriba, subiendo de a dos escalones por vez, pegando un portazo tan fuerte que las ventanas de la sala de estar temblaron, echando por tierra toda esperanza de una resolución pacífica. Emily se puso de pie de un salto y envolvió a Trevor y a Katy en sus abrigos y gorras. Sintió que un terrible escalofrío le trepaba a la espalda, el mismo tipo de escalofrío que sientes cuando sabes que hay un intruso. Se sobresaltó, Cliff estaba merodeando afuera de la puerta, observándola de una manera extraña. Emily se levantó el cuello de su abrigo y tembló. Él no dijo nada y metió las manos en los bolsillos de su vaquero mugriento.

Brad estaba gritando tan fuerte que ella podría haber jurado que las paredes se sacudían. Emily alzó en brazos a Katy y agarró la mano de Trevor, para llevarlos afuera al establo para que jugaran en una pila de heno. Pasó más de una hora y Emily se acercó a la tranquila puerta principal. Esperaba, no, deseaba, que Crystal ya se hubiera ido y que la pesadilla hubiera terminado. Cuando abrió el clóset del hall, la puerta crujió y así también lo hizo la madera del piso de arriba. El estrés y la furia flotaban en el aire; vibraban en las paredes, el piso y los muebles, como sucedía después de que se desatara una batalla.

El corazón de ella latía con fuerza mientras caminaba en puntas de pie

alrededor de la esquina, solo que era jodidamente imposible mantener callados a dos niños cansados y hambrientos.

—Vengan, siéntense, ¿qué tal Winnie The Pooh? —Los créditos del inicio comenzaban a aparecer en la pantalla cuando Crystal bajó tranquilamente las escaleras, taconeando sus botas en la madera del piso. Se quedó helada a los pies de la escalera. Se quedó boquiabierta al ver a los niños sentados en el borde del sofá de cuero.

La mujer era una amenaza. Cruzó los brazos sobre el pecho en un gesto arrogante y grosero, y dio la apariencia de estar desafiando a Emily. Pues bien, Emily no mordió el anzuelo, ni iba a hacerlo. ¿Qué era lo que pretendía esta mujer, que ella y los niños desaparecieran? Pues, noticia de último momento, no iba a suceder. Entró a la cocina para comenzar a cocinar la cena, haciendo su mejor esfuerzo por ignorar a Crystal. Era imposible confundir el taconeo que la seguía. Emily abrió el refrigerador y miró por encima del hombro. No podía evitar darse cuenta de que Crystal parecía un pez fuera del agua en esta cocina. Se cruzó de brazos e inspeccionó toda la habitación con una actitud que semejaba desdén.

—¿Esa es tu hija?

Emily apretó los puños y cerró el refrigerador. Concéntrate en la cena. Olvídate de que ella está aquí. Pero eso era imposible cuando tenías un fuego infernal haciéndote un agujero en la espalda. Emily abrió el refrigerador otra vez de golpe, sus manos temblaban mientras levantaba la olla de estofado de pollo y lo ponía en la hornalla para calentarlo. Luego sacó ensaladas de guarnición.

La mujer no se movió. Y ahora golpeteaba el piso con la punta del pie como para recordarle a Emily que esperaba una respuesta. Emily soltó un leve suspiro.

—Cuido a Katy y a Trevor —Ella no levantó la vista, sino que se puso a revolver el estofado, tratando de contener sus ganas de largarse a llorar. Mientras Emily hacía la ensalada y ponía la mesa, Crystal rondaba de una

manera que obligaba a Emily a esquivarla. Crystal rodeó la mesa como si estuviera contando los lugares. Ahá, quizás quería ver si había un lugar para ella. Pues no lo había, y tampoco lo habría a menos que Brad le dijera lo contrario. ¿Qué demonios hacía todavía aquí esta mujer, de todos modos? ¿Por qué Brad no la había echado?

Emily tenía mil preguntas para hacerle a Brad. Echó una ojeada al reloj. El estómago le dolía de la ansiedad. ¿Dónde estaba él?

—Permiso —dijo Emily, apretando los dientes mientras intentaba poner la olla caliente de estofado en la mesa. Apenas hizo eso, escuchó a los hombres entrar dando fuertes pisotones.

Emily no se dio cuenta de que se estaba frotando las manos, ni de la cuenta regresiva al fin del mundo que le mordía la nuca. Ninguno le dijo una sola palabra a Crystal. Brad se detuvo, miró a Crystal y luego se sentó en su lugar en la mesa. A Emily se le cayó el corazón al suelo. Robóticamente, caminó arrastrando los pies hasta la sala de estar, apagó el televisor.

—Katy, Trevor, a cenar —Emily casi se tropieza con sus propios pies; Crystal estaba sentada en el lugar de siempre de Emily, al lado de Brad. Mac y Cliff estaba rígidamente sentados y apartaban la vista. Brad no podía mirara Emily a la cara. Su rostro estaba teñido de rosa y tenía un tic en la mejilla. ¿Qué demonios está pasando? Emily tragó la roca que tenía atorada en la garganta y contuvo las lágrimas que amenazaban con abrirle un agujero en la cabeza. Sentó a Trevor al lado de Crystal y a Katy en su lugar.

Emily, con el rostro enrojecido, buscó otro plato y otro juego de cubiertos del gabinete y fue tropezando a la puerta trasera a buscar una silla extra. Nadie se ofreció a ayudarla, y pestañeó para reprimir esas lágrimas odiosas. No fue sino hasta que levantó la maldita silla que escuchó otra silla que rechinaba, seguida de pasos. Sabía de quién eran, pero ahora estaba demasiado enojada y dolida como para sentir alivio.

—Yo llevaré la silla, Em. Suéltala —Ella se esforzó por mantener la calma, pero una maldita lágrima se escapó, luego otra.

—¿Por qué? —Él cerró los ojos. Quizás eso fuera más sencillo que ver lo mucho que la estaba lastimando.

—Vayamos a comer, Em. Solo quiero que cenemos en paz.

¿Qué clase de respuesta era esa? Sin palabras, soltó la silla de respaldar recto. Se secó las lágrimas y siguió a Brad. Arrimó la silla al lado de Katy y se sirvió la comida. Pero en vez de comerse la cena, Emily sabía que se estaría tragando el corazón.

CAPÍTULO 29



TREVOR Y KATY LLORIQUEARON A LO LARGO DE TODA LA CENA, NO LES gustaba el estofado. Golpeaban la mesa con las cucharas, Katy jugaba con la suya, Trevor chillaba “no, no, no, cosa, diaj”, revoleando trozos de apio y zanahorias a la mesa. Katy alzaba los brazos en dirección a Emily.

—Mamá, upa —Emily la subió a su regazo e intentó darle de comer de su propio plato, pero apretaba los labios, no dejaba entrar nada. No podía culparla, Emily tampoco podía tragar bocado. Por algún motivo la comida de esta noche tenía sabor a aserrín, se pegaba en las paredes de su garganta y retumbaba en su estómago revuelto.

Trevor comenzó a hacer el ruido “wop, wop” otra vez, balanceándose en su silla. Tenía en la mano su cuchara llena de salsa y la arrojaba hacia adelante y hacia atrás, salpicando la blusa perfectamente entallada de Crystal. Es estrés enrarecía el aire. Ojeadas incómodas, miradas fulminantes llenas de furia. No era sorpresa que los niños estuvieran comportándose así, eran intuitivos por naturaleza. Quizás no conocieran los pormenores, pero sí sabían que su entorno seguro y estable estaba bajo amenaza.

Crystal dejó caer su tenedor estrepitosamente.

—Llévatelo de aquí —Este repentino rechazo era cruel. No tenía ninguna compasión hacia su hijo. Ni siquiera lo miraba; de hecho, se hacía a un lado, como si lo que fuera que él tuviera pudiera ser de alguna manera contagioso

para ella.

La horrible mujer frunció sus labios carnosos, lo cuales Emily estaba segura de que estaban inyectados con Botox, tomó una servilleta de papel y se limpió la salpicadura de salsa del frente de encaje de su camisa. ¿Qué tan retorcidas estaban las prioridades de esta mujer? Emily fijó la vista en Brad, segura de que ahora sí pondría a Crystal de patitas en la calle. Brad dejó caer su tenedor y se frotó el rostro con sus manos ásperas. Apartó su plato y apoyó los antebrazos en la mesa. Rechinó los dientes. Todo sentimiento pareció desaparecer de sus duros ojos marrones cuando asintió en dirección a Emily y sacudió la mano para indicarle que se fuera. El corazón se le cayó al suelo, entre los dedos de los pies, le ardía como si le hubieran quitado la alfombra de debajo de los pies. Y esas temidas lágrimas le ardían en el rabillo de los ojos. Pestañeando ferozmente, Emily alzó a Katy en brazos y tomó la mano de Trevor. Se los llevó a ambos al piso de arriba, los llevó al baño y les preparó un baño caliente. Luego se acurrucó con Katy y Trevor en la cama de él, les leyó varias historias para ayudarlos a serenarse. Había apenas empezado a leer *Ardilla Miedosa* cuando escuchó pisadas rápidas y ligeras que subían las escaleras, y luego el murmullo de la puerta de Brad al cerrarse. Katy se aferró a la camiseta de Emily y se metió el pulgar en la boca. Emily cerró el libro y dejó escapar un fuerte suspiro.

—Creo que eso es suficiente por esta noche —Metió a Trevor debajo de sus mantas, llevó a Katy a su habitación y la arropó en su cama.

Emily se detuvo un momento al final de las escaleras antes de tragarse su orgullo, y se deslizó escaleras abajo, sintiendo la tensión que se acumulaba en la boca de su estómago a cada paso que daba. ¿Hacia qué estaba caminando? Lo desconocido la enloquecía, y lo que vio la hizo trastabillar en el arco de la habitación. La mesa había sido levantada y Brad estaba metiendo las sobras de la cena en el refrigerador.

Miró por encima de su hombro y señaló incómodamente al plato de ella que estaba, todavía lleno, sobre la mesada.

—No pudiste comer. Así que dejé tu plato afuera —Emily miró el plato y deseó poder gritarle. Pero nada salía de sus labios. Así que bajó la mirada al suelo —Lo siento, Em... Sé que esto debe ser duro para ti —Dio un par de pasos hacia ella, y luego metió ambas manos en los bolsillos de adelante. Aww, aquí vamos, la retirada cobarde. Le salían mocos de la nariz y las lágrimas le nublaban la vista, pero se obligó a sonreír forzosamente con los labios temblorosos y se limpió la nariz con el dorso de la mano.

Brad frunció el ceño.

—Gracias, en verdad no tengo hambre —La voz le flaqueó, y si no encontraba algo en qué ocupar las manos y la mente, iba a perder el control. Así que buscó el film plástico en el cajón del medio y cubrió su plato cuidadosamente. Caminó alrededor de Brad con la mirada baja y puso el plato en la heladera. Entonces, por añadidura, se recordó a sí misma que sin importar qué, no debía de ser grosera o vengativa. Dejó escapar un leve suspiro y se obligó a levantar la vista—. Gracias por levantar la mesa. Sé que es mi trabajo hacerlo —Brad le acarició el brazo.

—Buenas noches, Em, pasaré la noche en la habitación que está detrás del establo. Así que ya sabes dónde encontrarme si necesitas algo.

Ella se apoyó contra la mesada y se quedó mirándolo. Quería decir algo inteligente. ¿Qué demonios está pasando? Pero él apartó la vista, y el muro de piedra que había visto el primer día se cerró alrededor de él. No iba a obtener nada de él. Esto no era justo ni para ella ni para los niños. Él tenía que saberlo. Y quizás así era; él apartó la vista y se fue sin decir más.

El piso crujió. Emily se sobresaltó. Crystal estaba apenas afuera de la cocina, con los gélidos ojos azules llenos de una maldad que Emily no recordaba haber experimentado jamás. Era una mujer bastante hermosa, excepto que su frialdad le quitaba atractivo a esta reina de la belleza y la convertía en una perra insensible. ¿Qué era lo que Brad había visto en ella? ¿Había estado ella oculta en las sombras, espiándolos? Crystal cruzó los brazos por encima del busto abundante y turgente.

—Necesitamos establecer algunas reglas. Tú, tu hija y Trevor pueden empezar a comer más temprano. Y asegúrate de que los niños estén fuera de mi camino. No sé por qué razón Brad habría contratado a alguien que tiene una hija. Y para que estemos de acuerdo, Trevor es mi hijo. Yo decidiré lo que es mejor para él. Todo lo que hagas con Trevor lo consultarás conmigo primero. ¿Estamos de acuerdo? —No hizo ningún intento de suavizar su tono de voz, ordenando con rudeza. Emily había tenido suficiente.

—Espera un momento, yo no trabajo para ti. Brad me contrató. Así que hasta que Brad no me diga lo contrario, yo trabajo para él, no para ti.

Crystal dio un petulante paso hacia adelante, al tiempo que sacudía su rubio cabello por encima del hombro. Ella era unas pulgadas más alta que Emily. Usaba su altura para mirar a Emily desde arriba, con una sonrisa retorcida que hacía que a Emily le rodara un escalofrío por la espalda.

—Déjame aclarar una cosa. Brad es mi marido y te mantendrás lejos de él. En cuanto a esta terapia que has comenzado, se termina ahora mismo. Puedes cuidar a Trevor y ver que esté cómodo, pero ya no lo expondrás a este tipo de maltrato. He escuchado de personas como tú. Personas tan obsesivas que no ven el daño a largo plazo que causan en lo emocional. Y no vas a hacerle eso a mi hijo.

A Emily se le cayó la mandíbula. ¿Por qué Brad no había hablado con ella? En vez de hacerlo había huido por la puerta como un cobarde.

—Crystal, no sé de dónde sacaste eso. Pero no es verdad. Trevor tiene tanto potencial, ¿cómo puedes abandonarlo así? He investigado esta terapia y ha mejorado tanto desde que la comenzó —Crystal se inclinó hacia adelante y le mostró los dientes.

—Me importa una mierda lo que hayas investigado o el lavado de cerebro que le hayas hecho a Brad. ¡Trevor es mi hijo, no tuyo! —La mujer era una hiena y Emily no iba a ganar. Crystal estaba empezando a irse, pero luego volvió y enfrentó a Emily—. Oh, y una cosa más. Solo para aclarar las cosas. Esta es mi casa y estoy aquí para quedarme. Así que estás muy equivocada si

crees que respondes solamente a Brad. Trabajas para mí y respondes a mí. Si tengo algún tipo de problema contigo, me aseguraré de echarte de aquí tan rápido que no tendrás tiempo de empacar tus cosas —El piso se ablandó debajo de sus pies y el corazón se le estrujó tan fuerte que pensó que explotaría fuera de su pecho. La mujer subió las escaleras y cerró la puerta de Brad con fuerza. Lo que se escuchó a continuación fue el lastimero llanto de Katy y el chillido de Trevor.

CAPÍTULO 30



CON EL CORRER DE LOS DÍAS, LA TENSION EN LA CASA SE VOLVIÓ insostenible. Brad se perdió de vista. Al principio,

Emily creyó que simplemente estaba ocupado. Después se convenció de que era para evitar a Crystal. Pero tampoco era así. Él evitaba hacer contacto visual con Emily, y se escapaba por la puerta cada vez que ella entraba a la habitación.

Emily comía junto con los niños una hora antes. Hacía su mejor esfuerzo por mantenerse lejos de Crystal. Pero era difícil vivir en una casa llena de tensión que parecía un barril de pólvora que estaba a punto de explotar en cualquier momento. Los niños se ponían ansiosos y de mal humor. Trevor regresionó, evitaba el contacto visual; comía sobres, papel y etiquetas cada vez que podía. Y cuando Crystal se olvidó su lapicera bañada en oro en la mesa de la cocina, Trevor decoró la pared de la sala de estar con líneas azules, círculos y garabatos. Emily estaba en la cocina haciendo la comida mientras Katy y Trevor supuestamente estaban viendo Arthur en la televisión. El agudo chillido de Crystal hizo que Emily dejara caer la tapa de la olla al piso y saliera corriendo a la sala de estar.

Se deslizó hasta detenerse justo cuando Crystal arrebatava la lapicera de las pequeñas manos de Trevor. Emily se tapó la boca con ambas manos. Habría que pintar de vuelta toda una pared.

—¿Cómo pudiste permitir que hiciera esto? ¡Se supone que estarías vigilándolo! —gritó Crystal, lo que hizo que Katy saltara del sillón y fuera a esconderse detrás de Emily. Trevor dejó escapar un agudo grito mientras se golpeaba la cabeza con la mano una y otra vez. Emily alzó a Katy cuando comenzó a llorar. Estaba asustada, por supuesto. Crystal estaba incluso asustándola a ella, por el escándalo que estaba haciendo.

—Estaba preparando la cena, Trevor estaba mirando televisión y, lo siento, pero a veces estas cosas pasan.

Por eso es importante que te asegures de no dejar cosas como una lapicera dando vueltas por ahí. Crystal agitó las manos en el aire.

—Bueno, tú tendrás que pagar por esto. El costo de pagarle a un profesional para que vuelva a pintar esto va a salir de tu bolsillo.

—Eso no es justo. Fuiste tú la que dejó la lapicera por ahí. Por supuesto que él iba a agarrarla y dibujar en algún lado. Él no entiende...

—Tú fuiste contratada para cuidarlo. Eres tú la que está haciendo un trabajo deficiente, así que no te atrevas a culparme a mí por tus descuidos — Crystal marchó hacia la televisión y la apagó—. Este no es un salón de juegos. De ahora en adelante los niños deberán mantenerse alejados de la sala de estar —Y entonces

CAPÍTULO 31



SUBIÓ CAMINANDO TRANQUILAMENTE LAS ESCALERAS.

—Ver Dora, mamá —Katy miró a Emily fijamente.

—No, todos a la cocina conmigo. La cena está casi lista de todos modos.

Los días empeoraron. Cuando Brad entraba, comía y se marchaba.

Katy comenzó a quejarse por cosas insignificantes. No le gustaba su muñeca, el libro, Trevor la estaba molestando.

Crystal trataba a Emily como si fuera una sirvienta, siempre exigiéndole algo. Que le lavara la ropa que le hiciera el té o el café, que le limpiara el baño, que le tendiera la cama, que le planchara sus camisas. Y siempre cuando Emily estaba ocupada con los niños. Luego del segundo día, Cliff y Mac habían dejado de venir a cenar, y la noche anterior Brad directamente había optado por no mostrar la cara, lo que hizo que Crystal se fuera intempestivamente de la cocina después de haber cenado sola.

Brad nunca le había explicado qué era lo que había sucedido durante su pelea con Crystal. Se mantenía alejado de ella y de Trevor. ¿Cómo fue que ella se había dejado engañar por este hombre y creer que era un sujeto íntegro?

Las pocas veces que había visto a Brad entrar a la casa, Crystal estaba justo allí. Le acariciaba el pecho o el brazo con la mano y le sonreía de manera tan seductora que hacía que Emily sintiera deseos de borrarle la

sonrisa de un golpe. La última vez, Brad la había tomado de la muñeca y la había apartado de sí. Se quedó mirándola con muchísimo desprecio. Nada de esto tenía sentido.

Emily no podía dormir. Resentía a Brad por abandonarla. Por no defenderla, por no ser el caballero en dorada armadura que ella creía que era. Emily no podía seguir sometiendo a Katy a este tipo de crueldad.

Crystal había interrumpido la terapia de Trevor y se había adueñado del cuarto de terapia en el piso superior.

Todo había sucedido de una manera muy solapada. Emily había ido al centro con los niños. No fue sino hasta que Emily se escapó al piso de arriba para trabajar con Trevor que descubrió que todo se había ido y que había sido reemplazado con varias cajas desconocidas y materiales artísticos.

Crystal apareció de repente, como si la hubiera invocado, con sus jeans de diseñador y su blusa de seda, viéndose como si hubiera acabado de salir de una revista de modas.

—Te dije que no habría más terapia —Caminó tranquilamente alrededor de Emily y Trevor, en dirección a la habitación, levantando las cejas como si quisiera reforzar su punto—. Ya he discutido este asunto con Brad.

Emily había demorado más de una hora en ubicar a Brad. Él estaba trabajando en la parte norte del campo. Lo divisó apenas surgió de entre la línea de árboles, cabalgando sobre Smoky. Desmontó y pasó a Smoky a Mac.

—Desensíllalo.

Ella no pudo contenerse, mientras se aferraba a las manos de Trevor y Katy.

—Cómo pudiste interrumpir la terapia de Trevor, sacar sus juguetes, sus programas de terapia, todo. ¿Cómo pudiste hacerle caso a ella? —Temblaba de furia, de nervios. Todo esto era demasiado.

Brad cerró los puños, se alejó de Emily y soltó un reguero de infames insultos. La fuerza de las palabras y el veneno en su voz hizo sobresaltar a Emily. Él entonces vio que había movimiento en un costado del establo. Cliff

estaba recostado contra la pared, observándolos. Brad hizo retumbar la tierra mientras corría en dirección a Cliff.

—¿Qué mierda sabes acerca de esta porquería y de lo que hizo esa perra?
—Agarró al sujeto de la chaqueta y lo empujó contra el establo.

Emily retrocedió. Tenía una idea bastante formada de que cuando Brad insultaba de esa manera, eso era un buen indicador de lo enfurecido que estaba. Estamos hablando de una alerta código rojo. Cliff trató de escaparse. Cuando Brad lo soltó, Cliff retrocedió sobre sus delgadas y largas piernas, pálido, sosteniendo su sombrero en las manos. Su despeinado cabello rubio necesitaba un corte desesperadamente.

—Uh, tu esposa me hizo quitar las cosas. Las puse en el cobertizo de almacenamiento al fondo del establo.

Emily corrió dejando atrás a Cliff, y se metió en el establo. Abrió las puertas de madera de golpe. Brad puso su mano sobre la de ella, que estaba apoyada en el marco de la puerta. Cuando alzó la vista para mirarlo, ella supo que él podía ver las lágrimas claras que se le juntaban en las comisuras de los ojos. Puso su mano en el hombro de ella para detenerla. Luego abrió más las puertas. Allí, más allá de la puerta, apilados contra la pared del costado, estaban los libros, los juguetes, el material de aprendizaje, la mesa y las sillas infantiles.

—Lo siento, Em, no puedo creer que ella haya hecho esto, armaremos una habitación en la barraca. Hay un cuarto vacío allí y está bien apartado de la casa —Ella solo atinó a sacudir la cabeza.

—No, Brad. Trevor es tu hijo. ¿Tienes una idea de lo difícil que fue conseguir que aceptaras que había algo mal con Trevor, conseguirle ayuda? Y tú dejas que suceda algo como esto. No puedes permitir que le haga esto a Trevor, Brad —No es un gran sentimiento el de saber que has sido derrotada. Emily no podía recordar haber experimentado una pérdida tan vacía. Esta no era su pelea y no podía tomarla en sus manos. Brad hizo una mueca de dolor, sabía muy bien que ella tenía razón. Emily se aferró a ambos niños y se alejó

con la frente en alto.

No se volteó al escuchar que las puertas de madera se cerraban, o que la cerradura tintineaba mientras Brad guardaba bajo llave todas las herramientas de terapia de Trevor. Siguió marchando en dirección a la casa, con Brad pisándole los talones. Él los rozó a ella y a los niños al pasar mientras se quitaban los abrigos. Subió las escaleras de a dos escalones por vez, dando pisotones en el hall hacia el lugar en el que Crystal se encontraba refugiada, en su recién recuperado santuario, con su caballete, sus pinturas y sus cuadernos de bocetos. La puerta se cerró estruendosamente y discutieron rabiosamente por veinte minutos antes de que Brad saliera furioso sin dirigir una palabra o una mirada a Emily.



CON LOS DEDOS de su mano, Emily contó los hechos concretos. Crystal volvió a casa. Ella era la esposa de Brad. Él había tomado una decisión y Emily tenía que aceptarla y continuar con su camino, sin importar lo mucho que le doliera.

Emily salió al oscurecido porche de adelante, echándose encima su suéter de lana marrón. Arriba, los niños

ya estaban durmiendo. Crystal se había retirado a la habitación de Brad.

Emily se apoyó en el pórtico y cerró los ojos, absorbiendo la música que provenía de un coro de ranas. Emily se quitó la hebilla que llevaba en el cabello y se pasó los dedos por los mechones largos y sedosos. Dejó escapar un suspiro de agotamiento y caminó pesadamente hacia la silla de mimbre, se desplomó en ella, se echó hacia atrás y dejó que las lágrimas corrieran. Cerró los ojos y rezó por ayuda para encontrar una salida a esta situación infernal. Rezó por una guía, para que alguna respuesta apareciera de repente en su cabeza y le dijera qué hacer.

—Quería pedirte disculpas. Sé que no ha sido fácil.

Emily saltó hacia adelante y escondió el rostro, secándose las lágrimas. No lo había escuchado acercarse.

Buscó en su bolsillo un Kleenex y se sonó la nariz.

El rostro de él estaba escondido en las sombras, pero su voz no podía mentir. Un hombre de pocas palabras. ¿Qué era lo que realmente sabía de él? ¿Su pasado? Muy poco, si es que debía ser honesta consigo misma. Cuando miró hacia arriba, la luna aparecía y desaparecía detrás de las nubes dispersas. Ella no podía hablar. No quería hacérselo fácil. Si este error era de él, y no de ella, ¿por qué era ella la que estaba recibiendo el castigo?

—Has manejado todo este asunto de muy mala manera, Brad —Respiró hondo para calmar su voz—. No puedo quedarme aquí. Lo siento, pero no está bien. No has sido justo ni conmigo, ni con Katy, ni con Trevor.

A pesar de que estaba oscuro, ella podía casi sentir el calor del enrojecido rostro de él. Él agachó la cabeza y miró hacia otro lado. Suspiró con fuerza y se hundió en la silla al lado de ella. Esta vez se inclinó hacia adelante y realmente se tomó un momento para verla bien. Tenía su sombrero de cowboy colgado de los dedos. Las chispas, la atracción ¿se acabarían alguna vez? ¿A pesar de lo que había hecho?

—¿A dónde irás?

Esta vez ella no intentó esconder las lágrimas. Estaba enojada consigo misma por enamorarse del primer hombre que le había dicho todo lo que ella quería escuchar. Se dio cuenta de por qué dolía tanto, incluso a pesar de lo que habían sido estos últimos días del infierno. Ella todavía tenía la esperanza de que Brad tomara consciencia de los errores que había cometido, de que tomara una posición y de que le dijera que nunca la dejaría ir. Que había sido un tonto y que ella era importante para él; que haría que Crystal se marchara. Pero no dijo nada de eso. Una realidad que terminó de derrumbar lo poco que quedaba del pedestal en el que lo había colocado. Idiota. El héroe fuerte, seguro y honorable que ella asumía que él era se disolvió ante sus propios ojos. Sería mucho más sencillo odiarlo.

—Llamaré a Gina para ver si podemos quedarnos con ella hasta que encuentre otro trabajo, un lugar donde vivir. Lo lamento por Trevor. Espero... —La voz de Emily flaqueó. Su rostro estaba empapado por las lágrimas que fluían por sus mejillas, en caída libre. Incluso después de lo que Bob le había hecho, del abandono emocional, de no haber estado allí para ella, de no haber sido el hombre que ella quería sino un chiquillo, lo que estaba sucediendo con Brad le dolía más. Quizás a causa de lo que ella creía que él era. El primer hombre que ella había realmente admirado, en el que había dependido de una forma que nunca hubiera creído posible. Él tenía fuertes valores y puntos de vista acerca del rol del hombre y de la mujer. La manera en la que amaba y adoraba a su hijo, un hombre confiable que podía resolver cualquier problema, arreglar cualquier cosa... o por lo menos eso era lo que ella creía. Pero la había engañado. ¿Cómo podía haberse equivocado tanto? Ni una vez había él mencionado lo que casi había sucedido entre ambos, su intimidad, lo que habían compartido. ¿Era tan fácil para un hombre borrar algo así de su mente?

La verdad lisa y llana del asunto era que él había permitido que una mujer maliciosa, mezquina e hiriente volviera a esta casa y tratara a Emily, a Katy y a Trevor de una manera espantosa. ¿Acaso él no podía ver cómo Crystal estaba lastimando a su propio hijo, el hijo de él?

—¿Esperas qué cosa, Em? —Brad extendió el brazo y le agarró la mano, apretándola fuerte. Emily se secó los ojos y se dio cuenta de que, momentos antes que de él apartara la vista, el brillo de las lágrimas resplandecía en sus ojos.

—Llamaré a Gina en la mañana. Veré si podemos mudarnos mañana.

Brad no dijo nada. Asintió y dio la apariencia de ser un hombre perdido, luchando por mantenerse a flote. Incluso con el pelo desaliñado y con lo que parecían ser dos días de no rasurarse, era tan propio de él ser tan increíblemente apuesto. Y él nunca sería de ella. Pues bien, al diablo con él.

—Me aseguraré de que recibas el pago que te corresponde hasta el final

del mes.

Fue ese maldito orgullo el que casi la hace rechazarlo. Se mordió la lengua. No, está en deuda conmigo. Brad le apretó la mano al ver que ella no respondía, y luego se apartó. La silla rechinó cuando se puso de pie. Ella levantó la vista. Él miró hacia la oscuridad, jugueteando con el ala de su sombrero. Luego se lo puso en la cabeza y se marchó, bajó los escalones y desapareció en la oscuridad. Con cada paso que daba, el sonido de la grava que crujía debajo de sus botas le abría un poco más el agujero que tenía en el corazón.

El doloroso bulto en su garganta se inflamó, echando por tierra cualquier esperanza que Emily pudiera haber tenido de no desmoronarse. Su cuerpo y su pecho temblaban cuando estalló en llanto. Las lágrimas fluyeron, se tapó la cara y se cubrió la boca mientras lloraba desconsoladamente en el porche, sin nadie que la reconfortara, tan solo el sonido de un espíritu roto que hacía eco en la noche.

CAPÍTULO 32



BRAD QUERÍA DESGARRARSE LAS ENTRAÑAS MIENTRAS SE ALEJABA. Escuchaba a esta amable y amorosa mujer llorar

con tanta pena. Él era responsable por su dolor. Era una mujer maravillosa, lo mejor que les había sucedido a él y a Trevor, y ella no se merecía esto. Pero lo mejor para ella era que se marchara. Esta no era su batalla y había terminado por convertirse en el blanco. Una inocente que él no podía proteger.

Todo este retorcido desastre lo estaba matando. Brad tendría que haberse protegido hacía muchos años. Presentar la demanda de divorcio y establecer la custodia legal de Trevor por medio de la corte. Sabes, poner todos los puntos sobre las íes. Había sido descuidado de su parte, lo cual no era para nada propio de él. En todas las otras áreas de su vida era astuto, prestaba atención a los detalles y nunca daba nada por sentado. ¿Entonces por qué no había sido así en su vida personal? Su rancho de doscientas hectáreas había estado en su familia por dos generaciones. En lo que respecta a los negocios, Brad había sido inteligente y había convertido el rancho en el exitoso negocio que era ahora. Más allá de que a su papá le hubiera ido bien, Brad había sacado ventaja de cada oportunidad, expandiéndose y cerrando el contrato para la producción de lácteos para la región. Era el mayor productor de carne de res y de heno en la península. Veía oportunidades y las tomaba.

¿Así que cómo había podido permitir que una mujer como Crystal lo hubiera engañado? ¿Que usara a su hijo, su única debilidad, en su contra? ¿Y con qué propósito? Desde el primer momento en que ella hubiera pasado por la puerta, él había sido completamente incapaz de descubrir qué era lo que realmente quería. No se creía su apasionada súplica de que quería ser su esposa, una madre para Trevor, que había cambiado de parecer y que lo amaba y lo necesitaba. Mentiras.

Llevaba demasiado tiempo permitiéndole que se saliera con la suya, incluyendo la autorización de acceder a su cuenta bancaria, su cuenta conjunta. Pero este era solo una de su larga lista de cagadas verdaderamente variadas y monstruosas. Pero él había sido un hombre desesperado que se ahogaba en el cuidado de su hijo. Un hijo que, ahora sabía, no estaba del todo bien.

Luego de que Trevor naciera, ella nunca se molestado en cuidarlo. Se había preocupado todo el embarazo de la posibilidad de que el bebé le arruinara el cuerpo. Era grandiosa en la cama, pero nunca había sido realmente su esposa.

Ahora, después de estar desaparecida por años, todavía evitaba a Trevor, no lo tocaba, no lo miraba ni le hablaba. Nada. ¿Entonces por qué estaba aquí en realidad?

Pues bien, algo estaba tramando. Su pelea de recién había puesto algunas cosas en evidencia. Ella sabía demasiado de sus negocios personales, sus ofertas vigentes para comprar más tierra, su permiso pendiente para construir un gran corral de exhibición para los caballos que estaba criando. ¿Cómo lo había descubierto? Bien, una vez que Brad descubriera por dónde se estaba filtrando la información, tataría la fuga y se libraría de esa mujer.

En cuanto a Emily, el solo pensar en su dulce inocencia y en cómo debía de estar afectándole todo esto hacía que la náusea le invadiera el estómago. Él sabía que ella se preocupaba por él y por Trevor. Ella andaba con el corazón en la mano, vivía apasionadamente y tenía un amor angélico por los niños.

Era tan hermosa. Su resplandor interno se expandía y tocaba a toda aquella persona que estuviera cerca de ella. Brad se apoyó contra el desgastado revestimiento de cedro del establo. Apretó los puños y se pegó en la pierna con el sombrero. Quería pegarle a algo. Emily, Katy y Trevor se merecían algo mejor que esto. Abrió la puerta y trepó la escalera hasta el altillo. Estaba completamente oscuro cuando se desplomó contra la pared.

Él nunca había esperado que Crystal regresara. La primera vez que ella se había alejado, la había rastreado hasta Hawái. Se había metido en el siguiente vuelo disponible, había llegado al centro turístico all-inclusive en el que ella había rentado una suite. Había convencido al gerente del hotel que lo dejara entrar a la suite de ella y esperó dos horas hasta que Crystal finalmente apareció. El tiempo curaba algunas heridas, pero no esa. Había visto a su esposa entrar repentinamente por la puerta de su habitación de hotel, vistiendo una muy reveladora bikini verde a tiras, acompañada de un surfero joven, musculoso, rubio, que se babeaba por ella. El imbécil arrogante se fue después de que Brad amenazara con darle una paliza si llegaba a tocar a su esposa, e incluso así había tenido que darle al tipo un par de empujones para que se fuera. Crystal se había quedado mirándolo como una perra insensible y sin corazón. Se sirvió una copa de vino tinto. Cuando Brad sacó su maleta del ropero y empezó a meter la ropa de ella adentro, le arañó los brazos y el rostro, amenazando con llamar a seguridad si no se iba. Chilló y lloró, ella nunca había querido ser madre y gritó que Brad ya no era divertido.

Hasta ese momento, Brad había sido incapaz de verla por quien era en verdad. Pero ella había conseguido arrancarle las deshilachadas vendas con todo éxito. Él se marchó, durmió en una silla en el aeropuerto y saltó al primer avión que lo llevara a casa. Nunca intentó buscarla otra vez. Crystal se mantuvo lejos. Nunca llamó por teléfono. Brad no hizo otra cosa que cuidar de su hijo y luchar para llegar al final de cada día. Ese error suyo era por el que Emily y los niños estaban pagando ahora.

Había sido un estúpido una vez. Nunca más. Este repentino cambio de

parecer, este matrimonio que Crystal quería, incluso la esperanza de que Brad volviera al dormitorio, y esta aparentemente profunda preocupación por un niño que ni siquiera conocía.

¿Qué quería?

Hubo un momento en el que Brad hubiera hecho cualquier cosa por tenerla, por mantenerla a su lado. Cuando era un joven arrogante se había obsesionado con tenerla para sí. Ahora, los únicos sentimientos que le generaba eran un gran desprecio y un miedo paralizante al amenazarlo con quitarle a Trevor, el primer día durante la primera de sus muchas peleas.

Emily era con lo que soñaba en las noches. Era el tipo de mujer a la que él nunca hubiera mirado dos veces. Pero ahora cada centímetro de su trasero pequeño y redondo, su busto curvilíneo y sus ojos suaves e inocentes llenaba y ocupaba cada momento que estaba despierto. Soñaba con pasar sus dedos por su melena de abundante cabello castaño, con suaves ondas que rebotaban sobre sus hombros. Cada vez que cerraba los ojos la veía, suave, cálida y desnuda, recostada debajo de él, con los ojos marrones brillando de deseo, un amor honesto entregado sin esperar nada a cambio.

Cuando subió a su dormitorio la tarde del día en que Crystal había llegado a casa, había quedado atónito con su arrogancia descarada y atrevida. Había colgado toda su ropa en el ropero de él, como si nunca se hubiera marchado. Ella había corrido hasta él y le había echado los brazos al cuello, presionando sus grandes pechos contra él.

—¿No estás feliz de verme?

Brad no podía creer lo bien que se veía... incluso luego de quitarse los brazos de ella de encima. La sonrisa de ella se había vuelto amarga. Se cruzó de brazos y los ojos azul claro se llenaron de frialdad. Lo acusó de acostarse con Emily, dijo que era su prostituta a sueldo. Retorció los sentimientos de él, la bondad que había traído Emily a este hogar, y lo manchó todo con su propio veneno.

Crystal sabía que Brad estaba intentando obtener un diagnóstico de

autismo para Trevor y que Emily estaba haciendo terapia con él.

Todavía recordaba cómo había agarrado las maletas de ella, que estaban ahora guardadas en el fondo del ropero, y las había abierto encima en la cama. No había dicho nada, solo había sacado la ropa que estaba prolijamente colgada y la había metió en sus elegantes bolsos. Ella peleaba sucio, le había arañado los brazos y encima había tenido el descaro de decir:

—Sé que has estado tratando de robarle su propiedad a Mary Haske. Bajo sus propias narices.

Alguien le había dicho algo, pero no la verdad. Brad era incapaz de hacerle algo así a Mary, aunue él sería el primero en ofertar cuando ella pusiera la propiedad a la venta. Él también sabía, por la sonrisa de Crystal, que había estado lastimando a Mary con sus mentiras, retorciendo la historia en algo que no era verdad. Porque Brad no había sido completamente honesto con Mary, nunca le había dicho que estaba comprando los terrenos a su alrededor, que quería los de ella, y que su agente de bienes raíces la tenía en la mira, esperando el momento en que los pusiera a la venta.

—Quiero el divorcio. Y quiero que te vayas de esta casa —Brad había apretado los puños y tuvo que recordarse a sí mismo: sin importar lo que suceda, no le pegues. Ten las manos abajo. Ella se rió con una risa profunda, seductora y gutural, y alzó las palmas como si le estuviera mostrando algo.

—Si tratas de divorciarte de mí, o echarme de esta casa, mi abogado procederá a iniciar las acciones legales pertinentes para quitarte a Trevor y darme a mí la plena custodia del niño. Tendré la mitad del rancho que ha estado en tu familia por dos generaciones —Crystal ahora caminaba lentamente alrededor de él; una mujer con un plan—. Luego subdividiré la propiedad, fragmentándola, y la venderé pieza por pieza.

Brad comenzó a preguntarse si los dolores que sentía en el pecho eran solo una advertencia o un ataque cardíaco. Porque sabía que ella estaba en lo cierto. Ella había hecho los deberes. Ella también sabía que Brad le pagaría cualquier cantidad con tal de que se marchara, pero el rancho era una parte de

él, tomar este terreno excelente y romperlo en pedazos le partiría el corazón. Pero era la amenaza de quitarle a Trevor lo que casi lo mataba. Esa amenaza, ella sabía, sería suficiente como para tenerlo en la palma de su mano.

Crystal abrió el cajón de su mesa de noche y sacó su bolso negro de Chanel. Buscó dentro y le dio una carta de su abogado.

Brad dudó y se metió las manos en los bolsillos. Se le cerró el pecho, le costaba respirar. Pero cedió y le quitó los papeles de la mano. Mientras leía la jerga legal, un frío sudor le corrió por la espalda. Ella había puesto a Trevor en una lista de espera para una institución en California para niños con autismo. Su abogado ya había iniciado el papelerío, aunque Trevor no hubiera recibido todavía su diagnóstico, y citaba una larga lista de espera.

Brad estaba seguro de que la habitación giraba lenta y vertiginosamente, y de que el piso se ablandaba debajo de sus pies. Rechinó los dientes duramente y rugió. Echó los brazos en el aire, acorraló a Crystal en una esquina y embistió, atravesando con su puño la pared por encima de la cabeza de ella. Crystal gritó y esquivó el golpe. Brad retrocedió y los papeles cayeron al suelo. Sus nudillos estaban lastimados y sangraban. Él miró el cuello de ella y se imaginó enroscando sus manos alrededor de él, estrangulándola y acabando con la vida de esta perra insensible y sin corazón. Ella gritó, y debió de haber visto la amenaza de muerte en los ojos de él. Él pestañeó y luego tomó el arrugado papel que había quedado a sus pies. Bajó corriendo las escaleras. Brad abrió la tapa de su celular y marcó el número de su viejo amigo y abogado, Keith Rainer, mientras subía a su camioneta.

—Necesito hablar con Keith, habla Brad Friessen.

—Lo siento señor Friessen, Keith está enfermo y haciendo reposo en casa. ¿Quiere dejarle un mensaje?

—No, lo llamaré a su casa —Le cortó a la secretaria de Keith y marcó el número de la casa de Keith. Brad y Keith se habían criado juntos. Iban juntos a la escuela, correteaban detrás de las chicas y, de adolescentes, eran una molestia y causaban juntos todo tipo de desastres típicos de adolescentes.

El teléfono sonó seis veces antes de que el pobre bastardo contestara. Apenas podía hablar y se lo escuchaba completamente congestionado. Tosió tan fuerte que Brad hubiera jurado que acababa de escupir un pulmón. Cuando Brad le contó lo que había sucedido, le instó a ir a su casa. Gracias al cielo vivía cerca. Keith era dueños de unas pocas hectáreas no lejos de donde vivía Brad.

Keith se veía terriblemente mal. Su cabello oscuro se separaba en mechones, tenía una barba de dos días y estaba pálido, y con la nariz muy roja. Jenny, la novia de Keith desde la preparatoria, y su ahora bajita y regordeta esposa, frunció el ceño desde la cocina cuando Keith llevó a Brad a la oficina en su hogar mientras llevaba una caja de pañuelos descartables debajo del brazo. Se subió el cierre de su buzo azul oscuro con capucha, se desplomó en una silla de cuero marrón y se acercó al escritorio. Brad se sentó enfrente de él y le entregó la carta del abogado de Crystal. Keith sacó unos cuantos pañuelos de papel, se sonó la nariz y arrojó los pañuelos húmedos en una pila que estaba encima de su escritorio. Después de ajustarse sus anteojos con marco de oro, sus ojos rojos parecieron apagarse justo enfrente de los ojos de Brad.

—Estoy enfermo y me late la cabeza, así que seré breve. La cagaste, Brad. Deberías haber presentado la demanda de separación legal y plena custodia de Trevor en el momento en que Crystal cruzó la puerta. Te lo dije entonces —Keith agitó la carta en el aire mientras continuaba—. He escuchado hablar de este sujeto. Es falso y engañoso. Han inventado un cuento fantástico. Obligaste a Crystal a marcharse de la casa cuando Trevor era un bebé, mientras ella se encontraba lidiando con un pozo sin fondo de angustia debido a una depresión postparto —Keith golpeteó la carta con el dedo—. Esta es mi parte favorita. Ocultaste a su hijo de ella y no dejaste que ella lo visitara. Le dijiste que ella no tenía ningún derecho y que tenía que hacer todo lo que tú ordenabas, en el momento en que lo ordenabas. Ahora que Trevor está por ser diagnosticado con autismo, su único interés es

asegurarse de que Trevor sea respetado por quien es. Él nació así y deberían dejarlo ser así, él es así como es. Además de todo eso, ella no te permitirá que experimentes con su hijo, sometiéndole a una terapia que es cruel, abusiva y que lo aísla.

—¿Hay alguna posibilidad de que pueda ganar?

—Absolutamente —Keith arrojó la carta, tomó un puñado de Kleenex y se sonó la nariz congestionada—. ¿Qué le pasó a tu mano?

Brad miró abajo hacia la sangre seca en sus nudillos. Apretó el puño e hizo un gesto de dolor.

—Perdí los estribos y atravesé la pared por encima de la cabeza de la perra —Keith no se movió, pero sus ojos rojos lo miraron con la preocupación de un padre. Esa mirada con la que te miran cuando hiciste algo muy malo —Sé que fue algo estúpido, pero, demonios, mira lo que esta maldita confabuladora está haciendo.

—Es mejor que abras los putos ojos. Puedo garantizarte que, en este preciso momento, si no ha llamado ya a los policías, está tomando fotos para mandárselas a su abogado. Y lo usará en tu contra. Estás sirviéndole el caso en bandeja.

—Ha arrastrado a Emily a todo esto. Dijo que si había algún comportamiento inapropiado con Emily, iniciaría acciones en mi contra. ¿Cómo es que siquiera sabe de Emily? —Keith tosió y se inclinó hacia adelante. Levantó la palma de su mano.

—¿Estás involucrado con esta mujer? —El rostro de Brad se ruborizó. Comenzó a inquietarse en la silla de respaldar recto.

—La contraté para cuidar a Trevor y cocinar, pero déjame decirte que es una mujer extraordinaria. Me ayudó a ver que había algo en Trevor que no estaba bien. Investigó acerca del autismo, se contactó con grupos de padres, me ayudó a detectar sus síntomas. Me ayudó a encontrar a las personas indicadas para que lo diagnosticaran y comenzaran la intervención. Me ayudó a entender a mi hijo. Luchó por Trevor, que ni siquiera es hijo suyo. Me ha

enseñado a no darme por vencido, y a cómo defender a Trevor para ayudarlo. Me mostró las oportunidades que tiene mi hijo para un futuro potencialmente próspero. Hay tanto amor y tanta compasión fluyendo en sus venas. Creo que es la mujer más hermosa y más generosa que existe— Brad se dio cuenta de que estaba casi gritando.

—Entonces, estás enamorado de ella y trabaja para ti. Un poco como la historia del sirviente y el amo. ¿Estás acostándote con ella? —Brad por poco se levantaba de su silla de un salto, pero en vez de eso dio un puñetazo en el escritorio meticulosamente ordenado, derribando el lapicero.

Keith calmadamente levantó el lapicero de plástico verde oscuro, hizo a un lado una pila de boletas, despejando el escritorio de modo tal que la única cosa que estuviera encima de él fuera su caja de pañuelos. Keith apoyó sus brazos en el escritorio y miró hacia la puerta abierta. Con el ceño fruncido, volvió a posar sus ojos desinteresadamente en Brad.

—Fuiste un Don Juan con las chicas a lo largo de toda la secundaria. Te observé mientras perseguías a Crystal por todas partes, tan embobado que no podías ver cómo te llevaba de las narices. Todo con tal de tener una chica linda colgada de tu brazo. Para ti siempre se trató del atractivo, siempre fuiste detrás del mismo tipo de mujeres, rubias tontas que solo se interesan en tu cuenta bancaria y en sus propios lindos traseros. ¿Qué carajos estás haciendo?

Fue como si una lamparita se hubiera prendido de repente y Brad se sintió avergonzado. Se había dejado llevar por sus sentimientos por Emily. Había hecho a un lado la vocecilla que le había advertido que debía dejarla en paz. Pero él la deseaba y las chispas entre ellos eran una cosa fuera de serie. Pero no de una manera puramente física de querer llevársela a la cama, como había sucedido con Crystal. Con Emily era algo más profundo. Algo que nunca había experimentado y que nunca hubiera creído que fuera posible. Quería tener algo real con ella, y ahora mismo veía que le estaban arrancando esa posibilidad de las manos. —Ya no tengo idea.

—Sí, bueno, deja que te dé un pequeño consejo. Cualquier cosa que estés haciendo con esta señorita, se termina ahora. Tienes suficiente desorden en tu patio trasero del que debes ocuparte primero. Deja que te presente la siguiente escena. Estás de pie frente a un juez. El foco estará puesto en tu relación con esta chica, luego, por supuesto, de que seas retratado como un hombre violento y maltratador que no puede controlar su temperamento, que echó de la casa a una mujer puérpera que estaba aterrada de ti y de tus amenazas y que creía que ella no tenía ningún derecho. Y sí, puede que se haya portado mal y haya gastado tu dinero. Pero ella no sabía qué hacer. Tú la habías apartado de su hijo, que está recibiendo, en este preciso instante, un diagnóstico de autismo. Tú no se lo dices a la madre, y ella queda devastada al enterarse, lo que le da la fuerza para confrontarte. Mientras tanto, de vuelta a la granja, le has pagado a una mujer para que se mude cama adentro y cocine para ti, para que cuide al hijo de Crystal y caliente tu cama por las noches. Ella está allí a tu entera disposición, atendiendo todas tus necesidades. Pero no es una relación. Es una empleada a la que le estás pagando, y para empeorar las cosas, su niña pequeña está observando todo este comportamiento. Espero que vayas entendiendo cómo se verá esto frente al juez. Un hombre poderoso sin ningún respeto por las mujeres, mujeres que debe poseer de acuerdo a sus propios términos y a su manera. ¿Entiendes la situación?

—¡Esa una montaña de mentiras! —gritó Brad nuevamente. Esta vez Keith se puso de pie y cerró la puerta.

—No se trata de la verdad, Brad, se trata de la ley y de quién puede poner adornar mejor la situación. Y tú estás cayendo directamente en las garras de Crystal y de su abogado.

Brad necesitaba defenderse, hacer que Keith entendiera la situación. El panorama que le mostraba era deprimente y no era lo que había sucedido, no en realidad. Pero él sí era el jefe de Emily. Y era verdad que casi se acostaba con ella. Si Katy no se hubiera despertado, hubiera tenido a Emily en la

cama, debajo de él, amándola de mil maneras durante toda la noche. Así que, en realidad, era algo bueno que los hubieran interrumpido, si no había ningún daño no había tampoco ningún arrepentimiento. ¿Verdad?

—Y entonces, ¿ahora qué? ¿Qué hago? —Keith no se sentó. Caminó lentamente hacia la gran ventana y miró afuera hacia sus caballos, que se encontraban en el potrero y pastaban el verde césped.

—Te comportas. Mantente alejado de Crystal y de Emily. Nada de acostarse con la señorita. Controla tu temperamento. Duerme en otra habitación, preferentemente no dentro de la casa. No le das nada a Crystal de qué quejarse. Y yo presentaré la demanda de separación legal con una moción por divorcio, y una petición a la corte para que te concedan la custodia exclusiva de Trevor. Le pediré al juez que emita una orden para sacar a Crystal de la casa. Pero esto tomará tiempo. Y de ahora en adelante, Brad, llámame primero antes de hacer cualquier cosa estúpida e impulsiva. Porque si le vuelves a levantar la mano a Crystal, ella puede llamar al alguacil y sacarte de la propiedad con una orden de restricción en tu contra. Se quedará con Trevor y con tu propiedad y puede arrastrar esto por años, lo que la pondrá en un lugar de poder. El juez te castigará con todo el rigor de la ley.

Entonces, Brad permanecía sentado en la oscuridad, recordando el espantoso día en que Crystal volvió a casa, con las entrañas trituradas como si lo hubieran pasado por una picadora de carne. Luchaba con esta dolorosa decisión. Si se hubiese tratado solamente del rancho, hubiera retado a Crystal a que le mostrara las cartas. Pero él no podía apostar el futuro de su pequeño muchacho. El niño inocente que amaba mucho más que el aire que respiraba.

Era mejor así, era mejor que Emily se marchara. Él no podía seguir soportando ver con impotencia cómo la arrastraban en el lodo. Casi le rompía el corazón verla durante los últimos días. Había hecho su mejor esfuerzo por protegerla. Le había advertido a Crystal que la dejara en paz, llegó incluso a negociar con el mismísimo demonio. Él se alejaría de Emily, pero Crystal

también debía hacerlo. Emily estaba allí para cuidar a Trevor y cocinar. Crystal insistía en tocar, acariciar y echarse encima de Brad cada vez que Emily aparecía. Y Brad no dejaba de notar la apariencia derrotada que perseguía a Emily, aplastando su espíritu vibrante.

Todo esto era culpa de Brad. Él la había cagado. Y en la oscuridad, con la espalda contra la rústica pared del establo, lloró, furioso en ese momento con Dios por todas las injusticias de la vida, y por el hecho de que todo fuera tan difícil.

CAPÍTULO 33



UNA FINA PARED DE NUBES LLENABA EL CIELO DE LA MAÑANA. EMILY SE metió las manos en los bolsillos de su pesado abrigo mientras Mac ataba una soga para asegurar las pertenencias de ella a la parte de atrás de la camioneta de Brad. La garganta y el pecho de Emily le dolían como si se hubiera tragado el corazón de un solo bocado, furiosa con el destino retorcido que le había quitado la alfombra de debajo de los pies. No quería otra cosa más que la amaran profundamente. Le dolía tanto caer en la cuenta de que este sueño se había ido por el inodoro. Emily tironeó del dobladillo de su abrigo marrón. Lo que más quería en este mundo era apurarse e irse al demonio de aquí, y al mismo tiempo, necesitaba ver a Brad una última vez.

Emily percibió que alguien la estaba observando. Levantó la vista hacia la fina cortina blanca que aleteaba en la ventana cerrada del piso de arriba. Todavía podía sentir el calor de un odio que parecía fuego.

Esta mañana, mientras Emily empacaba, Crystal había subido las escaleras a los saltos y había entrado al dormitorio de Emily, donde Trevor alineaba bloques en una línea recta para luego apilarlos en un orden preciso, mientras Katy jugaba con su muñeca en el piso.

—Emily, ¿necesitas que te ayude en algo? —Su voz sonaba alegre y ligera. Y por una fracción de segundo, Emily creyó que podría haber un poco de sinceridad en su oferta. Se sonrió a sí misma, pues por supuesto que su

oferta era sincera. Después de todo, Emily, el obstáculo de Crystal, había sido vencida y estaba en su camino hacia la puerta. Qué oferta generosa venir a ayudarla a apurar las cosas. Hasta donde ella sabía, Crystal podría haber estado preparando una fiesta.

—No, gracias, terminaré pronto. Pero dentro de poco tendrás que cuidar a Trevor —Crystal bajó la vista hacia Trevor y se le borró la sonrisa de la cara. Dio un paso atrás, luego otro y se detuvo en el umbral de la puerta.

Era difícil saberlo con todo ese maquillaje, pero Emily estaba segura de que su rostro había empalidecido.

—Bien... seguro. Creo que puedo llevármelo ahora si te parece —Crystal avanzó medio paso, luego otro, sus movimientos que normalmente eran fluidos se volvían cada vez más aparatosos y forzados. Su mano temblaba al inclinarse hacia adelante. Retrocedió como si hubiese estado esperando que Trevor saltara y la mordiera—. Hola, muchachito, ven aquí, por favor —Dejó suspendida en el aire su mano derecha, ahora rígida, enfrente de él, y luego chasqueó los dedos—. Trevor, ven con mami. Puedes ver televisión. ¿Te gustaría eso? —Se estiró para agarrar la mano de él, con la que sostenía el bloque. Trevor chilló y se echó al piso, rodando sobre su espalda y dado patadas al aire. Crystal saltó hacia atrás. Trevor entonces empezó a gritar haciendo su ruido “wop, wop” una y otra vez, un sonido que Crystal realmente odiaba. Crystal presionó su espalda contra la puerta— Deja de hacer eso ahora mismo, Trevor. Deja de hacerlo en este instante —gritó.

Trevor sostuvo su mano enfrente de su rostro y golpeó sus bloques con la otra mano. Katy se arrimó a la cama. Emily exhaló pesadamente mientras se agachaba enfrente de Trevor.

—Hey, vamos a construir con estos bloques de vuelta, ven, siéntate —Emily puso un bloque en la mano de Trevor, muy consciente de que este podía salir volando hacia la otra punta de la habitación.

—Crystal, déjalo aquí de momento. Lo llevaré abajo cuando termine —Hacer que Crystal se fuera era la única manera de calmar a Trevor.

Abrió la boca como si fuera a desafiar a Emily, pero algo suavizó sus duros e insensibles ojos en el momento en que miró a Trevor, alivio quizás. Otra cosa, algo real la había transformado, por un brevísimo momento, en algo humano. Crystal dio la vuelta y se marchó.

Luego de cerrar la cremallera de su último bolso, Emily se inclinó y abrazó a Trevor, que estaba jugando tranquilamente con sus bloques. Él vino hacia sus brazos, abriendo un vacío doloroso en su corazón cuando se aferró a su camiseta con sus pequeñas manitas.

—Trevor, tengo que irme. Te quiero —Emily se echó hacia atrás y lo agarró de los brazos, poniéndolo de pie frente a ella. Trataba de memorizar su carita inocente, las pecas claras y el cabello castaño y ondeado que no le había cepillado hoy. Sus ojos parecían distantes, desconectados, pero su rostro se ruborizó. Un niño al que había empezado a sentir como si fuera suyo, atrapado entre dos mundos. Él percibía algo, eso ella lo sabía. Quizás él entendía que ella se estaba marchando. Ella sostuvo la manito de Trevor.

—Vamos, Katy. Vamos a llevar a Trevor a su habitación.

Emily dejó a Trevor con sus autitos y el mantel con volados en el piso de su dormitorio. Él se puso de rodillas e hizo rodar cada uno de los autitos por encima del volado, uno por uno, los alineaba, daba palmadas sobre el volado y luego volvía a empezar.

Emily encontró a Crystal esperando en la sala de estar, hojeando una revista.

—Trevor está arriba en su habitación jugando a los autitos. Tienes que ir a vigilarlo. No lo dejes sin supervisión —Crystal cerró la revista y la hizo a un lado, pero Emily no pudo dejar de notar la manera en que los hombros de ella se tensaban. Ella echó el cabello hacia atrás con indiferencia, descruzó las piernas y se puso de pie con toda la gracia que Emily había soñado tener alguna vez.

—Bueno, que tengas suerte —Se detuvo en el primer escalón por un segundo. Quizás tuviera algo más que decir. Solo miró hacia la parte de

arriba de las escaleras y luego sacudió su mano en el aire como si nada, mientras subía haciendo sonar los tacos en cada uno de los peldaños.

Emily redirigió sus pensamientos al presente, dio la espalda a la ventana y echó una última mirada. Vio a los caballos pastando en la colina en el lado este de la casa, el ganado pastando en el pastizal de más allá y todas las dependencias repartidas por la propiedad. Brad tenía un negocio que prosperaba, su vida, su tierra. Y esa pregunta que persistía y que todavía no había podido hacerle: ¿Por qué había permitido que Crystal se quedara cuando podía haber tenido tanto?

Cuando Mac avanzó rodeando la camioneta, Emily estaba abrochando el cinturón de seguridad de Katy.

—Ya está todo cargado. ¿Estás lista?

—Sí. Vámonos.

Cerró la puerta de Katy y percibió a Brad antes de sentir sus pasos pesados crujiendo en la grava. ¿Adónde había estado durante toda la mañana? Ella creyó que ya había llorado todas las lágrimas que le quedaban, pero la pesadez en su pecho amenazaba con brotar a borbotones una vez más. Se rehusó a ceder, a darle esa satisfacción. Este asunto la estaba matando y no estaba dispuesta a hacérselo fácil. Solo que cuando se aproximó, parecía haber envejecido diez años de la noche a la mañana. Unas líneas profundas rodeaban los ojos inyectados en sangre que parecían no haber dormido en toda la noche. Los hombros caídos, un hombre derrotado. Se bajó el ala de su sombrero negro de cowboy para ocultar su rostro en las sombras. No dijo nada por lo que pareció una eternidad. Hasta Mac inventó una excusa para escaparse. Emily luchaba con la necesidad de facilitarle las cosas. Quizás tocarle el brazo, decirle que estaba todo bien. Pero nada estaba bien, así que se mordió el labio inferior, succionándolo hacia adentro para controlarse. Mira hacia otra parte, no lo mires a él. No podía. Amaba la forma en que se veía, sus hombros anchos, la manera en la que llenaba sus estrechos Levis y la sabiduría que siempre estaba en sus cálidos ojos marrones.

Giró la cabeza en otra dirección y entrecerró los ojos cuando el sol se filtró por entre las nubes. Buscó en los bolsillos de adentro de su chaqueta y sacó un grueso sobre. Se aclaró la garganta áspera.

—Aquí tienes, Em —Esto de alguna manera lo hacía definitivo. Su labio tembló y las lágrimas cayeron cuando tomó el sobre. No sabía hacia dónde mirar o qué hacer cuando Brad avanzó y la atrajo hacia sí, donde ella siempre había soñado estar. En sus brazos. Hundió la cara en su pecho y su cuerpo tembló a causa del llanto que ya no podía contener. Deslizó sus brazos alrededor de la cintura de él, arrugando el sobre mientras Brad le frotaba la espalda y apoyaba el mentón sobre su cabeza. Ella inhaló su aroma. ¿Cómo podía oler tan bien? Quería gritar ante la injusticia de que le negaran una vida con Brad y Trevor. ¡Demonios, Emily! Tienes que aguantar. Eres mejor que esto. Sus dedos rugosos le secaron las lágrimas.

—Si necesitas algo, Em, llámame. ¿Me escuchas? Llámame y te juro por Dios que estaré allí.

Ella quería besarlo, pero tuvo que luchar contra el impulso en el momento en que él retrocedió y se alejó. Apenas podía verlo a través de las compuertas abiertas de sus ojos mientras rodeaba la casa y desaparecía.

Se secó los ojos. Emily no sabía qué era lo que la había hecho mirar hacia arriba, pero cuando lo hizo, Crystal estaba allí observándola de una manera que hizo que a Emily le rodara un escalofrío por la espalda.

Era su momento de irse al demonio de aquí. Emily se subió a su camioneta y abrió el sobre arrugado que tenía en la mano. Estaba repleto de billetes y un cheque. Pero era el importe lo que hizo que Emily perdiera el aliento, era la paga de un año entero, o casi. ¿Por qué tanto?

No podía pensar en eso ahora, así que metió el sobre en el bolso que tanto detestaba. Mac hizo reversa en la camioneta esperando a que ella se adelantara. Emily arrancó adelante de él y se dirigió hacia la larga entrada, despidiéndose de cada uno de los magníficos árboles que proyectaban su sombra sobre esta grandiosa entrada. Emily no miró hacia atrás ni una sola

vez a pesar de la tentación. Soltó un fuerte suspiro cuando llegó a la ruta principal, preguntándose cuándo el dolor que estaba desgarrándole el alma se calmaría... aunque más no fuera un poco.



BRAD OBSERVABA desde el costado del establo mientras Mac se iba en el gran camión de una tonelada que tenía todas las pertenencias de Emily apiladas en la parte de atrás, amarradas para que nada se cayera. No sabía cuánto tiempo se había quedado allí, deseando que ella volviera. Por primera vez en su vida sintió que se ahogaba en una oscuridad negra como la tinta. Qué cruel giro del destino, darse cuenta finalmente de que había encontrado una mujer que podía amarlo honestamente, no por su chequera sino por él mismo. No podía hacer otra cosa que verla marcharse, fuera de su vida, llevándose con ella todo lo bueno, lo honesto y lo amoroso. Ella era lo mejor que podía pasarles a él y a su hijo, y no había ni una maldita cosa que él pudiera hacer para evitar que se fuera.

Estrelló el puño contra el costado del establo. Inhalando de golpe, dirigió la mirada hacia la casa. Nunca antes había odiado a alguien de la manera en la que odiaba a la vil mujer que alguna vez había amado. Ahora mismo todo lo que podía hacer era esperar el momento oportuno, proteger a su muchachito y enterrar la furia ardiente que le llenaba las entrañas. Se apartó del establo y caminó en dirección a la casa. La guerra ya estaba declarada. Y a esta perra que había puesto su vida patas para arriba le esperaba una batalla infernal. Moriría antes de dejarla ganar.

—Que comience el juego —murmuró entre dientes mientras abría la puerta de un tirón—. Hey, Crystal, es mejor que empieces a hacer la comida. Trevor tiene que comer —Escuchó un repiqueteo como si algo se hubiera caído en el piso de arriba. Brad rió entre dientes—. Pues bien, los dos podemos jugar este juego, nena.

CAPÍTULO 34



GINA Y SU ESPOSO FRED VIVÍAN EN LAS AFUERAS DE HOQUIAM EN UNA ÁREA preciosa y reciente, con grandes casas, céspedes muy cuidados y jardines llenos de flores. A pesar de que los estilos de las casas variaban dentro de esta comunidad de concreto, la paleta de color de los marrones le daba una sensación de uniformidad que podía percibirse perfectamente a medida que uno conducía por ella. A la gente le gustaba mucho o lo odiaba de plano. Gina estaba de pie en el medio de la entrada para automóviles, con los brazos cruzados como si estuviera lista para enfrentarse con el mismísimo demonio. Su esposo salió caminando lentamente de la casa y saludó con una mano enorme mientras Emily estacionaba en la calle, en la vereda de enfrente de la casa. Fred, unos pocos centímetros más alto que Gina, se paró detrás de su esposa, un hombre sólido que estaba comenzando a quedarse calvo y al que le hubiera hecho muy bien perder un par de kilos. Era un hombre bueno, honesto y calmo, un vidriero que nunca hablaba mal de nadie. A Emily le agradaba.

Echó una ojeada a Katy, estaba profundamente dormida.

—Bien, te ves como la mierda —Gina fue a su encuentro en medio de la entrada. Emily se secó otra de las infinitas lágrimas que se habían convertido en un río constante durante estos últimos días. Quizás era el alivio o toda la ansiedad que llevaba acumulada desde hacía tanto tiempo. Resopló—. Tú sí

que tienes el don de la palabra.

Fred permaneció unos pasos detrás de Gina.

—Hey, Emily —Cuando él sonreía te dabas cuenta de que era de verdad.

—Hola, Fred. Gracias otra vez por su ayuda. Lamento tanto incomodarlos así, chicos —Mac se bajó del camión con el motor todavía en funcionamiento.

—¿Dónde debería estacionar? —Fred caminó alrededor de Emily.

—Hacia el fondo de la entrada para autos hay una puerta lateral que lleva hacia el sótano, meteremos todo allí —Mac asintió y puso el camión en reversa. Fred abrió la puerta principal de un tirón y gritó.

—Lance Rick, vengan a darnos una mano para descargar las cosas de Emily.

Dos adolescentes desgarrados de cabello castaño claro un poco crecido de más salieron de la casa, arrastrando los pies.

Corriéndose de donde trabajaban los hombres, Emily y Gina se pararon en el césped prolijamente cuidado. —Realmente agradezco que tú y Fred nos dejen quedarnos aquí, pero te prometo que buscaré un lugar pronto y nos iremos de aquí en un santiamén. Y no estorbaremos. Katy se porta muy bien, ya lo sabes.

—Lo sé, lo sé, ¿puedes dejar de preocuparte? Te ayudaremos a conseguir un lugar. Ya hemos preparado la habitación de invitados para ti y para Katy —Katy gimoteó desde su asiento. Gina le desabrochó el cinturón y la cargó en brazos, llevándola hacia la casa.

—Ve a servirte un poco de café. Acabo de hacer una jarra.

Emily caminó sola, lentamente, hacia la soñada cocina de Gina, algo así como lo que uno ve estampado en la tapa de una de esas revistas de renovaciones. Escuchó a Gina hablar distendidamente con Katy, mostrándole los gastados juguetes que había sacado del sótano para que ella jugara. Katy estaba en silencio cuando Gina volvió a la cocina con ella.

—Entonces, ¿qué dijo Bob cuando le dijiste que te estabas yendo del

rancho?

—Bien, prepárate. Dijo que él sabía que yo no podría salir adelante sola. Y que algunas cosas tendrían que cambiar antes de que me dejara regresar — Gina se quedó boquiabierta.

—¿Qué?

—Le pinché su burbuja de fantasía bastante rápido. No estaba de humor para soportar ninguna de sus estupideces. Así que le dije que iba a pedirle el divorcio. No dijo nada, excepto que le avisara de nuestra nueva dirección y número de teléfono. Le di tus datos y no dijo más nada. Cortó la llamada.

—No puedo creer que hayas estado casada con ese hombre durante todos esos años. Jesús, Emily, ¿siempre fue así de imbécil?

Emily se encogió de dolor, preguntándose en qué momento se había permitido ceder en sus valores. Incluso con Brad estaba siempre preguntándose qué era lo que tenía escrito en la frente. Tenía que haber una razón por la que estaba constantemente anhelando a alguien que la amara.

—Lo siento Emily. No respondas eso...

—Gina, ¿dónde quiere Emily que pongamos sus maletas? —gritó Fred desde la puerta de atrás. Emily se sobresaltó.

—Siéntate. Yo me encargaré de esto. Tú relájate, Em. Toma tu café.

Gina ladró algunas órdenes a Fred y a los muchachos, llevándose a Katy afuera. Pronto el camión arrancó y se fue. Emily no se movió. No dijo “gracias”, “adiós” ni nada. Dejó que Mac se escapara como si con eso enterrara la última parte de Brad.



LAS SIGUIENTES SEMANAS dejaron a Emily mareada. Encontró una pequeña casa cerca del centro. En realidad, Fred encontró la pequeña y antigua casa que necesitaba remodelaciones y que pertenecía a uno de sus amigos. Fred reclutó a unos cuantos conocidos para mudar a Emily y Katy. Bob no había

demostrado tener ninguna preocupación por sus dificultades. Venía a buscar a Katy cada fin de semana de por medio por su visita obligatoria, pero Emily dudaba de si no lo hacía solo para herirla, ya que no demostraba tener ningún interés por Katy. Pero de un momento al otro se ofreció a llevarse a Katy en uno de sus fines de semana “libre” para ayudarla. Ya estaba harta de intentar entenderlo.

Emily estaba en cuatro patas cavando en el jardín del frente cuando Bob estacionó frente al pequeño bungalow de dos dormitorios. Katy estaba en el asiento trasero de un lustroso y nuevo Mustang rojo. Emily dejó caer su toalla en la tierra y se limpió las manos en los gastados jeans azules. Caminó hacia Bob mientras él levantaba a Katy de su asiento. Riendo, levantaba a Katy en el aire mientras ella reía y chillaba.

Katy arrebató su mantita celeste de las manos de su papá y corrió hacia Emily, pidiéndole que la cargara en brazos; una actitud que ella nunca había visto antes.

Bob se subió el cierre de su campera rompevientos azul oscuro y se quedó de pie un minuto enfrente de Emily.

—Parece que te está yendo bastante bien, Emily —Emily endureció los labios y caminó alrededor de Bob.

—Lindas ruedas. ¿Esas son llantas doradas? Te deben de haber costado una fortuna —Él se encogió de hombros.

—Bueno, después de todo soy yo el que tiene que viajar para recoger a Katy. Necesitaba un vehículo decente.

—Un auto deportivo, que imagino que tiene todos los accesorios. Entonces, ¿ahí es adonde se está yendo todo ese dinero que dices que no puedes pagar en manutención? —Katy se aferró a la camiseta de Emily por el cuello y lo retorció. Le besó la cabeza y la dejó en el piso.

Él se puso las gafas de sol para que Emily no pudiera verle los ojos, luego se encogió de hombros y se fue.

—Katy, ve a buscar tu carretilla en los escalones del frente —Katy

caminó tambaleándose hasta los escalones, dejando caer su mantita, agarró la carretilla verde de plástico y comenzó a llenarla de tierra.

—Sabes Bob, dejé que te libraras fácilmente. Ni siquiera pagas la manutención mínima que establece el estado. No he pedido nada para mí, y tú vas y te compras un auto deportivo nuevo y elegante, e intentas tomarme el pelo con esta estupidez de que es un medio de transporte necesario. Déjame adivinar, ¿sacaste otro préstamo para financiar todo esto? Él no se detuvo, sino que apuró el paso, haciendo una pausa solo para abrir la puerta del conductor. Él tragó saliva, se subió e hizo rechinar las ruedas al irse.

—Imbécil —Cuando Emily se dio vuelta, su vecino Jim, un señor mayor, la saludó desde el lugar donde estaba regando su lecho de flores en el frente. Las mejillas de Emily se encendieron y saludó, girando la cabeza y apurándose a ir adentro—. Gran espectáculo, Emily.

El teléfono sonó justo cuando Emily cerró la puerta. Katy encendió la televisión y trajo sus muñecas. Emily agarró el teléfono de la cocina.

—Hola.

—Estoy buscando a Emily Nelson.

—Ella habla —No reconocía la voz masculina que estaba del otro lado de la línea.

—Soy Taylor de Banters Farm and Feed. ¿Usted aplicó para un trabajo a tiempo parcial en nuestro departamento de jardinería?

—Oh, sí —El día después de que llegara a la puerta de Gina, ella le sugirió que aplicara.

—Bien, si es de su interés, tengo una vacante a tiempo parcial, dos días a la semana.

Agarró la parte de atrás de un sobre y garabateó los detalles, tiempo parcial y pago promedio. Lo suficiente como para no agotar los ahorros provistos por Brad. Con el pequeñísimo monto que pagaba Bob cada mes, tendría suficiente dinero si era cuidadosa. Necesitaría buscar una niñera para Katy.

Dos días después, Emily empezó su trabajo nuevo, un trabajo no especializado en el que metía las manos en la tierra, pero era una tarea que ella disfrutaba. Le ayudaba a no pensar en Brad, en lugar de pensar en él unas cien veces por día.

Emily colocó una bandeja de plantines del lado de afuera de la puerta principal.

—Yujuuu, Emily.

Se tropezó y casi dejó caer la bandeja. Con incredulidad, observó a Crystal que se bajaba de un lujoso Cadillac VUD. ¿Qué era lo que estaba pasando con todos estos vehículos nuevos? La mujer fue en línea recta, vistiendo jeans de diseñador y una chaqueta de vaquero combinada. Las uñas rojo brillante asomaban en los extremos de sus zapatos de tacón con boca de pez. Sus labios estaban pintados de rojo brillante y no tenía un sólo cabello fuera de lugar. Se puso su bolso Gucci debajo del brazo y agitó los dedos en el aire como si fueran familiares separados desde hacía mucho tiempo.

Emily miró primero hacia la derecha y luego a la izquierda. Escóndete. Pero la mujer la acorraló como un gato acorrala a un ratón.

—Oh, Emily, ¿cómo estás? Qué bueno verte —Ella se acercó y tocó el brazo de Emily. Emily retrocedió y se golpeó la espalda contra la bandeja de plantines.

—Estoy bien —Trató de rodear a Crystal para escaparse. Pero la mujer dio un paso hacia adelante, encerrándola.

—Oh, Emily, debo decirte, Brad y yo estamos tan bien ahora. Fue un poco turbulento al principio, pero justo el otro día me estaba diciendo lo contento que está de que haya vuelto a casa —La garganta de Emily se secó tanto que pensó que se iba a ahogar. Crystal sonrió radiantemente, con todos sus dientes blancos y relucientes. Una de las fotos de la chica de la portada—. Sabes, Brad tuvo esta maravillosa idea de renovar nuestros votos matrimoniales. ¿No es eso increíblemente romántico? Él es todo lo que siempre quise en un marido. Está tan pendiente de mis necesidades. Ves, me

acaba de comprar este Cadillac nuevo. Quería asegurarse de que estuviera segura y que tuviera algo decente que conducir. Y bien, ¿has hablado con Brad últimamente?

¿Qué carajos?

—Eh, no —Emily se metió las manos en el bolsillo de su delantal—. Permiso. En verdad tengo que volver al trabajo.

Crystal retrocedió lo suficiente como para que Emily pudiera escapar.

—Oh, sí, por supuesto. Ya terminé aquí de todas maneras. Esta tienda no tiene la calidad o la variedad de perennes que tienen las tiendas más establecidas —Le arrojó a Emily un saludo rápido, como si hubieran sido amigas de toda la vida. Con su bolso Gucci debajo del brazo, caminó de vuelta a su elegante VUD.

—¿Cómo está Trevor? —Emily avanzó hasta el cordón de la vereda. La mano de Crystal se quedó congelada en la manija de la puerta. Pasaron casi dos segundos hasta que se puso de frente a Emily, la sonrisa hacía rato que se había ido.

—¿Quién? —Emily se cruzó los brazos desnudos por encima de la camiseta azul. ¿Era posible que en verdad no registrara el nombre?

—Tu hijo, el hijo de Brad, Trevor. ¿Cómo está él?

—Ya sé que es mi hijo. Y él no es asunto tuyo. Él está bien. Mejor que bien, ahora —Crystal se subió al auto y cerró la puerta dando un portazo. Dio marcha atrás de forma tal que, si hubiera habido alguien detrás de ella, lo hubiera atropellado. Emily pestañeó para contener las lágrimas, dolida e incrédula de que Brad pudiera ser tan inconsistente. Permitir que esta mujer se metiera en su vida, en su cama, y prodigarle regalos caros... y ¿como podía elegir a esa mujer por encima de su hijo, quien, ella creía, era lo más importante en su vida? Se había burlado de ella. Así que, por supuesto, cuestionó todas las decisiones que había tomado. Después de todo, ¿qué tan sensato podía ser su juicio?

CAPÍTULO 35



HABÍAN PASADO TRES SEMANAS Y DOS DÍAS DESDE LA ÚLTIMA VEZ QUE HABÍA visto a Brad, desde que se hubiera mudado fuera de su casa. Este era el fin de semana que Bob debía pasar con Katy, y por primera vez desde mudarse, Emily estaba completamente perdida en cuanto a qué hacer. Así que limpió la casa de arriba abajo, y luego se fue a la tienda para buscar algo de comer y alquilar una película.

Emily vagó por la góndola de la comida chatarra. A la mierda con la cena, necesitaba botanas, papas y salsas junto con su película. Metió no una, sino dos bolsas de papas rejilla extra saladas en su canasta. Giró rápidamente alrededor de la esquina, segura de que tenía todo lo necesario para preparar unos sabrosos aperitivos. Mientras miraba abajo a su canasta en vez de mirar hacia adelante, fue casi atropellada por alguien. Emily dio un paso atrás y se preguntó a sí misma si quizás había perdido el aliento cuando vio sus suaves ojos marrones. Por supuesto, su estómago comenzó a hacer todo tipo de saltos acrobáticos. Así que no, su deseo por él no había disminuido en lo más mínimo. Él se veía fantástico en sus angostos Levis, su camisa a cuadros abotonada hasta el cuello y su desgastada chaqueta de jean. Llevaba su sombrero negro de cowboy, el que ella adoraba y con el que él prácticamente vivía.

Trevor, su niño perdido, se aferraba a las manos de su papá y masticaba

unas galletas saladas de la caja que Brad llevaba en su otra mano.

—Hola. ¿Cómo estás? —¿Qué tan patético era eso? Ella no podía simplemente hacer de cuenta que él no significaba nada para ella. Así que bajó la mirada mientras se le encendían las mejillas; estaba segura de que estaban rojas como la sangre.

—Estoy bien, Em. ¿Cómo estás tú? —Miró a Brad tímidamente y no pudo evitar notar la pena que parecía apagar la luz de sus ojos. Parecía que había envejecido, también. Su apuesto rostro estaba profundamente marcado por líneas pesadas y sombras. Incluso el gris que salpicaba su cabello parecía estar más acentuado.

Emily quería saltar de alegría. ¿Cómo podía estar tan entusiasmada y tan devastada al mismo tiempo?

—Brad, yo... yo... —Brad puso la caja abierta de galletas saladas en el estante de las botellas de agua para liberarse las manos. Le apretó el hombro y dio unos pasos hacia adelante.

—En verdad, Em, necesito saber cómo estás. ¿Está todo bien? —Él no apartaba la mirada. De hecho, por la manera en que la observaba, ella podría haber jurado que estaba verdaderamente preocupado.

—Estoy bien —Su voz tembló y tomó aire—. Tengo un trabajo. Estoy trabajando en la tienda de jardinería en el límite de la ciudad.

—Esa es la que es propiedad de Taylor Banter, ¿verdad?

—Sí. Es un hombre muy agradable.

—Me alegra escuchar eso. ¿Te gusta trabajar allí? —Apartó la vista y luego miró a Brad.

—Me gusta. Pero a decir verdad me gustan las plantas y todo lo que tenga que ver con la tierra y con hacer crecer cosas. Pensé que sabías que estaba allí, después de que Crystal pasara a visitar. Oh, y felicitaciones, me dijo que estabas pensando en renovar sus votos de casamiento —Intentó sonar como que estaba feliz por él, lo estaba en verdad, pero le dolía tanto que la amargura la hizo sonar como una vieja arpía resentida. Ella nunca podría

jugar los juegos de la política—. Lo siento... —Forzó una sonrisa que le tensó el rostro y luego miró abajo a Trevor, un niño pequeño que ella todavía sentía como suyo. Él no iba a mirarla porque se le habían acabado las galletas y la caja estaba fuera de su alcance. Comenzó a hacer su sonido “wop, wop” y a balancearse de adelante hacia atrás. No había mejorado en absoluto. ¿Cómo podía ser que Brad no viera eso? Cuando levantó la vista otra vez, Emily tuvo que retroceder a causa del salvajismo que parecía supurar de cada poro del cuerpo de él.

—Viste a Crystal. ¿Cuándo? —Su tono de voz era un poco alto, algunos clientes giraron la cabeza, se detuvieron y se quedaron boquiabiertos.

—Hace una semana, ¿no lo sabías?

—No. ¿Y de dónde sacarías la idea de que voy a renovar los votos con Crystal?

—Entonces, ¿no vas a renovar tus votos?

Él giró la cabeza mientras dejaba escapar una sarta de maldiciones entre dientes. Una señora mayor dio la vuelta con su carro y se fue hacia la dirección opuesta.

—Supongo que el hecho de que la señora se fuera fue lo mejor para mí —Tocarle el brazo fue algo que le surgió de manera natural.

—¿Tienes tiempo para un café? —Se expuso, esperando que él no la rechazara.

—Seguro, hay una cafetería al lado.

—Deja que pague esto y nos iremos —Emily levantó su canasta de bocadillos y luego hizo un gesto hacia la caja abierta de galletas saladas de él —¿Vas a pagar eso?

—Ah, sí, gracias por recordármelo —Agarró la caja y siguió a Emily hasta la caja registradora. Él puso su caja junto con las compras de ella y pagó por todo. Ella intentó decirle que no, pero él no quiso escuchar palabra y le entregó el dinero a la cajera.

La cajera con sobrepeso y cabello oscuro la miró primero a ella y luego a

Brad.

—Yo que tú le haría caso, es más grande que tú. Y escucha, linda, si un hombre quiere pagar por tus compras, lo dejas. Ojalá yo tuviera uno que quisiera pagar las mías.

Un señor mayor, todo canoso y encorvado que estaba en la fila detrás de Brad también hizo una acotación. —Ella tiene razón, solo déjalo que pague.

Emily cerró la boca y frunció el ceño y miró a Brad que parecía estar radiante de alegría por el apoyo recibido. Emily levantó su bolsa de compras y marchó hacia la puerta, con Brad y Trevor detrás de ella.

A lado había una pequeña cafetería. Brad abrió la puerta y la sostuvo para que Emily pasara. Eligió una mesa cerrada y colocó la bolsa de compras en el piso. Brad se sentó junto con Trevor enfrente de Emily. Los únicos otros clientes en esta cafetería de ocho mesas era una pareja de mayores que conversaban en una pequeña mesa redonda en la otra punta de la sala.

Una camarera de mediana edad apareció con dos menús y un libro para colorear y crayones para Trevor.

—¿Qué puedo traerles?

—¿Quieres un café, Em?

—Seguro.

—Dos cafés, uno con crema y azúcar y uno negro para Emily y un jugo de manzana para mi niño.

La mesera tenía una sonrisa llena de brillantes dientes blancos. Se corrió el flequillo oscuro, que estaba un poco largo, hacia atrás.

—¿Quieren unos minutos para revisar el menú?

—No, yo no quiero nada de comer. ¿Em? —Emily le devolvió el menú a la camarera.

—Solo café, gracias —La señora frunció el ceño, pero retiró ambos menús y se alejó rápidamente.

Brad revolvió en su bolsa de las compras y sacó un puñado de galletas saladas para Trevor, y se las apiló en una servilleta de papel. Trevor no veía

otra cosa que las galletas, y se las metía una por una en la boca, masticándolas mientras alineaba el bol con el azúcar y las jarritas individuales para la leche. Luego apiló las galletas una por una, una y otra vez.

Emily deslizó el libro para colorear y los crayones delante de ella antes de que Trevor decidiera comerse los crayones. Brad se inclinó hacia adelante en la mesa.

—Em, Crystal y yo no nos hemos reconciliado; no vamos a renovar nuestros votos. No sé por qué habría de decirte eso. En realidad, eso no es cierto. No sé por qué —Sus ojos de repente se fijaron con una tristeza que se parecía a la de ella.

Su estómago se retorció y se le hizo un nudo. Ella esperaba que él sufriera este dolor también. Extendió el brazo a lo largo de la mesa y le tocó la mano. La mano de ella tembló y la guardó de golpe otra vez.

—Sabes, cometí un error y me pateo por ello todos los días. Debí haber arreglado las cosas con ella luego de que se marchara, pero en vez de eso no hice nada. ¿Y sabes qué gané? Que ahora sea su palabra contra la mía y, francamente, ahora me tiene agarrado de las pelotas —Brad se echó hacia atrás y golpeteó su mano en la mesa. La mesera llegó con sus cafés y el jugo de Trevor.

—Gracias.

Ella sólo hizo un gesto de cabeza mientras se alejaba. Brad quitó el papel que rodeaba el sorbete y puso este último en el jugo de manzana de Trevor. Emily estudió al hombre. ¿De qué estaba hablando? El rostro de él se sonrojó.

—Lo siento, Em, no era mi intención ser tan gráfico —Agitó la mano para que ella se olvidara de lo que él había dicho y sorbió su café—. No necesitas esta porquería, tú tienes tus propios problemas. Me siento bastante mal por la forma en la que terminaste involucrada en toda esta mierda, la mierda de ella, y por la manera en que ella se comportó contigo y con Katy.

Los oídos le zumbaban y la habitación no se veía del todo bien. Inhaló profundamente, primero una vez y luego otra. Abrió la boca para hablar pero no podía pensar en nada para decir. Así que cerró la boca. Él entonces buscó la mano de ella mientras algo que parecía preocupación transformaba esos duros ojos marrones. Emily quitó su mano rápidamente.

—Brad, debes parar. No comprendo. ¿De qué rayos estás hablando? ¿Cómo es que ella te tiene agarrado de las pelotas? ¿Qué es lo que sucede? Basta de juegos. Lo juro por Dios, siento como si ustedes dos me hubieran metido en una galería de tiro en un carnaval y yo fuera el blanco.

Saliva azul empezó a brotar de la boca de Trevor. Había encontrado un crayón y estaba masticando el papel junto con pedazos del crayón. Emily se estiró a lo largo de la mesa.

—Trevor, no, escúpelo.

Brad metió los dedos en la boca de Trevor y sacó lo que quedaba del crayón azul, luego usó una servilleta para limpiarle la cara. Emily se aseguró de que esta vez todos los crayones hubieran sido confiscados. Trevor lloriqueó y trató de alcanzar los crayones que, obviamente, quería de vuelta.

—Brad, más galletas —Emily limpió los pedazos de crayón y la saliva de la mesa mientras Brad depositaba una montaña de galletas enfrente de Trevor —. Dame eso —Emily tomó las servilletas sucias y las echó en el tacho de basura al lado de la puerta.

Se sintió en penitencia cuando volvió a deslizarse en su asiento. Trevor comía sus galletas y balanceaba las piernas golpeando la parte inferior de la mesa cerrada, pum, pum. Era mejor que se apresuraran. Sus galletas estaban a punto de acabarse.

Brad palmeó el respaldo del asiento. Su rostro se enrojeció.

—Nunca debí dejarla volver. Ese fue mi error. Debido a que nunca hice la demanda por separación legal o abandono, custodia plena... —Echó las manos al aire y se hizo hacia atrás— Solo convengamos en que es una inteligentísima hija de p... —Casi lo dijo, pero se contuvo antes de que esa

palabra vulgar saliera de sus labios. Echó un vistazo a la mesera que levantaba las cejas desde su lugar detrás de la máquina de capuchino— Ella había visto a un abogado y tenía un plan preparado mucho antes de poner un pie de vuelta en mi casa. Sabía exactamente qué decir y qué hacer. Yo lo eché todo a perder. Y no puedo obligarla a irse. Si yo quiero la separación, soy yo quien debe marcharse. Y no puedo llevarme a Trevor. Dijo que yo la amenacé y la puse de patitas en la calle después de que naciera Trevor, que ella sufría de depresión, no sabía cuáles eran sus derechos. Ahora, ella está de vuelta porque Trevor tiene autismo. Está amenazando con llevárselo porque esta terapia es abusiva. Ella cree que debido a que él nació así, debe vivir de esta manera. Necesita ser respetado por quien es. Ha llegado al punto de ponerlo en una lista de espera para una institución en California que se especializa en niños con autismo. Ella está usando a Trevor, con qué motivo, aún no lo sé. Pero no puedo, no, no voy a permitir que le haga eso a mi niño —Sus ojos se llenaron de lágrimas mientras posaba su mano protectoramente sobre la cabeza de Trevor. Emily quería pararse de un salto, ir corriendo al rancho y darle a esa mujer una buena reprimenda.

—¿Qué quieres decir con que ha amenazado a llevarse a Trevor? Ella no puede ocuparse de él. Una institución, qué carajos... ¡Ella no puede hacer eso!
—Emily golpeó la mesa con ambas manos.

Brad le agarró ambos brazos, acercándola de golpe. El hombre y la mujer del otro lado de la habitación observaban y murmuraban mientras se tapaban la boca con las manos.

—Cálmate, Em. No dejaré que se salga con la suya.

Emily bajó la voz, mirando a Trevor con una mirada que lo decía todo

—Lo siento, Brad, pero ¿qué demonios se cree que está haciendo? Ella nunca ha pasado tiempo con él. Lo evita. Su lenguaje corporal dice a gritos que se siente incómoda cerca de él. Ella no lo conoce, no tolera estar en la misma habitación que él y él lo percibe. Ella no puede fingir preocupación maternal. Él no responde a ella. Ella lo altera. No puedo entender por qué

motivo podría alguien caer tan bajo. Ella es su madre, ¿acaso no quiere lo mejor para él? —Emily no podía aguantarse el veneno. Lo intentaba, de veras. Ella siempre había intentado darle a todos el beneficio de la duda ¿o no era así? Pero esto era demasiado. Trevor no era de ella. Pero ella sí quería que lo fuera.

—Em, tienes razón, pero necesito pensar en Trevor. Mi abogado ya se encargó de echarme una bronca. Necesito hacerle caso a él. Seguir al pie de la letra todo lo que me diga para ganar esto y sacarla de mi vida —El hecho de entender lo que realmente había sucedido no hacía que le doliera menos, en absoluto. ¿Hacía cuánto tiempo que esta mujer estaba planeando abrir una brecha entre ella y Brad? Pensándolo bien, era extraño. Lo inoportuno de su llegada, justo cuando ella y Brad se estaban volviendo más íntimos. Por poco habían consumado su relación. Ella hizo un gesto de dolor mientras su mente soñaba con “y si hubiera pasado esto o aquello” y “aquello que podría haber sucedido”.

—Brad, lo lamento tanto. Tendría que haberlo supuesto. Por favor, dime, ¿hay algo que pueda hacer? —Brad cerró la boca y desvió la mirada. Buscó su cartera y tiró un billete de diez dólares en la mesa.

—¿Has terminado?

—Sí —Emily agarró sus compras y se puso de pie. Brad la siguió junto con Trevor. El sol comenzó a ocultarse, pero el día seguía siendo hermoso y cálido. Emily se detuvo y encaró a Brad—. Gracias por el café y por pagar mis compras —Ella no quería irse. Odiaba estos momentos incómodos, y sonrió con una de esas sonrisas incómodas y tensas. Emily se agachó enfrente de Trevor—. Adiós, Trevor —Él miró al piso. No le prestaba atención. ¿Sabía siquiera si ella estaba ahí? —Ha hecho una regresión —Emily se pudo de pie y no pudo evitar darse cuenta de la manera en la que Brad se estremecía—. Sabes Brad, me callé la boca en cuanto a muchas cosas. Pero Trevor merece mucho más que ser victimizado por una madre codiciosa y egoísta. Míralo —Brad se sonrojó y acarició la cabeza de Trevor.

—Lo sé, Em, pero te prometo que volveré a empezar su terapia. Sé que tienes razón. Es solo que ella me contradice ahora mismo.

—Ella está equivocada, Brad —Las lágrimas formaron una nebulosa, desdibujando a Brad—. Negarle ayuda a un niño, el no darle la terapia es cruel. ¿Le negarías su tratamiento a un niño con cáncer?

—No es lo mismo, Em. Un niño con cáncer está luchando por su vida — Ella quería golpearlo.

—¿Qué clase de vida tendrá Trevor si no puede funcionar? —Brad le acarició el hombro. Sus ojos se volvieron más amables.

—Hey, hey, Em, entiendo lo que dices. Y amo tu pasión. ¿Tú me mostraste, recuerdas? E hiciste todo lo que estuvo a tu alcance para ayudar a Trevor. Y te prometo que ganaré. Recuerda tus propias palabras “no te rindas”.

Él seguía tocándola. Y ese contacto estaba haciéndole cualquier cantidad de cosas raras a su determinación. Él se metía debajo de su piel. Se las arreglaba para hacer que cada parte de su cuerpo se pusiera caliente y fría, ansiosa, feliz, y con ganas de saltar hasta la luna. Luego del sufrimiento y el dolor que él le había causado, ¿por qué seguía afectándola tanto?

—Debería irme —Él soltó su mano, pero ninguno de los dos hizo el intento de marcharse. Así que, finalmente, Emily bajó la vista, se pasó la bolsa de las compras de una mano a la otra y retrocedió.

—Em —gritó él —, ¿estás a pie?

—Son solo unas pocas cuerdas —Emily saludó con la mano y retrocedió.

—Súbete, te daré un aventón —Brad señaló a su camioneta de una tonelada color azul oscuro. Se aproximó a ella, un paso, dos pasos. No le estaba dando elección.

—Está bien.

Brad corrió el asiento de Trevor hacia el medio y le abrochó el cinturón. Puso las compras de Emily en la parte de atrás de la camioneta. Emily se subió y se sentó al lado de Trevor, Brad le cerró la puerta y caminó alrededor

del frente de la camioneta, saludando a una pareja que iba caminando y que sonrió y le devolvió el saludo. Brad se subió y no dijo nada mientras colocaba su brazo por encima del respaldo del asiento. Sus dedos rozaban el hombro de Emily al poner la reversa. La caricia permanecía y la distraía tanto que ella no se había dado cuenta de que Brad no le había preguntado dónde vivía. De hecho, sabía dónde debía doblar. —¿Cómo es que sabes dónde vivo? —Ella señaló a través de la ventana y Brad estacionó enfrente de su casa. Apagó el motor y le guiñó el ojo cuando finalmente se dio vuelta para mirarla.

—Pregunté. No hay muchos lugares para alquilar, Em. Fue fácil encontrarte.

Ella abrió la boca para decir algo, pero no podía hilar dos palabras que tuvieran sentido. Miró a través de la ventana y rió hasta que le saltaron las lágrimas. Tocó el brazo de Trevor, que estaba a su lado, y él la miró por primera vez hoy.

—¿Puedes pasar adentro un rato? —Trevor pateó con las piernas hacia atrás y hacia adelante, ahora estaba estirando los brazos para estar con ella—. Por favor —Él miró a través de su ventana.

—Seguro.

Entusiasmada, quería saltar en su asiento y aplaudir como una niña pequeña. Pero no lo hizo. Y no se preocupó por disimular la enorme sonrisa que le levantó el ánimo. Sin embargo, encerró esa vocecilla cínica y sobreprotectora que decía “mala idea” en el cubículo reforzado en donde había encerrado su autoestima durante tantos años. Que se fuera todo al demonio, quería este tiempo con él. Y tomaría cada minuto que pudiera obtener.

Emily desabrochó el cinturón de Trevor y Brad se encargó de las compras de Emily. Marcó el camino hacia su pequeño y prolijo bungalow. Sacudió la llave en la cerradura que a menudo se trababa. Abrió de un empujón la puerta que a menudo se atascaba en los días más cálidos.

—Em, debes llamar al propietario, haz que te arregle esta puerta. Pon una

cerradura nueva —Brad estudió la junta de la puerta, recorriendo con los dedos el interior del marco de la puerta hacia arriba y por encima de este. Quizás algunas mujeres podrían pensar que eso era molesto, pero no Emily. Era agradable tener un hombre que se encargara de esos detalles. Emily llevó a Trevor a la caja de juguetes en un rincón de la pequeña y acogedora sala de estar. De ningún modo era una casa llena de luz, era una de las antiguas casas estilo caja de los años cincuenta. Emily echó mano a los autos de Barbie de Katy, algunos bloques, y agarró una carpeta tejida al crochet de la tabla. Trevor no necesitaba que le dijeran qué hacer. Se echó en el piso sobre su costado y manejó los autitos enfrente de su cara, hacia adelante y hacia atrás.

Brad había desaparecido cuando Emily se puso de pie. Ella caminó lentamente hacia la pequeña cocina cuadrada. Brad había descargado las compras en la mesa redonda de madera maciza, rodeada de cuatro sillas de pino pequeñas. Brad encaró a Emily, sosteniendo en alto la bolsa de papas rejilla e hizo un gesto hacia el dip, los Cheezies, la lata de ginger ale y un cartón de leche. Levantó las cejas.

—¿Planeabas una fiesta, Em?

—Ja, ja —Emily dio un paso hacia adelante, agarró la bolsa de papas y la metió en la alacena al lado de la heladera, junto con el resto de la comida chatarra.

—Planeaba darme un gusto, cenar y ver una película —Él frunció el ceño y miró alrededor.

—¿Dónde está Katy? —Sonriendo, ella puso la leche en el refrigerador.

—Bob la tiene con él este fin de semana. Su madre vino de visita.

Brad se inclinó sobre la mesada al lado de ella. La verdad era que no había mucho espacio en la cocina. Brad, todo esbelto, sólido, alto, un hombre espléndido, ocupaba mucho más lugar que un hombre promedio. Ella se movía alrededor de él, rozando sus brazos, su espalda. Dulce tortura, Emily tenía razones para preguntarse si él no seguía quedándose tan cerca a propósito. Ella no podía pensar y sentía que el calor le subía a las mejillas.

Así que agarró la pava y la llenó con agua.

—Permiso, Brad —Dio un paso al costado para que ella tuviera que pasar por detrás de él para enchufar la pava. Ella no podía pensar—. ¿Té? —Él negó con la cabeza, sonriendo de la manera más desconcertante.

—No, gracias. ¿Y cómo van las cosas con él? —Sacudió la mano en el aire.

—Ya están hechos los papeles para la separación legal, y le he pedido a mi abogado que haga la demanda de divorcio apenas esté todo firmado. Finalmente ha acordado pagar algo de cuota alimentaria.

Él pestañeó y entrecerró los ojos, con el rostro oscurecido de una manera que Emily pocas veces había visto.

—¿Estás diciendo que nunca te pagó? Pensé que te estaba enviando algo de dinero.

La verdad era que Emily no le había dicho a nadie. Había sentido vergüenza por la manera infantil con la que se comportaba.

—Al principio mandaba algo. Después se olvidaba.

—Maldición, Em, ¿por qué no me dijiste algo? Si necesitas ayuda para tratar con él, llámame. Me aseguraré de que te pague —Se corrió de la mesada, caminó hacia Emily y se apoyó contra la mesada.

Ella debió haberse controlado. Pero ya era demasiado tarde para cuando su raciocinio volvió a ella. Acarició con su mano la mejilla de él, la barba. Sus profundos e inquietantes ojos hicieron que se detuviera, y ella apartó los dedos como si se hubiera quemado.

Por suerte, la pava silbó, lo que le dio algo en lo que concentrarse. Quitó el enchufe del tomacorriente, agarró la pava y de alguna manera se volcó un gran chorro de agua hirviendo en la mano. Dejó la pava mientras el agua humeante formaba un charco en la mesada, y se cubrió la mano rosada que le latía.

—Mierda —Exhaló fuertemente. Brad le agarró la mano y la llevó hasta el fregadero, metiendo su mano quemada debajo del agua helada.

—Deja la mano aquí. ¿Estás bien? —Emily apretó los dientes y agitó la cabeza.

—Eso fue estúpido. Debes pensar que soy una torpe —Miró por debajo de las pestañas al hombre que la miraba de una manera muy sutil. ¿Qué carajos estaba pensando? Ella nunca podía darse cuenta. Él nunca delataba nada.

—No, creo que estás un poco nerviosa de tenerme aquí.

Cuando Emily trató de sacar la mano de debajo del chorro de agua fría, Brad la agarró con más fuerza.

—Déjala allí, tienes una quemadura fea. ¿Tienes una toalla? —preguntó.

—En el baño —Emily miró a través de la pequeña ventana de una sola hoja que estaba encima del fregadero. El ardor disminuía a medida que su mano se entumecía. Podía escuchar los pesados pasos de él sobre las rechinantes tablas del piso en su camino al único baño cruzando el angosto pasillo. Ella deseó que no notara las paredes desnudas y deslucidas. No había terminado de desempacar todavía, mucho menos de colgar cuadros. Este lugar era simplemente un lugar de paso hasta que consiguiera un hogar permanente. El patio diminuto estaba ocupado con el trepador de Katy y un viejo columpio que venía junto con la antigua propiedad. Al viejo cerco le faltaban algunas maderas aquí y allá y necesitaba unas manos de pintura.

—¿Cómo está? —Ella no lo había escuchado volver.

—No duele siempre y cuando mantenga la mano bajo el agua fría —Ella cerró el grifo. Brad le alcanzó una pequeña toalla de color durazno.

—Siéntate —Le ordenó él, mientras corría una de las sillas de madera. Brad arrastró otra silla, estirando sus largas piernas enfrente de él luego de sentarse.

—¿Quieres un café? —preguntó Emily— Puedo prepararte un poco —Él estalló de risa.

—Creo que, para salvar tu otra mano, lo mejor es que nos salteemos el café. Tengo que llevarme a Trevor a casa a cenar de todos modos —Brad

echó un vistazo alrededor de la esquina. Emily podía escuchar a Trevor que hurgaba en la caja de los juguetes.

—Quédense a cenar, por favor —Él inclinó la cabeza y permitió que una sonrisa gatuna le iluminara el rostro.

—Eso me gustaría, he extrañado tus comidas. Estoy seguro de que a Trevor le vendría bien una comida casera.

Emily se puso en movimiento. Se puso de pie de un salto y abrió el refrigerador de un tirón para sacar un paquete de carne molida. Fritó la hamburguesa, agregó las especias y la salsa, hirvió las papas y preparó un guiso. Preparó una ensalada mientras Brad le conversaba y se quedaba cerca de ella.

A lo largo de la cena, la conversación fue amena y despreocupada, y no pudo dejar de notar la gratitud con la que Brad gruñó luego de probar el primer bocado. Trevor estaba inquieto. Comió un poco con los dedos y luego se escapó para volver a los juguetes, dejando el tenedor clavado en el puré de papas. Cuando terminaron de comer, Emily lavó los platos y Brad los secó. Él investigó sus alacenas mientras guardaba los platos.

—Te extrañé, Em.

Ella dejó caer el trapo de los platos en el agua jabonosa y se encontró con el reflejo de él en la ventana que tenía enfrente. La ilusión con la que la hechizaba era una llena de anhelo y arrepentimiento. Ella se dio vuelta, con el corazón que le martillaba el pecho. Estaba sin aliento. Miró al reloj en la pared. Ella no quería que él se fuera. La mente de ella iba a mil por hora, haciendo todo lo que podía para encontrar una forma de retenerlo aquí, sacaría un conejo de una galera de ser necesario.

—Sentémonos aquí en la sala de estar. A menos que quieras un café.

—No, estoy bien.

Emily caminó detrás de Brad. Los ojos de ella bajaron para mirar con lujuria su contoneo y lo bien que llenaba sus pantalones. Ella amaba la manera en la que él caminaba y recordó, demasiado bien, lo duras que

estaban sus nalgas la vez que ellos casi... Emily casi se ahogó cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Y Brad la observaba de una manera tal que ella estaba segura de que él sabía a dónde se habían ido sus pensamientos. Ella se aclaró la garganta y fue corriendo hasta el televisor.

—Deja que ponga una película para Trevor —Puso Peter Pan y bajó el volumen. Trevor se subió de un salto al sillón de cuero, el que había visto días mejores. Brad se hundió en el sillón de dos cuerpos a juego, dispuesto en un ángulo al lado del sofá. Emily echó un vistazo al acogedor lugar al lado de Brad, pero se acurrucó al lado de Trevor. Cubrió las piernas de Trevor con la manta tejida de color púrpura cuando vio que él descansaba la cabeza en un almohadón.

—Fue una comida excelente, Em. Hace un tiempo que cocino para mí y para Trevor, y es muy probable que yo sea el peor cocinero del mundo. Mary viene solamente dos días a la semana y no se queda mucho tiempo. Le he pedido que venga más seguido, pero se rehusó, dijo que esos dos días la exprimían por completo con esto de tener que lidiar diplomáticamente con Crystal.

Emily lo observaba. Extrañaba esos momentos que compartían a la noche, conversando.

—Y entonces, ¿quién cuida a Trevor mientras trabajas, Brad? Es decir, tienes un rancho que administrar.

—Me lo llevo conmigo. De más está decir que no consigo hacer mucho —Ella no se había dado cuenta de que estaba conteniendo la respiración hasta que se le escapó de golpe —. No creerás en verdad que dejaría a Trevor con ella, ¿o sí?

Emily se sonrojó. Ella extendió la mano para tocarlo, pero él se alejó.

—Brad, lo lamento tanto. No sabía qué pensar. Todo lo que sucedió... cuando la dejaste quedarse... ¿Cómo podía evitarlo? No creo que sepas lo mucho que me importas. Cuando ella apareció me diste la espalda a mí, a nosotros. No sabía qué pensar.

Él agitó la cabeza y se inclinó hacia adelante, secando la lágrima que recorría la mejilla de ella.

—No, Em, yo lo lamento. Dejé que pensaras lo peor de mí. Estaba tratando de protegerte. No quería arrastrarte al desastre que ocasioné — Presionó la espalda contra el sillón, pasándose los dedos por el cabello—. La cagué, Em, de veras. Debería haber pedido el divorcio en el momento en que ella cruzaba la puerta. En vez de eso, permití que esa área de mi vida se me fuera de las manos. Si eso hubiera sido un asunto de negocios, me hubiera protegido a mí mismo. Pero no, lo pospuse una y otra vez. Y ahora mira lo que sucedió. La otra noche ella incluso tuvo la osadía de sugerir que tuviéramos otro bebé, en el mismo aliento en el que habló de la institución para Trevor. Trató de justificar que allí podrían ayudarlo. Fue como si quisiera reemplazarlo. Ojos que no ven, corazón que no siente. He comenzado a prestar mucha atención. Se va de la habitación cuando Trevor está ahí y hace un esfuerzo increíble para no pasar tiempo con él. Tiene este muro de hierro alrededor de su corazón y no quiere dejarlo entrar —Él se acercó y entrecruzó sus dedos con los de Emily—. No es que no sea capaz de amarlo, pero ya me he dado cuenta de lo que es. Está asustada. Ella no es tan fuerte como tú. Se ha bloqueado para protegerse a sí misma.

—¿Y qué vas a hacer entonces? —preguntó Emily, recuperando un poco el aliento.

—He hecho la demanda de divorcio. Si ella quiere luchar por el rancho, pues que así sea. Ha estado en mi familia por dos generaciones, pero esto se trata de Trevor. Lucharé contra ella por él. Ella ya ha me ha amenazado con quitarme a Trevor si intento marcharme, pero mi abogado dice que tengo una buena probabilidad de ganar. Especialmente teniendo en cuenta que ella ya se ha marchado una vez —Dejó escapar un pesado suspiro y entonces miró el reloj en la habitación oscurecida. Ya eran más de las nueve y Trevor se había dormido al lado de Emily.

Él se puso de pie. Ella sabía que se estaba por marchar.

—No te vayas. Trevor puede dormir en la cama de Katy. Por favor —
¿Qué estaba pensando él? La estudió de una manera extraña, y luego enmarcó
las mejillas de ella con las palmas de las manos. Bajó su boca lentamente
hasta la de ella, suavemente al principio, rozando sus labios con un aire ligero
y provocador, y luego algo despertó en él cuando la levantó. No era de
ninguna manera un movimiento sutil; una feroz posesión que le hacía saber
que lo que ella esperaba que sucediera esta noche iba a suceder
definitivamente.

CAPÍTULO 36



BRAD SE APARTÓ; ÉL HACÍA QUE EL CORAZÓN DE ELLA PENDULARA A UN LADO y luego hacia el otro. La suave melodía de una canción de Disney sonaba de fondo. Brad levantó a Trevor del sofá y lo acomodó en la cama de Katy. Emily lo cubrió con la manta rosa y salió al pasillo junto con Brad. La manera en la que él observaba a Trevor le hacía pensar que este hombre sería capaz de mover montañas por su hijo.

Cuando giró en dirección a ella, ella extendió la mano hacia él, pero esta comenzó a temblar cuando empezó a preguntarse si ella era lo que Brad realmente quería. Él debió de haber percibido su duda, ya que se inclinó y le susurró las palabras que ella necesitaba escuchar.

—Todo está bien. Solo somos tu y yo en este momento, Em —Él se agachó y sus labios rozaron los de ella. Su pasión se desató; un beso intenso, profundo... Uno que le decía a una mujer que ella era importante. Él la levantó en sus brazos, interrumpiendo el beso solamente para preguntar—. ¿El dormitorio está por aquí?

—Ajá.

El corazón de ella le latía frenéticamente cuando él la dejó en la cama, presionando su cuerpo contra el de ella, atrapando su boca una vez más con la de él. Era increíble cómo este hombre, y su poder arrollador, podía decirle con un toque, con una caricia, que era deseada. Que era necesitada. Ella lo

ansiaba, y él también parecía estar apurado cuando se apartó, desabotonó la blusa y los jeans de ella y la tuvo desnuda debajo de él. Se sacó la camiseta y los pantalones de un tirón, arrojando todo en una pila al suelo. La luz del pasillo alumbraba la habitación con apenas un dejo de luz, la suficiente como para que Emily tragara saliva ante la imagen de este hombre. Oh, guau, es magnífico. Vestido se veía bien. Pero verlo ahora, en todo su desnudo esplendor, le quitaba la respiración. Tenía una sólida masa de músculos en la amplia expansión de su pecho. Delgadas caderas, no había una panza cervecera en este hombre. Su abdomen esbelto y rígido, la forma y la fuerza de sus muslos, sólidos y artísticamente contruidos. No había ninguna duda, solo anticipación y la consciencia de que este hombre sabía cómo hacerle el amor a una mujer.

Se movía junto con ella. Entrelazó sus piernas con las de él. Él miró profundamente dentro de sus ojos por unos segundos, antes de inclinarse hacia abajo y rendir homenaje a sus pequeños y turgentes pechos. Su lengua tocó y lamió uno de los pezones, luego lo tomó lentamente con toda la boca, mimándola generosamente, mientras seguía prodigándole atenciones al otro, a ella por completo. Su mano vagó hacia abajo, tocando y acariciando. El dulce tormento se iba acumulando mientras ella jadeaba contra él, y de repente un temblor se apoderó de ella.

Echando la cabeza hacia atrás y hacia adelante, no sabía cuánto más soportaría y finalmente le rogó.

—Brad... por favor, ahora.

—Todavía no, tenemos tiempo. Esta noche voy a sentir cómo corcoveas debajo de mí, una y otra vez —Su mano siguió explorando hacia arriba la línea de sus muslos, presionando mientras le abría las piernas. Siguió explorando y provocándola, delineando levemente la suave joya donde se unían las piernas de ella, sintiendo lo húmeda y preparada que estaba ella para él. Ella no pudo quedarse quieta cuando sintió que deslizaba su dedo dentro de ella. Él disfrutaba de la tortura que le infligía mientras ella le

rogaba que la completara.

Emily lo agarró de los hombros. Trató de atraerlo hacia ella, pero él no se movía. En su lugar, la observaba y sostenía la mirada de ella que ardía. Era en partes iguales emocionante y frustrante la forma en la que él jugaba con ella, llevándola al borde de la locura. Ella gimió, incapaz de contenerse más. Él cubrió la boca de ella con la de él en un beso muy poderoso y profundo. La lengua de él imitaba el milenarismo arte del amor. Extendió las piernas de ella, guiándola para que cruzara alrededor de su cintura, pasando las manos suavemente por encima de sus curvas. Agarrándola de las nalgas, la penetró lentamente. Por la manera en la que él la miraba, ella sabía que estaba completamente a su merced. Él tocó sus labios con la punta de su lengua, mirándola a través de sus párpados entrecerrados. Ella se entregó completamente. Una rendición absoluta que la dejó sin aliento, volando y elevándose junto con él en una música que era solo de ellos. Algo resquebrajó la fina pared alrededor de su corazón y ella cerró los ojos, consumida por la danza milenaria que compartían juntos, y se permitió dejarse ir. Cuando volvió a abrir los ojos, él la estaba observando con una sonrisa gatuna, desparramado sobre ella, presionándola contra el colchón. Ella no quería que él se moviera, quería absorber la magnitud de los sentimientos que él había logrado despertar de cada célula, en lo profundo de su interior. Un paraíso que no quería que se acabara. Jamás en su vida había experimentado una pasión tan intensa. Un hombre que sabía lo que quería, entendía lo que ella necesitaba y cómo hacerla perder el control.

Él se inclinó sobre sus codos, mirándola y echando el cabello de ella hacia atrás. Ella vio el fuego que relucía en sus ojos antes de que se apartara de ella, rodara sobre su espalda y se echara el brazo encima de la frente. ¿Se había arrepentido de lo que había hecho? El corazón le dio un vuelco por un momento. Ella se aproximó y le tocó el pecho de la manera más sutil, casi temerosa de que él pudiera huir en cualquier momento.

—¿Estás bien?

Él le acarició la mejilla, y ella besó la palma de él para absorber su tacto. Él hizo un gesto mientras él la atraía hacia sí. La rodeó con sus brazos, las piernas de ella enredadas en las de él. Acariciaba la frente de ella con sus labios y dibujaba círculos en su espalda con los dedos.

Ella podía sentir que algo cambiaba dentro de él, como si estuviera retrocediendo. Ella esperó, descansando su mejilla contra el pecho de él. Se chupó el labio inferior y presionó los dientes en la carne tierna, esperando a que la realidad hablara. A que él dijera las palabras. “Sí, Em, gracias, esto estuvo genial, pero tengo que llevar a Trevor a casa”.

Él se llevó los dedos a la boca. Tomó aire. Bien, ahí viene. Cerró los ojos, apretando los párpados.

—Em, ¿estás tomando la pastilla? Es decir, no usamos condón, lo que fue bastante estúpido —Ella levantó la vista y lo miró directamente a los ojos mientras él le acariciaba de arriba hacia abajo la espalda y las nalgas. Ella pestañeó, tratando de entender lo que había dicho. Él levantó una ceja, esperando una respuesta. Ella pestañeó de vuelta.

—No... nunca hizo falta. No he tenido... bueno, solo digamos que ha pasado más de un año, pero no mi momento del mes. Sé muy bien cuando es... ya sabes... —Esto era realmente vergonzoso, incluso después de lo que acababan de compartir. Ella nunca había pensado en eso.

Los labios de él temblaron ante la recatada forma en la que ella se explicaba. Entonces apretó la cara de ella entre las palmas de sus manos, obligándola a mirarlo a los ojos y frunciendo su ceño hacia arriba.

—Em, vamos, admítelo. No usamos ninguna protección y hay una probabilidad bastante alta de que estés embarazada de mi hijo en este momento —Ella tembló ante la idea de estar embarazada. Guau, hasta ahora nunca había pensado en tener más.

—Dios, cómo me encantaría tener un hijo tuyo —¿De dónde habían salido esas palabras? Se tapó la boca con las manos, deseando nunca haberlas dicho. Era demasiado pronto, podría asustarlo. Pero ya estaba bastante

cansada de ocultar sus sentimientos. No quería retractarse.

Brad no dijo nada, tan solo la observó de una manera extraña y distante. Quería preguntarle si quería tener más hijos, si se quedaría. Quería saber qué era lo que estaba pensando. Pero no dijo nada, y deslizó la pierna de ella sobre la de él, y se acurrucó más cerca. Y por un momento, mientras cerraba los ojos, soñó con una conexión eterna entre ambos.

CAPÍTULO 37



EMILY APOYÓ EL CODO EN LA MESA DE LA COCINA. SORBÍA UNA TAZA DE café, buscando alguna señal o respuesta en el líquido negro y caliente. El reloj de la pared hacía tictac: eran más de las once y Bob había prometido traer a Katy el domingo antes del almuerzo, así que podía llegar en cualquier momento.

Brad se había quedado a dormir. Y había cumplido su palabra. Le había hecho el amor durante toda la noche, despertándola varias veces. Aunque estaba cansada, se sentía con más energía de la que había sentido en años. Había cocinado un gran desayuno para Brad y Trevor. Se habían entretenido con unas cuantas tazas de café. Ninguno quería que esto terminara. Pero él no tenía otra alternativa. Tenía un rancho que administrar. Tenía que irse.

Nunca antes había sentido Emily la intensa seguridad de que estaba con el hombre correcto. La seguridad que pone tu corazón y tu alma a una altura máxima, y que cuando se marcha jurarías que el corazón se te rompe en un millón de pedazos. Emily levantó su dedo anular desnudo y no sintió ni el más mínimo remordimiento, porque con Bob nunca había sentido esta pasión, esta felicidad. Despertar en brazos de Brad mientras la penetraba lentamente, era una pasión mucho más vívida, más potente. Ella hubiera jurado que había muerto e ido al paraíso, o a algún lugar parecido. Incluso la ducha que habían compartido al salir el sol había estado llena de una pasión muy creativa.

Emily enjuagó la taza y caminó hasta la ventana del frente. Suspiró, deseando que Brad regresara. Pero se había ido después de besarla larga y consideradamente, sin promesas o palabras frívolas, nada. Tenía un dragón que vencer, un conflicto que terminar. Después de eso, él volvería para ser todo en su vida.

CAPÍTULO 38



POR PRIMERA VEZ EN LO QUE PARECÍA UNA ETERNIDAD, BRAD SENTÍA QUE SE había quitado un peso agobiante de encima. Ver a Emily desbordarse debajo de él, con su tímida mirada y su suave tacto, era la forma más pura y más simple de amor. Sacudió la cabeza. Cinco años atrás, nunca la hubiera mirado dos veces. Pero ahora mismo quería ponerse de rodillas y agradecer a quienquiera que la había puesto en su camino. Emily era un alma complicada, sabia y poderosa, y Brad sabía que esa belleza de baja estatura, fuerte carácter, y cabello castaño movería cielo y tierra para luchar por lo que creía correcto. Era el opuesto de todas aquellas mujeres superficiales y llamativas hacia las que siempre había gravitado.

Brad dobló hacia la larga entrada de tierra de su propiedad y sintió la pesadez caer sobre él como un costal de patatas. ¿Cómo podía odiar un lugar que amaba tanto?

Tragó saliva mientras recordaba lo imbécil, inexperto y estúpido que era. Había creado este desastre por ser como era. Él amaba la lujuria superficial que tenía con Crystal. Él se veía bien cuando la tenía del brazo y eso era todo lo que siempre había querido, una relación más profunda habría hecho que saliera corriendo. Crystal no podía ser otra persona más que ella misma. Era culpa de él por perseguirla.

Brad se rascó la cabeza y miró a Trevor, mientras recordaba el horror de

Crystal el día que descubrió que estaba embarazada. Brad se había reído y había descartado como simple histeria el hecho de que ella estuviera asustada de ser madre... y se había convencido de que se acostumbraría. Solo cuando él se permitió enfrentarse a la verdad, pudo darse cuenta de que era mucho más que eso; Crystal nunca había querido tener niños porque ella misma era muy niña.

No podía cuidar de alguien que dependiera de ella. No era tan fuerte, o quizás era demasiado egoísta. Reflexionar y aceptar la verdad había sido un trago amargo, él la quería en ese momento. Una relación que funcionaba de un solo lado.

Crystal perseguía lo superficial, gastar dinero, redecorar la casa y disfrutar de un estilo de vida al que ella creía que tenía derecho.

Era hija única y había sido consentida por su madre y su padre, quienes no eran ricos en absoluto, pero que le habían dado todo aquello que deseaba. Nunca había aprendido el valor del dinero, del compromiso, de la moderación y de la responsabilidad. Pero así también, Brad tampoco había escuchado consejo.

Su padre era un buen hombre. Lo había llamado para hablar con él, semanas antes de la boda, recordándole que esta era su decisión y de nadie más, y solo él iba a vivir según esos términos. Que él nunca volvería a decir palabra, pero que esperaba que él lo escuchara ahora. Era divertido jugar con chicas como Crystal. Era frívola y no del tipo de mujer que se casaba, ella nunca se comprometerá con él o con los hijos que quisiera tener. Brad se había enfurecido y había discutido con su padre. Le había dicho que solo estaba celoso de que él hubiera encontrado a una mujer tan deslumbrante. Su padre por poco lo había golpeado. Brad se retorció de dolor ahora, mientras apretaba el volante en su camión. Estaba avergonzado; deseaba que su padre lo hubiera tumbado de un golpe. Se lo merecía. Brad no había vuelto a hablar con su padre, ocasionalmente hablaba con su mamá, pero nunca le contó nada de lo que sucedía.

Al ser el mayor, el rancho pasó a manos de Brad. Su padre y su hermano menor compraron unas cuatro mil hectáreas en la península de Yucatán, esa era su idea de un rancho pequeño.

Él visitó a su madre una vez, con Crystal, justo después de que Trevor naciera. Su padre estaba en ese momento en Panamá, ya fuera porque lo había planeado o por mera coincidencia, Brad no lo sabía con exactitud. Ahora deseaba los consejos de su padre, deseaba hacer las paces y salvar el abismo que se abría más y más a medida que pasaba el tiempo.

Cuando él y Crystal se casaron, él la cuidaba y se ocupaba de todo. Pagaba las cuentas y era generoso a la hora de proveerle dinero y tarjetas de crédito. Ella no tenía concepto del valor y continuamente excedía su límite de crédito.

La primera vez que había hablado con ella había sido franco.

—No soy un pozo sin fondo —Ella había entrado en pánico y se había comportado de una manera que habría hecho pensar a cualquiera que el mundo estaba por acabarse. Estaba pasmado por lo que gastaba solo en ropa. No se le movía un músculo de la cara a la hora de gastar unos cuantos miles de dólares en un conjunto de diseñador. Ir de compras era su pasatiempo favorito, y él siempre había cedido, especialmente después de que ella quedara embarazada.

¿Cuándo fue que se le descubrieron las vendas, entonces?

Luego de tener a Trevor, Brad verdaderamente creía que ella se enamoraría de la criatura a primera vista, tal como le había sucedido a él. Que ella se quedaría en casa y se volvería una buena esposa y una madre devota. Estaba seguro de que el instinto innato de crianza, que existía en todas las mujeres desde el comienzo de los tiempos, surgiría al fin. Él simplemente asumió que era lo natural.

Pero nada salió de acuerdo a lo planeado. Después de dar a luz se había rehusado a cargar al bebé. Él había observado con dolor cómo ella parecía caer en un pozo depresivo, más preocupada por su aspecto y por lo que el

embarazo y el parto le habían hecho a su precioso cuerpo.

Brad inventó excusas para justificar su comportamiento. Era la dura experiencia de parir, estaba cansada... en algún momento lo superaría. Pero las enfermeras no se dejaban engañar. Él había ignorado sus miradas cómplices, sobre todo después de que se opusiera rotundamente a amamantar, luego de que la enfermera la instara a intentar hacer que el bebé se prendiera. La enfermera intentó explicarle la importancia de la leche materna. Ella había contestado a los gritos que no quería terminar con los pechos caídos.

Brad no se preocupó demasiado ya que muchas madres elegían dar el biberón. Realmente no le parecía tan grave.

Pero las cosas se salieron de control cuando llegaron a casa. Ella quería una niñera para Trevor. Brad se había puesto firme y se había rehusado. Perdió los estribos.

—Eres la madre de Trevor y espero que lo cuides —Crystal se puso a gritar como una niña de dos años y llamó a su madre. Por supuesto, antes de que Brad se diera cuenta, su suegra se había mudado a la casa y estaba cuidando al bebé. Betty sufría del corazón. Luego de varias semanas de cuidar al bebé y a Crystal, le salieron ojeras debajo de los ojos. Brad se sentó con ella.

—¿Qué carajos estás haciendo, Betty? —Ella lloró y agachó la cabeza.

—Lo siento tanto, Brad. El papá de Crystal y yo tenemos la culpa. La amábamos tanto, y fue tan difícil para nosotros cuando éramos niños. No queríamos que le faltara nada. No como a nosotros. Lo siento tanto Brad, nunca le enseñamos a ser responsable o a cuidarse por sí misma. Hicimos que todo fuera fácil para ella.

Brad lamentaba horriblemente el dolor de la mujer, pero no se lo hizo nada fácil.

—Ella espera que los demás hagan todo por ella, que tú estés disponible para ella todo el tiempo. Tienes que detenerte. No estás ayudando a solucionar la situación. Ella nunca madurará —Betty se mantuvo impasible.

—Es mi hija y la amo. Y amo a mi nieto. No puedo detenerme —Y no lo hizo, consintió con todo su amor a Trevor hasta que unos cuantos meses después, una noche mientras dormía, tuvo un derrame cerebral y falleció en el hospital unos pocos días después. Eso casi destruyó a Crystal.

Crystal parecía una niña olvidada, refugiándose en Brad sin saber qué hacer. Su padre había fallecido hacía diez años. Brad no perdía la esperanza de que ella finalmente se convirtiera en una madre para Trevor. En vez de eso, lo que sucedió después puso su mundo patas para arriba. Ella hizo las maletas y se escapó de la casa una semana después, dejando a Trevor solo. Mary Haske había llegado para hacer la limpieza justo antes de la hora del almuerzo, y escuchó a un bebé que lloraba desconsoladamente. Brad, tontamente, lo había dejado con Crystal y se había ido camino hacia el campo norte.

Mary había revisado la casa por todas partes, buscando a Crystal. Cuando Brad volvió conduciendo el tractor de vuelta a la hora del almuerzo, se encontró con una Mary alterada, furiosa y muy nerviosa que sostenía Trevor en sus brazos.

Los ojos de Mary estaban húmedos y enrojecidos, y el corazón de Brad le cayó como plomo al estómago cuando escuchó esas palabras devastadoras. Ella había encontrado a Trevor solo, llorando en su cuna sin nadie que lo escuchara. Mary estaba furiosa y exigía saber dónde estaba Crystal. A él se le heló la sangre. Al principio pensó que estaba herida en algún lugar y entró rápidamente a la casa a buscarla. Pero luego sintió que perdía el eje cuando corrió al dormitorio y abrió el ropero, y se encontró con que toda la ropa de ella, su maquillaje, sus joyas, todo había desaparecido. Temblaba físicamente debido a la furia que se había apoderado de él por el simple hecho de que ella hubiera sido capaz de dejar solo a Trevor. ¿Qué hubiera sucedido si Mary no hubiera llegado? Colapsó en el piso justo enfrente de Mary. Luego, cuando terminó de asimilar la situación, atravesó la pared con el puño y quedó con los nudillos ensangrentados. El dolor físico era bienvenido. El otro no. Las

lágrimas le ardieron en el fondo de los ojos cuando sostuvo a su hijo con fuerza, por un tiempo largo, antes de dejarlo al cuidado de Mary Haske.

Brad estuvo toda una semana rastreando a Crystal. Fue a través de las tarjetas de crédito de él que pudo encontrarla en Hawái, en ese episodio de terror que siguió a continuación.

Todavía recordaba la humillación que había sentido cuando se marchó sin ella. Crystal se mantuvo alejada. Las semanas se volvieron meses. Él había mantenido un registro de dónde había estado ella. Solamente llamaba cuando necesitaba dinero, y nunca, ni una sola vez, preguntó por Trevor.

¿Ahora, después de todo este tiempo, volvía a casa para convertirse de repente en la madre de Trevor? Él sabía que no era verdad. Ella apenas podía soportar estar en la misma habitación que él. Y si por casualidad era así, siempre encontraba un motivo para irse. Brad no volvería a ser así de descuidado. Lo había visto en sus ojos, a ella le preocupaba que Brad le pidiera que cuidara a Trevor. No, el jamás volvería a hacer eso. Entonces cayó en la cuenta, era la seguridad que él le ofrecía. Él se había convertido en su red de seguridad. Él hacía todo por ella, le permitía tener todo lo que quería. Incluso había seguido pagándole todos sus gastos durante los más de dos años que había estado fuera. Pero ya no más. Ella había cometido un grave error. Ella había usado a este niño, su precioso niño. Y había obligado a marcharse de esta casa a la única mujer que verdaderamente se preocupaba por él y por su hijo. Emily, que había peleado por el futuro de Trevor y le había ayudado a él a ver qué era lo que realmente necesitaba.

—Hogar dulce hogar, Trevor.

Apenas había sacado a Trevor del camión cuando Crystal salió intempestivamente, ataviada como si estuviera por ir a la ciudad, vistiendo unos jeans negros, una camisa blanca y sin un solo cabello fuera de lugar.

Y por la manera en la que se plantaba con cada paso, Brad sabía que en el mismísimo infierno estaría más a gusto que aquí.

Sostuvo a Trevor y observó a esta patética y codiciosa mujer, y el enojo al

que se aferraba. ¿Cómo podía haber amado, y menos que menos adorado, el piso en el que caminaba? Tenía que haber estado muy equivocado.

—¿Dónde mierda has estado? ¡Te esperé toda la noche! —Ella apretó los puños y se los plantó en la cadera.

Brad puso a Trevor en el suelo. Podía sentir cómo se tensaba a medida que comenzaba a balancearse de lado a lado y de atrás hacia adelante, de un pie al otro. Sus chillidos se estaban volviendo más pronunciados últimamente, a un “iik, iik” y un “click, click” con la lengua.

—Muy bien, Trevor, vamos a cambiarte —Brad se agachó, levantó a Trevor y lo puso sobre sus hombros. Esquivó a Crystal como si fuera una pila de excremento de vaca en el campo.

Ella lo persiguió con sus tacos como uno de esos pequeños y molestos chihuahuas que no saben cuándo callarse.

—Estuviste con ella, ¿verdad? Esa puta —La acusación fue despachada con tanto veneno que Brad tuvo que refrenar las ganas de darse vuelta y pegarle. Trevor se lo recordó tironeándole del cabello. Ella chocó con él en la puerta, prácticamente pisándole el pie. Él se dio vuelta tan rápidamente que casi la volteaba con la fuerza de sus palabras.

—Aléjate de mí de una puta vez, estás asustando a Trevor. Hablaré contigo después de asegurarme de que esté cómodo.

Mujer inteligente, no lo siguió.

Brad depositó a Trevor enfrente del televisor y puso una película de Walt Disney. Cuando se dio vuelta, la vio de pie allí, dentro del umbral de la puerta, golpeteando con impaciencia la punta de su bota de diseñador. Brad se movió a una velocidad que dejó a Crystal boquiabierta. La agarró y la arrastró con él a la cocina, soltándola con tanta fuerza que casi se caía contra la mesa.

Se cruzó de brazos y revisó la cocina, los platos sucios se apilaban en el fregadero y en la mesada. Cliff y Mac obviamente habían venido a comer. Esto se terminaría ahora mismo. Ellos tenían su propia cocina en la casa de

atrás. Hasta que se resolvieran las cosas, tendrían que cocinarse sus propias comidas en su propio lugar.

Llevó la mirada hacia ella, y luego la desestimó al darse la vuelta. Ella se plantó frente a su cara y echó su larga melena rubia por encima del hombro.

—¿Dónde mierda has estado? Exijo respuestas. Como tu esposa tengo derecho... —El rostro de ella empalideció y cerró la boca.

Brad había alzado las manos, que ahora estaban temblando. Apretó los puños al tiempo que se le venía encima. A lo mejor se había dado cuenta de lo cerca que estaba él de estrangularla.

—¿Tienes derecho a qué? —Pronunció las palabras gravemente, con una calma mortal, con un tono tan afilado que ella tuvo que dar otro paso hacia atrás. Tragó saliva y abrió los ojos. Ella debería estar asustada.

Brad caminó lentamente hasta la mesa, arrastró una silla y señaló.

—Siéntate y mantén la voz baja. No dejaré que sigas alterando a Trevor.

Ella se echó el largo cabello por encima del hombro y actuó como si fuera ella la perjudicada. Lo fulminó con la mirada, pero un leve temblor en su labio inferior la delataba. Dudó por un segundo y luego se sentó.

Miró hacia arriba y se ruborizó. Quizás se hubiera dado cuenta de que lo había llevado demasiado lejos. Incluso Brad estaba preocupado de no poder contener al animal salvaje que quería liberarse.

Ella estaba avergonzada. Él cruzó de brazos mientras se le erizaba el cabello de la nuca con la advertencia de no darle la espalda. Ella era astuta y rencorosa y estaba seguro de que se arrepentiría toda la vida si la subestimaba.

—Quiero que te vayas —¿Cómo había hecho para hablar con la voz tan calmada?

Un rubor santurrón invadió el rostro de ella, uno que a él le resultaba indignante. Ella desvió la mirada y se incorporó en su silla, ladeando la cabeza de una manera que por lo general hacía que él se ablandara. Por poco soltaba una carcajada, parpadeando asombrado ante los extremos a los que

era capaz de llegar esta mujer, y al mismo sintiéndose agradecido por esta consciencia recién descubierta de que los trucos de ella ya no tenían efecto sobre él. Era posible que ella se diera cuenta de esto, porque él podría haber jurado que veía las ruedas girar en esa aguda mente suya.

—No, no me iré y no puedes obligarme —Ella estudió sus dedos y jugueteó con el enorme anillo que tenía un diamante cuadrado engarzado, un anillo en el que él había gastado una pequeña fortuna.

—Mi abogado ha presentado los papeles necesarios para el divorcio. En cuanto a Trevor, he solicitado custodia y guarda exclusiva —Se dio cuenta de su error en el momento en que ella saltó de su silla y echó sus garras en la cara de él.

Él se la sacó de encima.

—No me iré y tú no tendrás la custodia de Trevor. Yo soy su madre y ninguna corte me lo quitará —Ella parecía un animal rabioso que no iba a retroceder.

—Trevor te importa un carajo, no pasas tiempo con él. Nunca lo has hecho. Por el amor de Dios Crystal, solo márchate. Seré generoso con el acuerdo. No te faltará nada —Ella movió la cabeza de un lado hacia el otro con un control de acero.

—No, Brad, eres mi esposo y ella no puede tenerte.

Conque no se trataba solamente de dinero. Las piezas del rompecabezas empezaban a encajar. No muestres tus cartas. Ella sabe cosas que no debería saber. ¿Pero cómo? Él caminó de un lado a otro en la cocina, un sudor frío le rodó por la espalda. Cuando volvió a enfrentarla y vio su sonrisa de satisfacción, lo supo. Había un traidor en los alrededores. No sabía quién era, ¿o sí?

—Trevor volverá a comenzar su terapia otra vez apenas puedo hacer los arreglos necesarios ¡y tú no interferirás! —Dio unos cuantos pasos hacia adelante— Mi abogado ya ha preparado los papeles para la custodia y la orden de divorcio. Si continúas luchando conmigo, no tendrás nada. He sido

muy generoso con mi acuerdo y te ofrezco una pensión compensatoria. La oferta que te hago es por esta única vez, así que en tu lugar yo lo pensaría seriamente —Brad tenía que marcharse ahora. Tenía trabajo que hacer, no solamente en el rancho. Tenía que mover cielo y por tierra y descubrir quién era el traidor. Envolvió a Trevor en su abrigo y cruzó la puerta con él.

Puso a Trevor en el camión y condujo hasta donde estaban los hombres trabajando en una cerca caída en el extremo oeste de la propiedad. Sacó el celular del bolsillo y marcó el número que estaba programado en su teléfono.

—Hola —La suave voz musical siempre le había dado esperanza.

—Hola mamá, ¿está papá por ahí? De veras que necesito hablar con él.

CAPÍTULO 39



LA MAÑANA DEL LUNES TRAJÓ LUZ DEL SOL EN EL CÁLIDO AIRE PRIMAVERAL. Ella caminaba hacia el trabajo, y seguía recordando con nostalgia aquella noche con Brad. Debió de haber pegado un salto de un kilómetro de largo cuando su jefe, Jake, apareció caminando enérgicamente detrás de ella.

—Necesito hablar contigo, Emily. ¿Puedes venir a mi oficina? —El tono de su voz era frío.

Solo entonces prestó atención a Suzanne, una de las otras empleadas, que estaba detrás de la caja registradora y desviaba la mirada con incomodidad. Emily siguió a Jake hasta su oficina.

—Cierra la puerta, por favor.

Las manos de ella temblaban y sentía como si hubiera alguien rebotando en su estómago, haciendo saltos de tijera. Comenzó a devanarse los sesos. ¿Había hecho algo malo? Jake se sentó del otro lado del escritorio, con las manos entrecruzadas apretadamente frente a él.

—Voy a tener que dejarte ir.

El piso se derrumbó debajo de sus pies. Si le hubiera dado un puñetazo en la boca del estómago le hubiera dolido menos. Una nebulosa de confusión comenzó a girar alrededor de ella mientras inhalaba profunda y temblorosamente. Quizás no lo había escuchado bien. Fijó la mirada en los ojos cerrados de él, que se ruborizaba visiblemente mientras se echaba hacia

atrás en su silla con incomodidad, y se miraba las manos antes de levantar la vista para encontrarse con la de Emily. Nada de esto tenía sentido, si apenas la semana pasada la había llamado a su oficina y la había elogiado por el gran trabajo que estaba realizando. Hasta le había dado un aumento de dos dólares la hora, ¿qué podría haber sucedido entre ese momento y ahora? Por mucho que quisiera, no podía entender qué era lo que había hecho mal.

—No... no comprendo —Se las arregló para hacer que las palabras salieran de su boca, para preguntar, pero se sentía abatida. El rostro se le enrojeció de dolor y humillación. Jake ahora tenía grandes dificultades para sostenerle la mirada. Cuando finalmente lo hizo, rechinó los dientes para luego mirarla como si apelara a su solidaridad.

—Te daré una gran referencia, pero entiende que estoy atado de pies y manos —Extendió los dedos delante de sí—. Recibí una llamada de parte de una de mis cuentas más grandes y amenazaron con retirarse a menos de que te dejara ir. Era a causa de algún problema que habían tenido contigo en el pasado —El movió la cabeza de un lado hacia otro y levantó el tono defensivo de su voz cuando Emily intentó reclamarle—. Solo soy un pequeño negocio y si ellos se retiran, no resistiré.

Emily se quedó muda, no sabía quién querría hacerle esto a ella. Inclinandose hacia adelante, furiosa por esta injusticia, se resolvió a obtener respuestas a todas sus preguntas.

—¿Quién es esta persona que quiere que me quede sin trabajo? —No se iría a ninguna parte hasta que lo descubriera y lo discutiera personalmente. Tenía que ser un malentendido. Él desvió la mirada y luego cerró los párpados.

—Emily, por favor. No quiero tener problemas y preferiría no decirlo. No quiero que me metan en el medio de esto —Pero la vergüenza de él comenzaba a convertirse en agitación.

—No, maldición, esto no está bien. Exijo saberlo. No, creo que tengo el derecho a saberlo, y si usted no me lo dice, voy a comunicarme con la junta

laboral o con un abogado de ser necesario, y arrastraré su trasero por toda la corte por despido injustificado —Ella sabía que había ido demasiado lejos con eso último, pero no pudo contenerse. Él la estaba perjudicando.

—Está bien, quieres saberlo, te lo diré, fue Brad Friessen y no hay manera de que pueda darme el lujo de hacer enfadar a un sujeto como ese —Poniéndose de pie, Jake se enfureció mientras señalaba en dirección a la puerta—. Ahora, vete —Tiritó de furia, le extendió un cheque y esperó impacientemente a que ella lo tomara. Emily temblaba mientras estiraba la mano para tomar el cheque, respiraba con dificultad e intentaba calmar el zumbido que sentía en los oídos. La implicancia de semejante traición le pesaba muchísimo. ¿Cómo podía él haber hecho algo así? Luchó por mantener la calma mientras caminaba dejando atrás a los clientes, a Suzanne y rezando por que no hubiera nadie que ella conociera. Tuvo dificultades para reprimir las lágrimas mientras volvía a su casa rentada. Durante todo ese tiempo, imágenes de Brad le inundaban la mente. Las preguntas, el dolor. Cómo este hombre había pasado, en menos de cuarenta y ocho horas, de hacerle el amor apasionadamente y sin protección... a esto. No tenía ninguna explicación.

Lo maldijo a él de todas las maneras posibles, y luego maldijo a todos los hombres. Quería odiarlo, pero no se sentía bien después de todo lo que habían compartido. Su confesión, lo que Crystal había hecho. Ese no era un hombre al que no le importaba nada. Uno que después de eso le daría la espalda y trataría de trastornar toda su existencia. No, el Brad que ella conocía jamás podría haber hecho algo tan despreciable. Su mente la estaba enloqueciendo con esa vocecita que jugaba a ser el abogado del diablo. Él había permitido que ella se fuera de su casa, pero ya le había explicado las razones. Y además tenía todos esos problemas con Crystal. Después de todo, él la había dejado quedarse. Pero, entonces, ella era su esposa. Incluso después de que ella desapareciera y abandonara a su hijo, ella no había tenido ningún interés en ser una madre para Trevor. Dejó caer la cabeza en las manos mientras se

encolerizaba, intentando darle sentido a lo que había ocurrido. Estaba comenzando a enloquecer. Él le había confiado las razones por las que Crystal seguía allí. Y, legalmente, sus manos estaban atadas. ¿O él había dicho eso para beneficiarla a ella? Ella quería gritar, estaba tan confundida, nada de esto tenía sentido para ella a medida que subía intempestivamente la vereda hacia la pequeña casa que rentaba. Corrió el cerrojo, entró y cerró la puerta detrás de ella. Arrojó su bolso al sillón de cuero y se sentó, desplomándose al lado de este. La tela color borgoña que cubría el sillón de un cuerpo estaba tan desgastada que se había empezado a deshilar a lo largo de las costuras. Examinó la habitación con la mirada, notó que los juguetes estaban desparramados cerca del cubo verde de plástico. Los crayones y el libro para colorear estaban sobre la mesa de café de madera astillada.

Se echó hacia atrás, sintiéndose destrozada, respirando temblorosamente. No pudo contener las lágrimas y tampoco lo intentó. Era bastante efusiva para llorar, y lo hizo con todo entusiasmo.

—¿Acaso pueden empeorar las cosas? —Sus pensamientos vagaron hacia Katy, y cómo tendrían que arreglárselas de ahora en más. Por supuesto, el pago indemnizatorio de Brad había sido muy generoso, pero Emily necesitaba un trabajo o lo que quedaba de ese dinero se evaporaría en muy poco tiempo.

Respiró profundamente, intentando calmar su hipo y su ataque de llanto. Agarró la caja de Kleenex y se sonó la nariz. De haber hablado con otra persona, esta se habría dado cuenta rápidamente de que ella estaba resfriada o de que había estado llorando. Solo se quedó sentada allí escuchando el tictac del reloj. Entonces supo lo que tenía que hacer. Se movió de manera casi robótica mientras caminaba hacia la puerta y se quedó congelada cuando su mano tocó el picaporte. Retrocedió, caminó hacia la cocina y agarró el teléfono. Antes de permitirse pensar acerca de lo que estaba haciendo, marcó el número. Sonó una sola vez antes de ser atendido por esa voz dulce y

empalagosa. Emily sintió que el estómago se le iba al suelo. Cuelga. La oyó, pero no escuchó lo que decía.

—Necesito hablar con Brad, por favor —Hubo una larga pausa del otro lado de la línea, antes de que Crystal preguntara fríamente.

—¿De parte de quién? —Perra, pensó para sus adentros, ella sabe muy bien de parte de quién.

—Soy Emily. Necesito hablar con Brad por favor, ahora.

—Mi esposo no se encuentra disponible en este momento. Está en el centro retirando nuestros pasajes. Nos estamos preparando para salir de vacaciones juntos. Es una especie de festejo. Le diré que llamaste.

Allí estaba, otro puñal en su espalda. ¿Qué carajos estaba haciendo él? ¿En verdad había dormido con ella toda la noche, con su hijo en la habitación de al lado, para luego irse a su casa a reconciliarse? ¿Vacaciones, es una broma? Miró el teléfono y el corazón le dio un vuelco, no podía creer que él pudiera haberle hecho esto otra vez.

—Podrías decirle que me llame. Es importante —Intentó controlar el temblor de su voz, pero falló miserablemente. Antes de desmoronarse por completo, finalizó la llamada

Dejó caer la cabeza sobre la mesada y cerró los ojos, incapaz de detener el llanto que le crecía en el pecho. Sentía como si de repente una morsa se hubiera cerrado alrededor de su pecho y ella permitió que el dolor escapara. Sus rodillas se vencieron y se hundió en el suelo, soltando todo aquello que había mantenido entero por tanto tiempo. Lloró, rezando para que desapareciera el dolor que se hinchaba en su pecho y que amenazaba con destruirla. No dejaba de maldecirse a sí misma por haber sido tan estúpida como para haberle permitido a este hombre que le hiciera esto, otra vez. Se quedó sentada en el piso y hasta mucho después de que sus lágrimas se secaran se sintió vacía, como si la hubieran arrojado de cabeza a un vacío insensible. Y entonces cayó en la cuenta de cómo se había entregado a él sin reservas, abriéndose por completo a este hombre, a Brad, de una manera en la

que nunca antes había hecho.

CAPÍTULO 40



SU PADRE ERA RODNEY FRIESSEN. ERA UN HOMBRE ESTABLECIDO, TERCO Y muy respetado. El tratar de comunicarse con él y llamarlo era, para Brad, admitir que había estado equivocado. Pero lo estaba. Estaba equivocado. Al final se había tragado su orgullo y había buscado la ayuda que él y Trevor necesitaban. Había sido un trago amargo para él. Su madre había levantado el teléfono en la extensión luego de escuchar al margen durante media hora. A favor de su padre, en ningún momento dijo “te lo dije” o “deberías de haberme hecho caso”. En lugar de ello, lo escuchó sin juzgarlo y luego ofreció su ayuda y una serie de buenos consejos para elaborar un plan viable para resolver esta situación, que consistía en remover a Trevor de este entorno ácido. Había sido muy doloroso decirles a sus padres que Trevor tenía autismo. Su madre lloraba, pero su padre se quedó en silencio. Entonces ambos dijeron que subirían al siguiente avión para volver a Seattle.

Dos días después, Brad fue a buscar a sus padres hasta el hidroavión que él había rentado de Seattle. Ellos no veían a Trevor desde que era un bebé, así que no estaba preparado para su bienvenida.

—Brad, dónde está mi nieto —Su madre, Becky, era bajita, canosa, rolliza y llena de vida. Lo abrazó y luego se agachó hacia Trevor, que se escondía detrás de la pierna de Brad. Le tomó de la mano y le habló. Sacó un paquete envuelto para regalo de su bolso, y él lo tomó. Sus “iiks” y sus

chillidos se acallaron por primera vez, mientras desenvolvía dos autitos Hot Wheels y un audiolibro de Elmo.

—Buenos regalos, mamá —Trevor parecía estar de acuerdo también, mientras se sentaba en el pasto y jugaba con el primer autito que había desenvuelto.

Su padre era un hombre alto, de cabello gris corto y líneas muy marcadas en el rostro. Rondaba detrás de su esposa, vacilante, aún invadido por la incomodidad. No fue sino hasta que Brad extendió la mano que su padre abrió los brazos y lo atrajo hacia sí. Al principio su conversación fue forzada, hasta que su papá lo apartó para hacerle saber que estaban preparados para quedarse el tiempo que fuera necesario.

El plan era que Trevor acompañara a sus abuelos en su retorno a Baja. Se quedaría con ellos hasta que Brad resolviera su batalla con Crystal.

En el viaje de vuelta al rancho, su mamá le habló acerca de una señora que ella había contratado y que tenía experiencia con niños autistas. Desde el momento en que Becky terminara su conversación telefónica con Brad, se la había pasado investigando acerca del autismo, de la terapia que Brad le había comentado y de la mejor manera de ayudar a Trevor. Estuvo pegada a Trevor durante todo el viaje de regreso e insistió en recorrer el rancho antes de ir adentro junto con Trevor.

Cuando Crystal vio llegar a los padres de él casi trastabilla en el porche.

Becky cocinó la cena. La conversación en la mesa fluyó de temas de ganado hacia el contrato para la producción de lácteos, y luego a Trevor. Su padre era magistral, encantador cuando quería serlo, e implacable. Pero fue Becky la que sugirió que Trevor fuera con ellos de visita. Crystal se mostraba renuente, pero el padre de él la arrinconó con su carisma, dejándola sin lugar para maniobrar. Inmediatamente después de la cena, Rodney confeccionó una carta de consentimiento. Brad la firmó primero, y luego se la pasó a Crystal. Él notó su reticencia en el momento en que ella echaba una ojeada a su teléfono. Pero Becky tranquilizó las susceptibilidades heridas y la hizo firmar

antes de que pudiera encontrar una excusa para cambiar de opinión.

Los padres de Brad se marcharon a la mañana siguiente con el consentimiento firmado para la aduana y su nieto, Trevor.

—Llámame apenas puedas resolver la situación. Tu mamá tiene bajo control todo aquello que sea necesario para Trevor. Así que tú solo preocúpate de lo que debes resolver.

—Gracias otra vez, papá. Y lo siento tanto, debería haberte escuchado.

—Lo hecho, hecho está. Pero llámame si necesitas ayuda.

Tener semejante apoyo era como volver a casa, al hogar. Por primera vez, sintió que podía contar con su padre. La pelea con Crystal se intensificó en el momento en que volvió a casa.

—Me acorralaste, tú y tus padres. Jamás debí haber firmado esa carta — Brad salió por la puerta con una sonrisa.



BRAD ESTABA TERMINANDO de comer un sándwich de jamón y queso cuando Crystal entró, dejando caer su abrigo de cuero en la silla y arrojando su bolso sobre la mesa. Le dio un beso en la mejilla.

—Sorpresa —Dejó caer dos boletos en la mesa.

—¿Qué es esto? —Los levantó y abrió la solapa.

—Las Islas Cook. Hice una reservación de diez días para nosotros en un centro turístico en la playa. Solo sol, playa y gente que nos consienta, tú y yo. Recorrió sus largas uñas esmaltadas por su brazo.

—Eres increíble —Él hizo a un lado su plato, arrojó los boletos y se fue.

Estaba decidido a hacer las cosas bien y a hacerle caso al consejo de su abogado de evitar las peleas. Era difícil, especialmente por la manera en que lo provocaba. Volvió a llamar a Keith y le gritó.

—Apúrate a conseguirme esa fecha con la Corte. La quiero fuera de mi casa.

Brad canceló las tarjetas de crédito de Crystal, vació su cuenta corriente conjunta y quitó su titularidad de ella. Ahora era solamente de Crystal. Y dejó claras instrucciones al gerente del banco, ella no tenía acceso a ninguno de sus fondos.

Ella entró intempestivamente a la casa cuando él estaba en su oficina. Le arrojó su bolso a la cabeza, luego un libro, y otros objetos que tenía a su alcance.

—Tú imbécil, estaba en la ciudad comprando un nuevo par de zapatos y mi tarjeta de crédito fue rechazada. ¿Tienes idea de lo vergonzoso que es eso? Intenté con cada una de mis tarjetas y todas fueron rechazadas. Llamaron al gerente y ella tomó mis tarjetas y las cortó a la mitad —Brad echó la cabeza hacia atrás y aulló. Rió tan fuerte que le saltaron las lágrimas.

—Hubiera pagado una fortuna para ver eso, nena.

Por supuesto ella tomó el sujetalibros de jade de Brad. Él lo esquivó por suerte y el mueble de vidrio detrás de él estalló en mil pedazos.

No era sorpresa al día siguiente el abogado de Brad recibiera una furiosa llamada del abogado de ella. Una petición de manutención para su cliente o ellos lo demandarían por daños y perjuicios. Se iba a poner feo.

—Brad, escúchame, ella ya está pidiendo la custodia exclusiva de Trevor. Pero ahora, de acuerdo a su abogado, ella rescindiré esto si acuerdas dejar la demanda de divorcio, restableces sus tarjetas de crédito y le das libre acceso a tu cuenta bancaria.

—Keith, ni en sueños. Ya estoy harto de ella, no le daré absolutamente nada —Brad apretó el teléfono mientras salía del establo.

—Déjame terminar. Se pone peor. De acuerdo a su abogado, Crystal alega crueldad indebida hacia Trevor por medio de este tratamiento de terapia ABA que comenzaste. Parece que ellos pueden rastrear a unos expertos que citarán recientes declaraciones de que esta terapia no solamente deja a los niños como si fueran robots, sino también traumatizados de por vida con devastadores efectos a largo plazo, como un síndrome parecido al que sufren

los veteranos de guerra.

—Voy a entrar ahora mismo a la casa y la echaré a la calle. Trevor está con mis padres. Que pelee contra mí desde otra parte.

Keith gritó tan fuerte que Brad tuvo que alejarse el teléfono del oído.

—Ya te dije antes que calmaras tu temperamento. Vuelve a hacer otro estúpido movimiento como ese y te garantizo que pasarás la noche helándote el trasero en una celda. Y yo te dejaré allí. Ella entonces pondrá una orden de restricción en tu contra a primera hora de la mañana, antes de que salgas de la cárcel. Cambiará las cerraduras de la casa y tendrá el camino despejado para obtener la custodia total de Trevor —Cuando Brad colgó estaba tan en control que podría haber tenido los nervios de acero. Tuvo que palear varias de las casetas de los caballos antes de recobrar la compostura, y luego volvió a llamar a Keith.

—Escucha Keith, mencionaste algo acerca de que algunos expertos dijeron que esta terapia para Trevor causa algo como el síndrome de los veteranos de guerra —Keith suspiró pesadamente.

—Brad, hubo una batalla legal en Canadá hace algunos años. Un grupo de padres llevó al gobierno a juicio para obtener un tratamiento médicamente necesario para sus hijos con autismo. La batalla legal llegó hasta la Corte Suprema de Canadá. En el caso Aunton, la Corte Suprema de Columbia Británica desestimó la información de estos expertos, que es la que Crystal está utilizando, por considerarla sin fundamento; sin embargo, fue publicada de todas maneras. Ha sido demostrado que tu terapia Lovaas ABA es genuina, así que usaremos la teoría de Crystal en su contra. Pero puede ser que el juez se incline hacia el lado de ella debido a su interés como madre desvalida que no quiere la terapia debido a toda la peligrosa desinformación que existe. Escucha, Brad. Voy a hacerte una nueva advertencia porque ella sabe qué botones presionar para hacerte enfurecer. Controla ese temperamento tuyo, sé inteligente, piensa antes de decir nada, y por sobre todas las cosas llámame si no estás seguro —Esa última acotación le había

dibujado una sutil sonrisa en los labios. Keith lo conocía muy bien, a menudo demasiado bien.

—Plan B, contraté un detective privado con el que solía trabajar en Seattle. Te garantizo que escarbará y encontrará todos los oscuros secretos y muertos en el ropero que podamos utilizar contra Crystal —Brad pateó una montaña de estiércol.

—Keith, hay algo que me ha estado molestando. El hecho de que Crystal volviera en el momento en el que lo hizo y que supiera cosas que sucedían en el rancho que no tenía forma de saber. No lo sé, es como si tuviera a alguien adentro que le estuviera dando información.

—Haré que Byrd, mi sujeto en Seattle, se ocupe de ello —Brad se quedó mirando a la casa que amaba con tanto veneno.

—Gracias, Keith —Se guardó el teléfono en el bolsillo y agarró el rastrillo.

—Ya que estoy podría limpiar el resto de estas casetas.



HABÍAN PASADO dos semanas y tres días desde que él tocara por última vez a Emily. Debería haber llamado antes. Aun si no fuera para otra cosa que para decirle lo importante que era para él.

Keith lo llamó y fue a las corridas al centro. Pasaron horas planeando una estrategia. Cuando Brad se fue estaba distraído, pero pudo evitar notar a la mujercita de cabello castaño que se quedó sin aliento, agachó la cabeza e intentó esquivarlo.

—Ey, Em, ¿qué estás haciendo? —Él extendió las manos y la agarró del brazo. Pero ella se soltó de un tirón y cuando levantó la cabeza, el fuego abrasador que le ardía en los ojos lo hizo retroceder— Em, ¿estás bien? Sé que debería de haberte llamado —Whoa, si las chispas que emitía era indicio de algo, era de que estaba más furiosa que un nido de avispones enojados.

—Pues qué gracioso que lo mencionas. Solo respóndeme una pregunta. ¿Acaso te diviertes haciéndome esas bromas de mierda? ¿Cómo pudiste hacerlo, Brad? ¿Qué es lo que te hice?

Él estaba estupefacto por su hostilidad. Los ojos de ella mostraban un dolor mucho más profundo, como si lo odiara. Las entrañas se le retorcieron cuando vio que las lágrimas aparecían en los ojos de ella.

—Mira, Emily, lamento no haberte llamado, no tengo excusas. He pensado en ti casi todos los minutos del día. Simplemente no sabía qué decirte. He estado peleando por mantenerme a flote con todo este asunto del divorcio y la custodia de Trevor. No quería meterte en el medio de todo esto.

Al ver la manera en la que ella lo estaba mirando, Brad se preguntó si ella volvería a dirigirle la palabra de nuevo alguna vez. Luego ella bajó la mirada y movió la cabeza de un lado al otro, caminando alrededor de él para marcharse. Y entonces cambió de opinión, se metió en su espacio, levantó el rostro para encararlo y lo miró con todo el fuego y toda la furia llameándole en los ojos.

—¿Tu divorcio? Qué gracioso, de seguro tienes una extraña manera de demostrarlo, por lo que he oído. ¿Han estado buenas tus vacaciones, Brad? — Esta vez cuando retrocedió lo hizo para marcharse. Instintivamente el tomarla del brazo.

—Whoa, un segundo. ¿De qué rayos estás hablando? ¿Qué vacaciones? —Ella puso los ojos en blanco.

—No más juegos, Brad. Realmente pensé que eras diferente, que eras una persona con valores e integridad. Lo que más me duele es que fueras capaz de hacerme algo así. Sabes lo mucho que me ha costado, y no ha sido fácil encontrar otro trabajo.

Pues bien, ahora sí lo estaba confundiendo, y una sensación pegajosa y nauseabunda comenzó a expandirse dentro de él como una pelota que estaba siendo inflada con aire. Unos cuantos curiosos se amontonaron alrededor. Estaban levantando mucho la voz. Brad la tomó del brazo y la llevó consigo

hasta su camión, que estaba estacionado a unos tres metros de distancia.
Abrió la puerta de un tirón.

—Entra, ahora.

CAPÍTULO 41



ELLA NO PODÍA CREER SU PREPOTENCIA. QUÉ BRAVUCÓN. ELLA DEBERÍA DE gritar y pedir ayuda. Cuando levantó la vista, no estaba preparada para su rutina de cavernícola, sólida como la roca. Él estaba por levantarla y echarla adentro. Así que se soltó con violencia, lo miró con furia y retrocedió.

—No.

—Entra ahora o te juro que te meteré con mis propias manos y le daremos a estas personas un verdadero espectáculo. No sé qué demonios está sucediendo, pero vas a decírmelo. ¡Pero no aquí! —Unas cuantas personas se detuvieron enfrente del camión. Una anciana se acercó rengueando con un bastón.

—Brad, querido, quizás deberías dejar ir a la señorita.

Emily intentó marcharse, pero él deslizó su brazo alrededor de la cintura de ella y la atrajo hacia sí.

—No puedo hacer eso, verás, ella acaba de recibir una noticia bastante perturbadora y no ha estado actuando racionalmente, así que necesito estar seguro de que llegue a casa antes de que haga o diga algo que no se pueda deshacer.

—Oh, ya veo — La señora de cabello blanco saludó mientras se marchaba lentamente.

Emily se quedó boquiabierta, quería gritarle a la mujer. Decirle que era

Brad el mentiroso, el embustero, el diablo en persona. Pero entrecerró los ojos y se subió, pegándole en la mano al ver que él le tocaba el brazo. La puerta se cerró de golpe apenas terminó de subirse.

Él caminó dando la vuelta hacia el asiento del conductor, la abrió de un tirón y se subió. Cerró dando un portazo, encendió el motor y puso la reversa antes de salir del estacionamiento. No dijo palabra mientras conducía directamente a la casa de ella, estacionó en el frente y apagó el motor.

—¿Katy está en casa? —No había amabilidad en su voz.

—No —Ella mantuvo el tono de su voz distante, sin deseos de demostrar nada. Vino hacia su lado y abrió la puerta de un tirón. Brad la sacó del camión, sosteniéndola del brazo, y cerró la puerta con fuerza detrás de ella.

—Vamos.

La llevó a través de la vereda, los peldaños de concreto y la puerta del frente. Ella abrió el cerrojo, él abrió la puerta y la cerró detrás de ellos. Emily dejó caer su bolso en el sofá y siguió de largo hacia la cocina. Miró por encima del hombro. Él la acechaba por detrás como un animal salvaje. Necesitaba mantener las manos ocupadas así que enchufó la pava. Cuando se dio la vuelta, él estaba justo ahí. Así que se dio la vuelta y buscó una taza en la alacena y agarró la caja de té.

—Deja de hacer eso, Em. Date la vuelta y mírame.

Oh, bien. Él estaba tan enojado como ella. Quizás así fuera mejor. Poner las cartas sobre la mesa, hacer que la mirara a los ojos mientras le explicaba la razón por la que había hecho que la despidieran. ¿Qué excusa pondría acerca de estas vacaciones? No podía esperar.

—Bien, Brad, ¿cómo pudiste pedirle a Jake que me despidiera? Todavía no he encontrado otro trabajo. Me presento, pero nadie quiere contratarme — Fue difícil para ella controlar las lágrimas y toda la humillación acumulada durante las últimas semanas. Ella sabía que no era paranoia; ¿había él estado llamando por ahí pidiéndole a la gente que no la contrataran? Ya no podía evitar que la vista se le nublara cuando derramó la primera lágrima. No podía

ver mucho, pero se echó hacia atrás y se tapó la boca apenas vio que Brad la miraba con horror y confusión. La tomó del brazo, pero esta vez lleno de amabilidad y preocupación, y la guió hacia la mesa.

—Siéntate, Em. Por favor —Una silla se deslizó hacia afuera. Brad se sentó tan cerca que las piernas de él estaban abiertas, rodeando las de ella—. ¿De qué rayos estás hablando? ¿Cuándo te despidieron y por qué?

—Me despidieron hace dos semanas, justo después de que estuvieras aquí. Jake me dijo que habías sido tú el que le había dicho que se librara de mí. Incluso amenazaste con retirar tu cuenta si no lo hacía —El rostro de ella ardía al revivir esa reunión vergonzosa y hostil. Emily saltó cuando el puño de Brad se estrelló contra la mesa, y fue seguido por una serie de explícitos e infames insultos, bastante descriptivos. Ella lo había escuchado maldecir anteriormente, pero no con esta cantidad de veneno. Él debió de haber visto la forma en la que ella había retrocedido, porque se detuvo y tomó la mano de ella entre las suyas.

—Em, nunca le dije a Jake que te despidiera. Nunca haría una cosa como esa. No a ti. ¿Por qué no me llamaste? —Esta vez la bilis se cerró en un círculo alrededor de su estómago, mareándola. Se tocó la frente y cerró los ojos por un segundo.

—Brad, sí te llamé. Crystal atendió y dejé un mensaje para que me llamas —Dejó caer la mano en su regazo—. Fue entonces que me dijo que ustedes se estaban preparando para irse juntos de vacaciones.

Brad se puso de pie de un salto. Su silla cayó al suelo y él se paseó de un lado al otro de la pequeña cocina como un animal encerrado, de aquí para allá, apretando los puños, pasándose los dedos por el cabello. Entrecerró los ojos al acercarse a ella. La miró fijamente por un minuto, y luego se inclinó más cerca, quizás para ver si ella estaba diciendo la verdad.

—Esa perra nunca me dio ningún mensaje. No me fui de vacaciones con ella, ni lo haría tampoco. Y nunca hice que te despidieran —Era increíble lo bajo y tranquilo, controlado, que se volvía su tono de voz cuando estaba

enojado, tanto que Emily tenía miedo de que lastimara a alguien—. ¿Por qué no me llamaste al móvil, Em?

¿Por qué no lo había llamado al móvil? Debería haberlo hecho, pero luego de esperar en vano el llamado de él, segura de que se había burlado de ella, no tenía deseos de hablar con él.

—Pensé que te habías burlado de mí y no tenía ganas de hablar contigo —Brad levantó la silla que había volteado. Se volvió a sentar, suspirando mientras se frotaba el rostro con las manos.

—Em, escúchame. No sé qué diablos está sucediendo, pero estoy empezando a creer que Crystal ha metido sus sucias manos aquí. Tiene su nombre escrito por todas partes —Él le acarició la cabeza.

—Voy a resolver las cosas con Jake. Volveré, y, solo para que lo sepas, te quiero a ti, Em. Tan pronto solucione toda esta mierda con Crystal, volveré por ti. Mientras tanto, no te preocupes por encontrar otro trabajo.

Ella no supo qué responder. Quería hacer que se detuviera esta montaña rusa en la que se encontraba desde el momento en que lo conociera. Pero también le preocupaba lo que pudiera hacer.

—Brad, espera. Si Crystal fue la responsable, debes manejar esto con inteligencia. No te vayas de aquí enojado. Por favor, piénsalo —Él caminó hacia el espacio de ella, los brazos de él la rodearon, protectores y seguros. Su voz era ronca.

—No te preocupes, Em. Me controlaré —Le besó la cabeza y le acarició el cabello hacia atrás con las manos. Ella se obligó a subir las manos y las plantó en el pecho de él. Empujó y se soltó de sus brazos.

—Ya no puedo seguir con esta montaña rusa de emociones. Te irás de aquí, no te veré por días. Semanas. Y tú esperas que me quede aquí sentada y que te espere como una niña buena. Ya no puedo, no quiero hacerlo. No me importa lo que Crystal haya hecho, me lastimaste igualmente. Podrías haberme llamado. Me hiciste el amor toda la noche. Y cuando no supe de ti, fue como si dijeras que no te importaba, que solo era otro de tus trofeos. Yo

no soy así. A mí me importas mucho y me lastimaste. Así que cuando cruces esa puerta para arreglar lo que sea que necesites arreglar, y pienses que yo te estaré esperando hasta que estés listo para mí, piénsatelo de nuevo. No voy a hacerlo —Ella no lo miró. No dejó que él la tocara cuando lo esquivó de camino al fregadero. Le dio la espalda. Ella esperó, aunque no sabía qué era lo que esperaba. Pero su corazón no toleraba más sufrimiento. Aparentemente él no había terminado, en vez de irse se acercó a ella por detrás. Le tocó la espalda, deslizó el brazo alrededor de su cintura.

—No voy a dejarte ir. Y tienes razón. Fue mi culpa. Volveré. ¿Estarás aquí todavía?

—Ve a ocuparte de lo que necesites hacer —Ella le palmeó la mano.

Él retrocedió. Sus fuertes pisadas no se detuvieron ni por un segundo en su camino hacia la puerta. Y Emily no se movió en ningún momento al escuchar el camión de él, el motor que ronroneaba y la grava que crujía mientras él se alejaba.

La pava silbó, solo que Emily ya no necesitaba distraerse. Tiró del enchufe y se sentó, sintiéndose una mujer que había envejecido treinta años de la noche a la mañana. Sentía náuseas por este sube y baja de culpa e inocencia, y por la consciencia de que ella había sido arrojada en el medio de un campo de juego sin reglas a seguir, el ganador se lo lleva todo.

CAPÍTULO 42



BRAD IRRUMPIÓ EN LA TIENDA DE JAKE, ERA UN HOMBRE QUE OSCILABA EN EL borde de la cordura.

—Ve a tu oficina ahora —Jake estaba conversando con un cliente y se sonrojó ante estas marcadas prepotencia y falta de respeto.

—Jackie, puedes venir aquí, por favor. Lo siento, George —Manejó muy bien la situación mientras seguía a Brad a su propia oficina. Brad cerró la puerta de un portazo apenas él cruzó el umbral. El pequeño hombre se apuró a ir tras su escritorio y levantó el brazo como si creyera que Brad fuera a golpearlo.

—Despediste a Emily —Su voz rugió de una manera calma y amenazadora. El rostro de Jake estaba rojo como una remolacha.

—Tú me dijiste que la despidiera. Amenazaste con retirar tu cuenta si no lo hacía. Y ya sabes que perderte como cliente, perder solamente las ventas por el pienso de los animales me haría mucho daño. No quería dejarla ir, ella me agradaba —Brad estrelló el costado de su puño contra la puerta.

—Qué montaña de porquería. Nunca te dije que la despidieras.

—Brad, no me gustan las bromas, ¿sí? Soy una persona directa. Pero ese sujeto que trabaja para ti, Cliff, dijo que eran órdenes tuyas. Y fuiste tú el que me dijo, hace mucho tiempo, que él habla por ti. Y él dijo que me deshiciera de Emily o te perdería como cliente. ¿Así que qué se suponía que debía de

hacer yo entonces? Siempre le diste rienda suelta a ese tipo.

Brad podía sentir el dolor en la mandíbula de tanto apretar los dientes. No podía ser Cliff, confiaba en él. Cliff había estado con él durante los últimos diez años, era como de la familia.

—¿Pues adivina qué? Esa fue mi reacción también —Jake señaló el rostro de Brad—. Así que llamé al rancho para hablar contigo, porque pensé que de seguro a alguien se le cruzaron los cables. ¿Y adivina qué? Tu esposa, Crystal, atendió y estaba más enojada que una abeja atascada en el sombrero de una vieja. Ella dijo que estabas esperando a que yo llamara y confirmara, y que cómo iba a cuestionar a Cliff, que lleva años encargándose de tus cosas. Lisa y llanamente dijo que exigías que la despidiera. Incluso llegó a decir que ella había tratado de convencerte de que no lo hicieras pero que después de todo “ya conoces su temperamento”. Que una vez que se te mete una idea en la cabeza, es más fácil negociar y razonar con un animal salvaje. Dijo que habías descubierto a Emily robándote dinero de la cartera que habías dejado en tu dormitorio. También dijo que habías revisado su habitación y que habías descubierto joyas de Crystal, y que la única razón por la que no habías presentado cargos en su contra era por su hija. Y estas son palabras de tu esposa, no mías. “Te niegas a hacer negocios con alguien que tiene de empleada a una ladrona, una ladrona que te robó a ti” —Jake hizo una pausa antes de continuar—. ¿Sabes qué fue lo que me convenció? —Brad se apoyó contra la puerta y toda esa furia fuera de control se convirtió en cautela— Ella dijo que lo mejor era evitar que te enfadaras más. Que el solo escuchar el nombre de Emily te haría cruzar el límite. Tienes que admitir, Brad, que te conozco desde hace muchos años y que me agradas, pero a veces actúas por impulso. Y que cuando apartas a alguien de tu vida eres cruel.

Que alguien sostuviera un espejo enfrente de él y reflejara todos sus defectos y todas las estupideces que había hecho en su vida era peor que le arrojaran un cubo de agua helada en la cabeza.

—Lo siento tanto, Jake. No te traté nada bien cuando entré. Pensé que

habías jodido a Emily, y no iba a permitir que trataras de esa manera a una persona que es importante para mí —Jake se cruzó de brazos, sintiéndose parcialmente aliviado y de alguna manera indignado.

—Brad, eres temperamental, y nadie que tenga dos dedos de frente quiere estar cerca tuyo cuando algo te provoca.

—Jake, no voy por ahí buscando pelea. Pero si una toca a mi puerta, le haré frente y de seguro la ganaré —Jake no se movió.

—Esta no es mi pelea Brad, así que ¿por qué está tocando a mi puerta? — Esa era una buena pregunta.

—Crystal mintió, Jake. Emily no es una ladrona, devuélvele su trabajo, hoy.

—¡No puedo! Ya contraté a Jackie. Qué tan justo es dejarla ir a ella todo por tu... —se detuvo y su rostro se volvió de un color rosa profundo— Mierda, Brad, ¿qué demonios está pasando? No puedes joder las vidas de la gente de esta manera. Esos son tu hombre y tu mujer, son asunto tuyo. Ocupate de ello y mantenlo fuera de mis asuntos —Jake bajó la mirada y hurgó los papeles en su escritorio.

—Mira, estás en lo cierto hasta cierto punto, pero aun así debiste hablar conmigo —Se quedó mirando al hombre al tiempo que este se indignaba y espetaba a Brad en defensa propia.

—¿Pues cómo carajo iba a saberlo? Ella es tu esposa —Brad hizo una mueca y agitó la mano en el aire.

—Jake, aclaremos una cosa, ese es un simple tecnicismo que será rectificado en breve. Y solo para que no haya más malentendidos, a partir de ahora, a menos que lo escuches de mis propios labios, no sucedió.

Brad abrió la puerta de un tirón y salió sin prestar atención a los ojos fulminantes que lo seguían. Apretó su móvil contra su oreja al salir de la tienda y se apuró a subir a su camión.

—Ha sucedido algo, ¿tienes tiempo para verme, Keith?

—Seguro, si vienes ya mismo; mi próxima cita es en una hora —Brad

estuvo allí a los diez minutos. La secretaria de Keith ya había terminado su turno, así que entró directamente. Keith no levantó la vista en ningún momento.

—Dos veces en un día, ¿qué pasó?

Él se dio cuenta de que a Keith le hacía falta un corte de cabello. Sus rizos gruesos y oscuros le habían crecido más allá de las orejas y llegaban al marco de sus anteojos. Puso a Keith al tanto de lo que había ocurrido, y del sorprendente rol que había tenido Cliff en todo el asunto.

—Esta podría ser la fuga de información; llamaré a Byrd y haré que desentierre todo lo que pueda sobre Cliff. Lo sabremos pronto. Sé que sueño como un disco rayado, pero voy a recordarte, una vez más, que controles tu temperamento explosivo. Y cuando hables con Cliff, porque sé que lo harás, hazlo con algo de tacto y control. Si te las arreglas para ponerlo de nuestro lado, quizás podamos descubrir qué es lo que trama Crystal. Tenemos el rastro de los lugares en los que ha estado durante los últimos años. Debo preguntarte lo siguiente, Brad: ¿Qué tanto quieres saber personalmente acerca de las personas con las que ha estado ella?

—Necesitas un corte de cabello y no me ocultes nada —Keith se encogió de hombros y dejó caer su lapicera, riendo entre dientes.

—Pues bien, entonces. Ella ha tenido novios, o amantes, de la forma en que quieras verlo; tenemos nombres, declaraciones. Usaremos todo esto en su contra.

—Mis condolencias a todos esos tipos —ofreció Brad. Keith movió la cabeza de un lado a otro.

—Me alegra ver que no te afecta. Lo que me preocupa ahora es este reciente suceso con Emily. Estoy bastante seguro de que este no es un incidente aislado. Hay más, y necesitamos todo lo que tengamos a mano para demostrar que Crystal no es apta. Y enfrentémoslo, un juez rara vez considera un amorío, cuando estás separado, a menos que podamos probar que los novios podrían haber representado un peligro para Trevor. Entonces

solo se demuestra mal criterio por parte de ella y los jueces suelen ser tolerantes con los padres. No somos perfectos.

Keith dejó que Brad meditara esto por un minuto. Luego el abogado buscó su teléfono y marcó un teléfono. —¿Qué estás haciendo? —preguntó Brad.

—Sigo una corazonada. Déjame darme el gusto —Keith le guiñó un ojo, echó la espalda contra la silla, y su fuerte voz resonó—. Hey, Fred, ¿cómo está tu esposa? ¿Qué tal ese partido de golf el sábado? Sí, sí, lo sé. ¿Revancha? —Brad esperó y escuchó no una, sino tres conversaciones parciales. Tres negocios diferentes de la región; aparentemente la fábrica de rumores a lo largo del pueblo había sido alimentada por algunos comentarios que Crystal había hecho al pasar. Casualmente había mencionado en la florería que Emily había sido despedida por Jake luego de que este la encontrara robando dinero de la caja registradora. En la ferretería Crystal dijo que Emily había intentado seducir a Brad mientras Crystal estaba en la planta baja cuidando a Trevor. Se había echado encima de Brad y luego había hurgado vengativamente entre las joyas de Crystal para echar mano al anillo de esmeraldas de la abuela de Crystal y a los aretes con incrustación de diamantes que Brad le había obsequiado a Crystal para su aniversario. Aparentemente, Brad la echó por su comportamiento inmoral, pero estaba demasiado avergonzado como para presentar cargos. En la oficina de correos, el centro de chismes de la comunidad, Crystal reportó que Emily estaba a la caza de un hombre que la mantuviera para mudarse a su casa, y que su único interés era el dinero. Había intentado hacerlo con Brad, pero Crystal y él se habían reconciliado. Ahora Emily era una mujer despechada que andaba inviendo historias acerca de Crystal y Brad. Y Crystal había descubierto a Emily revisando los documentos personales de Brad, los archivos comerciales y los estados de cuenta del banco cuando debía de estar cuidando a Trevor, a quien frecuentemente dejaba solo. No era confiable. Era una manipuladora.

Keith descansó la mejilla en la palma de su mano cuando finalmente colgó el teléfono.

—Bueno, Emily tiene un potencial gran caso por calumnia y difamación. ¿Pero dónde comienza uno a reparar el daño malicioso que alguien le ha hecho a su nombre? Lo usaremos en nuestra causa contra Crystal, pero Brad, hay algo que necesitas saber. Llevo muchos años en esto. He visto gran cantidad de gente muy mala, mentirosa, contadoras de historias y manipuladora. Este tipo de daño intencional al nombre de una persona nunca se va del todo. Desearía que la gente prestara atención a los motivos que pudiera tener una persona para destrozar el buen nombre de otra persona. Pero la gente vive para el chisme y le echa leña. Vive para el drama y al demonio lo que pueda ocasionarle a esa pobre persona.

—Keith, haz lo que sea necesario y hunde a Crystal. Emily no se merece esto. Y no quiero que lo sepa.

CAPÍTULO 43



DOS HORAS DESPUÉS, EMILY OYÓ QUE EL CAMIÓN DE ÉL ESTACIONABA enfrente de su casa, pero aún así no podía creerlo. Él había vuelto. Se quedó parada en la ventana sin poder moverse.

Brad debió de haberla visto. Él dudó por un momento y luego corrió a su puerta. No golpeó, sino que entró y cerró la puerta detrás de sí.

No titubeó, fue directamente hacia ella, la levantó en sus brazos como si no pesara más que una pluma y la llevó al sofá, y la sentó sobre su falda.

—¿Qué sucedió? —Se veía tan oscuro y pensativo que ella percibió que había una gran montaña de porquería de la que no quería enterarse.

—Crystal hizo que te despidieran.

—Bueno, caí en la cuenta de eso yo sola. ¿Y qué es lo que quiere conmigo? ¿Por qué yo? ¿Qué le hice? —Pronunció las palabras con furia, pero ella ya lo sabía. Brad. Siempre se había tratado de Brad.

—Yo me encargaré de esto, no te preocupes. Me aseguraré de que no haga esto de vuelta —Emily gritó y trató de soltarse. Pero él no quería dejarla ir.

—No puedes hacerme esa promesa. Sería más fácil intentar controlar la dirección del viento que lo que ella hace —Él la observó de una manera que ella podría haber jurado dejaba entrever los engranajes girando en su mente.

—Me aseguraré de que estés cuidada y protegida ante cualquier ataque no

provocado. Te pido que confíes en mí —Él no la dejó responder, la atrajo hacia sí y tomó lo que él supuso le pertenecía. Era tan propio de él pensar que el sol, la luna y las estrellas giraban a su alrededor. Emily quería golpearlo, lastimarlo, pero su beso profundo y posesivo derritió el amargo dolor que estaba causando estragos en su buen juicio. Ella se hundió en un beso que susurraba promesas silenciosas de un futuro, y el hecho de que era suya... y entonces la maldita pava chilló. Ella se alejó y saltó del regazo de él. Tenía que dejar de enchufarla, o quizás debería estarle agradecida, ya que usó esos segundos de libertad para recobrar la compostura. Quizás él supiera que eso era lo que ella estaba haciendo, porque apareció justo detrás de ella, su deseo, su mano sobre la de ella cuando desconectó el enchufe del tomacorriente. Su sangre bombeó con más fuerza dentro de su cuerpo. Su corazón latía más fuerte, como si se tratara de nativos que tocaban sus tambores sagrados. La mano de él se presionaba contra la espalda de ella, bajando lentamente por encima de su curvilíneo trasero que estaba envuelto en sus jeans favoritos, los que le quedaban a la cadera. Sus manos la recorrieron suavemente primero, y luego de manera posesiva y minuciosa. Ella bajó la vista al fregadero, él se apretó contra ella y deslizó el brazo alrededor de su cintura. Ella podía sentir lo mucho que él la deseaba presionó las nalgas contra él al tiempo que él agarraba mechones de su cabello grueso, que caía en suaves ondas sobre su espalda. Lo levantó y tocó con los labios su nuca, sus hombros y siguió camino abajo.

La mano de él se deslizó por debajo de la camiseta de ella y recorrió su vientre y su pecho, delineando sus curvas, un poco brusco al principio y suave después, pero siempre meticulosamente. Cubrió sus pechos y la presionó contra él como lo hacía un hombre con cualquiera de sus posesiones. Emily echó la cabeza hacia atrás, sobre el hombro de él, respirando con dificultad. Gimió cuando él le desabrochó el sostén y comenzó a darle la atención que se merecía. Las manos de él se movieron a mayor velocidad al encontrar cada punto sensible, los pantalones de ella se

aflojaron. Se sintió increíblemente erótica al apretarse contra él, para luego sacarse los pantalones deslizándolos por sus rodillas y rodeando con ellos sus tobillos. Su fortaleza flaqueó cuando sintió que él separaba los muslos de ella con su mano. La respiración de Emily se detuvo cuando escuchó el tintineo de la hebilla del cinturón de él, la cremallera de su pantalón.

—Agárrate de la mesada. Se deslizó dentro, moviendo las caderas de ella y sosteniéndola como si se hubieran apareado mil veces. Dejó escapar un agudo gemido. Era escandalosamente indecente, mirar a través de una ventana abierta mientras su hombre cubría la mano de ella con la suya, entrelazando sus dedos con los de ella y se movía adentro suyo. Ella temblaba contra él mientras él descubría un nuevo lugar donde complacerla. No había nada amable en esto, el placer se cruzaba con el placer mientras ella se apretaba alrededor de él. Echó la cabeza contra él y sus párpados aletearon, gimió, pero él siguió, sin detenerse. Entonces hundió el rostro contra el cuello de ella, dando un grito primigenio y se dejó llevar.

CAPÍTULO 44



LAS PIERNAS DE ELLA TEMBLABAN. IBA A NECESITAR UN RATO, UNA HORA quizás, antes de poder volver a moverse. Él estaba todavía adentro de ella, y ella estaba momentáneamente en shock por la forma en la que la había poseído. Si el brazo de él no hubiera estado sosteniéndola, Emily se hubiera caído al piso. Acarició con la nariz el cuello de ella, su cabello.

—Me encanta el olor de tu cabello —Emitió un gruñido bajo que provenía de lo más hondo de su garganta, y la hizo dar vuelta.

No le importó demasiado, la forma petulante en la que curvaba los labios al tomar un mechón de su cabello y enroscarlo alrededor de su dedo, antes de hundirse en un beso que iba a ser supuestamente rápido y ligero. Pero se hundió en él.

Cuando retrocedió un centímetro y luego otro, sus ojos eran una fina ranura por la que se asomaba una chispa de color whisky detrás de unas pestañas largas y oscuras que ningún hombre tenía derecho a tener. Dios, cómo amaba a este hombre. Las palabras se le quedaron atascadas en algún lugar entre el corazón y la cabeza. Debió de haberse quedado rígida en el momento en el que él le acarició la mejilla con el dedo.

—Deja de pensar tanto, Em —La alzó, con los brazos de ella alrededor de su cuello.

—¿Qué hay de tus prioridades, la cosas de las que tienes que resolver?

—Me estoy ocupando de ellas ahora —No se detuvo, continuó con lo que estaba haciendo y la recostó en la cama. La mente se le estaba nublando. Ella volvió a echar sus brazos alrededor de su cuello y dijo:

—¿Y qué hay del rancho, los animales?

—Tú estás primero, ellos vienen después.

Y en verdad vinieron mucho tiempo después. Brad llevó a Emily en el camión a buscar a Katy a la casa de la niñera. No las dejó en casa para luego marcharse. Se quedó, jugó con Katy, bromeó con Emily y antes de irse la besó con cuidado y propiedad, de la manera en que una mujer debe ser besada.

Que comience el juego. Solo que esta vez, Brad tenía el reglamento. El sol se había puesto cuando Brad estacionó enfrente de su casa. No se movió, sino que se quedó jugueteando con las llaves mientras miraba su casa, la casa de su familia, imaginándose a la víbora que estaba esperando detrás de la puerta. Entendió el dolor de Emily, su pena. Ella no había pedido que nada de esto sucediera. Estuvo cerca de perderla, todavía lo estaba.

Se deslizó fuera de su camión, cerró la puerta y se detuvo en el peldaño de más abajo. Un hombre con un propósito, decidió ir hacia el establo, donde estaba Cliff de cuclillas con unos aperos que necesitaban algunos arreglos.

CAPÍTULO 45



—HEY, JEFE. CRYSTAL ANDABA POR AHÍ BUSCÁNDOLO.

Brad puso todo su ser en cada paso que daba. Quizás fuera la furia en su rostro lo que hizo que Cliff tragara saliva y retrocediera. Brad apretó los puños mientras lo dominaba la ira. No quería otra cosa que darle una paliza a este hombre. Pero en vez de eso, miró a lo lejos e inhaló profundo primero una vez y luego otra.

—¿Qué carajos crees que estabas haciendo al decirle a Jake que despidiera a Emily? —Cliff empalideció. Se balanceó, pasando el peso de un pie al otro.

—No quise hacerlo, jefe, pero Crystal me dijo que tú la querías despedir. Ella dijo que tú habías pedido que fuera hasta allí y le diera el mensaje. Me sentí mal porque Emily me agrada, pero ella dijo que era mejor hacerlo en persona y que tú esperabas que me ocupara de eso en tu lugar.

—¿Estás bromeando? Por todos los cielos, Cliff, creo que es la cosa más estúpida que jamás he escuchado salir de tu boca. Inténtalo otra vez. Porque por algún motivo no puedo creer que hayas pensado que yo podría pedirle a Crystal que te diera un mensaje así. Y por qué no tuviste las pelotas para venir a mí y averiguar qué carajos estaba sucediendo —Brad sabía que Cliff era más inteligente que esto. Las vibraciones que él emitía le erizaban los pelos de la nuca. Estas eran verdades a medias y él odiaba esas estupideces

—. Antes de que saque tu triste trasero lejos de este rancho, quiero saber una cosa. ¿Has estado contándole a Crystal de lo que ha estado ocurriendo aquí en el rancho? —Las mejillas de Cliff de repente se tornaron de un lindo matiz rosado. ¡Culpable! Brad soltó un sólido derechazo que se alineó con el labio y la mandíbula de Cliff, y lo derribó.

Cliff se limpió la sangre que le brotaba de la boca y luego se tocó el diente que le habían aflojado recién.

Brad se agachó y agarró a Cliff de la chaqueta, levantándolo del piso de golpe y arrastrándolo fuera del establo, para luego empujarlo en dirección a la casa del personal en la parte de atrás.

—Tienes veinticuatro horas para empacar y abandonar mi propiedad o juro por Dios que te mataré con mis propias manos y me aseguraré de que nunca encuentren tu cuerpo.

Brad se obligó a quedarse donde estaba mientras Cliff iba a los dando tumbos en dirección a la pequeña casa de marco blanco que compartía con Mac.

CAPÍTULO 46



BRAD ALIMENTÓ AL GANADO. ESTE ERA EL TRABAJO DE CLIFF, redistribuiría la carga de tareas ni bien encontrara a alguien que reemplazara a Cliff.

Las nubes estaban densas esta noche, no se filtraba ni un solo rayo de luz. Hacía años que sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad. Reviso las puertas y portones, y se aseguró de que todo estuviera cerrado y en su lugar. La luz del frente iluminó dos figuras que estaban en el porche. Al acercarse pudo ver a Cliff que estaba discutiendo acaloradamente con Crystal. Ella se detuvo y retrocedió cuando vio a Brad. Cliff se aproximó a ella, un hombre enfurecido que dejaba caer los brazos en señal de derrota y se iba intempestivamente, dejando a Brad atrás, metiéndose de un salto en su destartalado camión Chevy marrón, disparando grava al alejarse.

Brad se afirmó cada vez más en el suelo con cada paso que daba. Aminoró la velocidad y se detuvo en el último escalón y entonces Crystal se tropezó contra la puerta. Dio otro paso, subiendo otro escalón. Un leve rubor tiñó las mejillas y la frente de ella antes de que apareciera esa mirada fulminante y helada.

—Ahí está la Crystal de siempre, por un momento pensé que te había surgido una consciencia.

Ella tironeó de la puerta de mosquitero y caminó enérgicamente otra vez

hacia el interior de la casa.

Brad siguió a la mujer sin el más mínimo interés en la forma en la que caminaba contoneándose hacia la cocina. Quería reír, pero se quedó callado, calmado y bajo control. Levantó la tapa de una olla que hervía a fuego lento, revolvió rápidamente y le sonrió. Brad no iba a caer en su trampa. Mary había estado aquí más temprano y ella siempre dejaba la cena en la cocina para Brad. Estaba tentado de preguntarle a Crystal qué era lo que había adentro. Por supuesto que no lo sabría, pero era un poco divertido verla tartamudear.

—Así que ¿qué fue todo eso de recién? —Brad no podía esperar a ver cuál era su versión. Era una mentirosa con mucho talento y podía escupir una mentira en menos de lo que cantaba un gallo. ¿Había alguna vez dicho la verdad, cualquier cosa que hubiera sido verdadera? Él la estudiaba ahora de la manera en la que uno haría con un experimento científico. ¿Qué cosa la motivaba?

—Me dijo que lo despediste. Quería que yo hablara contigo para que le devolvieras su trabajo. Me dijo de Emily, pero le dije que estaba de acuerdo contigo. Es decir, en verdad, ¿cómo puede alguien caer tan bajo? Incluso amenazó con decirte que yo le había dicho que lo hiciera —Ella levantó la mirada en un gesto burlón de incredulidad. Era buena.

—Ajá —asintió él.

No podía evitar preguntarse si Cliff se había dado cuenta de que ella lo había dejado solo y abandonado. Mañana se aseguraría de que el detective rastreara a Cliff. No, quizás sería mejor esta noche.

—Mejor apagas eso antes de que se queme. No dijo nada más en su camino de salida de la casa.

CAPÍTULO 47



EL DETECTIVE RASTREÓ A CLIFF HASTA EL PRIMER BAR EN EL QUE SE DETUVO, un sitio local muy frecuentado y sórdido al costado de la autopista.

Cliff estaba sentado en la barra, golpeando el mostrador y exigiendo otro trago. El bartender echó una ojeada a Byrd, un antiguo policía del Departamento de Policía de Nueva York, que pasaba sus días de retiro aquí, viviendo una vida más tranquila. Byrd abrió la cremallera de su chaqueta marrón por encima de un vientre que se había vuelto un poco flácido, el promedio para un hombre en sus sesentas. Byrd se sentó en la banqueta a lado de Cliff e hizo una señal al bartender.

—Yo pago el próximo.

—Tu funeral —El bartender alto y barbudo, con ojos que lo habían visto todo, sirvió dos jarras de lo que había en la espita y las deslizó enfrente de Byrd y de Cliff.

—Gracias, amigo —Cliff farfulló sus palabras.

—Cuando veo a un hombre que se sienta solo en un bar con una mirada como esa me acuerdo de lo que me hizo mi ex, después de desvalijarme y echarme a la calle —Byrd miró hacia adelante, al espejo encima de la barra.

Cliff se tambaleaba mientras tomaba un buen trago de cerveza. Se tambaleó nuevamente al inclinarse encima de la barra para observar a Byrd. El peón se preguntó: ¿Quién es este borracho que busca problemas?

—No estoy buscando pelear contigo, hijo. Pero a veces ayuda contarle tus problemas a un extraño —Byrd tomó otro sorbo del líquido que intentaban hacer pasar por cerveza.

—Qué carajos podrías llegar a saber acerca de ser engañado por una cara bonita, que te tienta con promesas por años, y todo porque estás tan enamorado de una chica tan hermosa que harías lo imposible por ella — Ahora se estaba tambaleando mucho.

—Oh, yo creo que todos hemos estado así, hijo, en algún momento de nuestras vidas. Algunas personas jamás admiten que se han aprovechado de ellas, como si eso te hiciera menos hombre. No es así —Cliff se tragó lo que quedaba de su cerveza y agitó su jarra en el aire.

—Eh, cantinero, llénala. Y que nunca se quede vacía —Gritó y estrelló la jarra en el astillado mostrador.

—Ya es suficiente por hoy, amigo, te llamaré un taxi —El bartender hizo un gesto de corte con la mano enfrente de Byrd—. Ni una gota más para tu amigo —Byrd se puso de pie y sacó unos cuantos billetes, dejándolos en el mostrador.

—Lo entiendo. Yo lo llevaré a casa —El bartender puso la palma de su mano en alto y se fue. Pero Cliff no planeaba irse a ningún lado.

CAPÍTULO 48



—¿QUÉ? ¡DE NINGUNA MANERA! NO ESTOY LO SUFICIENTEMENTE BORRACHO. Y planeo emborracharme muchísimo más —Byrd le palmeó el hombro.

—Vamos, amigo, tengo una botella de whiskey que pide por ti.

—Sí —Con eso logró captar toda su atención. Pero se bamboleó al pararse, así que Byrd lo ayudó a llegar hasta su automóvil, y deseó con toda su alma que el hombre no vomitara.

Brad estaba llegando tarde a la mañana siguiente, pero con toda razón ya que estaba sin personal luego de que Cliff se marchara. Keith estaba hablando con un tipo más viejo y calvo al que presentó como Byrd luego de que Brad entrara a su oficina.

—Entonces, ¿qué es lo que tienes? —Keith hizo un ademán hacia el ex policía.

—Byrd, pon a Brad al corriente.

—Pues bien, tu amigo estaba bastante ebrio en el momento en que lo encontré. Lo registré en un motel barato al lado del océano. Por cierto, vomitó en mi auto. Me debes el costo de la limpieza.

—Está bien, está bien —Brad se encogió de hombros—. ¿Qué más?

—Ese tipo estaba tan en la palma de la mano de tu esposa que hasta me da un poco de pena. Empezó a trabajar para ti hace diez años, aparentemente él y Crystal habían sido amigos antes de eso. Ella le consiguió el trabajo

contigo —Byrd tenía los dientes más torcidos que Brad había visto jamás.

—Creo que eso es correcto. Me parece que la seguía a todos lados como un cachorro durante toda la escuela.

—Sí, bueno, aparentemente mientras trabajaba para ti, Crystal lo usaba de confidente. Cada vez que necesitaba a alguien para apoyar su versión de la historia, recurría a él. Ha estado enamorado de ella por años, con la fantasía de que un día ella te dejaría y vendría a buscarlo. Luego de que ella se fuera, lo llamaba cerca de una vez al mes para hablar. Él le contó a Crystal cuando Emily se mudó. Él dijo que luego de eso lo llamaba todos los días. Y que fue entonces que ella le dijo a Cliff que tú la habías echado pero que a ella le había dado demasiada vergüenza decirle. Le dijo que estaba aterrorizada de ti y de tu temperamento, que no le diste ninguna opción y que en aquel momento ella no creía tener ningún derecho. Crystal le dijo que estaba muy preocupada por su hijito. Cliff le dijo que había querido confrontarte. Pero ella jugó la carta de la mujer vulnerable, asustada y aterrorizada y le dijo que tú la lastimarías en represalia. Y el bobo le creyó. Así que revisó tu oficina cuando tú y Emily estaban en la ciudad. Él llamó a Crystal desde tu oficina y ella le dijo qué papeles buscar. Los registros comerciales, ofertas de compra de terrenos, permisos de construcción, estados de cuenta bancarios y qué tipo de ingresos estabas percibiendo. Cuando Cliff vio a Emily en tus brazos una noche en el porche, besándose, él llamó a Crystal y se lo contó. Ahí fue que Crystal volvió a casa.



BRAD CONDUJO a través de la ciudad y la autopista, antes de parar en el Oceanview Motel. Le pagó al recepcionista cien dólares para que le dijera el número de la habitación de Cliff. Por supuesto, estaba a nombre de Byrd. Golpeó a la deslucida puerta azul.

—Cliff, soy Brad. Necesito hablar contigo, abre.

Se escuchó ruido de vidrio y botellas que rodaban y traqueteaban del otro lado de la puerta. Se abrió lo suficiente como para que Brad hiciera una mueca de desagrado al oler el acre y obscuro olor a alcohol rancio del día anterior que se filtraba por los poros del borracho. Cliff se escabulló de vuelta a la cama y se agarró la cabeza con las manos.

—Por lo que parece tienes una resaca de los mil demonios, Cliff —Este susurró ásperamente.

—Mira, Brad, me rindo. Solo márchate y déjame en paz.

—Primero, quiero disculparme.

Cliff salió corriendo hacia el baño. Brad cerró la puerta de entrada y escuchó las pútridas arcadas mientras el pobre sujeto vomitaba en el retrete. El olor invadió la habitación cuando Cliff reapareció, con el alcohol rancio y el matarratas penetrante persistiendo en el sudor que cubría el rostro y la húmeda camiseta de Cliff. Caminó arrastrando los pies hasta la cama como si fuera un hombre viejo. Brad abrió una ventana.

—¿Dura noche?

—Sí —No se molestó en levantar la vista. Se quedó agarrándose la cabeza mientras permanecía sentado, encorvado, en la cama.

—¿Quieres tener tu trabajo de vuelta? —Él levantó la vista e hizo un gesto de dolor ante el esfuerzo.

—¿Qué? ¿Por qué me darías mi trabajo de vuelta después de lo que hice?

—Mira, Cliff. Deja que te haga una pregunta y quiero que me des una respuesta honesta. ¿Ella todavía te tiene embobado? —Cliff entrecerró los ojos inyectados de sangre.

—Es una tramposa y me echó a los lobos. Déjame preguntarte una cosa, ¿la echaste de la casa después de que tuviera al bebé?

—Cliff, tú estuviste ahí. ¿Realmente necesitas hacer esa pregunta? Ella desapareció. No recuerdas el día que Mary vino y Crystal había dejado a Trevor solo durante horas. Simplemente desapareció—Cliff se agarró las manos enfrente de sí mientras miraba a Brad. Tenía la cabeza gacha.

—Creo que sí lo recuerdo.

—Te mintió, ¿verdad?

—Sí, sí lo hizo. Más de lo que te imaginas.

Era difícil saber qué era lo que le daba a Brad más placer, si escuchar eso o ver el rostro de Crystal una hora después, soltando chispas en un ataque de furia al ver a Cliff que volvía, conduciendo su camioneta destartalada.

Cliff se limpió antes de la comida y tropezó detrás de Mac al entrar. Crystal se puso rígida y pálida. Luego de que Cliff y Mac se marcharan, Crystal acorraló a Brad en la puerta trasera.

—¿Qué demonios está haciendo ese hombre otra vez aquí?

—Volví a contratarlo. De hecho, ahora es mi capataz.

—¿Lo traerás de vuelta, luego de lo que hizo? Te robará, ha estado registrando tus papeles personales, por Dios santo.

—¿Cómo sabes que estuvo revisando mis papeles? —preguntó Brad. Ella desvió la mirada. Crystal estaba empezando a pisar en falso, eran demasiadas mentiras las que decía, era imposible hacerles un seguimiento. — Seguramente tú me lo dijiste o a lo mejor fue él.

—Emm yo nunca te lo dije. Y Crystal, que ni siquiera se te ocurra buscarlo y empezar a causar problemas. Aléjate de él.

Ella echó su larga melena por encima del hombro, se quitó un cabello que había quedado suelto con su larga uña pintada y luego se marchó intempestivamente de la cocina.

Brad se ató las botas y entonces escuchó que la puerta principal se cerraba de un portazo y que el VUD de ella aceleraba por la entrada. Brad se rió.

—¡Y el jugador anota!

CAPÍTULO 49



BRAD IBA POR SU SEGUNDA TAZA DE CAFÉ CUANDO SONÓ EL TELÉFONO.

—Soy Brad.

—Hey, habla Keith. Nos conseguí una audiencia para el próximo martes. El juez finalmente ha decidido expedirse para el beneficio de Trevor. Oh, y recibí una llamada verdaderamente agradable, apenas llegué a la oficina esta mañana, del abogado de Crystal. Está furioso y ha solicitado una moción para retrasar esta audiencia.

—¿Puede él conseguirla? —Brad salió de la casa para asegurarse de que Crystal no pudiera oírlo.

—Haré mi mejor esfuerzo para que no lo haga. Y quería hacerte saber que tengo varias declaraciones juradas acerca de Crystal y los comentarios difamatorios que estuvo haciendo en la ciudad en contra de Emily. Junto con la declaración de Cliff, y muchas gracias a ti por eso, su historia comienza a flaquear.

—Genial, eres el mejor. Es por eso que te contraté —Él escuchó que del otro lado de la línea alguien golpeaba a la puerta en el fondo.

—Brad, ¿puedes venir a la oficina ahora mismo? —El tono de voz de Keith adoptó una seriedad que Brad reconocía muy bien.

—¿Qué es lo que sucede, Keith? Tengo ganado que alimentar, un rancho que atender —Pero el estómago se le cerró un poco más cuando escuchó el

suspiro del otro lado.

—Haz que tus hombres se ocupen del rancho. Necesitas venir ahora, Brad. Esto no puede esperar.

Brad levantó la vista hacia la casa mientras caminaba alrededor en dirección al frente, en el frío aire.

—Estaré allí en veinte minutos.



BRAD FUE invitado a pasar a la oficina de Keith con un gesto. La secretaria cerró la puerta detrás de él. Keith sonrió, pero no con confianza. Era lo que hacía cuando tenía que decirle algo a alguien, y no quería hacerlo.

—Dilo de una vez, Keith. Me estás poniendo nervioso con todo este rodeo.

—El abogado de Crystal ha puesto una traba enorme en el medio de todo —Brad respiró hondo y se echó hacia atrás en la sencilla silla marrón.

—¿Y qué podría ser eso? —Keith se inclinó hacia adelante y entrecruzó los dedos sobre el escritorio enfrente de sí. Sus ojos se ensombrecieron.

—Crystal está declarando que Trevor no es hijo tuyo. El padre es cierto tipo que conoció en Miami —La habitación se hizo más estrecha y parecía que Keith le hablaba en cámara lenta. Sus oídos zumbaron, fuertemente y por un largo tiempo, mientras el dolor en su corazón se inflamaba hasta un momento en el que podría haber jurado que se le había roto en mil pedazos. Salió disparado de la silla.

—La mataré. ¡Juro por Dios que la mataré! —Keith, a su vez, saltó de su silla e inmovilizó a Brad contra la pared.

—Cállate, Brad. Escúchame —Si Keith no se hubiera mantenido en tan buen estado, no habría tenido la posibilidad de hacer que Brad permaneciera adentro de esa habitación. Aun así, Keith sudaba mientras obligaba a Brad a retroceder y a volver a su silla.

—Brad, debes tranquilizarte —Se quedó vigilando a Brad, respirando con esfuerzo mientras dejaba caer los brazos a un lado, obviamente preparado para sujetar a Brad si volvía a saltar—. Pediremos una prueba de paternidad hoy. Brad, debo advertirte, si resulta que no es tu hijo, esto hará que la batalla por la custodia se ponga un poco más difícil. No imposible, no te olvides de que en la partida de nacimiento ella te nombró a ti como el padre. ¿Lo quieres incluso si no es tuyo? —Brad empujó a Keith al tiempo que se levantaba de un salto de su silla.

—Maldita sea, es mi hijo. No me importa cuáles sean los resultados, ese es mi hijo. ¿Me escuchas? —El dolor que lo consumía endurecía sus palabras. Keith extendió la mano y le dio un apretón en el hombro— Hey, estoy de tu lado. Haré los arreglos para confirmar la paternidad, pero hazme mucho caso, Brad. Hasta que esto se termine, múdate. A menos que puedas garantizar que puedes calmar ese temperamento tuyo y evitar hacer algo estúpido, mantente alejado de ella. Empaca tus cosas y múdate. Vete a una de las cabañas que tienes en tu propiedad. Y asegúrate de jamás quedarte a solas con ella. No me importa cómo, pero encuentra la forma. Estamos demasiado cerca, esta es la batalla final, mi amigo. No lo echés a perder.

Brad escuchaba, pero quería eliminarla, sin importar qué. Crystal sabía exactamente qué botones presionar.

Mientras más hablaba Keith, menos escuchaba él.

—No puedo estar aquí. Necesito aclarar mi mente.

—Prométeme, Brad, antes de que salgas por esa puerta, que te controlarás y que no harás nada estúpido.

Él sabía qué era lo que Keith estaba intentando decir y no sabía si podría hacerlo.

—Lo intentaré, Keith, es todo lo que puedo decirte —Entonces se fue, sintiéndose completamente adormecido.

No supo por cuánto tiempo estuvo sentado en el camión, o cómo llegó hasta allí, pero bajó del vehículo y Emily estaba allí, con las manos en la

tierra y Katy a su lado.

CAPÍTULO 50



EMILY SE QUEDÓ HELADA, EL VER LA TRISTEZA QUE PARECÍA PESAR SOBRE ÉL en el momento en que se recostó contra el camión hizo que fuera hasta él. Le tomó de la mano. Lo llevó hasta la casa.

—Katy, hora de volver a la casa.

Soltó la mano de Brad y lo observó caminar hacia la cocina como un hombre que lo había perdido todo. Se puso de pie frente al fregadero y miró a través de la pequeña ventana cuadrada. Emily puso una película para Katy, a quien envolvió con una manta en el sofá. Tomó el teléfono. Gina respondió a la primera.

—Hola, cariño, ¿qué pasa?

—Gina, algo ha sucedido. Necesito un enorme favor. ¿Podrías venir a buscar a Katy?

—¿Puedes hablar de ello?

—No en este momento, Gina. Entiendo que es un poco precipitado... Y te prometo que te contaré después.

—Estaré allí en un momento, Em.

Emily colgó el teléfono. Se acercó a Brad por detrás y deslizó su brazo alrededor de su cintura.

—Gina está viniendo a buscar a Katy. Brad, me estás asustando. ¿Qué sucedió?

Se dio la vuelta y la miró con una cara que podría haber sido de granito. No la tocó. Sus brazos colgaban a su costado. Mientras miraba hacia abajo sus ojos comenzaron a brillar con lágrimas. Él acarició el rostro de ella, momentos antes de que su propia mandíbula comenzara a temblar.

Ella secó la lágrima que rodó por la mejilla de él en el momento en que un auto estacionaba afuera.

—Gina está aquí. Voy a poner algunas cosas en un bolso para que Katy pueda pasar la noche. Volveré en un segundo.

Emily tuvo una rápida conversación con Gina, empacó el bolso de Katy y la despidió en menos de cinco minutos. Cuando volvió a la cocina, Brad había preparado una jarra de café. Había arrojado su chaqueta encima del respaldo de la modesta silla de madera. Había recuperado su dignidad. Lo tomó de la mano y lo arrastró a la sala de estar, sentándose junto a él en el sillón.

—¿Qué ha sucedido? —Él desvió la mirada por un momento.

—Crystal dijo que Trevor no es mi hijo —Emily sintió que ardía un fuego dentro de ella, y por primera vez en su vida consideró y entendió cómo era posible que un cónyuge pudiera asesinar a otro.

—Emily, no le conté esto a Keith, pero Crystal se fue de viaje varias veces ese año, antes de saber que estaba embarazada. Decía que eran viajes para ir de compras —Emily estaba furiosa y no pudo contener las palabras que expulsó por la boca.

—Oh, esa perra. Oh, Brad ¿cómo pudo hacerte esto a ti y a ese niño precioso? —Brad la atrajo hacia sí. La envolvió con sus brazos y la consoló.

—¿Sabes lo hermosa que eres para mí, especialmente cuando estás enojada? —Le besó la cabeza mientras ella apoyaba la mejilla contra su camisa azul oscuro.

—¿Qué haremos ahora, Brad?

Solo el hecho de que ella asumiera que estaban los dos juntos en esto alivió un poco su dolor.

Hablaron por horas, tratando de armar un plan de ataque que fuera viable. Habían pasado de las nueve de la noche y ninguno de los dos había comido nada. Él se apartó y se puso de pie.

—Tengo que irme, Em.

—Brad, por favor, quédate.

—No puedo, no esta noche. Tengo que poner mis pensamientos en orden y no puedo hacerlo aquí —El rostro de ella debió de haber delatado lo herida que estaba.

—Em, no te pongas así. Eres mi roca y siento cosas por ti que nunca sentí por ninguna mujer, no de esta manera tan profundamente. Pero tengo que ocuparme de algo —Ella se rehusaba a dejarlo ir, pero él fue firme.

—Em, te prometo que volveré mañana a la mañana —Le acarició la mejilla y ella se inclinó hacia la mano de él. Entonces se fue, antes de que ella se las arreglara para convencerlo de quedarse. Desde su oscurecido camión, la observó. Ella presionó su mano contra la ventana mientras él se alejaba.

CAPÍTULO 51



ÉL LLAMÓ A SU PAPÁ DESDE EL CAMIÓN. SONÓ UNA SOLA VEZ Y LE respondió. Por supuesto que sonaba atontado,

estaban durmiendo. Brad le explicó la última artimaña de Crystal, y los arreglos que estaba haciendo para la prueba de paternidad. Su padre le ofreció todos sus recursos y abogados para garantizar que todo este asunto saliera a favor de Brad. Al final, Brad accedió y le dio permiso a su padre para contactar a Keith, y así poner a disposición de él todos los recursos pertinentes.

Cumplió con lo que le había prometido a Emily. A la mañana siguiente, luego de alimentar al ganado y organizar a sus hombres, pasó a verla. Quizás para que estuviera tranquila de que él no haría nada estúpido.

Durante los días que siguieron, Brad hizo su mejor esfuerzo por evitar a Crystal. Aunque se lo hizo difícil, ya que se interponía en su camino cada vez que podía. Lo provocaba. Y al segundo día, luego de que llegara la prueba de paternidad, lo siguió a la ciudad e intentó acorralarlo afuera de la oficina de su abogado.

—Sal de mi camino.

—Quiero hablar contigo, por favor, Brad —Le costó reprimir su feroz temperamento y la esquivó. Caminó directamente a la oficina de Keith y se sentó.

—Me siguió hasta la ciudad, me acorraló allí enfrente —Keith se puso de pie y miró a través de la ventana.

—Esa mujer tiene cojones o es verdaderamente estúpida. No la veo, debe de haberse marchado.

—Entonces ¿cuáles son las novedades?

Keith le arrojó el sobre con los resultados. Brad extendió el brazo y tomó el sobre. Por primera vez en su vida quería huir, no quería enfrentarse a esta situación. ¿Cómo podía un pedazo de papel tener el poder de cambiar su vida para siempre? Cerró los ojos. Se le cerró la garganta y sintió como si unos tentáculos le oprimieran el corazón. Se obligó a romper el sobre para abrirlo y sacar la hoja de papel blanco. Abrió los ojos y miró los resultados, incapaz de contener el aguijoneo de las lágrimas. Sus labios temblaron al levantar la vista hacia su amigo de toda la vida, quien por primera vez de que comenzara todo esto, tenía lágrimas en los ojos. Brad cerró los párpados y lloró.

CAPÍTULO 52



BRAD ESPERÓ EN LA COCINA HASTA QUE ESTUVO LISTO. LUEGO CAMINÓ HACIA las escaleras y gritó:

—Crystal, ven aquí —Observó mientras ella bajaba las escaleras. Taconeaba los zapatos en cada uno de los escalones. Él caminó lentamente de vuelta a la cocina y se apoyó en la estufa. Cuando ella entró a la cocina, él estaba parado como un general que estaba liderando sus tropas.

—Siéntate, ahora —Su voz estaba bastante calma, considerando las circunstancias. Parecía que ella evaluaba sus opciones, ya que miró primero a la puerta y luego a él.

Luego, con un latigazo de su largo cabello rubio y un sutil bamboleo de sus caderas, caminó hasta la silla que había sido apartada de la mesa, y se sentó.

Brad se sintió físicamente enfermo por todos aquellos años que había desperdiciado corriendo detrás de ella. Se paró detrás de su silla y ella se revolvió en su asiento, cruzando y descruzando las piernas. Comenzó a ponerse de pie.

—Sienta tu trasero en esa silla —Él caminó enfrente de ella y se agachó, poniendo su rostro a la altura del de ella mientras hablaba. Señaló el sobre que estaba en la mesa enfrente de ella—. Eso es para ti y es mi oferta final. O lo firmas ahora y te vas a la mierda de mi casa, o te quedas sin nada.

Caminó lentamente hasta la mesada. Ella miró el sobre de papel manila marrón.

—Ábrelo —Sus palabras eran duras, como de acero, vacías de emoción, lo que hizo que una sombra de miedo y confusión parpadeara rápidamente en el rostro de ella. Su mano tembló al levantar el sobre y abrirlo con una uña cuidadosamente manicurada.

Él observó mientras ella leía los papeles, observó el rango de emociones que surcaban su rostro, y finalmente observó cómo arrojaba los papeles a un lado, sacudiendo la cabeza con un destello de furia en sus fríos ojos azules.

—No voy a firmar esto y no hay forma de que Trevor...

La interrumpió mientras descruzaba los brazos, agarrándose del costado de la mesada en un intento de controlar el temperamento que iba en aumento.

—No digas una sola palabra sobre Trevor.

Ella cerró la boca de golpe, y, por primera vez, él vio miedo en el rostro de ella.

—Mi abogado se está preparando ahora mismo, en este momento, para presentar una moción para rescindir todos tus derechos como madre. Por supuesto que es un riesgo, pero una posibilidad muy real, especialmente teniendo en cuenta tu artimaña más reciente. Dentro de los términos de esta moción no habrá un solo centavo para ti, y eso, mi querida, es una posibilidad muy real. Verás, después de tu maravillosa actuación, imagina nuestra sorpresa al ver que otra vez habías tendido una de tus redes de mentiras. Recibí los resultados de la prueba de paternidad. Te hará feliz saber que Trevor es mío. Pero claro, eso tú ya lo sabías, ¿verdad? —No la dejó responder. En vez de eso se acercó a ella, llevándose las manos por detrás de la espalda para afirmarse. Luego empezó a caminar de un lado para el otro mientras ella empalidecía— Así que tienes dos opciones. Puedes tomar la lapicera y firmar el acuerdo ahora mismo, dándome custodia y guarda exclusivas de Trevor, y retirar la impugnación a la sentencia de divorcio, que está frente a un juez en este preciso instante, y entonces puedes quedarte con

la generosísima compensación que te estoy ofreciendo. Como puedes ver en negro sobre blanco frente a ti, es mucho dinero. Luego quiero que te marches de aquí y que no vuelvas a aparecer nunca más. Pero si eliges disputar este acuerdo, levántate y vete de aquí sin firmar, y tendré una orden para retirarte del establecimiento ahora mismo y no obtendrás un centavo. Ya dejé de mantenerte financieramente. Toda cuenta que reciba a tu nombre será devuelta sin pagar. Ya no soy responsable por ti. Tendrás que conseguir un empleo y mantenerte. Especialmente luego de que el juez vea toda la evidencia que existe en tu contra. El abandono de Trevor, cuando lo dejaste solo, las calumnias en contra de Emily, por las que tenemos declaraciones y personas muy dispuestas a testificar en tu contra, pero, por sobre todas las cosas, el hecho de que mintieras acerca de la paternidad de Trevor —Brad movió la cabeza de un lado al otro, chasqueando la lengua, sintiéndose en completo control mientras la observaba vacilar, mordiéndose el costado del labio—. En cuanto a Trevor, no agregues daño a un niño inocente a tu lista de estupideces —Por primera vez en la vida, verdaderamente se sonrojó de vergüenza—. También deberías saber, Crystal, que Emily tiene un muy buen caso en tu contra por calumnias y difamación de persona. ¿Sabes que las cortes están entregando acuerdos muy jugosos? —Ella tenía las manos en el regazo, pero él sabía que ella estaba temblando por dentro— Fírmalo, Crystal. Márchate hoy. Como puedes ver, estoy siendo extremadamente generoso. No habrá demanda de parte de Emily y no se iniciarán acciones en tu contra, pero solo si firmas. Estoy seguro de que tu abogado podrá aconsejarte acerca de las posibilidades que tienes de ganar un caso de calumnias y difamación de estas proporciones. Es tu elección. Ahora mismo. No me quieres de enemigo. Ni siquiera tú puedes ser tan ingenua —Él notó la duda, la incertidumbre.

Ella levantó la lapicera que había sido colocada precisamente al lado del sobre. Su mano tembló al volverse hacia las marcas que indicaban dónde debía firmar. Luego de poner su firma y aclaración en cada una de las

páginas, arrojó la lapicera y se levantó de la silla.

—Empaca tus cosas y vete de mi casa, ahora. El dinero estará en tu cuenta ni bien presente estos papeles.

Sin decir palabra, ella subió rápidamente las escaleras.

CAPÍTULO 53



BRAD ESTABA SENTADO EN EL PORCHE DEL FRENTE, RESPIRANDO EL FRESCO aire nocturno en esta noche de primavera inusualmente cálida, sonriéndose a sí mismo por la manera en la que todo había resultado. El día que había recibido las noticias en la oficina de Keith lo había invadido un alivio dulce y arrollador. Que Crystal se hubiera ido y hubiera desaparecido de sus vidas era como si una nube negra y llena de tensión se hubiera disipado. Incluso la luz del sol parecía brillar con más fuerza alrededor de ellos. Crystal se había ido de la ciudad justo después de firmar los documentos, dejando instrucciones para que el resto de sus pertenencias fuera enviado a un condominio en Seattle.

Keith había presentado los papeles ese mismo día. Había usado sus contactos para hacer que un juez firmara la sentencia de divorcio unos pocos días después. Treinta y un días y Brad sería un hombre libre.

Por primera vez en su vida, sentía como si estuviera viviendo la vida con los ojos bien abiertos.

—Sabes, papá, me alegra que mamá y tú se queden un tiempo más —El padre de Brad chocó su copa con la de Brad.

—Un brindis por una buena mujer, tu hijo y por arreglar las cosas al fin —Bebió el whisky escocés single malt, y se dio vuelta cuando la puerta de mosquitero chirrió.

—¿Están durmiendo los niños? —preguntó Brad. Emily asintió y puso su mano en el hombro de él.

Cuando Brad vio la pasión que ardía en los brillantes ojos de ella, se le hizo un nudo en la garganta. Ella lo dejaba sin aliento.

—Los dejaré a ustedes dos, tórtolos, a solas —Rodney se detuvo y posó la mano cariñosamente en el hombro de Emily, mirándola de la manera en que un padre miraría a su hija.

—Gracias, papá. Brad extendió el brazo y alzó a Emily en su regazo.

—Eh, sí, todos están profundamente dormidos.

Él inclinó la cabeza y la besó en la punta de la nariz. Ella todavía no podía creer que él lo hubiera hecho, que apareciera y les ordenara a sus hombres que empacaran todas sus cosas y las mudara otra vez al rancho. Él vaciló por un momento, y entonces le informó que la amaba. Y que tan pronto como los divorcios de ambos estuvieran resueltos, él planeaba casarse con ella.

Por la manera en que la miraba, con eternos deseo, amistad y amor; ella supo que él le había entregado su corazón. Viniendo de él, era una excepcional ofrenda de confianza.

Ahora, sentada en su regazo, con sus dedos entrelazados con los de él, ella supo que tenían un futuro lleno de posibilidades.

—Nunca me respondiste, Em —Ella se acomodó en su regazo y le rodeó el cuello con los brazos.

—¿Responderte qué cosa?

—Creo que te pedí que te casaras conmigo. Y me dejaste en suspenso — Ella le acarició el rostro con el revés de los dedos, sin poder recordar un momento en la vida en el que hubiera sentido el corazón tan lleno.

—Si mal no recuerdo, tú me informaste que íbamos a casarnos. Pero la respuesta es sí.

Se acurrucó más cerca de él, no podía esperar a darle la noticia. Tomó la mano de él y se la puso sobre el vientre mientras sus mejillas se ruborizaban

ligeramente. El doctor había dicho que el bebé nacería en noviembre.

ACERCA DE LA AUTORA



Con personajes fuertes e imperfectos, personajes con los que uno puede sentirse identificado, la autora más vendida de New York Times y de USA Today, Lorhainne Eckhart, escribe la clase de libros que ella quiere leer. Ella a menudo se encuentra en el Top 100 de los autores más vendidos en varios géneros y su segundo libro publicado, “El niño olvidado”, no es una excepción. Con cerca de 900 reseñas positivas y traducciones al alemán y al francés, este libro tuvo un éxito tal que dio inicio a la larga serie “Friessen Family”. Ahora, con poco más de sesenta títulos y varias series al hombro, sus series de romance y de enormes familias son amadas por fans alrededor del mundo. Ganadora del Premio al Autor Favorito de los Lectores de Suspense y Romance de 2013, 2015 y 2016, Lorhainne vive en la soleada Isla Saltspring de las Islas del Golfo de la costa oeste, tiene tres hijos, el mayor de los cuales tiene autismo; y es defensora de nunca dejar de soñar.

¡Lorhainne adora saber de sus lectores! Puedes conectar conmigo en:

